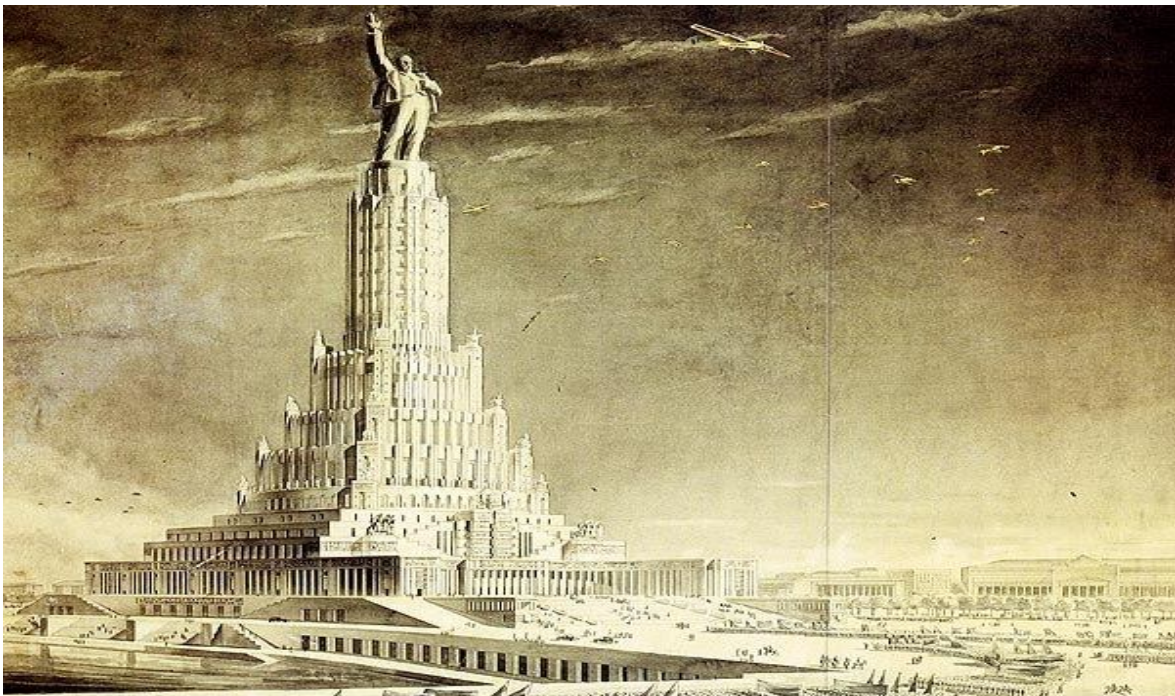


Andrei Platónov



Las dudas de Makar



49



BIBLIOTECA
DIGITAL DE
AQUILES JULIÁN



biblioteca.digital.aj@gmail.com

Las dudas de Makar

Andrei Platonov, Rusia



Edición Digital Gratuita
distribuida por Internet

Editor:

Aquiles Julián, República Dominicana.

Email: aquiles.julian.libros@gmail.com

MEXICO

Fernando Ruiz Granados
José Solórzano
José Eugenio Sánchez

ARGENTINA

Mario Alberto Manuel Vásquez
Francisco A. Chiroleu
Patricia del Carmen Oroño
Fernando Sorrentino
Ángel Balzarino
Claudia Martín Trazar

ESTADOS UNIDOS

José Acosta
Aníbal Rosario
José Alejandro Peña
César Sánchez Beras

ESPAÑA

Henriette Wiese
Giulia De Sarlo
María Caballero
Elena Guichot
Teresa Sánchez Carmona
Losu Moracho
Rocío Parada
EL SALVADOR
Manuel Sigarán

Coeditores:

HONDURAS

Dardo Justino Rodríguez

VENEZUELA

Milagros Hernández Chiliberti
Tony Rivera Chávez

REPÚBLICA DOMINICANA

Ernesto Franco Gómez
Eduardo Gautreau de Windt
Félix Villalona

Ángela Yanet Ferreira

Cándida Figueroa

Enrique Eusebio

Julio Enrique Ledeborg

Vaughn González

Efraím Castillo

Oscar Holguín-Veras Tabar

Edgar Omar Ramírez

Carmen Rosa Estrada

Roberto Adames

Valentín Amaro

Alexis Méndez

Juan Freddy Armando

Sélvido Candelaria

NICARAGUA

Radhamés Reyes-Vásquez

CHILE

Claudio Vidal
Eliana Segura Vega
Astrid Fugellie Gezan

URUGUAY

Marta de Arévalo
APLA Uruguay

PERU

Luis Daniel Gutiérrez
Nicolás Hidrogo Navarro
Juan C. Paredes Azañero

COLOMBIA

Ernesto Franco Gómez
Julio Cuervo Escobar

SUIZA

Ulises Varsovia

HOLANDA

Pablo Garrido Bravo

PUERTO RICO

Mairym Cruz-Bernal

ECUADOR

Anace Blum

COSTA RICA

Ramón Mena Moya

Primera edición: **Septiembre 2010**

Santo Domingo, República Dominicana

BIBLIOTECA DIGITAL DE AQUILES JULIÁN es una colección digital gratuita que se difunde por la Internet y se dedica a promocionar la obra narrativa de los grandes creadores, amplificándola y fomentando nuevos lectores para ella. Los derechos de autor de cada libro pertenecen a quienes han escrito los textos publicados o sus herederos, así como a los traductores y quienes calzan con su firma los artículos. Agradecemos la benevolencia de permitirnos reproducir estos textos para promover e interesar a un mayor número de lectores en la riqueza de la obra del autor al que homenajeamos en la edición.

Este e-libro es cortesía de:



**Libros de
Regalo**

EDITORA DIGITAL GRATUITA

Escríbenos al email: libros.regalados@gmail.com



Índice

La tragedia del escritor como ingeniero del alma / A. Julián	4
Las dudas de Makar	14
La patria de la electricidad	28
Una casa de adobe en un jardín provincial	40
Alterké	50
Al alba de la nebulosa juventud	60
Sesión	80
Yushka	89
Amor a la patria o el viaje de un gorrión	95
Tormenta de julio	103
El viejo mecánico	117
Entre animales y plantas	123
Ulía	141
Nikita	147
El peso de los caídos	153
Afrodita	159
La vieja de hierro	169
Una flor en la tierra	175
Una flor desconocida	179
Otra mamá	182
Andrei Platonov / Biografía	188

49



BIBLIOTECA
DIGITAL DE
AQUILES JULIÁN



biblioteca.digital.aj@gmail.com

Andrei Platonov o la tragedia del escritor como ingeniero del alma

Por [Aquiles Julián](#)

La verdad es un misterio, siempre es un misterio. No hay verdades evidentes.

Andrei Platonov

Notas



Un ensayo histórico, *Ingenieros del alma*, del holandés Frank Westerman, narra, a partir de una bahía del Turkmenistán soviético, la bahía de Kara Bogaz, y de la encomienda estalinista a los escritores soviéticos de cantar las proezas de los técnicos, en particular las grandes obras de ingeniería hidráulica que emprendió la dictadura de Stalin, la tragedia de los artistas y escritores de la Unión Soviética. Allí están, convocados, estimulados, reprendidos y, en muchos casos, reprimidos y aniquilados, los más señeros autores literarios de la época, iniciando por Máximo Gorki, al que Stalin termina envenenando cuando empezó a resentir el yugo del tirano, y autores a los que mataría en el gulag o les haría pasar las de Caín, como Bulgakov, Pasternak, Ajmátova, Pilniak y Andrei Platonov.

El ensayo de Westerman se articula alrededor de un autor en concreto: la vida del escritor romántico Konstantín Paustovski y su obra *La Bahía de Kara Bogaz*, una de las tantas obras por encargo en que los *lirikis*, los escritores y artistas, cantaban las alabanzas de los *fisikis*, los ingenieros y técnicos, que por órdenes de Stalin realizaban obras gigantescas... y con frecuencia inútiles, cuando no dañinas, como aquel Canal de Belomor que fue un completo fracaso y en cuya construcción murieron miles de hombres y mujeres esclavizados en los campos de concentración.

La obra de Westerman es descarnada, amarga; carga el alma de pena y de horror. La inmisericordia de aquel ensayo social que en su conjunto produjo sólo en el siglo XX más de 100 millones de víctimas, muestra en sus páginas la crudeza de sus desvaríos, delirios y sicopatías. Por mi parte, sólo quiero destacar una de aquellas infaustas vidas, la del escritor proletario Andrei Platonov.

EL NACIMIENTO DE UN ESCRITOR PROLETARIO

Andrei Platonovich Klimentov, quien públicamente se daría a conocer como Andrei Platonov, nació el 16 de agosto de 1899 en Yamskaia Sloboda, localizada en las afueras de Voronezh, ciudad en que concurren tres líneas férreas de gran importancia. Aquella ciudad fue a donde fuera, años después, exilado internamente por Stalin, el poeta Osip Mandelstam y donde escribiera sus conocidos *Cuadernos de Voronezh*. Platonov, hijo de un empleado del ferrocarril, quien era ajustador de metal y ocasional inventor (el mismo Platonov llegó a creer a los trece años de edad que había descubierto el movimiento perpetuo y desarrollaría innovaciones tecnológicas, entre ellas una balanza de su invención), era el mayor de siete hijos de una familia obrera. Creció en aquel ambiente de trabajo y agitación, en los talleres ferroviarios. La madre era hija de un relojero.

De niño le inscribieron en la escuela de la iglesia parroquial de su comunidad, en donde aprendió las primeras letras, y luego en un colegio urbano. A los trece años y medio, en 1914, empezó a trabajar, primero como oficinista en una compañía de seguros local, luego como fundidor en una fábrica de tuberías; en una finca privada como mecánico asistente; obrero en una fábrica de piedras de molino artificial; almacenista y en otras tareas, incluyendo el mismo ferrocarril en que laboraba el padre. Y simultáneamente, desde esa temprana edad, empezó a escribir poemas que enviaba a distintas publicaciones, sin mayor éxito.

Cuando se da la Revolución de Febrero de 1917, Platonov amplía sus actividades. Intenta solidificar su formación técnica y se inscribe en el Instituto Politécnico de Voronezh, en donde estudia tecnología eléctrica. A raíz del golpe de Estado bolchevique de noviembre de 1917, la llamada *Revolución de Octubre*, y la posterior guerra civil que tal *putsch* militar desató, Platonov y su padre toman parte a favor del grupo de Lenin y con el tren llevan tropas y suministros a distintas regiones, además de limpiar de nieve las vías.

Entre los años 1918 y 1921, Platonov se da a conocer como escritor de origen obrero. A los 20 años, en 1919, se incorpora al Ejército Rojo. Publica decenas de poemas, relatos y cientos de artículos y ensayos, en una derroche creativo que ve la luz en distintos medios locales, como la prensa del sindicato del ferrocarril *Zheleznyi poner* (Ferrocarril), del Comité del Partido de Voronezh *Derevnia Krasnaia* (Campo Rojo) y *kommuna Voronezhskaia* (Comuna de Voronezh), la revista del grupo de escritores proletarios *Kuznitsa*, entre otros.

LA IDENTIFICACIÓN CON LA REVOLUCIÓN

Para 1920 aparecían varios trabajos firmados por él simultáneamente en distintos medios. Abordó temas relativos a la literatura, el arte, la tecnología, la guerra civil, la filosofía, la ciencia, la educación, la filosofía, la educación, la economía, las relaciones exteriores, la recuperación de tierras, el hambre y muchos otros más.

Se involucra en la fundación local del Proletkult; en marzo de 1920 se afilia a la Unión de Periodistas Comunistas, trabaja como editor de *Derevnia Krasnaia*, es electo en agosto de 1920 en la junta provisional de la Unión de Escritores Proletarios de Voronezh; en octubre de 1920 asiste al Primer Congreso de Escritores Proletarios en Moscú, organizado por el grupo *Kuznitsa*.

En la primavera de 1920, Platonov se afilia formalmente al Partido Comunista y empieza a asistir a la escuela de cuadros del partido, pero lo abandona a final de 1921, por una "razón menor", que podría haber sido la experiencia de la terrible hambruna de 1921 y las críticas que realizó a los privilegios de los comunistas locales para ese tiempo. Se hizo figurar que fue expulsado del partido cuando se negó a limpiar de basura el pueblo durante un sábado voluntario comunista o *subbotnik*. Fue readmitido como candidato a miembro en 1924.

En 1921 publica su primer libro: ***Electrificación***. El concepto de Lenin de que electrificación + poder soviético = socialismo, llevó a impulsar la electrificación de Rusia. Las bombillas en las chozas campesinas fueron llamadas las "*lamparillas de Illich*" e impresionó a gente que hasta entonces se iluminaban en la noche quemando astillas de madera.

En 1922 publica ***Azul Profundo*** (*glubina Golybaya*), que la crítica recibió favorablemente y que llevó al poeta Valery Briusov y otros autores a considerarlo una de las promesas de la joven literatura proletaria que emergía en la Rusia soviética.

Ese mismo año de 1922, ante la realidad de la hambruna, Platonov abandona la literatura y el periodismo y se involucra en cuerpo y alma en tareas relativas a la electrificación rural y a la recuperación de tierras, laborando para organismos del Estado. "*Yo no podía estar ocupado en una actividad contemplativa como la literatura*", declararía un año después. Entre 1921 y 1922 fue presidente de la comisión especial de lucha contra la sequía local. Se involucró en trabajos como ingeniero, organizó la excavación de estanques y pozos, drenó tierras pantanosas y participó en la construcción de una planta hidroeléctrica. Además funge de administrador en otros proyectos y hace importantes innovaciones tecnológicas.

En 1925, coincidiendo con la película de Sergei Eisenstein "***El acorazado Potemkin***", película distribuida por *Prometheus*, una de las compañías que creó y dirigía Willi Münzenberg, el cerebro de *La Matraca Canalla*, Platonov publicó su libro sobre la revuelta del Mar Negro de 1905 y el mismo fue una publicación oficial del partido bolchevique.

En 1926, en tanto especialista en mejora territorial, Platonov es electo al comité central de la Unión de Agricultura y Trabajo Forestal. En junio de 1926 se traslada a Moscú junto a su esposa, María Aleksandrovna, y su hijo, Platón. Sin embargo, un mes más tarde le despiden. El sindicato le acosa para quitarle la vivienda especial que le habían asignado. Platonov, para no morir de hambre, vende sus libros.

En el otoño de 1926 vuelve a encontrar trabajo. Le nombran jefe del departamento de recuperación de tierras de Tambov. A comienzos de diciembre parte a Tambov como jefe de la Sección de Bonificación de la Dirección Provincial de Agricultura, y deja a la esposa y a hijo en Moscú. Allí vive un repentino flujo creativo. Escribe ***El camino del éter***, su premonitorio relato ***Las esclusas de Epifano*** y también ***La ciudad Gradov***. Por igual dos libros de ensayos: ***El país de los pobres***, y ***Crónica de una tierra pobre***.

UN INESPERADO TROPIEZO CON...¡STALIN!

Desde 1926 vuelve a dedicarse a escribir de manera continua. En 1927 se transforma en un escritor profesional. Al regresar a Moscú en marzo de 1927 escribe, entre otros relatos, ***Constructores de una nación***, ***Hombre secreto*** y ***Pueblo Yamsakay***. Una colección de sus relatos la publican en 1927. Al año siguiente, 1928, le publican ***El origen de un maestro***, primer capítulo de su novela ***Chevengur***.

Entre 1926 y 1930, coincidiendo con el lanzamiento del Primer Plan Quinquenal en la Rusia soviética, Platonov escribió sus dos principales novelas: ***Chevengur*** y ***La excavación***. En 1929 termina ***Chevengur***, crítica implícita al modelo burocrático estalinista. La novela nunca obtuvo la aprobación de la censura bolchevique y, por lo mismo, fue secuestrada por la NKVD y nunca fue publicada en vida del autor.

Ese 1929, Platonov se convierte en el blanco principal de los críticos, que desbarran sobre sus textos. Le acusan de que sus obras tienen serios errores ideológicos. El crítico Leopold Averbaj, uno de los principales teóricos de la RAPP (Asociación de Escritores Proletarios de Rusia), se ensaña contra Platonov. Su crítica es reproducida en tres importantes publicaciones soviéticas y marcan a Platonov como no afín al tipo de literatura que Stalin aprueba.

Al recibir el rechazo a ***Chevengur***, su novela, escribe a Máximo Gorki (alias literario de Alekséi Maksímovich Peshkov), diciéndole: *"Lo visité hace dos meses. Ahora le ruego que lea mi manuscrito. No lo publican (lo han rechazado en Federatsia), dicen que en la novela se representa la revolución de forma incorrecta y aun que toda la obra se interpretará como contrarrevolucionaria. Yo, en cambio, he trabajado movido por otros sentimientos y ahora no sé qué hacer."*

Máximo Gorki, quien era uno de sus protectores, al igual que Mijail Sholójov, le responde: *"Es usted un hombre de talento, esto es indiscutible, como lo es el hecho de que posee usted una lengua muy peculiar. Su novela es extraordinariamente interesante... Pero aun siendo indiscutibles las cualidades de su trabajo, no creo que se lo publiquen, que lo editen. Para ello será un impedimento su percepción anárquica del mundo, al parecer propia de su «espíritu»... Y le diré más: entre los redactores actuales no veo a nadie capaz de valorar los méritos de su novela... Eso es todo lo que le puedo decir y lamento no poderle añadir otra cosa."* Y al final, le recomienda: *"No se enoje; no deje que eso le amargue. Todo pasará. Al final la verdad sola se mantendrá"*.

Trabaja en los departamentos de redacción de varias revistas además de escribir ficción. Para el otoño de 1929 visita varias granjas colectivas y sovjoses. En los comienzos de 1930 escribe la novela-crónica ***En provecho – Crónica de un hombre pobre***, que era una sátira de la colectivización estalinista. Los editores a los que somete la obra se la rechazan, por "errónea". En 1931, *Krasnaya Nev (Tierra Nueva Roja)*, editada por el escritor soviético Aleksandr Fadeiev, le aprueba publicar la obra. Fadeiev, en persona, subraya los pasajes de la misma que debían eliminarse debido a conveniencias políticas. Los tipógrafos no interpretan correctamente las indicaciones de Fadeiev y los pasajes subrayados para ser eliminados los publican en negrita. Tanto ***En provecho***, como ***Las dudas de Makar*** llegan al escritorio de Stalin Al leer el cuento y la novela, Stalin se irritó en grado sumo. Fue escribiendo al margen calificativos como "vulgar", "hombre bobo", "villano", "sinvergüenza", "tonto". En mayo de 1931, calificó la obra de ser una "crónica de los kulaks" (kulak era el mote de los campesinos con algún tipo de propiedad, por entonces blanco de la ira de Stalin y perseguidos a muerte por los comunistas) De hecho, resumió su impresión de la misma con las siguientes palabras, una sentencia lapidaria al autor y a la obra: "Esta es una historia de un agente de nuestros enemigos, escrita con el propósito de desacreditar la campaña de las granjas colectivas", escribió detrás del ejemplar de la revista la palabra *svoloch* (canalla), y llamó a Fadeiev y le ordena "darle una lección a Platonov para que entienda lo que significa ***En provecho***".

En una sesión especial del Buró Político del Partido Comunista, Stalin impuso que se condenara la publicación del relato de Platonov en la revista de Fadeiev como una "historia partidaria de los kulaks y profundamente anti-soviética". Fadeiev de inmediato cambió de dirección y publicó un artículo condenando el cuento que él mismo había aprobado y llamando a Platonov un "enemigo de clase" y un "agente encubierto de los kulaks". En específico, Fadeiev expresó: "Y uno de estos agentes kulak es el escritor *Andréi Platónov*, personaje que ya hace varios años que se pasea por las páginas de las revistas soviéticas con la máscara del «buen pobretón», de un *Makar bonachón*, inofensivo y loco bufón".

En 1931, la obra de Platonov fue atacada reiteradamente como "anticomunista". Iván Makáriev, uno de los principales críticos de la RAPP, titula "***Injuria***" la reseña que hace de la obra de Platonov. Mientras, el narrador amplía su amistad con Boris Pilniak, otro escritor "apestado" pero con mejores relaciones con la *Nomenklatura*. Esta amistad con Pilniak terminaría trágicamente y sería negativa para ambos autores.

El tono crítico de los relatos de Platonov sobre todo la evidenciación del creciente burocratismo de la sociedad soviética, le fue granjeando animadversión entre los funcionarios estalinistas y la mala voluntad del *Vodz*, de Stalin, cuyo disgusto con el autor llegó hasta calificarlo abiertamente como "tonto, canalla e idiota".

Su novela *La excavación* es una fábula cuasi surrealista sobre la sociedad soviética de su tiempo que, inmediatamente propuso su publicación, despertó encendidas críticas y ataques en su contra. A Platonov lo acusaron de atacar a la línea del partido, difamar al hombre nuevo y echar lodo al proceso de transformación socialista, todas acusaciones gravísimas en tiempos de Stalin.

LA AUTOCRÍTICA INÚTIL

El escritor da un paso atrás, asustado, y escribe una carta a *Pravda* y otra a *Gazeta Literaturnaya* admitiendo que se había equivocado. No le publican la carta en ninguno de los dos medios, acusándolo, los editores, de que su carta estaba cargada de ironía. La carta, archivada por la KGB y desclasificada a raíz de la caída de la URSS, empezaba como sigue: *"Les ruego que publiquen la presente carta. El abajo firmante reniega de toda su actividad literaria y artística pasada, tanto de la expresada en las obras impresas como en las no publicadas. El autor de estas obras, debido a la acción que sobre él ha ejercido la realidad social, y como resultado de sus propios esfuerzos en favor de esta realidad y de la crítica proletaria, ha llegado a la conclusión de que su labor prosaica, a pesar de sus positivas intenciones subjetivas, es por completo y contrarrevolucionariamente perniciosa para la consciencia de la sociedad proletaria"*.

Preocupado, Platonov escribió también sendas cartas a Gorki y a Stalin, pero ninguno de ellos le respondió. En una reunión celebrada el 2 de febrero de 1932, durante el Congreso de Escritores Soviéticos de Toda Rusia, Platonov hace su *"autocrítica"*, declarando que sus obras *"carecen de interés o utilidad para la revolución"*. La mayoría de los presentes en la reunión dudan que Platonov pueda enmendarse, dado que ninguna de sus obras son políticamente correctas y se amoldan a las directrices trazadas por el partido comunista ruso.

En el período de las purgas, Platonov escribió contra Trotski, Rikov y Bujarin, una manera de encontrar alivio al frío que se le había ido formando en derredor.

El 26 de octubre de 1932, Máximo Gorki invita a los más reconocidos escritores soviéticos a visitar su residencia, la casa del *"escritor del pueblo"*. Hay ausencias notables: Pasternak, Bulgakov, Mandelstam, Ajmátova, entre otros. Pero están los sumisos al *apparat*. Y está, con ellos, Stalin. Allí, el *Vodz*, que escuchó pacientemente la cháchara de sus cuartilleros, en un momento dado toma la palabra y declara: *"Nuestros tanques son inútiles cuando quienes los conducen son almas de barro. Por eso afirmo que la producción de almas es más importante que la producción de tanques... (...)* *Alguien acaba de observar que los escritores no deben permanecer inactivos, que deben conocer la vida de su país. La vida transforma al ser humano y ustedes tiene que colaborar en la transformación de su alma. La producción de almas humanas es de suma importancia. ¡Y por eso alzo mi copa y brindo por ustedes, escritores, ingenieros del alma!"* De esa reunión nacería la Unión de Escritores Soviéticos, que encabezaría Máximo Gorki (Años después, en la Biblioteca Nacional de La Habana, Fidel Castro tendría una reunión igual, emulando a Stalin: su famosa reunión con los escritores, en que, buen alumno de Hitler y Mussolini más que de Marx, Engels y Lenin, plagiaría la fórmula de El Duce, diciéndole a los escritores: *"Dentro de la Revolución, todo; fuera de la Revolución, nada"*. Y de esa reunión, por igual, saldría la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, UNEAC. Simple gusto por repetir como comedia bufa lo que no funciona).

Allí también se enunciarían las bases de ese mamotrero que cercenó a tantos talentos y corrompió la literatura y el arte en la Unión Soviética: el "*realismo socialista*". Uno de los experimentos de la época era el libro colectivo. Según Gorki: "*Si los trabajadores son capaces de verter cemento en brigadas, ¿por qué unas brigadas de escritores no iban a ser capaces de producir un libro común?*" De alguna manera lo lograron: Soltzenitsin llegó a declarar que la mejor parte de la obra de Sholojov fue elaborada en los cuarteles de la Lubiánka, local de la Inteligencia rusa, por anónimos autores que ensamblaron páginas brillantes incautadas a los narradores más señeros de Rusia condenados al gulag y a la muerte.

En 1932, Platonov redacta "*Catorce pequeñas chozas rojas*", pieza en que aborda el trauma que significan el hambre y la muerte debidas a la colectivización forzada de la agricultura y cosecha el mismo rechazo.

Como no le publicaban sus obras, se desespera. Escribe a Gorki: "*¿Puedo ser un escritor soviético o eso es objetivamente imposible?*". Gorki no le respondió.

EL APARATO DE CONTROLAR LAS MENTES: GLAVLIT

Con todo, Máximo Gorki, que aprecia el talento de Platonov, lo incorpora en las giras de escritores que promueve para que estos conozcan y canten las grandes obras de ingeniería hidráulica y los proyectos desmesurados que transforman la fisonomía de Rusia y sus países satélites. En 1934 lo incluye en un viaje a Turkmenistán, que por entonces celebraba sus diez años como república socialista. Platonov, a partir de sus impresiones, escribe el relato *Dzhan*, también *Takyr* y redacta el artículo *Sobre la primera tragedia soviética*. De toda su labor, sólo *Takyr* es publicada. Platonov, que tenía que someter a la Dirección General de Literatura, GlavLit, sus textos, para aprobación, no obtuvo el *nihil obstat*, pese a que se comprometió a reescribir el final de *Dzhan*.

Ese GlavLit tenía un control estricto de lo que podían leer los ciudadanos soviéticos. Sólo la viuda de Lenin, Nadezhda Krúpskaia, elaboró en 1926 un índice complementario de obras prohibidas, incluyendo "*un centenar de libros susceptibles de despertar sentimientos primitivos y antisociales*", entre ellos el Corán, la Biblia y las obras de Dostoievski. Le correspondía a GlavLit proceder a una retirada efectiva de esos libros de todas las bibliotecas, reciclándolos como papel viejo" (*Ingenieros del alma*, F. Westerman, Pág. 173).

Platonov durante ese período trabaja como ingeniero en el Departamento Republicano de Pesos y Medidas (adjunto al Comisariado Popular de la Industria Pesada), sobresaliendo como inventor de numerosos artilugios tecnológicos.

A principios de 1936, incluyen a Platonov en un colectivo de escritores que tenían que producir un libro sobre los héroes del transporte ferroviario, según el proyecto de Lazar Kaganóvich, quien es presentado como "*el mejor compañero de armas del camarada Stalin*". Su primer aporte: *Inmortalidad*, obtiene un inesperado éxito de crítica y la

aprobación de los lectores. El repentino éxito se apaga de nuevo con su segunda contribución: ***Entre los animales y las plantas***, criticado en la Unión de Escritores de la URSS por su "*alejamiento del tema épico*". A Platonov lo acusan de abandonar la visión heroica para caer en una ironía que no conoce límites.

Para 1937, Platonov propone a la Unión de Escritores de la URSS su intención de trabajar en una novela intitulada ***Viaje de Leningrado a Moscú en 1937***, replica de la escrita por Radíshev hacia un siglo.

DE CÓMO STALIN SOLÍA HERIR DONDE MÁS DOLÍA

En mayo de 1938, Platonov recibe una muestra de la manera a veces oblicua en que Stalin castiga y degrada a las personas. Su hijo, Platón, de apenas quince años de edad, es apresado y acusado de "*agitación contra la Unión Soviética*", lo tildan de "*terrorista*" y de "*espía*". Platón Platónov fue condenado a diez años de trabajos forzados en Norilsk, en el extremo Norte; es enviado al Gulag, el sistema de campos de concentración que proveía de mano de obra esclava al régimen. Platonov escribió al NKVD asumiendo la responsabilidad de una escopeta infantil de aire comprimido y las obras literarias manuscritas encontradas en la casa, pero de nada sirvió.

Un informe interno de la OGPU por esos años, firmado por el agente Shivárov evalúa la obra y la conducta del novelista: "*Platónov lee sus obras sólo a sus amigos más allegados: a A. Nóvikov e I. Sats, y no difunde sus obras para que no corran de mano en mano.*"

La amistad de Platonov con el novelista Boris Pilniak agrava las sospechas contra Platonov. Ya en 1929 en Rusia se acuñó el término "*pilniakismo*" como un insulto, equivalente a "*traición al socialismo*". A Pilniak, al final, no le fue tan bien como a Platonov. El juicio al caso 14488 contra Pilniak se celebra el 20 de abril de 1938. En apenas 15 minutos el juez Ulrich, sumariamente, condena a Boris Pilniak a muerte. Martilla dos veces y declara la sentencia irrevocable. Ordena su inmediata ejecución. La mañana siguiente, el teniente Shevelev, del NKVD, ejecuta al escritor.

Platonov, desde 1936, había ido publicando reseñas críticas de literatura en distintas revistas y periódicos. Un volumen que reunía buena parte de las mismas se iba a publicar en 1939, pero fue repentinamente abortado cuando el proyecto de publicación recibió ataques desde la revista teórica del partido comunista. Prácticamente, el único medio que tenía Platonov de obtener recursos como escritor eran sus textos para niños, pero aún estos no siempre eran bien aceptados. Varias obras que escribió para el Teatro Central nunca fueron montadas en vida del autor.

En 1939 zarandean al escritor. Los críticos se refocilan en descalificar su obra. El crítico Vladímir Yermílov denuncia a Platonov ante el primer "*ideólogo*" de la URSS, A. Zhdánov.

A principios de 1941, gracias a la intercesión del novelista y diputado del Soviet supremo Mijail Sholójov, que admiraba a Platonov, excarcelan a Platón, el hijo. En el Gulag, el adolescente había contraído tuberculosis y dos años después, en 1943, muere a causa de la misma, no sin antes infectar a su padre.

Alemania invade a Rusia, ante el desconcierto de Stalin. Platonov es momentáneamente autorizado a volver a colaborar como periodista y escritor y se convierte en corresponsal de guerra para el periódico del ejército rojo *Krasnaya Zvezda*. Se le permite publicar por un permiso especial de Stalin. Mientras transcurren los años de guerra, a Platonov le publican los libros: ***Inspiración Popular*** (1942), ***Historias de la Patria*** (1943), ***Armadura*** (1943) y ***Hacia la puesta del sol*** (1945). Los censores eliminan implacablemente de sus obras aquellas que no tratan de la guerra y que no tienen un tono o enfoque heroico.

Platonov sufre heridas de guerra en Checoslovaquia durante la ofensiva del Ejército Rojo contra Hitler y se le agrava la tuberculosis, lo que provocó que se le licenciara.

Terminada la guerra, escribe ***La familia Ivanov***, que provoca que le lapiden de nuevo: difama a la hombre nuevo, claman sus críticos. Fue expulsado de la Unión de Escritores Soviéticos y todas sus obras fueron prohibidas. Le quitan los trabajos y sólo le permiten que ocupara la plaza de bedel del edificio del Instituto de Escritores. Escoba en mano, mientras barre el patio del local de la Unión de Escritores, ve a los autores aprobados conversar y disfrutar. Era la vida que le habían proscrito, pero que le dejaron atisbar, un tanto como para que viviera el suplicio de Tántalo. En 1947 el crítico V. Yermílov, el mismo que lo había denunciado ante Zhdánov, acusa a Platonov de que su obra ***La familia Ivanov*** era una sarta de calumnias contra el poder soviético. De nuevo, apenas puede obtener ingresos por sus obras escritas para niños, y ello gracias al apoyo de Mijail Sholójov, que las apadrina.

El 5 de enero del 1951, en total pobreza, marcado por la situación de ser tildado de enemigo de Stalin y del poder soviético, rechazado por la progenie de los escritores oficiales, gordos por los privilegios que el régimen otorgaba, Andrei Platonov falleció, alcohólico y desconocido, en Moscú, a consecuencias de la tuberculosis que contrajo de su hijo. Con él moría una de las plumas más talentosas de la literatura rusa del siglo XX. Le entierran en el cementerio armenio de Moscú. El novelista Vasili Grossman encabeza una Comisión para la Herencia Literaria de Platonov e intenta publicar un par de libros, pero le niegan la autorización. En 1958 se publica una selección escogida de sus obras. Sólo 30 años después, durante La Perestroika, los lectores rusos pudieron acceder a lo más importante y significativo de su obra.

EL VALOR DE SU OBRA NARRATIVA

Para Joseph Brodsky, el poeta y premio Nobel ruso, Platonov posee un nivel de calidad literaria semejante a Franz Kafka, James Joyce o Robert Musil. Y observa que la obra del ruso tiene la tremenda fuerza de un Thomas Mann o un Marcel Proust. Y otros autores le comparan e igualan, sobre todo por su revelación del absurdo del

burocratismo socialista presente en su obra, con la del inglés George Orwell y no falta quien lo tilde de El Hemingway de Rusia o le asemejen a Samuel Beckett. Por igual, se le considera que alcanza en sus obras los niveles satíricos de un Jonathan Swift.

Precisamente, Hemingway en los años previos a la segunda guerra mundial, que había leído un cuento de Platonov, habló en respeto y admiración del estilo narrativo de este a unos periodistas rusos que le entrevistaban, y estos tuvieron que reconocer, avergonzados, que era la primera vez que oían su nombre y desconocían quién era.

Platonov narra el encontronazo entre las fantasías de igualdad, solidaridad y bien social de las utopías socialistas y las políticas burocráticas y dictatoriales de los funcionarios soviéticos, obtusos y orientados a no crearse problemas con los dirigentes y a preservar su posición, así como el impacto deletéreo de las políticas de Stalin y el sufrimiento que ellas producían en el pueblo llano.

Para Platonov : *"El arte consiste en expresar lo que es más complicado por el medio más simple. Es la forma más elevada de la economía."*

Robert Chandler, uno de sus traductores al inglés, lo considera el mayor estilista de la prosa rusa en el siglo XX, superior a autores tan significativos como Boris Pasternak, Alexander Solzhenitsin, Vasili Grossman y Shalámov.

Sólo en la década de los ochenta, a partir de la Perestroika de Mijail Gorbachov empezaron los ciudadanos rusos a recuperar la obra de Platonov, secuestrada por la KGB, y comenzaron a editarse por primera vez en su propia patria los textos censurados de este maestro de la narrativa.

La tragedia de Platonov fue el creer en verdad la utopía que vendían Lenin y su gente. Él creyó que la redención había llegado a los pueblos que conforman ese mosaico de nacionalidades que era entonces Rusia. Y se comprometió a fondo con ese proyecto. Al observar la cruenta realidad de los padecimientos de la gente, la hambruna, los crímenes arbitrarios, las medidas impopulares o desatinadas, el ensorbecimiento de los *apparatchiks* y la perruna subordinación a los jefes, su ser interno se rebeló. Quiso enmendar, denunciar, reflejar esa realidad de degeneración y burocratización. Pero eran los burócratas los que decidían sobre el valor de su obra. Luchó contra el poder. Una lucha perdida de antemano.

Ese es el sino trágico de su vida. No pudo adaptarse, rebajar su pluma, mentir y festejar al endiosado padrecito de los pueblos. El realismo socialista de Stalin y Zhadnov no era más que nuestra publicidad: seres felices, hermosos, siempre contentos, siempre disfrutando, en una burbuja de satisfacción y logro, que encubría una realidad oscura, sórdida, tenebrosa y amarga. Nunca pudo entender que la función de la literatura, para Stalin, era encubrir y maquillar la realidad, pintar un mundo ilusorio, en nada reflejar la vida gris y absurda que consumía las existencias de millones de ciudadanos en aquel imperio inmisericorde que regía el tirano de Georgia.

Las dudas de Makar

Entre la masa trabajadora vivían dos miembros del Estado: un hombre común y corriente de nombre Makar Ganushkin y otro más notable, el camarada Lev Chumovói, que era el más inteligente de la aldea, por lo que dirigía su movimiento progresivo por la línea recta que conducía al bienestar general. Cuando lo veían pasar, los aldeanos comentaban: «Por ahí va nuestro jefe. Para mañana habrá que esperar que se tome alguna medida... Tiene una cabeza inteligente, pero las manos vacías. Vive del razonamiento desnudo...».

Como cualquier persona normal, Makar prefería la artesanía a la labranza, le preocupaban más los espectáculos que el pan. Tenía, según había concluido el camarada Chumovói, la cabeza hueca.

Cierta vez, sin pedirle permiso al camarada Chumovói, Makar organizó el siguiente espectáculo: un tiovivo popular que debía girar movido por la potencia del viento. La gente rodeó el tiovivo de Makar como una nube compacta, a la espera de la tempestad que la haría girar. Pero por alguna razón la tempestad se hacía esperar, y mientras todos permanecían allí ociosos, el potro de Chumovói escapó a las praderas y se perdió por húmedos parajes. Si la gente hubiera estado descansando tranquilamente, habrían atrapado al potro de Chumovói, impidiendo que se le infligieran pérdidas, pero Makar los había distraído de su reposo, contribuyendo de este modo a las pérdidas de Chumovói.

Chumovói no corrió tras el potro, sino que se acercó a Makar, que en silencio echaba de menos la tempestad, y le dijo:

- Estás distrayendo aquí a la gente y ya no hay quien pueda correr tras del potro...

Makar despertó de su ensueño, porque en ese momento había adivinado algo. Su hueca cabeza, que gobernaba sus manos inteligentes, no le permitía pensar, pero sí podía adivinar al instante.

- No te aflijas - le dijo Makar al camarada Chumovói -, te construiré un vehículo autopropulsado.

- ¿Cómo? - preguntó Chumovói, porque no imaginaba cómo Makar podría construir un vehículo autopropulsado con aquellas manos inútiles.

- Lo haré de cuerdas y aros - respondió Makar sin pensar, sólo sintiendo la fuerza de tracción y rotación en las cuerdas y los aros que imaginaba.

- Entonces date prisa - dijo Chumovói -, de lo contrario te demandaré por organizar espectáculos ilegales.

Pero Makar no pensaba en la multa; él no sabía pensar. Trataba de recordar dónde había visto el hierro, y no lo logró porque toda la aldea estaba hecha de materiales superfluos tales como barro, paja, madera y tocones.

La tempestad nunca llegó, el tiovivo seguía sin girar y Makar regresó a su casa. Por aburrimiento, Makar bebió un poco de agua y sintió su sabor astringente. «Ha de ser por eso por lo que no hay hierro - adivinó Makar -, porque lo tomamos con el agua.»

Por la noche Makar bajó a un pozo abandonado. Pasó en él veinticuatro horas buscando hierro bajo la arena húmeda. Al segundo día, unos hombres dirigidos por Chumovói, que temía la muerte de un ciudadano en cualquier lugar que no fuera el frente de la construcción del socialismo, sacaron a Makar. Casi no pudieron izarlo, ya que en sus manos sostenía dos bloques color café de mineral de hierro. Los hombres lo sacaron y lo maldijeron por lo pesado que resultaba; el camarada Chumovói, por su parte, prometió multarlo por agitar la vida del pueblo.

Pero Makar no le hizo caso y a la semana coló hierro de aquel mineral en el horno de su casa, después de que su mujer horneara pan en él. Nadie logró saber cómo pudo destemplan el mineral en aquel horno, porque Makar puso en juego sus inteligentes manos y su callada cabeza. Un día después, Makar hizo una rueda de hierro y después otra más, pero ninguna de ellas quiso moverse por sí sola; había que rodarlas con las manos.

Chumovói fue a visitar a Makar y le preguntó:

- ¿Has hecho el vehículo autopropulsado para sustituir al potro?
- No - dijo Makar -, pensaba que rodarían por sí solas, pero no ha sido así.
- ¡Entonces me has engañado, cabeza de tempestad! - exclamó con voz oficial Chumovói
- ¡Hazme un potro!
- No tengo carne; de lo contrario lo haría - se negó Makar.
- ¿Y cómo has podido hacer hierro del barro? - le recordó Chumovói.
- No sé - contestó Makar -, no me acuerdo.

Aquí Chumovói se enfadó:

- ¡Así que tú, diablo - individuo, quieres esconder una invención de importancia económico - popular! ¡No eres persona, eres un vil propietario individual! ¡Te multaré para que sepas cómo debes pensar!

Makar se resignó:

- Pero, camarada Chumovói, es que yo no pienso, soy una persona hueca.
- Entonces acorta tus manos y no hagas nada de lo que no seas consciente - lo acusó Chumovói.
- Camarada Chumovói, si yo tuviera una cabeza como la tuya, también pensaría - le confesó Makar.
- ¡Correcto! - confirmó Chumovói -. Pero sólo hay una cabeza así para toda la aldea, así que debes obedecerme.

Y Chumovói multó a Makar por lo ocurrido, de modo que este último tuvo que irse a Moscú y dejó el tiovivo y la granja al diligente cuidado del camarada Chumovói. Fue a Moscú para conseguir medios con que pagar aquella multa.

Makar había viajado en tren hacía nueve años, o sea, en 1919. En aquella época lo habían llevado gratis porque parecía un obrero agrícola, de modo que ni tan siquiera le pidieron que se identificara. «Continúa tu viaje - le solía decir la guardia proletaria -, nos gustas, ya que eres pobre.»

Ahora, como nueve años atrás, Makar subió al tren sin hacer preguntas, aunque le sorprendió que hubiera poca gente y que la puerta estuviera abierta. Así y todo se sentó no en un vagón, sino en los acoplamientos que hay entre ellos para poder ver funcionar las ruedas en movimiento. Las ruedas comenzaron a moverse y el tren partió rumbo al centro del estado, hacia Moscú.

El tren se movía más rápido que cualquier caballo de media sangre. La estepa corría junto al tren y parecía no tener fin.

«Matarán el vehículo - compadecía a las ruedas Makar -. Aunque es cierto que hay muchas cosas en el mundo, porque es amplio y está vacío.»

Las manos de Makar descansaban, su fuerza libre e inteligente penetró su hueca y voluminosa cabeza, y él también comenzó a pensar. Makar viajaba en el acoplamiento y pensaba lo que podía. Pero no permaneció allí largo rato. Se le acercó un custodio que no llevaba armas y le pidió su billete. Makar no llevaba billete, ya que según sus suposiciones existía ahora un poder fuerte, el poder soviético, que transportaba gratis a los necesitados. El custodio - revisor le dijo a Makar que para evitar una desgracia se bajara en el primer apeadero en el que hubiera una cantina, de modo que no se muriera de hambre en un paraje despoblado. Makar entendió que las autoridades se preocupan por él, ya que no se limitaban a echarlo, sino que le proponían ir a aquella cantina, y agradeció la atención al jefe de los trenes.

No obstante, Makar no se bajó en el apeadero, aunque el tren se detuvo a descargar las cartas y postales del vagón del correo. Recordó cierto razonamiento técnico y se quedó en el tren para ayudarlo a seguir avanzando.

«Cuanto mayor es el peso de algo - para comparar Makar imaginaba una piedra y una pluma -, más lejos puede volar cuando lo lanzan; del mismo modo viajaré en este tren como un ladrillo sobrante, y así llegaré más rápido a Moscú.»

Para no ofender al custodio, Makar se deslizó bajo el vagón, a la profundidad del mecanismo, y se acostó allí a descansar y escuchó la excitante velocidad de las ruedas. La tranquilidad y la visión de la arena del camino lo adormecieron profundamente, y en el sueño se vio despegar de la tierra y volar atravesando el viento frío. Esta sensación maravillosa le hizo compadecer a toda la gente que se había quedado en la tierra.

- Oye, Seriozha, ¿por qué dejas los cuellos del eje si todavía están calientes?

Makar se despertó al oír estas palabras y se tocó el cuello para comprobar si su cuerpo y su vida interna seguían íntegros.

- ¡No importa! - gritó desde lejos Seriozha -. ¡Falta poco para llegar a Moscú, no se quemaran!

El tren se había detenido en una estación. Los mecánicos revisaban los ejes de los vagones y maldecían en voz baja.

Makar abandonó su escondite y vio a lo lejos el centro del estado, Moscú, la ciudad principal.

« ¡Ahora incluso puedo llegar a pie! - comprendió Makar -. Quizá el tren llegue sin la ayuda de mi peso adicional.»

Makar marchó en dirección a las torres, a las iglesias y las amenazantes construcciones, o sea, rumbo a aquella ciudad con tantas maravillas de la ciencia y la técnica. Iba dispuesto a labrarse una vida bajo las cabezas doradas de los jefes y de los templos.

Al bajarse del tren, Makar se encaminó hacia el Moscú que ya era visible, con un gran interés en aquella ciudad central. Para no extraviarse, Makar caminaba sin apartarse de los rieles, maravillándose al pasar junto a los andenes en cuyos alrededores crecían bosques de pinos y abetos. En la espesura de aquellos bosques descubría casitas de madera y árboles débiles bajo los cuales hallaba tirados envoltorios de caramelos, botellas vacías de vino, tripas de embutidos y otras buenas cosas ya echadas a perder. Aquí, bajo el yugo humano, la hierba no crecía y los árboles también sufrían y se desarrollaban poco. Makar no entendía aquello con mucha claridad: «Parece que aquí vive la canalla rematada, puesto que hasta las plantas mueren por su culpa. Esto es muy triste: ¡el ser humano vive, se reproduce, todo junto a un desierto! ¿Dónde, entonces, están presentes la ciencia y la técnica?».

Lleno de compasión, Makar se llevó la mano al pecho. En un andén descargaban bidones vacíos de leche de un vagón y cargaban los llenos. Makar se detuvo porque se le había ocurrido una idea.

« ¡Tampoco aquí hay técnica! - definió en voz alta la situación -. Es correcto que transporten las vasijas con la leche porque en la ciudad también viven niños que la están esperando. Pero ¿qué sentido tiene transportar los bidones vacíos en el vagón? ¡Porque con esto sólo gastan técnica por gusto, y son bidones muy voluminosos!»

Makar se acercó al jefe lechero, al administrador de los bidones, y le aconsejó construir una tubería lechera desde esta estación hasta el mismo Moscú para evitar el tener que transportar los vagones con los bidones vacíos.

El jefe lechero escuchó a Makar. Él respetaba a las personas de las masas populares, pero le aconsejó dirigirse a Moscú: allí estaban los más inteligentes, que son quienes administran cualquier cambio.

Makar se enfadó:

- Pero ¡eres tú quien transporta la leche, no ellos! Ellos sólo la toman, no ven los gastos sobrantes de la técnica.

El jefe le explicó:

- Lo mío es formar los trenes. Soy un simple ejecutor, no un inventor de tuberías.

Entonces Makar lo dejó en paz y se marchó lleno de dudas a Moscú.

En Moscú era mañana tardía. Miles de personas corrían por las calles como campesinos durante la recogida de cosecha.

«Pero ¿qué se disponen a hacer? - pensaba Makar parado entre la multitud -. Seguro que aquí se encuentran las potentes fábricas que visten y calzan a toda la lejana gente campesina.»

Makar miro sus botas y dijo «gracias» a toda la gente que veía corriendo, porque sin ella él viviría desnudo y descalzo. Casi todos llevaban colgados del hombro unas bolsas de piel en las que seguramente guardaban puntillas de zapatero y retazos de piel.

«Pero ¿por qué corren y gastan sus fuerzas? - pensó desconcertado Makar -. ¡Mejor sería que trabajaran en sus casas y que se les repartiera la comida a domicilio, en caballos!»

Pero la gente corría, subía a los tranvías hasta comprimir totalmente los resortes y no compadecían sus cuerpos en aras del beneficio laboral. Esto dejó satisfecho a Makar.

«Son buena gente - pensó -. Les cuesta llegar a sus talleres, pero lo desean.»

A Makar le gustaron los tranvías porque se movían por sí mismos y el maquinista iba sentado en el primer vagón sin dificultad alguna; hasta parecía que no conducía nada. Makar también subió al vagón sin esfuerzo, ya que lo empujó la gente con prisa que venía detrás. El vagón se movió suavemente. Bajo el suelo rugía la fuerza invisible de la máquina. Makar la escuchaba y la compadecía.

« ¡Pobre trabajadora! - pensaba Makar de la máquina -. ¡Cómo se esfuerza! Pero transporta a esta gente útil, o sea, que les está ahorrando sus piernas vivas.»

Una mujer, la jefa del tranvía, entregaba a la gente unos recibos, pero Makar se negó a recibir el suyo para no hacerla trabajar más.

- ¡No necesito nada! - dijo Makar, y entró.

A la jefa le gritaban para que les diera algo, a cada cual lo suyo, y ésta accedía siempre. Para ver qué le daban, Makar también dijo:

- ¡Oye, dame algo también a mí según mi solicitud!

La dueña tiró de la cuerda y el tranvía se detuvo.

- Sal según tu solicitud - le dijeron los ciudadanos a Makar y lo sacaron a la fuerza.

Makar salió al aire libre.

Era un aire capitalino: olía al gas excitante de las máquinas y al polvo del hierro fundido de los frenos de los tranvías.

« ¿Y dónde está por aquí el centro del estado?», preguntó Makar a una persona cualquiera.

La persona señaló y tiró un cigarrillo al cubo de la basura callejera. Makar se acercó y también escupió en aquel cubo para tener derecho a utilizarlo todo en la ciudad.

Los edificios le parecían tan pesados y altos que Makar compadeció al poder soviético, a quien sin duda le era muy difícil mantener toda aquella provisión de casas.

En un cruce de calles, un miliciano levantó un palo rojo con la punta hacia arriba y con su izquierda le mostró el puño a un carretero que llevaba harina de centeno.

«Aquí no respetan la harina de centeno - concluyó Makar -, aquí se alimentan con harina blanca.»

- ¿Hacia dónde queda el centro? - preguntó Makar al miliciano.

El miliciano le indicó a Makar cuesta abajo y le informó:

- Junto al teatro Bolshói, en la rampa.

Makar caminó cuesta abajo y se encontró de pronto entre dos pequeños prados en flor. En un lado de la plaza había una pared; en el otro, una casa con columnas. Las columnas sostenían cuatro caballos de hierro fundido y, por cierto, las columnas habrían podido ser más delgadas, ya que la cuadriga no parecía pesada.

Makar comenzó a buscar en la plaza la vara con bandera roja que marcara el centro de la ciudad principal y de todo el estado, pero no halló tal vara por ninguna parte; sólo vio una piedra con algo escrito en ella. Makar se apoyó en la piedra para sentirse en el centro mismo del estado y llenarse de respeto hacia sí mismo y hacia su estado. Suspiró feliz y sintió hambre. Bajó en dirección al río y descubrió las obras de una casa increíble.

- ¿Qué construyen aquí? - preguntó a un transeúnte.

- ¡Un edificio eterno de hierro, hormigón, acero y cristal claro! - le contestó aquel.

Makar decidió llegar hasta él para trabajar un poco en su construcción y comer algo.

En el portón había guardias. Uno de ellos le preguntó:

- ¿Qué quieres, tonto?

- Trabajar en algo, porque he perdido mucho peso - les comunicó Makar.

- ¿Cómo piensas trabajar aquí, si vienes sin billete? - le preguntó el guardia.

Aquí se acercó el albañil y escuchó con gusto a Makar.

- Ve a nuestra barraca, a la olla común, los muchachos te darán de comer - lo ayudó el albañil -. Aunque no podrás entrar con nosotros enseguida, porque vives en libertad y, por lo tanto, no eres nadie. Primero deberás entrar en la unión de trabajadores, pasar por la inspección de clases.

Makar fue a la barraca para comer de la olla común y fortalecer su vida interna con vistas a mejorar su ulterior destino.

Makar se quedó a vivir en las obras de aquel edificio que el transeúnte había llamado eterno. Primero se hartó en la barraca de los trabajadores con una papilla negra y nutritiva, y luego fue a inspeccionar el trabajo de construcción. Por doquier la tierra había sido afectada con orificios, la gente se movía ajetreada; máquinas de nombres desconocidos clavaban pilotes en la tierra. La mezcla de hormigón bajaba por sí sola por canalones, y todos los sucesos del trabajo se desenvolvían ante sus ojos. Se veía el edificio crecer, aunque nadie sabía para quién era. A Makar no le interesaba a quién y qué le tocaría; sólo le interesaba la técnica como base del futuro bienestar general. Lógicamente, al jefe de Makar en su aldea natal, el camarada Chumovói, le hubiera interesado más cómo serían distribuidas las viviendas en el futuro edificio que el martinete de hierro fundido, pero Makar sólo tenía las manos diestras y por eso sólo pensaba en qué se podía hacer.

Makar recorrió toda la construcción y constató que el trabajo avanzaba rápida y felizmente. Pero algo triste lo atormentaba en su interior, aunque no sabía qué. Se paró en el centro de los trabajos en marcha y dio un vistazo al cuadro general: era evidente que algo fallaba en la construcción, algo andaba extraviado, pero no sabía qué. De la

tristeza y el cansancio, Makar se quedó dormido al encontrar un lugar tranquilo. En su sueño vio un lago, pájaros, el pequeño bosque olvidado de su aldea, pero lo que necesitaba ver, lo que faltaba en la construcción, no lo vio. De pronto, al despertarse, descubrió el error de aquella obra: para levantar una pared los obreros llenaban de hormigón los armazones de hierro. Pero ¡esto no era técnica, sino un trabajo burdo! Para que fuera técnica, el hormigón debía subir por tuberías. El obrero no se cansaría, porque sólo debería sostener la manga y con esto se impediría el despilfarro de la fuerza roja de la inteligencia en manos del trabajador no especializado.

Makar salió en búsqueda de la oficina principal científico - técnica de Moscú. Ésta se encontraba en un barranco, en un local fuerte e ignífugo. Junto a la puerta, Makar encontró a un hombrecito a quien informó que había inventado una manga para usar en las construcciones. El hombrecito lo escuchó e incluso preguntó sobre temas de los que ni el mismo Makar sabía, y luego lo envió escalera arriba a que viera al escribano principal. El escribano había sido un ingeniero científico que decidió escribir papeles para que sus manos no volvieran a tocar las obras de construcción. A él también Makar le contó sobre la manga.

- Las casas deben ser fundidas, no construidas - le dijo Makar al escribano científico. El escribano lo escuchó y concluyó:

- ¿Y cómo podrá demostrar, camarada inventor, que su manga es más barata que el hormigón tradicional?

- Porque lo presiento, lo siento claramente - le demostró Makar.

El escribano pensó algo en secreto y envió a Makar al final del pasillo.

- Te darán un rublo para comida y el pasaje de vuelta por ferrocarril que damos a los inventores pobres.

Makar aceptó el rublo, pero no el pasaje porque había decidido que viviría avanzando, sin dar marcha atrás.

En otro cuarto le entregaron un papel para el sindicato, para que recibiera un mayor apoyo en su calidad de persona de masas e inventor de la manga. Makar pensó que ese mismo día el sindicato le entregaría el dinero para su manga, así que fue alegre para allá.

El sindicato se encontraba en una casa aun mayor que la de la oficina técnica. Unas dos horas vagabundó Makar por los pasillos de aquella casa sindicalista, buscando al jefe de las masas, cuyo nombre le habían escrito en un papel, pero el jefe no se encontraba en su puesto de trabajo; quizá andaba preocupándose por otros trabajadores. Al anochecer, el jefe por fin llegó, comió huevos fritos y llevó la notita de Makar que le entregó su ayudante, una muchacha bastante simpática y progresista, con una larga trenza. La joven fue a la caja y le llevó un rublo recién impreso a Makar, que firmó el recibo como si fuera un peón desempleado, y su notita. En la misma, entre otras palabras, habían añadido la frase: «Camarada Lopatin, ayuda a nuestro miembro del sindicato a colocar su invento de la manga en la línea industrial».

Makar quedó satisfecho y al día siguiente fue a buscar la línea industrial, para ver al camarada Lopatin. Ni el miliciano, ni los transeúntes sabían nada sobre tal línea, por eso Makar decidió buscarla por su cuenta. En la calle colgaban pancartas y letreros escritos en satín rojo con el nombre de la empresa que precisamente buscaba Makar. Las pancartas indicaban con claridad que todo el proletariado debía apoyarse sólidamente en la línea del desarrollo industrial. Makar comprendió que primero debía encontrar al proletariado, por debajo del cual pasaría aquella línea, y junto a la misma encontraría al camarada Lopatin.

«Camarada miliciano - se dirigió Makar a un policía -, ¿me puedes mostrar el camino que lleva al proletariado?»

El miliciano sacó un libro, encontró allí la dirección del proletariado y se la dio al agradecido Makar.

Makar caminaba por Moscú al encuentro del proletariado sin salir de su asombro por toda la fuerza de aquella ciudad, la fuerza que viajaba en los autobuses, en los tranvías y sobre las piernas vivas de la multitud.

«Hace falta mucha comida para alimentar a todo este movimiento», razonaba Makar con su cabeza, que sabía pensar cuando tenía las manos libres.

Acongojado en su preocupación, Makar alcanzó por fin la casa cuya dirección le había dado el miliciano. La casa resultó ser un albergue nocturno en el que la clase pobre reclinaba la cabeza al caer la noche. En los tiempos anteriores a la revolución, la clase pobre reclinaba su cabeza simplemente sobre la tierra, y entonces la mojaba la lluvia, la alumbraba la luna avanzando lentamente entre las estrellas, soplaban los vientos, y ellos permanecían acostados, enfriándose y durmiendo, porque su agotamiento era grande. Ahora la cabeza de la clase pobre descansaba en almohada, bajo techo, al amparo de un tejado de hierro, y el viento nocturno de la naturaleza ya no agitaba los pelos de su cabeza, que antes debía apoyar sobre la superficie misma de la esfera terrestre.

Makar quedó satisfecho con el poder soviético al ver que había muchas casas nuevas y limpias.

« ¡Qué poderío! - valoró Makar -. Ahora sólo hace falta que no se malcrée, porque es nuestro.»

En el albergue nocturno había una oficina, al igual que en todas las viviendas moscovitas, porque sin oficina al momento comenzaría el fin del mundo, mientras que los escribanos le imprimían un movimiento que, aunque lento, era correcto e interminable. Makar sintió también respeto por los escribanos.

« ¡Que sigan viviendo! - decidió Makar -. ¡Porque si reciben un sueldo, es que piensan en algo; seguro que se convertirán en gente inteligente, y ésta es precisamente la gente que necesitamos!»

- ¿Qué buscas? - le preguntó el administrador del albergue nocturno.

- Me gustaría ver al proletariado - le informó Makar.

- ¿Qué nivel? - inquirió el administrador.

Makar ni tan siquiera dudó. Sabía de antemano el que necesitaba.

- El de abajo - dijo Makar -. Es más espeso, hay en él más gente, es la masa misma.
- ¡Aja! - entendió el administrador -. Entonces tienes que esperar al anochecer: pernoctarás con quienes más haya esta noche, ya sean los mendigos o los jornaleros,..
- Quisiera pasar la noche con los que construyen el socialismo - pidió Makar.
- ¡Aja! - entendió otra vez el administrador -. ¿Quieres ir con los que construyen las nuevas casas?

Makar dudó antes de contestar:

- Pero también se construían casas antes, cuando no existía Lenin. ¿Qué clase de socialismo puede haber en una casa vacía?

Tal respuesta dejó pensativo al administrador. Ni él mismo sabía con exactitud bajo qué aspecto debía aparecer el socialismo y si sería el de una sorprendente alegría o algún otro.

- Tienes razón, también antes se construían casas - admitió el administrador -. Pero en aquella época las habitaban canallas y ahora te estoy entregando un billete para que duermas en una casa nueva.

- Es verdad - se alegró Makar -. Eres el ayudante perfecto para el poder soviético.

Makar tomó el billete y se sentó sobre una loma de ladrillos abandonados.

«Tengo debajo de mí los ladrillos que el proletariado ha hecho sufriendo - razonó Makar -. ¡El poder soviético se empequeñece si no ve sus bienes!»

Makar permaneció sentado sobre los ladrillos hasta el anochecer y vio cómo se apagó el sol, se encendieron las luces en las calles, los gorriones levantaron el vuelo del estiércol y se fueron a dormir.

Finalmente, comenzaron a aparecer los proletarios: algunos con un pan en la mano, otros sin pan, unos enfermos, otros cansados, pero todos agradecidos por el trabajo prolongado y con caras bondadosas, iluminadas por esa bondad que surge de la lasitud.

Makar esperó a que el proletariado se acostara en las camas estatales y descansara un poco de la obra del día. Entonces entró valientemente a la sala de dormir, y de pie en el centro de la misma anunció:

- ¡Camaradas trabajadores! Vosotros vivís en la ciudad natal de Moscú, en la fuerza central del estado, pero aquí sólo hay desorden y pérdidas de bienes...

El proletariado se removió en sus camas,

- ¡Mitri! - profirió una voz ahogadamente -. ¡Dale un empujoncito para que sea normal!

Makar no se enfadó, porque allí estaba acostado el proletariado, no una fuerza enemiga.

- Todavía no lo habéis inventado todo - continuó Makar -. Se siguen transportando bidones vacíos en carros valiosos.

En este caso sería suficiente una tubería y una bomba de pistón... Lo mismo debe hacerse en la construcción de casas y cobertizos: deben fundirse con una manga, pero vosotros la construís minuciosamente... He inventado esa manga y se la quiero ofrecer gratis con tal de que lleguéis lo antes posible al socialismo y a otras comodidades...

- ¿Qué manga? - preguntó la misma voz ahogada, que pertenecía a un invisible proletario.

- Mi manga - confirmó Makar.

El proletariado guardó silencio) al principio y después una voz clara gritó desde un lejano rincón unas palabras que Makar oyó como si fuera el viento:

- La fuerza no tiene valor para nosotros. Podemos levantar casas minuciosamente, pero lo que sí valoramos es el alma. Aquí todos trabajamos en función de cálculos, vivimos con la seguridad del trabajo, construimos con el sindicato, nos entusiasmos con los clubes, pero no nos prestamos atención. Esto se lo encomendamos a la lev... Pero ¡tú sí que puedes entregar el alma, ya que eres el inventor!

Makar se desanimó al instante. Había inventado diferentes cosas, pero nunca había tratado el alma, y ahora resultaba que esto era lo principal para los de aquí. Makar se acostó en la cama estatal y guardó silencio embargado por las dudas de haber dedicado toda su vida a asuntos no proletarios.

Makar durmió poco porque comenzó a sufrir en el sueño. Y su sufrimiento se transformó en un sueño: vio una montaña elevada y a un científico en su cima. Makar seguía acostado bajo su manta, como un imbécil durmiente, y miraba al científico y esperaba de él alguna palabra u acción. Pero la persona también permanecía callada, sin ver al acongojado Makar. Sólo pensaba en la escala integral, pero no en Makar en particular. El rostro de aquel ser científico estaba iluminado por el resplandor de la lejana vida masiva que se extendía ante él, y sus ojos parecían borrosos y muertos a causa de la altura y porque tenía la mirada puesta en algo tan lejano. El científico guardaba silencio \ Makar, en su sueño, seguía triste.

« ¿Qué debo hacer para ser útil para mí y para los demás?», preguntó Makar y se estremeció del horror.

El ser científico permaneció callado, sin dar respuesta alguna, mientras millones de vidas se reflejaban en sus ojos muertos.

Makar se arrastró hacia la cima por un suelo yerto y pedregoso. Tres veces le asaltó el miedo hacia el ser científico inmóvil y las tres veces la curiosidad espantó al miedo. De haber sido una persona inteligente, Makar no habría escalado aquella altura, pero era alguien retrasado, que sólo poseía unas manos curiosas bajo el mando de una cabeza intangible. Gracias a la fuerza de su estúpida curiosidad, Makar alcanzó al de mayor instrucción y tocó ligeramente su cuerpo inmenso y gordo. Al tocarlo, aquel cuerpo desconocido se movió como si estuviera vivo, pero al momento se derrumbó sobre Makar, porque en realidad estaba muerto.

Makar despertó por aquel golpe y vio encima de sí al guardián del albergue, que tocaba su cabeza con la tetera para despertarlo.

Makar se sentó en la cama y vio a un proletario picado de viruelas que se lavaba la cara en un platillo sin derramar una gota. A Makar le sorprendió aquella manera de lavarse tan limpiamente, con tan sólo un puñado de agua, y preguntó al picado de viruelas:

- Ya se han ido todos al trabajo, ¿por qué sólo quedas tú lavándote la cara?

El picado de viruelas se secó con la almohada y respondió:

- Los proletarios que trabajan son muchos, mientras que los pensadores son pocos. Me he propuesto pensar por todos. ¿No me entiendes o acaso la imbecilidad y la opresión te hacen callar?

- Callo por mis penas y mis dudas - contestó Makar.

- Entonces ven conmigo; pensaremos por todos - consideró el picado de viruelas.

Makar se levantó para seguir al picado de viruelas, que respondía al nombre de Piotr, y salió en busca de su destino.

En su andar, Makar y Piotr encontraban gran variedad de mujeres vestidas con ropas apretadas, lo que indicaba que en realidad desearían estar desnudas. Vieron también a muchos hombres, pero estos cubrían más desahogadamente sus cuerpos. Otros miles de hombres y mujeres que compadecían sus cuerpos viajaban en carros y faetones, en tranvías que se movían lentamente, rechinando bajo el peso vivo de la gente, pero aguantándolo. Los que viajaban en carros y faetones y los transeúntes avanzaban deprisa con una impresión científica en sus rostros, y eran por eso idénticos a aquel ser grande y potente que Makar había visto en sueños. Al ver a aquellos seres científico - alfabetizados, Makar experimentó un horror interno. Miró a Piotr buscando ayuda, para ver si aquél también era sólo un ser científico con la vista puesta en la lejanía.

- ¿Seguro que conoces todas las ciencias y ves hasta bien lejos? - preguntó tímidamente Makar.

Piotr concentró su conciencia:

- ¿Yo? Sólo me estoy hinchando para ser parecido a Ilich - Lenin: miro a lo lejos, a lo cerca, a lo ancho, a lo profundo y a lo alto.

- ¡Ah, es eso! - se tranquilizó Makar -. Porque hace poco vi a un enorme hombre científico que sólo miraba a lo lejos y no veía que a su lado, a dos pasos de él, sufría una persona en particular.

- ¡Claro! - pronunció inteligentemente Piotr -. Porque al estar tan alto le parece que todo queda en la lejanía y que cerca no tiene ni al diablo. Mientras que otro sólo mira a sus pies para no tropezar con los terrones y no matarse, por eso siempre tiene razón. Sin embargo, a las masas les aburre vivir lentamente. ¡Nosotros, hermano, no tememos los terrones!

- ¡Sí, nuestro pueblo ya no anda descalzo! - confirmó Makar.

Pero Piotr, sin desviarse un ápice, siguió adelante con su pensamiento.

- ¿Has visto alguna vez el partido comunista?

- ¡No, camarada Piotr, nadie me lo ha mostrado! En la aldea solo vi al camarada Chumovói.

- Aquí también tenemos muchos camaradas Chumovói. Te hablo del partido puro, que tiene la vista clara y puesta en un punto exacto. Cuando me encuentro en una reunión del partido, siempre me siento como un imbécil.

- ¿Y esto por qué, camarada Piotr? Tu aspecto es casi el de un científico.

- Porque mi inteligencia se está comiendo mi cuerpo. Me gustaría comer manjares, pero el partido me dice: primero construiremos fábricas, porque sin hierro el trigo crece muy mal. ¿Entiendes cuál es el paso más exacto aquí?

- Entiendo - respondió Makar.

Siempre entendía, como si fuera un científico, a quienes construían las máquinas y las fábricas. Desde su nacimiento Makar había visto aldeas de barro y paja, y no confiaba en el destino sin máquinas de fuego.

- ¡Ya ves! - le dijo Piotr -. Y dices que aquel hombre no te gustó. Pero ¡tampoco le gusta al partido, ni a mí; es un producto del imbécil capitalismo y a tales individuos poco a poco los tiraremos cuesta abajo!

- Yo también siento algo, sólo que no sé el qué - expresó Makar.

- Si no sabes, sigue entonces por la vida bajo mi dirección. De lo contrario, seguro que te caerás de esta línea finita.

Makar distrajo su vista mirando al pueblo moscovita y pensó: «La gente aquí está bien alimentada, tienen la cara limpia, viven en abundancia y seguro que procrean, aunque no se nota la presencia de niños».

Makar informó sobre esto a Piotr.

- Esto no es naturaleza, es cultura - le explicó Piotr -. La gente vive en familias sin procrear, comen sin producir trabajo...

- ¿Y cómo? - se sorprendió Makar.

- Muy fácil - le informó el sabelotodo de Piotr -. Uno escribe una sola idea en un papelito, y a él y a su familia los alimentan durante año y medio... Mientras que quien no escribe nada vive simplemente en calidad de escarmiento general.

Hasta el anochecer pasearon Makar y Piotr: vieron el río Moscú, las calles, las tiendas de artículos de punto, y al fin les entró hambre.

- Vamos a almorzar a la milicia - dijo Piotr.

Makar estuvo de acuerdo; pensó que en la milicia alimentarían a la gente.

- Yo hablaré. Tú quédate callado, sufriendo parcialmente - le dijo Piotr.

En la estación de la milicia mantenían presos a saqueadores, a personas sin hogar, a personas - animales y a desdichados sin nombre. Frente a todos ellos velaba el celador de guardia, que iba recibiendo a la gente según la cola. A unos los enviaba a la cárcel, a otros al hospital, mientras que a los restantes los expulsaba.

Cuando llegó el turno de Makar y Piotr, este último dijo:

- Camarada jefe, lo he encontrado en la calle y lo he traído aquí porque está loco.

- ¿Qué clase de loco es? - preguntó el guardia de la estación miliciana -. ¿Alteraba el orden público?

- En absoluto - le contestó Piotr -. Sólo anda por ahí preocupado. Pero si de pronto se le ocurre matar a alguien, entonces habrá que mandarlo a juicio. Y para luchar contra la delincuencia lo mejor es la prevención. De modo que estoy previniendo el delito.

- ¡Correcto! - asintió el celador -. Lo enviaré al instituto de los psicópatas para que le hagan una revisión general...

El miliciano escribió algo en un papel y se entristeció:

- No tengo a nadie que pueda acompañaros, todos han salido...
- Si quieres, yo lo llevo - dijo Piotr -. Él está loco, pero yo soy una persona normal.
- ¡Perfecto! - se alegró el miliciano, y entregó la notita a Piotr.

Una hora después Piotr y Makar llegaron al instituto de los enfermos mentales. Piotr dijo que la milicia le había encargado cuidar de este loco peligroso y que no podía dejarlo ni por un minuto, pero que el loco no había comido nada y no tardaría en escandalizar.

- Id a la cocina. Allí os darán de comer - les indicó una enfermera bondadosa.
- Él come mucho - se negó Piotr -. Le hace falta una olla de sopa y dos ollas de papilla. Y es mejor que se la traigan, no vaya ser que le dé por escupir en la cazuela común.

La enfermera dio la orden oficial. A Makar le trajeron una ración triple de una rica comida y Piotr se hartó al igual que Makar.

Pronto el doctor recibió a Makar y empezó a preguntarle sobre ideas de tanto contenido, que Makar, por la ignorancia de su vida, respondía como si fuera un loco. El doctor reconoció a Makar y llegó a la conclusión de que en su corazón bullía mucha sangre sobrante.

«Hay que dejarlo en observación», concluyó el doctor.

Makar y Piotr se quedaron a dormir en el hospital psiquiátrico. Por la noche fueron a la sala de lectura y Piotr comenzó a leer a Makar en voz alta los libros de Lenin.

«Nuestras organizaciones son detestables - Piotr leía a Lenin y Makar escuchaba sorprendiéndose de cuan exacta era la inteligencia de Lenin -. Nuestras leyes son detestables. Sabemos mandar y no sabemos ejecutar. En nuestras organizaciones trabaja gente ajena y algunos de nuestros camaradas, al convertirse en altos funcionarios, trabajan como imbéciles...»

Los demás enfermos psíquicos también se pusieron a escuchar con atención a Lenin, porque ignoraban que estuviera enterado de todo.

« ¡Correcto!», hacían coro los enfermos mentales, trabajadores y campesinos.

«En nuestras organizaciones tienen que haber mas trabajadores y más campesinos - seguía leyendo Piotr con su rostro picado de viruelas -. El socialismo debe construirse con las manos de personas salidas de las masas, y no con papelitos burocráticos de nuestras organizaciones. No pierdo la esperanza de que algún día nos ahorquen merecidamente por esto...»

« ¿Has visto? - le dijo Piotr a Makar -. Hasta a Lenin lo torturan las organizaciones, y mientras nosotros estamos aquí acostados. Aquí está toda la revolución descrita a lo vivo... Me llevaré este libro de aquí, porque esto no es más que una organización. Mañana iremos a cualquier oficina y diremos que somos trabajadores y campesinos. Nos sentaremos en esa organización y pensaremos para el Estado.

Terminada la lectura, Piotr y Makar se acostaron a descansar de las preocupaciones diarias en la casa de los dementes. No sólo al día siguiente ambos tenían que luchar por la causa común de Lenin y de los pobres.

Piotr sabía adonde ir, al Comité Regional, donde veían con buenos ojos a los que iban con quejas, abrumados. Al abrir la primera puerta en el pasillo del Comité Regional, notaron la ausencia de gente. En la segunda puerta encontraron una pancarta con estas breves palabras: « ¿Quién le gana a quién?», y Piotr y Makar entraron. En la sala no había nadie, a excepción del camarada Lev Chumovói, que estaba allí sentado administrando algo, habiendo abandonado su aldea a la suerte de los pobres.

Makar no se asustó al ver a Chumovói. Le dijo a Piotr:

- Si en la puerta dice « ¿Quién le gana a quién?», acabemos de una vez con él...
- No - se negó Piotr, por ser más experimentado -, tenemos un Estado, no cualquier cosa. Pasemos al segundo piso.

Arriba los recibieron bien, porque allí echaban de menos a la gente y la inteligencia real de la clase baja.

- Nosotros somos miembros de clase - dijo Piotr al jefe superior -. Hemos recopilado la inteligencia, así que entréganos el poder sobre los escribanos viles y deprimentes...

- Tomadlo. Es vuestro - les dijo el jefe mayor, y les entregó el poder en sus manos.

A partir de entonces Makar y Piotr se sentaron frente a Lev Chumovói. Empezaron a hablar con la gente pobre que los visitaba y a resolver todos sus asuntos mentalmente basándose en la compasión a los necesitados. Pronto la gente dejó de visitar la oficina de Makar y Piotr, porque éstos pensaban de manera tan simple que los mismos pobres podían pensar y resolver al igual que ellos, y los trabajadores prefirieron pensar por sí solos en sus casas.

Lev Chumovói se quedó solo en la oficina, porque nadie le ordenó por escrito que se retirara de allí. Por lo tanto, permaneció en ella hasta que se creó una comisión para la liquidación del Estado. En ella el camarada Chumovói trabajó cuarenta y cuatro años y murió entre el olvido y otros asuntos de la oficina adonde lo había llevado su inteligencia organizativa y estatal.

La patria de la electricidad

Transcurría el verano caliente y seco de 1921, en los días de mi juventud. Durante el invierno estudiaba electrotécnica en la escuela de artes y oficios, y en verano trabajaba en la central eléctrica de mi ciudad. El trabajo llegaba a extenuarme porque no había ningún motor de reserva en la central, y el único turbogenerador funcionaba sin descanso día y noche por segundo año consecutivo. La máquina debía ser atendida con tanta precisión, delicadeza y atención, que en ello se iban todas las energías de mi vida. Al anochecer no me unía a los jóvenes que paseaban por las calles de la ciudad, sino que regresaba a casa cayéndome de sueño. Mi madre me había preparado patatas hervidas, y comía al tiempo que me quitaba la chaqueta de trabajo y las alpargatas, para cuando acabara de comer estar lo más ligero de ropa posible e irme de inmediato a la cama.

A mediados del verano, una noche de julio, había regresado a casa como de costumbre, y estaba durmiendo profunda y pesadamente, como si se hubiera apagado para siempre toda mi luz interior, cuando mi madre me despertó.

El presidente del comité ejecutivo de la región, Iván Mirónovich Chuniáyev, me había enviado a un guardia con una nota en la que me pedía que fuera a verlo inmediatamente a su apartamento. Chuniáyev, que había sido antes fogonero en una locomotora, también había trabajado con mi padre, y por él me conocía.

A medianoche ya estaba con Chuniáyev. Lo atormentaba el problema de cómo luchar contra las secuelas de la guerra civil y mejorar la suerte de todo el pueblo. Soportaba el turbio calor de aquel seco verano en el cual no había caído del cielo ni una gota de agua viva; toda la naturaleza olía a putrefacción y a despojos, como si ya se hubiera abierto una voraz tumba para el pueblo. Aquel año, hasta las flores no olían más que las virutas metálicas, el campo se cubrió de profundas grietas que recordaban las hendiduras entre las costillas de un flaco esqueleto.

- Dime una cosa, ¿sabes tú qué es la electricidad? - me preguntó Chuniáyev -. ¿Es un arco iris o qué?

- Es un rayo - dije yo.

- ¡Ah, un rayo! - repitió Chuniáyev -. ¡Muy bien! Tormenta y aguacero. De acuerdo. Correcto, necesitamos un rayo, correcto... Porque, hermano, la situación es tan crítica que sólo un rayo podría terminar de una vez con este calor. Mira, lee lo que escribe la gente.

Chuniáyev cogió de la mesa una carta escrita en un papel impreso del Soviet Rural y me la alargó. Alguien en el Soviet Rural de la aldea Verchovka había escrito lo siguiente:

Al presidente del comité ejecutivo de la región, camarada Chuniáyev y a todo el presidium:

¡Camaradas y ciudadanos, en medio de tanta pobreza no gastéis en vano vuestra elocuencia! Se alza como una torre nuestro poder científico, y la torre de los lagartos y la sequía será destruida por la mano sabia. No hemos sido nosotros los que hemos creado este valle de lágrimas, pero todo lo reformaremos íntegramente. Y habrá huevos y gallinas para todos y cada uno, y la vida será más plena y sorprendente. Hoy la inteligencia comunista vigila insomne y no habrá quien impida el influjo de la ciencia sobre la tierra... Es grande nuestro corazón guerrero, dejad de llorar, porque ya pasará el vacío sepulcral en los estómagos, y llegado será el día en que comamos pedazos de pastel. Ya se oye el retumbar de las máquinas y el susurro de la energía eléctrica. Pero nuestra aldea, Verchovka, necesita ayuda para obtener más mejoras, porque esa máquina que fue de los blancos y actuó como intervencionista, que nació ajena, no llega a concebir en su mente cómo sernos útil. ¡Y se aflige mi fatal corazón y en mi cerebro arde una lágrima cuando pienso en la causa universal!

Escribano Stepán Zharionov, suplente temporal del presidente del Soviet (que ha salido por breve tiempo a contraatacar a todos los bandidos parásitos y que no regresará a casa hasta la victoria general).

Por lo visto, el escribano Zhariónov era poeta. Chuniáyev y yo, sin embargo, éramos prácticos, gente de trabajo. Así y todo, a través de la poesía, del entusiasmo de aquel escribano, logramos ver la realidad que atravesaba aquella lejana y desconocida aldea. Percibimos la luz en la triste penumbra de un reducido espacio, la luz humana en una tierra muerta, asfixiada; vimos los cables que colgaban de los viejos setos, y también la esperanza en la construcción del mundo del comunismo, la esperanza necesaria para emprender las tareas cotidianas, la esperanza que nos hace sentir personas; y esta esperanza nuestra se convirtió en luz eléctrica, aunque por el momento sólo había llevado la luz a lejanas y diminutas isbas de paja.

«Ve con ellos, ayúdales - me pidió Chuniáyev -. Has comido nuestro pan mucho tiempo, mientras estudiabas. Llegaremos a un acuerdo con la central eléctrica, te dejarán ir.»

Al día siguiente por la mañana partí para Verchovka; mi madre me coció unas patatas, puso algo de sal y pan y tomé hacia el sur por estrechos senderos. Caminé durante tres días, porque no tenía mapa y resultó que había tres Verchovka: la Alta, la Vieja y la Pequeña y pobre Verchovka. Pero el escribano, el camarada Zhariónov, sin duda pensaba que su Verchovka era famosa, única en el mundo y célebre en todo el planeta, como Moscú, de ahí que no añadiera a su aldea su nombre adicional. La Verchovka de Zhariónov resultó ser precisamente la Pequeña y pobre, lo que la distinguía de las otras Verchovkas.

Dejé atrás las dos Verchovkas, en las que no había plantas de electricidad, y llegué a la Verchovka Pequeña al mediodía de la tercera jornada de camino. Me detuve antes de entrar a la aldea porque vi una gran nube de polvo junto al camino y a una muchedumbre que marchaba por la tierra desnuda y seca. Esperé a que se acercaran y entonces vi a un pope con sus ayudantes, a tres mujeres que portaban unos iconos y a

unos veinte fieles. En este lugar comenzaba la pendiente de un viejo barranco en donde el viento y las lluvias de la primavera habían depositado un fino polvo proveniente de los extensos campos.

La procesión bajó al fondo del barranco y ahora avanzaba sobre el polvo, hacia el castigado camino.

Al frente iba el pope, extenuado, mustio, con el pelo gris. Cantaba algo en el caluroso silencio de la naturaleza y sacudía su incensario sobre las plantas silvestres y taciturnas que encontraba en el camino. A veces se detenía y levantaba la cabeza al cielo, hacia el seco resplandor del sol, y entonces la desesperación y la furia aparecían en un rostro por el que corrían gotas de sudor y lágrimas. Sus acompañantes se persignaban ante el espacio, se arrodillaban en el polvo y se inclinaban hacia la desdichada tierra, asustados por la vastedad del mundo y la debilidad de los dioses humanos cuyos iconos portaban llorosas ancianas, sobre sus vientres flácidos, que hacía mucho habían dejado de parir hijos. Dos pequeños - un niño y una niña - vestían sólo camisas y seguían descalzos a la multitud religiosa y, deseosos de aprender, miraban lo que hacían los adultos. Aquellos niños no lloraban ni se persignaban, sólo sentían miedo y guardaban silencio.

Junto al camino había un gran foso de donde, en otro tiempo, habrían sacado arcilla. La procesión se detuvo al borde del foso, orientaron los iconos hacia el sol, la gente bajó al foso y se acostaron a descansar en la sombra, a los pies de la pared de arcilla. El pope se quitó los hábitos y se quedó en calzones, por lo que los niños enseguida empezaron a reír.

Un gran icono, apoyado en un montón de arcilla, representaba a la Virgen María, una mujer joven y sola, sin Dios en los brazos. Examiné atentamente el cuadro y medité sobre él, mientras las devotas seguían a la sombra ocupadas en sus propios asuntos: despiojarse entre sí.

Un pálido y tenue cielo rodeaba la cabeza del icono de María. Su mano visible era nudosa y grande, y no encajaba con la belleza morena de su rostro; su fina nariz y sus grandes ojos no eran los de una persona trabajadora, porque unos ojos así se cansarían demasiado rápido. Me interesó la expresión de esos ojos, que miraban sin sentido, sin fe, impregnados de tanto dolor, que toda su mirada se había oscurecido hasta hacerse impenetrable, sin vida, despiadada.

Ninguna ternura, profunda esperanza o sentimiento de pérdida podía discernirse en los ojos de la Virgen, aunque no tenía a su hijo en brazos como de costumbre; su boca tenía pliegues y arrugas, lo que mostraba que había conocido las pasiones, las preocupaciones y la cólera de la vida común: era una mujer trabajadora, atea, que vivía por sí misma y no por la gracia de Dios. Y el pueblo, al mirar ese cuadro, quizá también comprendiera secretamente la verdad de su intuición sobre lo absurdo del mundo y la necesidad de actuar.

Junto al icono descansaba una consumida anciana, de la estatura de un niño, que me miraba distraídamente con ojos sombríos. Tenía la cara y los brazos cubiertos de arrugas, como formados por las convulsiones del sufrimiento, y en su mirada se

reflejaba la perspicaz inteligencia de quienes han pasado grandes pruebas en su vida. Quizá sabía más que toda la ciencia económica y podría ser un miembro honorario de la Academia de Ciencias.

Le pregunté:

- Abuela, ¿por qué habéis salido en procesión y rezáis? Dios no existe en absoluto. No lloverá.

La vieja estuvo de acuerdo conmigo:

- ¡Seguro que no existe, tienes razón!

- ¿Y para qué entonces os persignáis? - le volví a preguntar.

- ¡Nos persignamos en vano! Yo ya he rezado por todos: por mi marido, por mis hijos, pero no ha quedado nadie, todos han muerto. ¡Es que, hijito, sigo viva por costumbre, no porque quiero! Mi corazón late por su cuenta, sin pedirme permiso, y mi mano se persigna por sí sola: Dios es nuestra desgracia... Mira cuántas pérdidas... Hemos arado, hemos sembrado, pero lo que ha crecido no sirve para nada...

Apenado, guardé silencio. Luego dije:

- Mejor no le reces a nadie, abuela. La naturaleza no entiende de palabras ni de oraciones; sólo le teme a la inteligencia y al trabajo.

- ¡A la inteligencia! - pronunció la abuela con absoluta claridad de conciencia -. Yo he vivido tantos años que sólo me queda inteligencia en los huesos. La carne hace ya tiempo que se me desgastó en el trabajo y en las preocupaciones. Ya casi nada me queda que pueda morir, todo ha ido muriendo poco a poco. ¡Mira cómo estoy!

La viejecita se quitó el pañuelo con mansedumbre y vi su cráneo calvo, sus huesos desgastados, ya listos para descomponerse y devolver al codicioso polvo terrestre su paciente inteligencia, que había acumulado pobremente y que sólo había conocido trabajos y penas.

- Cuando llegue el invierno me inclinaré ante el vecino - dijo la vieja - y lloraré a la puerta del rico. Quizá me den algún puñado de trigo que me alcance hasta el verano; y en el verano lo pagaré con mi duro trabajo: por un saco devolveré saco y medio, más cuatro días de trabajo, más unos cinco sacos de honores... ¿Es que acaso sólo debemos inclinarnos ante Dios? ¡Le tememos al viento, a la helada, al aguacero y a la sequía, al vecino y al desconocido! ¡Nos persignamos ante todos! ¿Acaso rezamos porque amamos? ¡Y es que ni tan siguiera tenemos con qué amar!

Dejé a la viejecita lleno de pesar y reflexiones. Tras descansar, la multitud comenzó a reunirse de nuevo y la procesión que había implorado para que lloviese se encaminó de regreso a la aldea. Sólo quedó la viejecita con la que había conversado.

La vieja quería descansar un poco más, y de todos modos ya no podría dar alcance a los demás con sus piernas de niña, porque todos se habían ido deprisa, como a sus asuntos, y hasta el pope mismo se había puesto sus pantalones.

Al ver su estado, cargué a la vieja en brazos, como si fuera una niña de ocho años, y salí rumbo a la aldea, consciente de todo el valor eterno de esta eterna trabajadora.

En la aldea, en una isba junto al camino, la vieja bajó de mis brazos. Me despedí de ella, le di un beso en la mejilla y decidí dedicarle mi vida, porque cuando somos jóvenes nos parece que la vida es larga y que tendremos amor suficiente para todas las viejas.

Verchovka resultó ser una aldea pequeña, de no más de treinta casas, la mayoría en mal estado; los troncos inferiores de sus vetustas viviendas habían comenzado a pudrirse junto a la tierra. El flagelo del imperialismo guerrero había convertido todo lo visible, los logros y la riqueza acumulada por generaciones, en una especie de cementerio.

Un niño, que después no volví a ver, me condujo gustoso a la planta eléctrica, a media legua de la aldea, junto al abrevadero público de la carretera.

Una motocicleta inglesa de dos cilindros, de la firma Indian, había quedado enterrada hasta sus ejes, y con rugiente fuerza hacía girar la correa de una dínamo. Ésta estaba formada por dos cortos troncos y temblaba al dar vueltas tan deprisa. En el sidecar un hombre ya mayor fumaba un cigarro; junto a él se levantaba un poste alto con un foco que iluminaba el día. Lo rodeaban carretas con caballos sin enganchar que comían su pienso. Sobre las carretas algunos campesinos observaban con placer el rápido trabajo de la máquina. Algunos de ellos, de flaco aspecto, expresaban abiertamente su alegría, se acercaban al mecanismo y lo acariciaban como a un ser querido, sonriendo con tanto orgullo como si participaran en aquella empresa, aunque en realidad eran vecinos de otra aldea.

El mecánico de la planta eléctrica, el hombre sentado en el sidecar, no prestaba atención a la realidad que lo rodeaba. Con aire pensativo y penetrante imaginaba el fuego, el elemento desencadenado en los cilindros de la máquina, y con mirada apasionada escuchaba, como lo haría un músico, la melodía del torbellino de gas disparándose a la atmósfera.

Le pregunté en alta voz al mecánico para qué tenía la máquina trabajando al vacío, si era sólo para alimentar aquel foco en el poste, por qué hacía trabajar por gusto la máquina y quemaba combustible.

- No es por gusto - dijo con indiferencia el mecánico. Salió del sidecar y pasó la palma de su mano por el rodamiento de la dínamo, junto a una enorme polea de fabricación casera, de madera, que la hacía girar -. No es por gusto - volvió a decirme el mecánico -. Trabajamos por la noche. Ahora sólo alimentamos la máquina y la hacemos girar para su provecho, para que todas sus partes se acostumbren unas a otras en el roce. Además, también nos vanagloriamos ante los extraños, a manera de agitación. ¡Que nos miren y nos admiren!

Las palabras del mecánico sobre el trabajo experimental de la planta eran atinadas, porque el motor de la motocicleta era viejo, proveniente de los caminos de la guerra, seguramente habían cambiado algunas piezas de fábrica por otras hechas en la herrería local, a mano, y era necesario probar aquellas piezas y dejar que trabajaran un tiempo.

Estudí en silencio la construcción de la planta eléctrica, y no volví a dirigir la palabra al pensativo mecánico. Bajo el sillín de la motocicleta leí su número de fabricación: E-O-

401, y más abajo encontré una inscripción diminuta, en inglés, que traducida al ruso decía «división colonial real británica número 77».

De la planta a la aldea, los cables iban bajo tierra, y por las noches, las ventanas de las isbas brillarían solemnemente protegiendo la revolución de las sombras.

El mecánico se me acercó y me alargó una petaca con tabaco.

- Fuma, te sentirás mejor - me dijo -. ¿Qué miras? Seguro que has trabajado con una trilladora y ya piensas que sabes de motores.

- Nunca he trabajado en una trilladora - le respondí, y acto seguido le pregunté -: ¿Con qué alimentáis la máquina?

- Con alcohol de trigo, ¿con qué otra cosa? - suspiró el mecánico -. Destilamos un aguardiente fuerte, que es lo que utilizamos para alumbrar.

- ¿Y con qué la lubricáis? - me interesé.

- Con lo que tenemos a mano - respondió -. Filtramos lo que conseguimos pasándolo por un trapo, y lo usamos para lubricar.

- ¿No te da lástima gastar trigo para esto? - le dije -. ¿Acaso vale la pena?

- Sí que me da lástima - admitió el mecánico -, pero ¿qué podemos hacer? No tenemos otro combustible.

- ¿Y de quién es el trigo que usáis?

- Del pueblo, de quién iba a ser, de la sociedad - me explicó el maquinista -. Reunimos para un fondo de ahorro, y ahora sacamos trigo de ahí y de otros lados...

Me asombró que los aldeanos dieran gustosos el trigo de la cosecha del año anterior para la máquina, cuando este verano la cosecha había sido mala por la sequía.

- Es porque no conoces a nuestro pueblo - dijo lentamente el mecánico, que no dejaba de escuchar el trabajo de la máquina. Ahora estábamos lejos de ella, junto a los establos -. Si no hay qué comer, entonces el pueblo necesita leer. Aquí, en Verchovka, la biblioteca es buena, la heredamos del hacendado. Ahora los campesinos leen libros por las noches, algunos en voz alta, otros aprenden a leer... Y nosotros damos luz a sus isbas, de modo que tenemos luz y lectura. Hoy el pueblo no tiene otra diversión, así que por lo menos tenga luz y lectura.

- Si no usaras trigo para alimentar la máquina, sería aún mejor - le aconsejé -. Entonces tendrían pan, luz y lectura.

El mecánico me miró de reojo, pero sonrió cortésmente.

- No te dé lástima el trigo: de todos modos es trigo muerto, no sirve para comer...

Teníamos un *kulak* aquí, Chúyev Vanka; él y toda su familia se fueron con los blancos, pero antes enterró su trigo en el campo. El camarada Zhariónov y yo buscamos ese trigo todo un año, y cuando lo encontramos ya se había asfixiado, estaba muerto, demasiado podrido para comerse, pero para destilar alcohol, para esta química maligna, sí sirve. ¡Y había mucho trigo enterrado! Unos cuatrocientos *puds*.¹ Y no hemos tocado el fondo de ahorro y de ayuda mutua, que sigue teniendo la misma cantidad de trigo, veinte *puds*.

1. Antigua medida rusa de peso, equivalente a 16,3 kilogramos.

Nuestro presidente no te regalará ni un granito hasta que empieces a hincharte del hambre. Y es que no se puede de otro modo, sino...

Y aquí el mecánico interrumpió su discurso y se lanzó hacia la planta, porque la correa había saltado de la polea de la dínamo.

Yo regresé a Verchovka. En las afueras de la aldea una chimenea lanzaba humo sin cesar. Fui hasta aquella isba que se calentaba extrañamente a pesar del calor del verano. La isba, a juzgar por el patio y el portón, era de las abandonadas, parecía sin dueño. La hierba cubría el portón y el patio, donde crecía una hierba dura y espesa, de esa que lo mismo soporta el bochorno estival que los vientos y los aguaceros, y que jamás muere. Dentro de la isba descubrí un horno al que habían instalado un alambique. En el horno quemaban raíces, y junto al tubo de salida del alambique, en un banquillo, vi a un viejecito alegre, de aspecto dichoso, iluminado por la llama del horno, y que sostenía un jarrito en su mano derecha y una patata salada en la izquierda. El viejo, seguramente, esperaba la próxima salida del insano líquido para probarlo y comprobar si servía para alimentar la dínamo o si todavía estaba flojo. Su propio estómago y los intestinos del viejo catador le servían como instrumento para probar el combustible.

Salí al patio a examinar el tendido eléctrico, que no había descubierto en la calle. Habían fijado el cable a las paredes de los cobertizos, atravesaba los patios colgado de algunos sauces o simplemente lo habían fijado en varas de seto amarradas entre sí. De éstas salían ramificaciones a las viviendas y a los patios. En aquella zona desprovista de bosques no era posible encontrar postes para un tendido eléctrico normal. Y desde el punto de vista económico, así como desde el punto de vista técnico, la solución que habían encontrado para transmitir la electricidad era la única posible y correcta.

Sin embargo, como temía que el tendido aéreo provocara un incendio, fui por los patios atravesando los setos con largas pértigas que rodeaban las propiedades vecinas, y por todos lados examiné las colgaduras y cómo habían fijado los cables maestros. El tendido era bueno, los cables no pasaban cerca de la paja ni de sustancias inflamables capaces de arder por sobrecalentamiento del cobre conductor.

Ya tranquilo en cuanto al peligro de incendio, encontré un sitio fresco y retirado a la sombra de un gavillero y me acosté allí a descansar.

Al poco rato, sin haber descansado como quería, me vi obligado a interrumpir mi sueño porque alguien me tocó con el pie para despertarme.

- ¡No es hora de dormir, no es hora de dormir! ¡Es hora de entender el mundo y levantar a los muertos de sus tumbas! - pronunció un desconocido sobre mí.

Horrorizado, desperté de mi sueño. El tardío calor del sol, como un delirio, dominaba la naturaleza. Sobre mí se inclinó alguien de cara bondadosa, arrugada por el entusiasmo, y me saludó hablando en rima, como a un hermano en la vida luminosa. Esto me hizo caer en la cuenta de que tenía ante mí al escribano del Soviet Rural, la persona que había escrito la carta al Soviet Ejecutivo Provincial.

- ¡Levántate, desencadénate en los elementos, que ya se agita, ya el cielo se ha abierto, los bolcheviques gritan y echan abajo el infierno!

Yo no tenía la mente para poesía, sino para el cálculo. Me levanté y hablé al escribano de la planta eléctrica movida por la motocicleta y de que debíamos conseguir una bomba.

- El viento ha dispersado todos mis pensamientos - me respondió el escribano -, no puedo ahora pensar en tu... Pero ¿luego qué? - me preguntó de pronto.

- ¡En tu bomba! - terminé yo por él para ayudarlo.

- ¡En tu bomba...! Vamos a mi hacienda - continuó el escribano inspirado -. Me contarás todo sin prisa, si esperas una tumba o una boda, y qué dolor aflige tu alma.

En el Soviet Rural expuse detalladamente mi plan al escribano de la aldea, todo lo relativo a la irrigación de la tierra seca para acabar con las procesiones religiosas que pedían agua al cielo.

- ¡Veo tu frente joven! - exclamó el escribano -. ¡En repuesta retumba aquí - y se señaló el pecho - mi corazón combativo!

Le pregunté:

- ¿Tienen ustedes alguna tierra comunal cercada, que no tenga muchos dueños?

Sin detenerse a pensarlo, el escribano me proporcionó la información necesaria:

- Tenemos una tierra como esa de la que hablas. Era de las vacas. Ahora pertenece a las viudas y se la han asignado a las familias, ¿cómo se las llama...? - perdió de pronto el hilo -, ¡a las familias de los guardias rojos heridos de gravedad! - añadió el escribano -. Tiene cuarenta *desiatinas*,² que labra, siembra y cosecha el órgano del poder: ¡el Soviet Rural! Antes había allí un pueblo viejo, ahora es un erial, sin embargo quedó el abono y el grano crece como el humo que en invierno sale de las chimeneas. Pero ¡ahora, claro está, todo se ha secado, sin agua y sol no la necesitamos!

Me di cuenta de que quizá la fuerza de la motocicleta no bastaría para aportar la humedad necesaria para cuarenta desiatinas. De todos modos resolví regar al menos parte de la tierra más necesitada, la de las viudas y la de los guardias rojos.

Al oír mi proposición, el escribano no pudo seguir expresándose y rompió a llorar.

- Lloro porque veo cómo coinciden las circunstancias - dijo poco después, sin recurrir a la rima.

En el transcurso de los dos días siguientes, el escribano, el mecánico de la planta eléctrica y yo trabajamos para instalar la motocicleta en su nuevo lugar, en la orilla del río Proshbi, que fluía débilmente en el desmayo del bochorno. Aquí, en la orilla, comenzaba la tierra de las viudas y los guardias rojos que el Soviet Rural araba con caballos comunales. A pesar de lo fértiles que suelen ser los terrenos bajos junto al río, allí sólo crecían pequeños brotes de patata, y un poco más allá pequeños tallos de mijo; pero todas las plantas estaban debilitadas, las cubría el polvo mortal de calientes

2. Antigua medida rusa de superficie, equivalente a 1,09 hectáreas.

torbellinos y se doblaban para volver a la oscuridad de la ceniza y la semilla primigenia, otra vez muertas.

En estos sembrados crecían pacientes nabos, las pálidas flores del crisóstomo, que recordaban la cara de un loco, y también la cizaña, que siempre cubre la tierra en la sequía.

Toqué la tierra; parecía ceniza, quemada por el sol. El primer huracán levantaría todo el polvo fértil y lo dispersaría en el espacio sin dejar huella.

Tras instalar la motocicleta, el escribano y yo pensamos en la bomba. La buscamos por los cobertizos de los *mujiks* ricos, los que habían robado a los hacendados con mayor sangre fría y codicia, y encontramos muchos bienes, incluso cuadros de Picasso y bidés de mármol, pero ninguna bomba.

- La diversión de vivir y disfrutar - me dijo el escribano -.

No hay bomba. En cambio, hay amor y una taza para lavarse.

Tras pensarlo un poco, le quité la gruesa hebilla a aquella motocicleta que había pertenecido a la unidad interventora inglesa, y con ella confeccioné en la herrería dos hélices. Luego, por orden del escribano, arrancaron el tejado de hierro de la casa del Soviet Rural, y utilicé este metal para confeccionar las restantes cinco hélices, así como un cárter para la bomba, los tubos para absorber el agua y los canales para bombear el agua al campo.

Otros tres días el mecánico de la planta eléctrica y yo trabajamos en la motocicleta, hasta que ajustamos cinco hélices a los radios de su rueda trasera y metimos la rueda en el cárter. De este modo construimos una bomba centrífuga con la rueda de la motocicleta. Organizamos una bomba de agua en lugar de la planta eléctrica. Sin embargo, la bomba no afectaría nada: cuando el agua no hiciera falta, se podía volver a hacer girar la dínamo y alimentar con corriente las isbas.

Después de cinco días de trabajo agotador, sin los instrumentos y los materiales necesarios, entre la incomodidad del campo, el mecánico y yo pusimos en marcha el motor de la motocicleta, y el agua regó la tierra de las viudas y de los guardias rojos, pero su chorro era débil, unos cien cubos la hora, y todavía había que repartir agua por todos los sembradíos, lo que exigiría el esfuerzo de la población. Además, cierta cantidad de agua se perdía en las juntas poco firmes de nuestros tubos, lo que nos afligió aún más. Sin embargo, el escribano no se amilanó y dijo:

- ¡Que la ciencia nos dé una sola gota, y nosotros exprimiremos un mar con el torso de las masas!

Al día siguiente, el escribano y veinte mujeres acompañadas de cuatro aldeanos pobres y ya viejos bombearon agua al fondo del campo, pero la corriente de agua se agotó cerca de la bomba. De las grietas del suelo, asustados por el agua, salieron lagartijas, arañas, gusanos secos de raza desconocida y diminutos insectos duros, como hechos de cobre; todos los que, por consiguiente, heredarían la tierra si las nubes no llegaban a juntarse en la atmósfera y las gentes morían.

Las viudas y las aldeanas pobres nos rodearon y comenzaron a quejarse de la poca agua y de la débil fuerza de la máquina. Las escuchamos avergonzados pero sin temor, mientras el escribano pronunciaba, para consolarlas, las palabras finales. Miró al cielo neblinoso, cansado de aquel verano salvaje, y habló de lo ocurrido con el rostro iluminado, entre el silencio de la cegadora y horrible naturaleza.

- ¡Todo se seca, se quiebra, tanto el suelo como la hierba...! Pero queremos vivir a toda máquina, por cuanto los hombres tenemos cabeza. Se nos ha dado, además, no por gusto... ¡Porque no somos hierro, ni ganado, ni arena gorda, debemos aguantar toda la vida, y no podemos morirnos sin alcanzar la victoria!

El bochorno y el sufrimiento agotaron al escribano, pero su rostro ahora era otro, más claro y pensativo, aunque no había perdido la bondad de sus pliegues. Y, en prosa, dijo a las viudas que lo miraban asombradas y con una sonrisa de compasión:

- Id, mujeres, a seguir cavando la zanja. Esta máquina es una intervencionista. Antes estaba a favor de los blancos y ahora no quiere bombear nuestro huerto proletario...

Con la avidez de la reflexión apasionada, el mecánico observaba el intenso trabajo del motor; la máquina trabajaba a bajas revoluciones y ahogadamente, por la sobrecarga. Yo palpé el cuerpo de la maquina, noté que se calentaba mucho y sufría. El aguardiente explotaba en sus cilindros con dura fiereza, pero el lubricante, de mala calidad, no se sostenía en las partes en fricción y no los envolvía con su tierna película. El motor trepidaba en su marco, y una fina voz proveniente del interior de su mecanismo advertía sobre un mortal peligro.

Yo comprendí a la máquina e interrumpí aquella dañina marcha en seco. Luego quitamos el cárter de la rueda que servía de bomba centrífuga, bajé a cuatro el número de hélices en la rueda y volvimos el cárter a su lugar. Yo quería disminuir la carga del motor, para que alcanzara mayor velocidad, lo que haría que cuatro hélices trabajaran mejor que siete.

Entretanto cayó la noche. Todos se fueron a descansar. Solo el camarada Zhariónov y yo quedamos a la orilla del debilitado y menguado río. No tenía prisa en volver a poner en marcha el motor. Quería cerciorarme de algo más para lograr un funcionamiento más libre de la máquina.

El sol se ocultó en aquel cielo cruel, recalentado. Debajo, en la tierra, se hizo oscuro y quedaron gentes preocupadas, con un pesado sentimiento en su corazón, abatidos en sus isbas, sin ninguna protección contra la desgracia y la muerte. Al poco rato, los hijos del escribano llegaron a verlo. Eran un niño y su hermana, los mismos que había visto en la procesión que rogaba para que lloviera. Se veían muy flacos por el hambre y la falta de hogar, y se lanzaron en brazos de su padre, alegres por haberlo encontrado y porque pasarían la noche juntos en la horrible y sofocante oscuridad; ya no pedían pan, alegres por tener un padre que los quería y que tampoco comía. El escribano abrazó sus delgados cuerpos y comenzó a buscar en sus bolsillos algo de comer, pero sólo encontraba basura y papeles del Soviet Ejecutivo. Entonces resolvió calmar a sus hijos con su calor, los abrazó con sus enormes brazos ahora inactivos, los acercó a su

estómago caliente, y los tres quedaron dormidos sobre la tierra. Seguramente la madre de estos niños había muerto, y vivían solos con su padre.

Yo caí en la cuenta de lo que debía hacer. Torcería una mecha de estopa, metería un extremo en el barril con agua y envolvería el cilindro del motor con la mecha restante. El agua, entonces, subiría por ella y la máquina percibiría el frescor y daría más potencia. Encontré estopa en el sidecar, en el cajón del mecánico, y hacia la medianoche terminé el trabajo. Luego me acerqué a la familia de Stepán Zhariónov, que dormía, y sin saber qué hacer, si bombear agua para garantizarle comida para el otoño a estas gentes o esperar, porque despertaría a los niños con el ruido del motor y el hambre comenzaría a torturarlos de inmediato.

Al poco tiempo tuve que regresar a la aldea, donde se oyó la explosión de un barril y luego el borbotear del vapor, y quedó en silencio. El escribano despertó, levantó su soñolienta cabeza y dijo en verso: «En mi cerebro mis niños gritan, se agitan», y volvió a quedarse dormido.

Teniendo en cuenta el profundo sueño de la familia, que no había oído la explosión del barril, puse en marcha el motor. Hacia los negros campos fluyó un grueso torrente de agua que salía por el tubo de la bomba; ahora el motor giraba a buena revolución, se calentaba poco y su sufrida voz de cansancio había dejado de cantar desde las profundidades de su rígido ser. Caminé alrededor de la máquina, que latía de la tensión, y contemplé satisfecho el tranquilo paso de la noche por el mundo; que el tiempo esperara, porque no pasaba en vano: la máquina trabajaba bien y bombeaba agua a los secos campos de los pobres.

Medí con un cubo la salida de agua por minuto. Resultó que la bomba daba unos doscientos cubos a la hora, dos veces más que antes. En mi bolsillo encontré un pedazo de pan ya seco, y comencé a comer, procurando acabar con él lo antes posible. En lo más profundo de mí mismo temía que los niños se despertaran de pronto y me pidieran de comer... Cuando ya terminaba de masticar, me incliné sobre los niños, que respiraban turbia y desacompasadamente en el aburrido sueño que había aplacado en ellos el sufrimiento del hambre. Sólo su padre dormía con una expresión feliz, rutinaria, en su rostro. Él dominaba su cuerpo y todas las torturantes fuerzas de la naturaleza. La mágica tensión del genio alegraba sin cesar su corazón, que creía en el poderoso destino de la humanidad proletaria.

Por lo visto, algo agitó la conciencia del escribano. Este abrió los ojos, y al ver que masticaba algo, me dijo como si no hubiera estado durmiendo:

- Ya es hora de no sólo sufrir en esta vida, sino también de masticar pan...

Del susto, me tragué el resto del pan y me quedé pensativo.

Por la oscuridad del valle fluvial se acercaron a la máquina dos personas, el mecánico y una vieja desconocida de alta estatura.

- Ve ahora - dijo la vieja -, ve ahora y levanta a mi esposo: se desplomó, perdió el sentido y su corazón dejó de latir. Para vosotros, diablo, estaba haciendo ese café...

Indiferente, aprendiendo a mantener la sangre fría ante los acontecimientos, me dirigí al mecánico. Éste me presentó a la mujer como la esposa del viejo que destilaba día y noche el aguardiente para alimentar el motor. En vistas de la falta de un instrumento para medir los grados, el viejecito solía sostener en una mano un jarrito y en la otra un pedazo de algo salado, una patata u otra cosa, y aguardaba en la punta del serpentín hasta que comenzaba a gotear de él. Pero hoy el viejecito no sintió a la primera degustación la calidad del combustible; cerró la llave del serpentín, echó más leña al fuego y se quedó dormido con su jarrito vacío en una mano y la patata en la otra; la caldera acumuló presión, explotó, y un poderoso gas lanzó al viejo de la isba arrancando la puerta y dos bastidores de ventana. Ahora el viejecito volvía en sí poco a poco, y mañana comenzaría a reparar la instalación.

- ¿Qué quieres? - le pregunté a la vieja -. Se trata de un accidente. No tenemos la culpa.
- Algún tipo de privilegio - respondió la vieja entre juramentos.
- De acuerdo, lo escribiré.

Saqué una libreta y escribí en ella: «Mandarle a la vieja trigo de la ciudad».

La vieja, al ver que yo apuntaba algo, al momento me creyó y se consoló.

Le di al mecánico instrucciones sobre cómo mantener el motor y la bomba, permanecí un rato junto al escribano Zhariónov y sus hijos, que dormían sobre la tierra, y luego, pisando la tibia tierra, volví a casa, a reunirme con mi madre. Caminaba solo por el campo a oscuras, joven, pobre y tranquilo. Había cumplido con una tarea de mi vida.

Una casa de adobe en un jardín provincial

En un jardín provincial había una herrería en una casa de madera. A su alrededor crecían la bardana y la ortiga, y un poco más allá manzanos y cerezos entre arbustos de grosella y zarzamora. Dominándolo todo se alzaba un trébol, un árbol grande y triste, que desde hacía mucho se erguía sobre la maleza y la vegetación de los jardines vecinos. Un seto rodeaba el jardín por los cuatro costados, y en uno de ellos, una puertecita de madera, colgada de una gruesa estaca, se abría al patio vacío. Aquel patio pertenecía a una pequeña casa, un pequeño cuarto y la cocina, donde vivía el conductor de un tren de carga, su esposa y sus siete hijos. Por la parte trasera del jardín, entre una espesa y soñolienta hierba, se levantaba la pared de adobe de una casa aún más pequeña que aquella en la que vivía el conductor. Hacia aquella pared, entre la espesa hierba, confluían las varas de seto que parecían cuidar aquella casa de adobe y paja en cuyo interior latía cierta mísera y débil vida.

En medio de aquella pared había una ventana diminuta como la mirada de unos ojos entornados. La ventana daba directamente al jardín, al silencio de sus hierbas y árboles, al vacío sin gentes de un tiempo largo y lento.

Las demás paredes de la casa, aquella en la que tenía la puerta, comenzaban más allá del seto, al otro lado. Allí también crecía la hierba y varios arbustos silenciosos que dormitaban entre el abandono de aquel huerto sin cultivar. No se veía a nadie que entrara a aquella vivienda, que cerrara con fuerza las puertas, que viviera en su interior, que encendiera la luz en las noches de otoño.

La caseta de madera con la herrería quedaba en el extremo opuesto del jardín. En ella trabajaba y vivía un solitario herrero, un hombre entrado en años llamado Yákov Sávvich Yerkin. Ya casi había cumplido los cincuenta; había vivido una vida larga y esencialmente inútil hasta para él mismo. Había trabajado como guardabosque, pero había maldecido al bosque, y al dejar para siempre la pequeña isba de guardabosque se volvió hacia el robleal y dijo: « ¡Te maldigo por los siglos de los siglos! ¡Mi pecho olvidará todos tus árboles, todas tus setas y todos tus senderos! ¡Ni en sueños mi cabeza volverá a verte jamás!».

Hizo la señal de la cruz al ruboroso robleal - una señal de despedida y de desprecio -, y marchó rumbo a los vacíos eriales, otra vez sin riqueza alguna, pero libre. En un pueblo, Yákov Sávvich se colocó en una fábrica de pinturas para ganarse el sustento. En la fábrica trabajan cuatro jovencitas, dos niños y él. Después de macerar pinturas unas tres semanas, Yákov Sávvich escupió en la máquina trituradora y dijo: « ¡Te maldigo tres veces! Trabaja tú misma si quieres», salió y, según su costumbre, no regresó más.

Una vez en la calle, observó con detenimiento el edificio de la fábrica, sintiéndose feliz con toda su alma porque ya no la vería más; ahora incluso podía amarla acongojado, como se ama un recuerdo.

En una ciudad provincial, Yákov Sávvich cavó zanjas para el alcantarillado, hasta que comprendió plenamente que para aquel trabajo no se necesitaba en absoluto ser persona: los sueños de su cabeza y el humor de su corazón permanecían sin aplicación alguna; sólo sus aburridas manos se esforzaban, y también sus piernas, que, como ídolos de piedra, mantenían su cuerpo en pie. Yákov Sávvich no tardó en comprender cuál sería su nuevo destino: recibió su sueldo, devolvió la pala al contratista y dijo dirigiéndose a la tierra: « ¡Yace aquí y espera a que muera y venga a verte! ».

Más tarde, en vista de que el invierno era frío, Yerkin entró a trabajar como aguatero. Se instaló junto al horno de la caseta de la fuente y empezó a repartir a los carros con barricas y a los campesinos del mercado agua a cambio de calderilla. Era un trabajo fácil. Lo importante era que tenía qué comer y podía ir viviendo la vida. Pero en la caseta de la fuente la ventana era de dos palmos, no podía ver a nadie y se aburría. Los clientes le pasaban la calderilla por debajo del marco de la ventanilla congelada. Encontraba muy poca alegría en ello, y por eso Yákov Sávvich salió en cierta ocasión, una tarde de invierno, y se quedó mirando la larga hilera de trineos con barricas que esperaban su turno. El día de mercado tocaba a su fin, los aldeanos regresaban a sus casas, a sus isbas bien calientes a diez o veinte leguas de aquí, entre la nieve que cubría los valles fluviales, los barrancos desolados y los eriales. Llegarían tarde, comerían su cena con pan negro y se acostarían a dormir con los primeros gallos. El cielo se veía azul al final de la larga calle a la salida del pueblo: comenzaba la noche rusa. El cielo otoñal se había cubierto de un velo oscuro y cálido, y permanecía quieto, ni estrellas, ni relámpagos brillaban en él. Ladraban los perros en los zaguanes de los pequeños propietarios, y doblaba la campana de la iglesia en conmemoración de la fiesta de algún santo insignificante. Los pueblerinos iban al baño de vapor o regresaban de él; los hijos de los pobres jugaban en los patios con cosas caídas del cielo o de las carretas.

El último trineo, conducido por un viejecito sin nombre, se escondió con tristeza en algún oscuro lugar del espacio. Un sueño fuerte y triste se aposentó en el alma de Yákov Sávvich. Contó las ganancias del día, el dinero que debía entregar a la caja municipal. Sumaban seis rublos y cuarenta y dos céntimos.

« ¡Maldición! - profirió Yákov Sávvich -. Me iré a vivir a mi manera. »

Volvió por su saco a la caseta, apagó la lámpara y se marchó tras los aldeanos.

A unas cuarenta leguas de la ciudad, en la aldea Tavalzhank, a Yákov Sávvich le gustó una mujer joven, de buen ver, viuda de un minero. Se puso a vivir en la isba de sus padres y se fue casando con ella paulatinamente, para ir la acostumbrando a él antes de que llegara a amarlo de verdad. Nada de extraño hubo en esto: la mujer no tenía otra salida. Afuera la rodeaba el campo indiferente, y en la isba, la avaricia y el desorden. Todos tenemos nuestras preocupaciones, y la persona anda y calla, pero muchos no aguantan. El corazón le toma aprecio a alguien, y dos comienzan a vivir apretándose en la queja uno al otro, olvidándose de los ajenos. Guiada por ese mismo sentimiento, la viuda del minero se entregó a Yákov Sávvich, buscando refugio en su bondad.

Por el contrario, Yákov Sávvich huía de cualquier refugio como de una tumba seca. Un día le dijo a su mujer: «Llórame, débil mujer, durante un par de años. Me voy por donde vine...».

Y Yákov Sávvich se fue a trabajar para los mujiks ricos. En el condado sirvió como formador de vagones en la estación de trenes de carga y como cortador de carne en una carnicería, y en todas partes, doblegado por el trabajo, comía poco y nada le quedaba para vestir, por el poco beneficio que le dejaba el trabajo. Al comprender las pérdidas que ocasiona el trabajo útil, Yákov Sávvich se puso a pedir limosna con un jarrito, aunque decía que era para la construcción del templo de Nicolás el Milagroso. Yákov se quedaba con todo el dinero, se compraba comida y guardaba el resto como reserva para los malos tiempos. Entonces empezó a vivir sereno y bien. Salía a caminar y a observar la naturaleza del condado, charlaba y reflexionaba con sus habitantes, y comprendió que su actividad inservible rendía más ganancias que dedicarse a un trabajo útil. Por si fuera poco, las personas que donaban un kopek echándolo por la rendija del jarrito lo hacían con el interés de quien busca placer, aunque sabían que era un gasto irrecuperable, que era poco probable que Dios los ayudara. Mientras que cuando Yákov Sávvich vendía agua en la fuente y acudían personas sedientas, cargaban su agua con aburrimiento, aunque tenían una necesidad vital de ella, y el jarrito para las limosnas, por el contrario, era sólo un peltre vacío.

Cuando acumuló cien rublos, Yákov Sávvich viajó a la capital del condado y se compró un baúl con las siguientes mercancías: juguetes, oro falso y adornos femeninos. Ya sabía que las cosas inútiles se valoran más y las gentes las compran con más ganas que las necesarias. Sería, por consiguiente, un negocio sin pérdidas. Sin embargo, sólo comerció durante un mes, porque lo arrestaron y lo condenaron a tres años y siete meses acusado de robar la calderilla destinada a la iglesia. En la cárcel, Yákov Sávvich aprendió otras formas de lucha contra la vida poco exitosa, y al salir de allí entró al servicio de dos mercaderes en la construcción de la balanza más exacta jamás vista. Los mercaderes, que vendían alabastro, cal y listones, eran socios en aquel negocio, pero en cierta ocasión, en la mitad de un verano, habían discutido sobre qué esposa era mejor y más pesada. Desconfiaban de sus balanzas y también de las de otros, puesto que sus dueños eran unos pillos. Fue entonces cuando Yákov Sávvich se ofreció a hacer una balanza para pesar a las mujeres y averiguar cuál de las esposas era mejor, cuál era más ligera y cuál más pesada. Al principio, los mercaderes quisieron dejar aquel asunto sin consecuencias y sin incurrir en gastos: quizá una de las esposas era más gorda, pero la otra, sin embargo, sería de mejor ver. Lo solucionarían a ojo, sin recurrir a una balanza especial. Pero uno de los mercaderes dio en pensar de otra manera:

- ¡De nuevo quieres salirte con la tuya! - exclamó disgustado -. A toda mercancía le gusta la clase, no sólo el peso. Deja que el hombre haga la balanza, ya que se ofrece: si no sirve para pesar a las mujeres, la usaremos para la cal...

- Pesar a tu mujer no es problema - dijo el otro mercader -. Ni por delante ni por detrás tiene ningún bien. Pero para la mía hará falta fundir un *pud* real.

- La mía tiene los huesos más duros, es una mujer con más agarre que la tuya.
- Otra vez me vienes con lo mismo: ¡con más agarre! ¡Para eso cómprate unas tenazas en la ferretería y vive con ellas!
- ¡Pesémoslas y punto! - propuso Yákov Sávvich -. Ni para el uno ni para el otro, a conciencia. Por culpa de las mujeres llegaréis a mataros: será mejor que haga la balanza, de todos modos hará falta para la cal.
- Te apuesto a que cuando pese a mi mujer la balanza se partirá por la mitad - dijo el mercader cuya mujer era, seguramente, la más gorda.
- ¡Qué por la mitad, ni por la mitad! - se ofendió el segundo mercader -. ¿Qué crees que pesa más: la grasa vieja o los huesos jóvenes? Deja que la mía apriete. Veremos como la tuya saltará.

Aquel mercader sacó una moneda de cinco rublos y la lanzó al suelo:

- Bien, ya veremos cuando mi mujer - pastel se siente encima de la tuya... Saltará volando como un pastelito.

El segundo mercader tampoco escatimó dinero, demostrando un inusual celo hacia su esposa, y sacó un billete.

- Mientes, hombre ajeno. La mala hierba no puede vencer a la belleza.
- ¡Si mi mujer con sólo un gas tumba a la tuya!
- ¿Es que te ha tumbado de la cama?

Pero a los negocios les gusta que haya buen corazón, no odio, y por eso los mercaderes se compadecieron de la paz que reinaba entre ellos y le encargaron a Yákov Sávvich una balanza capaz de sentir a sus mujeres.

Yákov Sávvich alquiló al conductor un espacio en el cobertizo del jardín provincial, en el que pasaría el verano. Compró en la tienda los instrumentos pertinentes y comenzó a martillar aquel asunto innecesario, con ánimo de sacarle algún dinero. Todo un año hizo y rehizo la balanza, porque no lograba contentar a los mercaderes: nunca era lo suficientemente exacta para el peso de sus esposas. Luego Yákov Sávvich se tomó su trabajo con calma y recibió de los mercaderes casi doscientos rublos, hasta que éstos - que se pelearon para siempre por causa de sus mujeres y por otras no menos serias - se separaron para siempre, empobrecidos por el odio.

Para aquel entonces, Yákov Sávvich ya se había hecho un horno en el cobertizo. Lo amuebló, compró algunos instrumentos complementarios y preparó col agria en un cazo. Sólo que no aceptaba ningún trabajo ordinario, de los que suelen hacer los herreros, y, con la mente en blanco, esperaba a que le cayera algo inútil, enigmático y, por consiguiente, mucho más necesario al alma humana y más lucrativo. Pero durante todo el invierno nadie le hizo un pedido conveniente, por lo que Yákov Sávvich comenzó a fabricar por iniciativa propia gaitas de hierro y jarros para beber con el fondo abatible, que se podían abrir y cerrar, lo que impedía usarlos, pero hacía muy interesante sacar agua con ellos. Yákov Sávvich vendía sus productos en el bazar donde, en cierta ocasión, encontró a uno de los dos mercaderes que habían querido hacer una balanza para definir el peso de sus esposas. El mercader le pidió a Yákov que lo tomara como

aprendiz, pero aquél le ordenó que primero le encontrara un cliente. Muy pronto el mercader fue a ver a Yákov Sávvich y le indicó que visitara al pope de la catedral, donde tenían un pedido para él. Era verdad: los popes se disponían a hacerle un obsequio al arzobispo, que cumplía cien años, pero imaginaban algo encantador y sencillo. Al momento, Yákov Sávvich les habló de inventar un reloj de marcha eterna, que andaría sin cuerda y que no se detendría hasta el mismo fin del mundo y el segundo advenimiento.

Al pope le gustó aquel sueño, aunque expresó una duda: ¿no sería mejor que el reloj no andará, sino que estuviera parado - ya que la vida inferior, terrestre, no es sino una angustia detenida - y que la víspera del juicio final se pusiera en marcha, contando el verdadero tiempo de Dios?

« ¿Y por qué no?», accedió de inmediato Yákov Sávvich, y aceptó un adelanto de ciento veinte rublos, tras acordar que haría todo el trabajo por quinientos.

Mientras Yákov Sávvich avanzaba lentamente en su trabajo, al dueño del cobertizo, al conductor, le iban naciendo hijos. Esto lo iba convirtiendo en una persona mísera y nostálgica. Muchas veces Yákov Sávvich le daba a aquellos niños migas remojadas en agua, porque su corazón se aburría entregado a la sola avaricia y a la satisfacción de vivir, y exigía un poco de bondad para descansar. Por fin, Yákov Sávvich hizo a los popes un reloj de hierro fundido, el cual, al final del tiempo terrestre, se pondría en marcha por la caída de un rayo. Con el dinero, le compró al conductor toda la propiedad por doscientos rublos. El conductor y su familia siguieron ocupando la cocina y una habitación, pero ahora como inquilinos, por cinco rublos al mes.

A partir de entonces, Yákov Sávvich dejó de maldecir el lugar donde vivía y se calentaba al sol junto a su herrería, velaba porque todo se mantuviera en orden e incluso porque creciera la inútil hierba en el jardín. Secretamente le tomó cariño al inventario de su patio, a las varas del seto, a los árboles, a las tablas y a los clavos en ellas, a los rincones de la casa, y hablaba con ellos en silencio, amándolos con un amor indivisible, viéndolos como súbditos de su corazón y también como un refugio universal. Y los viejos y soñolientos objetos también murmuraban a Yákov Sávvich con sus tristes bocas que tan largo silencio había pegado. Su dueño ya no podía dejarlos solos en la orfandad, abandonarlos a su existencia triste. Ahora Sávvich ya no sólo buscaba la ocasión para hacer mecanismos extraños, que aplacaran los deseos de su alma oscura, sino que trabajaba en cualquier encargo: cubos, moldes para pasteles, argollas de hierro, bisagras para puertas y cosas por el estilo. Yákov Sávvich también aceptaba ahora un bien pequeño, porque sentía que recibía suficiente consuelo. Él, que había maldecido los bosques, había comenzado a querer a los arbustos, y hasta las delgadas hierbas en su jardín de hombre acomodado. Si antes, cuando vagabundeaba por los caminos, el viento lo emocionaba, ahora prestaba oído al rozar de la hojarasca contra las varas del seto, y dejó de amar al viento como se le pierde cariño a cualquier mal tiempo.

La vida pasaba frente a él en su serena extensión. Los hijos del conductor crecieron y comenzaron a robar grosella en el jardín, un diminuto musgo cubrió las paredes de la

herrería como si fuera escarcha, el viejo trébol del jardín hacía ya varios años mantenía sus ramas bajas sin hojas, secas por la vejez: seguro que había nacido en la lejana época, cuando esto era campo abierto, y había vivido como un huérfano, lejos del poderoso bosque paterno.

En las noches estivales a Yákov Sávvich le gustaba recorrer el patio y el jardín por su linde polvorienta, pisando las oscuras ortigas, observando cómo dormían sus bienes, quietos en su sitio. Las estrellas en el cielo, aunque avanzaban hacia alguna parte, lo hacían lentamente, y a la noche siguiente volvían al mismo lugar. Luego Yákov Sávvich dormía y veía los sueños de la vejez: que era joven y apuesto, que por doquier crecían árboles que susurraban al viento, y la voz de su madre, muerta hacía mucho tiempo, resonaba sobre su cabeza, y él reía. En la herrería olía a hollín y a hierro, tras la pared de madera se abría la oscuridad y el raro y amenazante rumor de la hierba... Un viejo duerme solo sobre su colchón de paja, tiene la boca abierta por la debilidad del sueño y se siente feliz de ver a su madre muerta, la naturaleza pasada y su propia alma, que ya había olvidado.

Pero su mente, como un viejo celador, dormía débilmente: una noche oyó crujir el seto bajo el peso de una persona. Yákov Sávvich despertó con un sentimiento de preocupación y prestó oído a la desgracia que se acercaba. Alguien avanzaba por la hierba y el suelo blandos con pasos pequeños, deteniéndose a veces por el miedo que inspira todo lugar ajeno. Yákov Sávvich comenzó a temer y se dispuso a esperar. Escuchó cómo se alejaba aquel ser desconocido y luego oyó un tímido golpe en la ventana de la pequeña casa de adobe. Ni el mismo Yákov Sávvich sabía quién vivía en aquella casa. Jamás había percibido ningún ruido, ni una luz al atardecer, ni humo. Pero el cristal, lo mismo en verano que durante el invierno, siempre estaba cubierto de polvo, lo que significaba que nadie salía al jardín, y eso era lo importante para él. Tras una pausa, alguien volvió a llamar en la lejana ventana y calló en espera de la respuesta.

« ¡A lo mejor es un ángel que anda por las noches! - pensó Yákov Sávvich -. ¿Qué hora será? - Palpó las agujas del reloj de pared y supo que era la una de la madrugada -. ¡Es la hora en que andan los ángeles! - pensó -. ¿O ya habrá llegado el momento en que deba maldecirlo todo y huir de aquí para siempre...? ¿Por qué sigo aquí, si me estoy muriendo en este lugar? ¡Qué extraño es todo!»

Volvió a escuchar. El ángel seguía llamando en la ventana, pero cada vez más espaciadamente y sin recibir respuesta.

« ¡Se resfriará! - pensó Yákov Sávvich y saltó de la cama -. Los amaneceres son ahora muy fríos.»

Salió al jardín y llamó: «Hey, diablillo, ven acá», sin embargo de su boca no salió sonido alguno: la vergüenza o el miedo lo hacían que hablara sólo para sus adentros, en su mente.

« ¡Habrás visto! - pensó Yákov Sávvich -. Toda mi fe en dios, duda, maldición. Seguro que se ha metido por la grosella, el hijo de perra, me estropeará las plantas.»

La ventana de la casa de adobe se abrió de par en par y por ella se asomó al sombrío jardín una cara que no parecía humana.

- ¡Hace rato que te estoy escuchando! ¿Qué quieres? - se oyó una voz aburrida, de vieja. Al hablar no expiraba las palabras, sino las aspiraba hacia dentro, hacia su entraña vacía y estrecha.

- ¿Eres mi mamá o no? - preguntó la voz de un niño pequeño, que seguramente estaba cansado de caminar por la noche oscura.

- Soy una ajena - respondió la vieja, y volvió a cerrar la ventana, devolviendo su bastidor al hueco en la pared.

El niño permaneció un rato bajo la ventana, acarició la pared de adobe y volvió a la herrería pisando las ortigas como si nada, como si estuviera acostumbrado a hacerlo.

- ¿De quién eres, hijo? - le preguntó Yákov Sávvich.

- De nadie. Ando buscando a mis padres - dijo el niño, que aparentaba unos cuatro o cinco años.

- ¡Y yo que pensé que eras un ángel, infame!

- No, no soy nadie - negó el niño.

- ¿Eres un pillo o qué?

- No... Mi tía me mordió porque como mucho pan y gasto los peales. Ella me regaña, me dice: «Vete de aquí y busca a tus padres, que ellos te alimenten y te den de beber».

Entonces me fui por ahí, a todo el mundo le pregunto, pero nadie los conoce.

- ¿A quién no conocen? - preguntó Yákov Sávvich.

- Ni a mi padre ni a mi madre. Y mi tía, por culpa de ellos, me pega con su mano huesuda.

- Te diré una cosa - profirió tras una pausa el herrero -. ¡Lástima que no seas un ángel!

- No es nada - dijo el niño.

- ¿Y tus padres existen en alguna parte?

- Nadie me da respuesta. Seguiré preguntando - respondió el hombrecito -. Quizá existan, pero hay muchos niños en este mundo y simplemente han olvidado a uno.

- ¡Eres pequeño, pero inteligente! - se asombró Yákov Sávvich.

- Lo soy sin quererlo. Vivo solo, ando por ahí y voy pensando.

- ¿Hace mucho que buscas a tus padres?

- Sí... Tanto que he olvidado dónde vive mi tía. Era mejor que me golpeará y me diera las sobras, porque ahora no como nada.

Yákov Sávvich encendió la luz en la herrería e izó al recién llegado para verle bien la cara. El niño llevaba un pantalón sujetado con un solo botón, vestía camisa, pero no llevaba ni gorro, ni zapatos. Todo se había desgastado en él; la tela se había adelgazado, como si hubiera pasado por entre torbellinos. Su cara no tenía la habitual reserva infantil de grasa, sino que era flaca y arrugada; unos ojos sombríos y grises miraban con paciencia, dispuestos a soportar sin lágrimas un golpe repentino.

- Pues bien - dijo Yákov Sávvich -, vivirás conmigo - y dejó al niño en el suelo.

El niño empezó a vivir en la herrería. Comía tan poco que Yákov Sávvich no lo echó; él mismo arreglaba sus peales y su camisa cuando se desgarraban de viejas. El niño deliraba en sueños a menudo, repitiendo que buscaba a sus padres. Yákov Sávvich lo escuchaba y se reía: él sabía que los padres no significan nada, son sólo un tierno sueño infantil.

Pronto el huérfano recogió trapos por los patios vecinos y se cosió un abrigo. Guardó en él pedazos de pan, y una mañana fue a despedirse de Yákov Sávvich.

- Me voy a buscar a mi madre. Es aburrido vivir con personas ajenas.
- ¿Qué es eso de que «me voy»? ¡Lo que te voy es a zurrar con el cinturón!
- Entonces empezaré a comer mucho, hasta que tú mismo me eches.

Yákov Sávvich se quedó pensativo. Le pidió a la mujer del conductor que adoptara al niño. A cambio, él no les cobraría el alquiler de la vivienda. Pero la mujer se negó. No era que le diera lástima gastar en comida, pero tenía muchos hijos propios, y un hijo ajeno requería también tanto gasto del alma como uno propio.

El niño se resignó y al cabo del tiempo se hizo unos zapatos a los que clavó unas suelas de madera, y con plancha para tejado unió la parte de arriba. Luego puso a secar unos hongos que había recogido y se dispuso a irse. Yákov Sávvich, que había ido a vender unos cubos recién terminados, le dio alcance en la calle:

- ¿Adonde vas?
- Es asunto mío.
- ¿Cómo que es asunto tuyo? ¿Qué asuntos son éstos? ¿De dónde has sacado los zapatos?
- Los he hecho yo mismo. Me iré lejos. En los zapatos los pies no se cansan. Jamás volveré contigo.
- ¡Qué cerdo eres! Pero ¡si yo soy tu padre!

El niño miró cautelosamente al viejo herrero.

- Mi padre habría llorado por mí, como yo lloro por él cuando estás dormido y no puedes verme. ¡Tú no eres mi padre!
- Yo también soy huérfano - respondió Yákov Sávvich, avergonzado por la pena del niño.

- Hace mucho que deberías hacerte padre, pero no quieres... Yo sólo espero a crecer. Sólo que como poco. La carne de res no se sostiene en mí, se me escurre, no tiene en qué agarrarse...

- ¿Y qué? - se asustó Yákov Sávvich.
- Entonces empezaré a tener hijos y viviré con ellos hasta que muera de viejo. Que ellos tengan un padre, ya que yo no lo tuve.
- Pero ¿cuántos años tienes?
- Si mis padres estuvieran aquí podrían decírtelo. También saben mi nombre, porque yo lo olvidé.

Yákov Sávvich le hizo quedarse y el niño no volvió a hablar. Mientras al niño no le nacían sus propios hijos, adoptó a unos gorriones, les daba cortezas de pan, granos de mijo y todo tipo de desecho comestible. Los gorriones comían y, ahítos, empezaban a

pelearse hasta que salían volando como estrellados, cada uno por su cuenta. Luego volvían a unirse, para otra vez agitarse juntos, en la necesidad y en la pelea. Yákov Sávvich le regaló al huérfano una jaula de hierro que él mismo hizo, y el niño comenzó a llevar en ella a los gorriones. Pero los gorriones vivían poco, morían pronto, acostándose de bruces en su tristeza. Entonces el niño comenzó a encerrarlos de dos en dos para que tuvieran hijos y vivieran sin tristeza. Sin embargo, los gorriones seguían acostándose y muriendo. Esto desconcertó al mismo Yákov Sávvich, pero no sabía cuál era el secreto, porque hasta los ruiseñores viven en jaulas, y también es posible amaestrar águilas. Pero los gorriones, que casi pueden anidar a los pies de uno, morían al momento en la jaula. ¿Para qué necesitaban la libertad si tan sólo vuelan tramos cortos y viven toda su vida en los patios? ¡Mientras que otros pájaros, que pueden atravesar volando el océano, cantan en sus jaulas!

«Maldición: ¡entonces yo soy una especie de gorrión! - dijo Yákov Sávvich -. ¿Y si echo a andar de nuevo? Porque por todos lados es igual; sólo campos e isbas, nubes y riachuelos. No hay duda: soy un gorrión. Si fuera otro pájaro pasaría mis días enjaulado.»

El niño dejó de pasear a los gorriones. «Vosotros no sois personas - les dijo -. Hay que sufrir, pero os morís sin más. No juego más con vosotros.» A menudo caminaba por el jardín tratando de encontrar en los árboles, en los diminutos insectos y en los objetos sin vida cierto parentesco con él, un cariño, una mutua sensación de soledad, pero no se engañaba por mucho tiempo, porque era muy serio de corazón.

Todos los días el huérfano pegaba su rostro a la ventana practicada en la pared de adobe y miraba hacia dentro de aquella casa. Veía un banquillo, y sobre él un cubo con agua y un cazo. Junto al banquillo había una cama de madera y en ella siempre se sentaba una vieja sin pelo y que miraba con ojos blancos, sin memoria, al vacío frente a ella. A veces, los ratones corrían por encima de la vieja y las chinches le picaban el cuello, pero ella no las sentía, o bien guardaba sus fuerzas sin ánimo de combatir las. El niño la temió mucho tiempo, pero una vez vio a la vieja llorando con los ojos abiertos, y entonces sacó el marco de la ventana y entró en la casa de adobe. A partir de entonces visitaba casi todos los días a la vieja, le quitaba las chinches del cuello y espantaba a los ratones. La vieja nada le decía al niño. Sólo una vez, cuando él se le acercó, le puso una mano ligera, como de madera, sobre la cabeza y acarició sus cabellos claros. Pronto el niño se acostumbró a visitar a la vieja, y ella lo esperaba; él notó que si dejaba de ir un día o dos, la vieja se aburría o lloraba. El niño aprendió a lavar a la vieja, le cocinaba la papilla en el horno del herrero y le cosió, para que cubriera su cabeza desnuda y no sintiera frío por las noches, un gorro con tela de las viejas manoplas de Yákov Sávvich.

Una vez a la semana la hija de la vieja, una mujer ya mayor, la visitaba. Le llevaba pan, cambiaba el agua en el cubo y se marchaba en silencio. El niño supo que la vieja tenía ocho hijos y cinco hijas, ya todos mayores, incluso viejos. Entre ellos había algunos ricos y otros pobres, pero nadie la visitaba, con la excepción de la hija mediana, y la vieja

había olvidado el rostro de sus hijos, no sabía la edad de cada cual y confundía los vivos con los que habían muerto siendo niños.

Para que la vieja no se aburriera, un día el niño atrapó un jilguero, lo metió en la jaula del gorrión y se lo llevó de regalo. Encontró a la vieja en el suelo, boca arriba, con los ojos abiertos, pero sin mirar. El niño se inclinó sobre ella y empezó a doblarle las manos sobre el pecho, cubrió sus piernas desnudas con el vestido y le bajó los párpados con los dedos. Había visto cómo tratar a los muertos, y sabía qué hacer. Ya no tenía sentido quedarse en casa del herrero, porque había muerto la vieja. Debía buscar a sus padres lo más pronto posible para no llorar de pena.

Liberó al jilguero, saltó el seto y se fue atravesando los huertos ajenos, sin llevar nada consigo y sin haber saciado su hambre antes de partir.

Yákov Sávvich echó de menos al niño perdido, pero no hizo esfuerzo alguno por hallarlo: ¿acaso son pocos los que se pierden en este mundo? Hasta él mismo se perdió poco después, cuando la revolución de febrero. Yákov Sávvich calculó correctamente que la revolución era un negocio muy lucrativo, más incluso que el reloj de movimiento perpetuo, y se fue a batallar en ella; año y medio después lo mataron durante la guerra civil. Yákov Sávvich servía como voluntario en la artillería roja del lado de muchos huérfanos sin familia, y la artillería enemiga hizo blanco en él. Murió con plena conciencia de lo que ocurría y se dijo a sí mismo a modo de despedida: « ¡Por fin me deshago de mí mismo, ya era hora!», y cerró los párpados, que le dolían de tanto haber visto durante toda su vida.

El niño huérfano creció lejos de allí y se convirtió en un joven esbelto y honrado. Muchas veces pasó por aquel camino junto al cual había estado el jardín provincial, la herrería del pueblo y la casa de adobe. Nunca quiso averiguar la exacta disposición de su mundo infantil: por doquier - en lo que había sido un país de huérfanos - se levantaban ciudades limpias y altas, susurraban las hojas de árboles nuevas, bellas personas habían nacido y ahora andaban por todas partes. El joven miraba a los camaradas que avanzaban a su encuentro y les sonreía: sabía que entre ellos había muchos como él, huérfanos de padre y madre, que también creaban una nueva patria para suplir tan prolongada orfandad.

Alterké

El padre del pequeño Alterké era zapatero en el pequeño pueblo de Zagumennv, junto al camino a Tárнопoл. Se llamaba Moiséi Tsvirko, pero ningún letrado indicaba su nombre y su profesión para que los habitantes de Zagumennv le llevaran a arreglar sus zapatos. Vivía en silencio en la casa del administrador del molino Antón Serafánovich Goditski. Moiséi Tsvirko no tenía medios para alquilar toda la casa, y tan sólo ocupaba la mitad de la cocina, junto a la boca del horno. Ahí tenía su banco de zapatero bajo la ventana, de cara al patio siempre vacío, donde sólo había un pequeño corral en el que vivía un puerco y anidaban dos gallinas. Después sólo estaba el seto y el cielo, que cerraban el patio y el lejano campo gris. Junto a su banco vivía, trabajaba y pensaba el zapatero Tsvirko, mientras que el aposento y casi toda la cocina los ocupaban el dueño y su mujer.

Los dueños no tenían hijos, quizá por avaricia, como pensaba Moiséi Tsvirko, o para mantener limpio el aposento y que nada alterara su paz. Sólo el inquilino, el zapatero, tenía un hijo, un niño de cinco años cuyo nombre era Alterké. Los dueños habían advertido al padre que el niño no se atreviera a hacer ruido, ni a salir al patio sin necesidad, que no se notara al niño vivir, como vive solitario el sauce en el patio. De lo contrario, echarían al zapatero de la casa. Moiséi no podía discutir con los dueños.

- ¿Has oído lo que nos han dicho? - le dijo a su hijo.

- Sí, lo he oído - susurró Alterké sentado junto al banco sobre una piel de oveja en la que dormía por las noches junto a su padre. Con deditos temerosos metía puntillas en los huecos de una suela, aunque hubiera querido clavarlos con el martillo. Sabía que no podía ni jugar ni hacer ruido; entendía que aquí debía vivir por lo bajo, porque en el patio ya hacía frío y no había otro lugar donde pasar la noche; su padre ya se lo había dicho. En silencio, Alterké se ocupaba de la suela, o enceraba el sedal para ayudar a su padre, o bien miraba por la ventana el desolado campo otoñal, por encima del cual volaban las nubes a su lejano destino. Alterké susurraba al oído de su padre:

- Papá, necesito algo, ¡porque estoy aburrido!

- ¿Ves ese gorrión posado en el seto? - decía su padre -. ¿Lo ves? Vive solo, se ha encogido de frío, no tiene adonde volar, pero sigue en silencio, vive, nada lo aburre... No tiene padre y, en cambio, tú sí lo tienes. ¡Míralo!

Alterké miraba el gorrión por la ventana; los ojos negros del niño se iluminaban de comprensión y compasión hacia aquel solitario gorrión, e imaginaba su vida en el frío y sin padre. Entonces, por un momento, Alterké dejaba de sentir aburrimiento, porque aquella vida ajena le interesaba más que la suya propia.

Mientras su hijo olvidaba su tristeza, el padre volvía a inclinarse sobre su labor. Remendaba, cosía y les daba un nuevo aspecto a las suelas de las botas que tanto habían desgastado los pobres de los alrededores, porque debían caminar mucho y gastaban sus zapatos. Nadie le hacía a Moiséi Tsvirko pedidos para que cosiera zapatos a medida,

tomada sobre los pies vivos. En Zagumenny vivían otros zapateros que trabajaban mejor que Moiséi Tsvirko, y los habitantes acomodados eran sus clientes desde hacía mucho. Moiséi Tsvirko, por su parte, ganaba su sustento comprando los domingos de mercado restos de zapatos que ya no servían y remendándolos luego para los jornaleros del lugar y los campesinos. Sólo ellos compraban aquellos zapatos remendados y los volvían a usar, ya que eran gentes pobres, sin dinero para comprarse nuevos zapatos.

Durante los largos días de la semana, Moiséi Tsvirko permanecía junto a su banco y ponía parches y remendaba suelas, preparándolas para venderlas el domingo en el mercado. En silencio, recordaba a su esposa Rosa, la madre de Alterké, que había muerto al darlo a luz de una enfermedad del pecho, y se consolaba pensando que criaba y alimentaba a Alterké, a quien había dado a luz la difunta Rosa. Moiséi Tsvirko no tenía más consuelo que aquél. Para sí mismo, para vivir, Tsvirko no hubiera seguido remendando eternamente aquellas suelas. Se habría marchado a alguna parte, habría hecho algo notable o bien se habría muerto. Pero qué bien que creciera junto a él el pequeño Alterké con su pelo rizado. Quizá llegaría a ser un hombre mejor y más feliz que su padre. Por su hijo Alterké, Moiséi Tsvirko soportaba de algún modo su vida. Ya no le quedaba mucho, porque había vivido cuarenta años.

Alterké pasaba junto a su padre todos los largos y fríos meses del año, durante el otoño y el invierno: no tenía ropas para salir a la calle y ver lo que pasaba; además, Alterké temía a los demás niños, que una vez le habían metido en los ojos un clavo oxidado, cuando Alterké los miraba jugar por una rendija del seto en aquel patio grande y desconocido.

- Son polacos - dijo Moiséi Tsvirko a su hijo -, mientras que tú y yo somos judíos. Los niños no tienen la culpa, no entienden nada. Así les enseñan sus padres, y sus padres tampoco entienden - le decía su padre mientras lavaba la herida que casi le costó un ojo a su hijo.

- Yo tampoco entiendo - dijo Alterké indiferente y serio -. Dicen que me matarán para que no viva y no vaya a su calle.

- Debes ser más inteligente que ellos - respondió su padre -. Entonces no podrán matarte.

- Papá, ¿y por qué soy desagradable? - preguntó rápidamente Alterké y guardó silencio, apenado por un sentimiento triste, todavía no habitual para su corazón infantil -. Y Anelia Dvórnika también es desagradable, es sarnosa, y yo también, todos los niños lo dicen.

El padre miró a su hijo.

- Alterké, angelito, no debes pensar tonterías. Es desagradable la persona que te mete algo en el ojo, y es buena la persona que aguanta su dolor, y el mejor de todos es el que le saque un ojo al que quiso sacártelo a ti.

- ¿Y con quién jugaré entonces? - preguntó Alterké.

- Pues piensa que tienes muchos amigos - dijo el padre, y señaló con el martillo los rincones de la cocina -. Allí está Moisha, allí Solomonchi, en aquel lado está Rivka, allá

Abram el pelirrojo... Piensa que están aquí contigo, juega con ellos con los clavos y las suelas.

- ¿Y quiénes son? - preguntó Alterké.

- Personas como nosotros - le explicó el padre -. Imagínalos, todos los que quieras.

Siempre estarán contigo y nunca te sacarán los ojos. Todos son buenos y pobres, como nosotros.

Alterké empezó a pensar en Abram el pelirrojo, un niño como él, y en Rivka, una niña menor que él, y aprendió a jugar con ellos y a hablarles para sus adentros.

Casi inmóvil, como si soñara, Alterké permanecía sentado sobre la piel de oveja junto al banco de su padre, susurraba palabras para sí, imaginándose entre sus amigos invisibles, y lanzando las puntillas sobre la piel de oveja, como si soltara naves a navegar o como si hiciera alguna otra cosa maravillosa, inmerso en un mundo misterioso y silencioso.

Cuando llegó la primavera, antes de salir para el mercado a vender su mercancía, el padre prometió a Alterké que le compraría juguetes de verdad, barcos, caballos y soldados. Alterké se dispuso a esperar a su padre, y para que el tiempo pasara más deprisa, se durmió en el suelo sobre la piel de oveja.

Pero su padre no regresó. Vendió su mercancía en el mercado, compró juguetes para su hijo y bebió vino en la taberna para también él recibir alguna satisfacción de la vida. Al salir de la taberna, Moiséi Tsvirko vio a un policía que sujetaba por el cuello a un muchacho un poco mayor que Alterké, y de vez en cuando lo lanzaba sobre el mostrador de la mercería y lo recogía sin haberlo soltado. Detrás del mostrador gritaba un mercader compadeciendo al policía. El mostrador era bajo, de modo que la cara del niño daba sobre la mercancía expuesta, sobre las horquillas, las peinetas, las agujas de tejer, los collares y otros objetos.

- ¿A qué tanto nerviosismo? Le puede echar a perder los ojos al niño - dijo Moiséi Tsvirko al policía -. Si el niño es culpable, entonces toda Polonia es culpable.

El policía lanzó al muchacho de cabeza contra el mostrador y se abalanzó sobre el zapatero.

- ¿Según tú toda Polonia es también ladrona, porque este niño es ladrón?

Moiséi Tsvirko reflexionó y le explicó:

- Pues puede que lo sea un poco, ya que este niño no tiene qué comer: ¡alguien le ha robado su comida y su felicidad!

El policía agarró al zapatero por la camisa, pero de pronto lo soltó y se pegó con la nuca contra el mostrador, porque Moiséi Tsvirko había golpeado la barbilla del policía con toda la fuerza en que, súbitamente, se convirtió su larga y sufrida vida. Sobre el zapatero se abalanzaron los mercaderes y lo maniataron con el fin de meterlo en la cárcel para que recibiera su castigo.

Alterké despertó por la noche y no vio a su padre. Toda la noche esperó su regreso llorando a veces en silencio: querría haber llamado a alguien para que calmara su fuerte

dolor, pero temía hacer ruido en la oscuridad y molestar a los dueños que dormían al otro lado de la casa.

Al día siguiente, la esposa del dueño averiguó qué le había ocurrido al padre de Alterké y ordenó al niño que abandonara la casa.

Alterké tocó el botón de latón que unía un único tirante, atravesado sobre el hombro, con el pantalón, y nada atinó a responder a la dueña; pensaba en su padre, y la tristeza en su corazón era mayor que el miedo ante aquella mujer grande y ajena.

- ¡Andando, andando! - le dijo la dueña -. Estamos en verano, no te congelarás. Hay más gentes buenas por ahí, aparte de nosotros. Alguien te dará de comer. No te morirás de hambre.

- ¿Y adonde debo ir? - preguntó Alterké, que, descalzo sobre la piel de oveja, miraba a la mujer. Le daba lástima dejar la piel de oveja viviendo sola, sin él. Se había acostumbrado a ella, y además olía un poco a su padre, que también había dormido sobre ella -. Me iré - dijo Alterké -. Aunque mi padre siempre me decía que nadie nos espera. Me iré con mi padre...

La dueña se asombró y se enfadó:

- ¿Con qué padre? Ya no tienes padre. Lo han metido en la cárcel. No lo verás más. O lo matan allí o se muere él mismo. 1 si te pones a esperarlo, tú mismo te harás viejo.

- Lo esperaré - aceptó Alterké -. No falta mucho para que me haga viejo...

- Nada de eso - dijo la dueña -. Vete y hazte viejo, pero no en mi casa... Vete al molino. Allí tienen una habitación para los sirvientes en la que duermen los mujiks de toda la zona. Allí estarás mejor alimentado que con tu padre: todos comen bien y dejarán sobras...

- ¿Y quién se quedará con el banco de mi padre? - preguntó Alterké -. Todavía quedan suelas, dos pedazos de piel sin curtir, el martillo y las puntillas, nuestra lámpara, que aún tiene queroseno...

- ¡Vete de aquí, fresco! - le gritó la dueña -. ¡Tu padre me debía dos meses de alquiler, y le fié el *borsh* que cenasteis antes de ayer, y no era la primera vez! 1

Alterké salió de aquella casa tal y como estaba, sin gorro y descalzo.

Llegó al patio empedrado del molino a la entrada del pueblo, junto a la carretera amplia y sin asfaltar que llevaba a las otras aldeas.

Alterké entró al patio y se detuvo en medio; le dio miedo la luz del sol, el gran espacio, estar allí sólo en camisa, y que en torno a él todo fuera desconocido. Sólo su padre lo recordaba, pero ya no estaba allí.

En el edificio de piedra zumbaba el molino de vapor; los campesinos dormitaban a la sombra de sus carretas a la espera de su turno para moler el grano, y otras personas, jornaleros o transeúntes, miraban al pequeño que andaba por ahí, pero no pensaban en él: hay de todo en este mundo, así que habría un niño de pelo negro y rizado, estaría por allí un rato y luego se iría a alguna parte.

Alterké entró en la parte de los sirvientes, en una cocina grande donde una vieja cocinera prepara la comida para los obreros del molino y los jornaleros. Éstos pasaban

la noche allí mismo, en la cocina o en el zaguán y en un añadido. Allí vivían toda su vida, si eran necesarios, y luego morían.

La vieja cocinera le preguntó a Alterké de quién era y si había ido por mucho tiempo. Alterké no sabía de quién era, y dijo que de nadie, que había ido a vivir hasta hacerse viejo, hasta que su padre viniera a buscarlo al salir de la cárcel.

1. Borsh: sopa de remolacha, col y otras verduras.

- ¿No crees que será mucho tiempo? - le preguntó la vieja.

- No me quedará mucho tiempo - dijo Alterké -. Cuando me haga viejo como tú, me iré.

¿Te ha llevado mucho tiempo llegar a vieja?

- ¡Claro que no, poco tiempo! - exclamó la vieja sin levantar las manos de su labor -. Ni cuenta me he dado de cómo pasa la vida... Desde por la mañana hasta el atardecer trabajaba de jornalera, dormía por las noches, ¿y de qué te acuerdas cuando duermes? No he tenido tiempo de vivir en toda mi vida. Entre una cosa y la otra me he hecho vieja.

- Yo también quiero hacerme viejo. Amasaré el pan contigo y luego encenderé el horno para también estar ocupado entre una cosa y la otra - le pidió Alterké.

- No me conviene - le dijo la vieja -. A nadie se le permite vivir aquí. Nuestro *pan* tiene muy mal genio, 2 él mismo parte todo el pan en porciones, y tiene dos hijos todavía peores... Toma un pedazo, vete por ahí, busca qué comer, pero no quieras enternecer mi corazón... ¿Cómo te podría ayudar si yo misma vivo de prestado?

La vieja dejó caer la masa, se limpió las manos en el delantal y dio a Alterké un pan recién horneado. Alterké tomó el pan y se lo escondió en el seno para cuidarlo. La vieja miró a aquel niño ajeno que la miraba con cautela y temor. Alterké la observaba con el interés de la infancia y con el desamparo de la tristeza temprana. La cocinera acarició la cabeza de Alterké y lo acompañó hasta la puerta de la cocina.

- Vete - le dijo -. ¡Si naciste, seguirás vivo!

Alterké se internó en el gran patio al final del cual crecían arbustos y árboles, iluminados por el diáfano sol. Alterké amaba la hierba y los árboles. Siempre se acercaba a olerlos y pensaba que olían a cielo claro y al sol mismo. Salió a un jardín y se sentó sobre la hierba junto al sendero que llevaba a la casa en la que vivía, casi seguro, el pan molinero en persona. Desde allí Alterké sólo veía el portal de la rica casa de piedra cubierta con yedra azul y el alto tejado de zinc.

Tras descansar un rato, Alterké sacó el pan de su seno y empezó a comer. Recordó que había comido cuando estaba su padre y que ésta era la primera vez que comía sin él.

Una mujer descalza salió de la casa del molinero con una cesta vacía y se acercó a Alterké.

- Los jóvenes panes saldrán a pasear ahora - dijo -. Vete del patio. - Y la mujer siguió a sus asuntos.

2. pan: hidalgo en la Polonia, la Bielorrusia y la Ucrania zaristas.

Alterké se quedó sobre la hierba sin saber adonde ir.

Dos jóvenes panes salieron al portal. Vestían pantalones y camisas blancas y zapatos blancos. En las manos sostenían un bastón con el que se divertían durante el paseo.

Riéndose y disfrutando las bromas que se hacían entre ellos, los jóvenes *panes* pasaron junto a Alterké y lo miraron.

- Mira - dijo un *pan* -, un pequeño judío aquí sentado y comiendo pan.

- Se está comiendo nuestro pan, el de las personas - dijo el otro.

Se alejaron pensativos, como si de pronto se hubieran puesto tristes porque aquel pequeño estuviera allí sentado comiendo pan.

Ya lleno y tras reunir las migajas, Alterké volvió sobre sus pasos. Le resultaba más fácil caminar que quedarse sentado echando de menos a su padre, aunque no sabía adonde ir.

En el patio, junto al almacén de trigo, donde estaba la báscula, conversaban los dos *panes* vestidos de blanco y otros dos hombres bien alimentados. Se burlaban alegremente de las personas que pasaban por el patio ocupadas en sus trabajos, cargando sacos hasta la carreta, yendo por agua al pozo o buscando algo indispensable en la tierra: alguno necesitaba un clavo, otro un hierro o una cuerda. Los jóvenes *panes* encontraban un defecto a cada uno de ellos y esto les alegraba.

Llamaron a Alterké.

- Niño, ¿cómo te llamas? - le preguntaron.

- Alterké - les dijo Alterké.

- ¡Así que eres Alterké! - exclamó uno de los jóvenes panes, y sacó del bolsillo de su pantalón cierto objeto pequeño -. ¡Alterké, Alterké, toma un caramelo!

Alterké se acercó a la mano extendida del *pan* para coger el caramelo. Lo cogió y quiso primero ver el dibujo del envoltorio, pero no alcanzó a hacerlo porque cayó de cabeza contra el suelo empedrado. El joven *pan* que había dado el caramelo a Alterké agarró al niño por sus negros rizos, lo acercó un poco a sí y luego lo lanzó lejos con su mano fuerte, bien alimentada. Alterké se golpeó y perdió la conciencia, como si se hubiera quedado dormido de pronto; la sangre salió de su cabeza herida. Alterké yació un rato y después despertó; los jóvenes panes, de pie junto a él, lo miraban respirar.

- Ahora se repondrá. ¡Los judíos nunca mueren! - dijo un *pan* -. Alterké, ¿quieres otro caramelo?

- No quiero - respondió Alterké.

- ¿Por qué no? - volvió a preguntar el *pan*.

- Porque me golpeáis la cabeza y yo todo lo olvido - explicó Alterké.

- ¿Y qué es lo que debes recordar? - preguntó el *pan* -. No tienes que recordar nada. Mejor vive sin memoria.

- Tengo que recordar a mi padre - dijo Alterké.

Se levantó y los dejó.

Detrás de un edificio, Alterké vio un lugar sin gente, cubierto de maleza, y se escondió allí y se durmió entre el silencio de la hierba, sintiendo cómo su corazón extrañaba a su padre, sin poder consolarse ni buscar ayuda.

Alterké despertó por la noche y tuvo miedo de abandonar la hierba. Permaneció acostado allí hasta que amaneció, encogido por el relente nocturno.

Por la mañana Alterké quiso ir al poblado, a ver la cárcel. Pero en el patio del molino volvió a ver a uno de los jóvenes panes, el que el día anterior lo había tirado de cabeza contra las piedras.

- Dame el caramelo. ¿Por qué me pegaste? - dijo Alterké.

- Se me perdió. Las gallinas se lo comieron - respondió el pan -. Vamos, te daré otro.

Y tomó a Alterké de la mano, y apretándola con fuerza se llevó al niño.

- ¿Dónde me pegarás? - le preguntó Alterké -. No me pegues en la cabeza.

- No te pegaré - le prometió el pan.

Llevó al muchacho a su casa, lo sentó a la mesa y ordenó a la cocinera que le diera papilla con leche. La mujer dio a Alterké un plato de papilla con leche. Alterké se lo comió y pidió más. La cocinera no se atrevía a servirle más, pero el joven pan asintió, y permaneció todo el tiempo sentado frente a Alterké viéndolo comer con avidez.

Después de la comida el joven pan llevó a Alterké al jardín.

- ¡Ahora pégame tú! - le dijo al niño -. ¡Pégame con todas tus fuerzas! ¡Te daré un caramelo!

Estaban en medio de un prado; entre la hierba crecían flores silenciosas, azules y amarillas, que brillaban a la luz, como si tuvieran ojos brillantes, capaces de ver.

El *pan* se tiró sobre la hierba y le dijo a Alterké.

- ¡Pégame con el puño!

Alterké le pegó suavemente.

- ¡Más fuerte! - le ordenó el pan.

Alterké le pegó en el ojo, para que le doliera más. En respuesta, el *pan* también pegó a Alterké; entonces el niño agarró al *pan* del pelo y le pegó en el cuello. El *pan* se enfureció, se incorporó sobre el codo, agarró a Alterké, lo apretó contra sí y comenzó a rodar con él por la hierba. Alterké agarró al *pan* por el cuello, para que no le pegara y no le hiciera sufrir. Pero el *pan* no comprendió a Alterké; se puso rabioso al sentir entre sus manos al lastimero, aunque vivo, cuerpo del niño, que se apretaba fuertemente a él.

Alterké calló, haciéndose el muerto. Después, tras cobrar el aliento, se lanzó sobre el *pan* y empezó a pegarle puñetazos en las piernas. Al principio el *pan* permaneció de pie, sin moverse, guardando su furia con deleite, hasta que su corazón estuvo tan enfadado que dejó de sentir calor. Entonces soltó un grito y apartó a Alterké de una patada. Alterké cayó y se levantó otra vez, para volver a lanzarse sobre su enemigo. El *pan* lo dejó acercarse y le pegó un puñetazo en la cara. Alterké casi se cayó al suelo, pero se volvió a levantar y sin proferir palabra se lanzó sobre el pan y fue a dar de bruces en sus manos. El *pan* apretó a Alterké, lo levantó, balanceó su pequeño cuerpo y lo lanzó de cabeza contra el tronco de un árbol cercano.

Alterké perdió la memoria y quedó bajo el árbol como si se hubiera muerto o dormido. Por la noche se levantó y caminó por el jardín, ya sin acordarse de su padre y sin recordar nada sobre sí mismo, ni quién era.

Alterké llegó al centro del patio y empezó a buscar en la oscuridad, entre las piedras, el caramelo perdido. Lo buscó hasta el amanecer, pero no lo encontró, y cuando cantaron los gallos, resolvió que algún gallo se había tragado su caramelo.

Por la mañana, la vieja cocinera de los sirvientes hizo pasar a Alterké a la cocina y le dio un pedazo de pan. Al ver en qué estado estaba el niño, lo lavó, le frotó la cabeza con una toalla húmeda, para separar sus cabellos pegados por la sangre, y le dijo: «Pronto te acabarás: los ojos se te han apagado».

Alterké no le respondió; ahora sólo quería comer y nada más. Después de comer, se quedó dormido sobre la mesa. La cocinera lo llevó a dormir al zaguán y le tendió una manta sobre un viejo baúl.

Los jóvenes *panes* y otras gentes de la casa, empleados de tienda, o los que trabajan en la báscula, aprendieron a jugar con Alterké, el niño loco. Siempre era el mismo juego: se sacaban del bolsillo cualquier papel y le decían: « ¡Alterké, Alterké, toma un caramelo! ». Alterké se acercaba mansamente, tendía la mano y entonces, para quitarle el gusto por lo dulce, le pegaban en la cabeza o lo tiraban al suelo. Alterké nunca lloraba. Se levantaba en silencio y se alejaba hasta que otra persona lo llamaba y le prometía un caramelo. Entonces Alterké se acercaba a él y tendía la mano para recibir el caramelo. Algunos de los que trabajaban en el molino le tenían lástima y hasta lo acariciaban a veces, pero él no entendía aquella lástima y recibía las caricias con indiferencia; mientras no lo llamaban para pegarle o para compadecerse, no se acercaba a nadie, y los dejaba en cuanto sus manos lo soltaban.

En otoño la vieja cocinera empezó a hacerle la cama sobre el horno ruso, para que durmiera al calor. La cocinera había empezado a alimentar mejor a Alterké, porque los jóvenes *panes* y el *pan* viejo se habían ido a luchar a la guerra, y nadie le podía hacer reproches por un pedazo de pan de más.

Alterké dormía en el horno mucho tiempo, no sólo por las noches, sino también por el día, y veía en sueños a su padre, su banco de zapatero en otra cocina, no en la de ellos, pero cuando despertaba olvidaba sus sueños. Sólo una vez, al despertarse, siguió recordando la cara de su padre, porque la vieja cocinera lo levantó en medio de la noche, interrumpiendo su sueño. De pie, en medio de la cocina, sostenía una lámpara en la mano e iba despertando a todos los que dormían allí.

«Nuestros *panes* han llegado, y con ellos vienen otros *panes*, oficiales y soldados: ¡habrá guerra en nuestro patio!»

Todos los que pernoctaban allí se levantaron. Alterké los miró y volvió a quedarse dormido.

Lo despertó un rayo que relampagueó en la calle, y el tabletear de las ametralladoras, que jamás había oído y por eso no entendía qué era.

Alterké bajó del horno y salió al patio vacío. Desde el portón de piedra, en la entrada del patio, un tubo lanzaba fuego y algo más, y desde el jardín, de la casa de los panes, también salía brillando fuego.

Alterké avanzó hacia el centro del patio y se sentó en unas piedras. El fuego se detuvo. Alterké comenzó a escarbar entre las piedras, mirando atentamente las hierbecitas que crecían entre ellas. Al poco rato, en la casa de los panes volvieron a brillar las llamas, y las balas que caían empezaron a sacar chispas de las piedras junto a Alterké. Desde el portón, sin embargo, ya no disparaban.

De pronto, Alterké oyó una voz conocida, la de un joven pan que lo llamaba desde el almacén de harina: « ¡Alterké, Alterké, toma un caramelo! ».

Alterké se levantó al instante y fue hacia el almacén con la mano tendida.

Del almacén salió un disparo. Un viento caliente pasó cerca de la mejilla de Alterké, y el niño se sentó en el suelo. Luego un soldado grande, un desconocido, pasó corriendo junto a Alterké con la mano en alto, lanzó algo al almacén y de allí volaron piedras candentes, y alguien gritó. Al momento, el soldado levantó a Alterké y se lo llevó de allí.

Tras el portón de piedra, junto a la entrada, Alterké vio a otro soldado acostado junto al tubo con ruedas. Alterké miró de cerca la cara de aquel soldado que lo sostenía en brazos. La cara del soldado, bajo el pesado casco, estaba cubierta de sudor, y el soldado sonrió al niño al descubrir su mirada, y luego le dijo unas palabras que él no entendió.

Alterké vio en la manga del soldado una estrella roja, pero no sabía cómo son las estrellas vistas a corta distancia, y tampoco entendió qué era aquello.

El soldado se acostó en el suelo junto al segundo tubo y apretó con fuerza a Alterké contra sí, que respiraba rápidamente.

Desde la casa de los *panes* empezaron a disparar contra el portón; el segundo soldado también hacía fuego desde su tubo, pero el soldado que cubría a Alterké no disparaba; sólo miraba hacia delante desde debajo de su gorro de hierro.

Zumbó la tierra en el camino: una máquina grande de hierro avanzó hacia el portón, pasó junto a Alterké y los soldados. Desde la máquina hacían un fuego enorme, y en la casa de los panes dejaron de disparar.

El soldado se levantó y tomó al tembloroso Alterké en sus brazos.

- No temas. Ya no dispararán más. La operación ha terminado - dijo el guardia rojo, pero Alterké no lo entendió.

El guardia rojo acarició el pelo negro y rizado de Alterké.

- ¿Por qué estás tan flaco, tan asustado? ¿Quién te hacía sufrir aquí? - preguntó -. Le arrancaremos las manos y la cabeza.

Alterké examinaba atentamente aquella cara desconocida y bondadosa. Y recordó a su padre, a quien había visto esa noche en sueños.

- Llévame con mi padre a la cárcel - le pidió Alterké.

El guardia rojo no conocía la lengua hebrea, pero estuvo completamente de acuerdo con el muchacho.

El combate en el patio del molinero había terminado. Al portón se acercaron unos guardias rojos de infantería armados con fusiles. En la cocina de los sirvientes apareció la vieja cocinera y empezó a preparar una comida a los soldados rojos. Alterké cogió de la mano al guardia rojo que lo había sacado del patio y le pidió que fuera con él a buscar a su padre a la cárcel.

Con ayuda de la vieja cocinera, el guardia rojo entendió al niño y le obedeció.

Al alba de la nebulosa juventud

I

Una noche sus padres murieron de tifus durante la guerra civil. Olga tenía en aquel entonces catorce años y se quedó sola, sin nadie que la ayudara, entre los habitantes del caserío junto a la estación ferroviaria en la que su padre había trabajado formando trenes de carga. Después de enterrar a sus padres con la ayuda de vecinos y conocidos, la niña se quedó algunos días en el desolado apartamento. Olga fregó el suelo de la cocina y del cuarto, puso todo en orden y se sentó en un banquillo sin saber qué hacer ni cómo seguir viviendo. Su vecina, una anciana, llevó a la niña una taza de *kulesh*,¹ para que la huérfana, que era muy delgada y pequeña para su edad, comiera algo. Olga comió con ganas sin dejar nada en el plato. Cuando la anciana se marchó, Olga se puso a lavar la ropa blanca, la blusa de su madre y los calzones de su padre, todo lo que había quedado de la ropa blanca y de vestir. Al anochecer, se acostó en el lecho en el que siempre habían dormido sus padres cuando estaban vivos y también durante su enfermedad. Por la mañana se levantó, se aseó, arregló la cama, barrió el cuarto y se dijo: « ¡Hay que seguir viviendo!», como solía hacer su madre. Olga fue a la cocina y se puso a hacer las faenas domésticas, como si ella, al igual que su difunta madre, estuviera preparando el almuerzo. No había nada que cocinar, no tenía comida, pero aun así Olga puso la olla vacía en el hornillo, cogió la horquilla, se apoyó en ella y, dejando escapar un suspiro como hacía su madre, entristeció al pie del horno. Luego secó y recogió toda la vajilla, consultó el reloj, tiró de la pesa hacia arriba, hacia la esfera, y pensó: « ¿Regresará padre de su guardia a tiempo o se retrasará? Si tiene que formar el tren para un recorrido, seguro que se retrasa...». Así discurría su madre, que solía llamar a su esposo «padre». Ahora, la huérfana pensaba y actuaba como su madre, porque así le resultaba más fácil vivir sola. En la cocina, ocupada en los quehaceres domésticos, repetía sus palabras, suspiraba por su desamparo y sufría en silencio. La niña imaginaba que su madre seguía viva dentro de ella, podía sentirla a su lado.

Cuando anocheció, Olga encendió la lámpara, que todavía conservaba algo del queroseno que le había echado su padre, y la puso en el alféizar de la ventana. Así hacía su madre cuando esperaba a su esposo, y ya había oscurecido. Su padre, al acercarse al hogar, venía ya desde lejos tosiendo y sonándose la nariz para que su esposa y su hija lo oyeran llegar. Pero ahora la calle estaba silenciosa; todos se habían dispersado por los trigales o permanecían acostados en sus viviendas, débiles y enfermos, y, en algunas casas, simplemente muertos. Aun así, Olga se puso a esperar a su padre o a alguna otra persona que viniera a verla, pero nadie se acordó de la huérfana, ni su anciana vecina ni

1. Papilla líquida con tocino.

nadie, porque todos tenían sus propias penas y afanes. Olga se acostó en la cama de sus padres y durmió sola.

La niña permaneció dos días más en su casa. Pasó la noche en ella y luego se marchó a la estación. Lejos, en la capital de la provincia, a orillas del Volga, vivía su tía, que hacía dos años había visitado a su madre, y Olga se imaginaba que era rica y bondadosa. La tía era hermana de su madre, incluso se parecía algo a ella, y la niña sintió deseos de ir a verla cuanto antes, vivir junto a su tía y dejar de extrañar a su madre. Ya enferma, antes de morir, la madre había dicho a Olga que si quería sobrevivir, debería irse con su tía, para no quedarse sola en el mundo; su tía daría de comer a la huérfana, la vestiría y la mandarían a la escuela. La niña recordó aquellas palabras de su madre y decidió obedecerla.

La estación estaba desierta. La guerra contra los burgueses se había retirado hacia el sur. En las vías, junto al andén, había una locomotora de vapor, pequeña y vieja, enganchada a dos vagones de carga vacíos. Desde la cabina de la locomotora el ayudante del maquinista observaba a la chica; se acordaba de sus padres y sabía que ambos habían muerto, por eso llamó a la niña. La huérfana subió a la cabina; el mecánico abrió un paño rojo donde guardaba su comida y sacó cuatro patatas horneadas que luego calentó en la caldera. Les echó sal, dio dos a Olga y se comió las dos restantes. Olga habría querido que el mecánico se la llevara consigo; se habría ido a vivir a su casa y estaba segura de que se habría acostumbrado. Pero el mecánico no le dijo nada alentador. En cuanto le hubo dado de comer volvió a guardar su paño rojo. Él ya tenía muchos hijos y no estaba seguro de poder alimentar una boca más.

Olga permaneció en la locomotora hasta que comenzó a oscurecer y a la estación llegó un tren muy largo, con vagones con calefacción y en el que viajaban guardias rojos.

- Tengo que irme. Voy a reunirme con mi tía - dijo Olga al mecánico -. Mamá me lo dejó dicho antes de morir.

- Si es así, adelante - repuso el mecánico.

Olga bajó de la locomotora y se encaminó hacia el tren de los guardias rojos. Todos los vagones estaban abiertos de par en par y casi todos los guardias habían salido; algunos caminaban por el andén mirando todo lo que allí había, la torre de agua, las casas de los alrededores y los trigales a lo lejos. Cuatro guardias rojos avanzaban con unos cubos con sopa desde la cocina de la estación. Olga se acercó a los cubos para observarlos: de ellos brotaba un rico olor a carne al hinojo, pero era comida para los guardias rojos, que iban a pelear y debían estar fuertes. Olga no tenía derecho a probar aquella sopa.

De pie junto a uno de los vagones se encontraba pensativo un guardia rojo: no mostraba prisa en ir a comer. Se veía que descansaba del camino y de la guerra.

- ¿No podría yo irme con vosotros? - le suplicó Olga -. Es que me está esperando mi tía...

- ¿Y vive lejos de aquí? - preguntó el guardia rojo -. ¿Muy lejos?

Olga mencionó la ciudad, y el guardia supo que era lejos. La niña no podría llegar a pie, mientras que en el tren, quizás estaría allí al día siguiente por la mañana.

Entretanto, se acercaron al vagón dos guardias con la sopa, seguidos de varios más que traían panes, *majorka*, 2 papilla en una olla, jabón, cerillas y otras provisiones.

- Oíd, esta niña pide que la ayudemos a llegar a casa de su tía - dijo el guardia rojo a sus compañeros -. Debemos llevarla, ¿qué os parece?

- ¡Y por qué no, que venga! - repuso un guardia, el que traía dos panes bajo el brazo -. No sirve para novia, es muy pequeña, pero nos servirá de hermana...

Subieron a Olga en el vagón. Le dieron una cuchara y una rebanada grande de pan. La niña se sentó en medio de los guardias para comer la sopa común del limpio cubo de zinc. Uno de los guardias se percató pronto de que le resultaba incómodo comer sentada en el suelo, y le dijo que se arrodillara para que con la cuchara pudiera alcanzar el rondo del cubo y también ver dónde flotaba la grasa y dónde la carne de res.

Después de la cena el tren emprendió la marcha. Los guardias acomodaron a Olga en la litera de arriba, donde hacía más calor, y la cubrieron con dos capotes para que no pasara frío cuando refrescara durante la madrugada.

II

Ya avanzada la mañana, los guardias rojos despertaron a Olga. El tren se había detenido en una estación grande; a lo lejos se oía el ruido de unas extrañas locomotoras que sonaban de forma inusual. Tampoco el sol alumbraba por el lado en que lo hacía en su caserío. Los guardias rojos regalaron a Olga la mitad de un pan y un pedazo de tocino, y la bajaron en brazos del vagón.

- Aquí es donde vive tu tía - le dijeron -. Ve con ella, estudia y hazte grande. A ti te tocará una vida mejor.

- Pero no sé dónde vive mi tía - dijo Olga desde el suelo, sola, con su blusa raída, descalza y con el pan.

- Búscala - dijo el guardia pensativo -. La gente te ayudará.

Pero Olga no hacía gesto de irse: quería quedarse con los guardias rojos en el vagón, seguir con ellos. Ya se había acostumbrado un poco a ellos y quería comer todos los días sopa con carne.

- Bueno, ve sin prisa - le dijeron desde el vagón para que se decidiera a irse.

- Me habéis dicho que algún día viviría mejor, pero ¿cuándo? - preguntó, temerosa de marcharse enseguida sin saber adonde.

- Sólo espera un poco - le respondió el mismo guardia rojo, el pensativo -. Tenemos muchos problemas ahora. Primero debemos acabar con los blancos.

- Esperaré - aceptó Olga -. Bueno, hasta la vista. Me voy a buscar a mi tía.

Ya era casi de noche cuando por fin encontró a su tía. Había preguntado a todos los que había encontrado en el camino y que tenían un semblante noble, pero nadie sabía dónde

vivía Tatiana Vasílievna Blaguíj. Un transeúnte le quitó el pan a Olga. Le pidió un mordisco, pero en cuanto tuvo el pan en sus manos se alejó rápidamente y le dijo a la niña que estaba prohibido especular con pan. Olga se comió en el acto todo el tocino que le habían dado los guardias rojos para que nadie pudiera quitárselo y entró en una casa a pedir agua. Una mujer de edad muy avanzada le dio un jarro de agua y le advirtió que no tenía nada más que darle.

- No estoy pidiendo limosna. Sólo voy a casa de mi tía - repuso Olga.

- ¿Y quién es tu tía? - preguntó con suspicacia la anciana.

Olga le dijo el nombre completo de su tía. Entonces, por alguna razón, la mujer suspiró y le indicó a la niña el camino: tomar a la derecha, después doblar la esquina y encontraría la tercera casa a mano izquierda, la de los postigos sin pintar. Allí vivían los Blaguíj, un matrimonio sin hijos.

- ¿Ah, no? - preguntó Olga.

- No - confirmó la mujer -. A ningún niño le gustaría tenerlos como padres.

Olga halló la casa pequeña de madera con los postigos sin pintar, entró al patio cubierto de hierba y llamó a la puerta del zaguán. Del interior le llegó una voz de disgusto, débil. Luego oyó unos pasos y la puerta se abrió: habían echado el cerrojo como si ya se dispusieran a pasar la noche. La tía Tatiana Vasílievna, descalza y despeinada, apareció ante la chica y la examinó atentamente. Al ver a su tía, Olga todavía pensó que era alegre y buena, tal como la recordaba de la infancia, cuando Tatiana Vasílievna había pasado una temporada en su casa. Pero ahora la tía observaba a la niña con mirada indiferente, nada alegre de que la huérfana se hubiera presentado ante ella.

- ¿Por qué has venido? - preguntó la tía.

- Mamá me mandó - logró articular Olga -. Ha muerto, y papá también... Me quedé sola. ¡Han muerto los dos, tía!

Tatiana Vasílievna levantó el borde del delantal y se lo pasó por los ojos.

- Nuestra familia no vive mucho tiempo - dijo -. Yo estoy igual. Sólo parezco saludable, pero la verdad es que no estoy bien... ¡Qué voy a estar bien!

Olga contemplaba con asombro a su tía. Ahora le parecía buena porque estaba triste por la muerte de su hermana y sentía pena de sí misma.

- Se pasa uno la vida entera sufriendo - suspiró Tatiana Vasílievna -. Sal un rato afuera y siéntate en la calle - indicó a su sobrina -. Es que acabo de fregar el suelo. No te puedo dejar entrar ahora...

- Me sentaré en el patio. Tenéis mucha hierba ahí - contestó Olga.

Pero Tatiana Vasílievna se enfadó:

- ¡Nada de irse al patio! Ahí tenemos las gallinas, que ni poner quieren, y vas a asustarlas si te sientas. Y la hierba la recortamos para dar de comer a los conejos. No se puede caminar por encima de ella... ¡Sal por el sendero!

Olga salió a la calle y vio apilados unos raíles viejos y oxidados. Allí la hierba había brotado y muerto muchas veces, y ahora volvía a crecer de nuevo. La niña se sentó en los

raíles, justo frente a las ventanas de su tía, y se dispuso a esperar a que se secara el suelo de la casa de su tía y a que ésta la llamara para darle de comer.

Pero dejaron de pasar los transeúntes y los campesinos que se dirigían en carreta a sus aldeas, y los arrieros que acarreaban el trigo en sacos desde la estación también dejaron de verse: cayó la tarde y tras ella la noche. Olga sintió que se le congelaban los pies descalzos. Los apretó con fuerza contra el cuerpo y se adormeció sentada en un raíl helado. Cuando abrió los ojos, vio luz en las ventanas de la casa de su tía. En la calle ya reinaba el espantoso silencio de las noches de su infancia, poblada de seres desconocidos, apenas perceptibles, que obligaban a todos a refugiarse en sus casas y a cerrar las puertas con candados. Olga echó a correr a toda prisa hacia la casa de la tía; la cancela estaba cerrada, así que la niña llamó a la ventana iluminada. Adentro, alguien descorrió la cortina, y la cara grande cubierta de una espesa barba negra de un hombre entrado en años fijó sus ojos en Olga. El hombre acabó de tragar con rapidez un bocado, como si temiera que alguien hubiera llegado a arrebatarse su comida, y luego escrutó minuciosamente la oscuridad con ojillos tan pequeños que parecían expresar masedumbre, como los de algunos animales. A su espalda, Olga vio la mesa con la cena y a Tatiana Vasílievna que en ese momento retiraba a toda prisa la comida y los platos. Olga se apartó de la ventana. Al momento se abrió la cancela y por ella se asomó su tía.

- ¿Por qué llamas? - preguntó -. Pensábamos que ya te habías ido...

- Me he cansado de esperar que me llamáis - dijo Olga -. Me da miedo estar sola en la calle...

- Bueno, entra entonces - repuso la tía.

La cocina y el cuarto en el que dormían sus tíos estaban limpios, todo estaba recogido y sereno, olía bien, como en las casas de los ricos. «Aquí no podré vivir - se dijo Olga -. Me dirán que lo ensucio.» El esposo de Tatiana Vasílievna, que había observado a Olga a través de la ventana, volvió a la mesa para continuar con su cena.

- Dios nos libró de tener hijos propios, pero ya ves, la parentela nos los manda - dijo con un suspiro Tatiana Vasílievna -. Arkadi, ésta es mi sobrina. Quedo huérfana de padre y madre: ¡hay que darle de beber, de comer, vestirla, calzarla...!

- ¡Qué alegría! - dijo con indiferencia, como si hablara para sí, el esposo de Tatiana Vasílievna -. Bueno, dale algo de comer. Que pase hoy la noche aquí... ¡No vaya a ser que además se nos culpe si le pasa algo!

- ¡Y dónde voy a acostarla! - exclamó la tía -. No nos sobra nada, no tenemos ni ropa de cama, ni mantas, ¡ni siquiera una colcha limpia!

- No necesito una cama blanda. Puedo taparme con mi vestido - terció Olga.

- Que pase la noche - le indicó Arkadi Mijáilovich a su esposa -. Y no andes diciendo esas cosas, porque si te oye el poder soviético te vas a enterar.

La réplica de su esposo desconcertó a Tatiana Vasílievna, que reaccionó enfurecida:

- ¿De qué me voy a enterar...? ¿Qué se piensa el poder soviético, «los camaradas»? ¿Que la gente son ángeles? ¡Se ponen a parir hijos y luego se mueren! Pues ¡que los alimente el poder soviético...!

- Los alimentaré - dijo convencido su esposo, al tiempo que terminaba de comer la papilla.

- Los alimentaré - repitió con sorna Tatiana Vasílievna -. ¿Quién los alimentaré, si no detienen a esos padres que paren sin freno? ¡Yo sí sé muy bien cuan negras se las verán!, y no los envidio.

- No tenéis que darme de comer. Sólo quiero dormir - dijo Olga.

Se sentó sobre un baúl de espaldas al tazón de papilla del que comía el dueño de la casa. El esposo de la tía limpió su cuchara, la colocó junto al tazón y se dirigió a la huérfana:

- Siéntate, todavía queda.

Olga se sentó a la mesa y empezó a comer un poco de la papilla de trigo, sacándola del fondo de la taza.

- Ya ves, y decías que no querías comer, sólo dormir - dijo la tía, y puso una almohada sin funda sobre el baúl, para que la niña se acostara en él.

Al alba de la nebulosa juventud

- Es un poquito nada más - contestó Olga, y tomó otra vez media cucharada de papilla, lamió la cuchara hasta dejarla limpia y la colocó con cuidado sobre la mesa -. No quiero más - dijo.

- ¿Ya te has llenado? - preguntó Tatiana Vasílievna con un tono suave.

- Es que se me han quitado las ganas - repuso Olga.

- Bueno, ahora acuéstate a dormir, descansa - la conminó la tía, indicándole el baúl -. Porque tenemos que apagar la luz. ¡No podemos quemar queroseno en vano!

Olga se echó sobre el baúl, se acurrucó en silencio para sentirse más abrigada y se durmió sobre la dura madera como si estuviera en un blando lecho, porque de todos modos no tenía otro lugar en el mundo.

III

Sus tíos despertaron por la mañana temprano; el tío era maquinista de los ferrocarriles y debía salir en un tren de carga. Tatiana Vasílievna le preparó un succulento guiso para el camino, con un trozo de tocino, pan, un vaso de mijo limpio para la papilla y cuatro huevos hervidos. El maquinista se puso una chaqueta guateada y un gorro para que el viento no le enfriara la cabeza.

- Bueno, ¿y cómo viviremos ahora? - preguntó Tatiana Vasílievna a su esposo en un murmullo.

- ¿Qué pasa?

- Es que... - la tía señaló hacia donde dormía Olga - ¡ahí está acostado el premio que nos acaba de tocar!

- Es familia tuya - respondió su marido -. Decide tú misma lo que vas a hacer. Yo sólo quiero tranquilidad en la casa.

Cuando su marido partió, la tía se sentó frente a Olga, que todavía dormía, apoyó la mejilla en un puño y murmuró en tono quedo y triste:

- Llegas, te acuestas ahí como si tus tíos fueran ricos: ellos te darán comida, ropa y zapatos, ¡y hasta te arreglarán el matrimonio con una buena dote...! Aquí estoy, recibidme, soy un regalo; descalza, con mi única blusa, hambrienta, sucia, la pobre huérfana... Y ¿quién sabe? Si dios quiere, estiran pronto la pata, y ¡zas!, me quedo yo de dueña, ¡de un golpe echo a rodar lo que os habéis ganado a fuerza de trabajar duro...! Pero no, preciosa, que te lleven los demonios. ¡De lo mío no te llevarás ni el polvo! ¡Mi comida se te atravesará en la garganta! ¿Qué pretendes? Que mi marido se pase todo el santo día en el trabajo, en medio del frío viento, y yo que no paro de sol a sol, y que de pronto te presentes a aprovecharte de todo: queredme, alimentadme... Pero, Olga, basta ya de dormir - Tatiana Vasílievna alzó la voz de pronto para despertarla -. Mírala, está muerta de cansancio, qué cosa; ¡es hora de levantarse hace rato! ¡Por tu culpa no he podido hacer nada...!

Olga permanecía inmóvil, de cara a la pared, con las rodillas pegadas casi al mentón, los brazos cruzados sobre el vientre y la cabeza inclinada para que su respiración cayera sobre el pecho y le diera calor. El vestido gris, gastado por el uso, la cubría escasamente. Había crecido y sólo lograba cubrirse con él manteniéndose encogida. De día, en cambio, sus delgadas piernas de adolescente quedaban al descubierto casi hasta las rodillas, mientras que las mangas apenas le llegaban a los codos.

- ¡Vaya, vaya, qué mimada estás! - exclamó irritada su tía.

- Pero si ya estoy despierta - replicó Olga.

- ¡Entonces para qué sigues acostada! ¡No ves que es hora ya de que recoja el cuarto!

- Te estaba escuchando - contestó la niña.

La tía no ocultó su enfado:

- ¡Todavía no eres más que una mocosa y, fíjate, ya sabes mortificar!

Olga se levantó y se arregló el vestido. Tras una breve pausa, Tatiana Vasílievna dijo:

- Vete a lavar. Después pondré el samovar. ¡Seguro que querrás comer!

Olga no contestó. En ese momento no sabía qué pensar ni cómo comportarse.

Además del té, Tatiana Vasílievna dio a Olga unas pocas rebanadas de pan seco negro y medio huevo hervido, al tiempo que ella se comía el otro medio. Después de comerse lo que le había dado, Olga recogió del mantel las migajas de pan y se las echó en la boca.

- Pero ¿es que no te has llenado? - preguntó la tía -. ¡Nadie podrá llenarte la barriga...! Si te dejo sola en la casa, te pondrás a recoger migajas por todas partes y a registrar las ollas y calderos. Ahora mismo tengo que ir al mercado. ¿Cómo voy a dejarte sola en la casa?

- Ya me voy. No pienso quedarme con vosotros - le contestó Olga.

La tía sonrió satisfecha.

- Pues bien, vete. Eso quiere decir que tienes adonde ir... Y cuando nos eches de menos, puedes venir a hacernos una visita. Así será mejor.

- Vendré cuando os eche de menos - prometió Olga, y se marchó.

Era de mañana cuando salió a la calle. Los cálidos rayos del sol proyectaban su luz desde el cielo. Pronto llegaría el otoño, aunque era temprano para la estación, pero las

hojas de los árboles estaban ya marchitas. Olga echó a andar pegada a las casas de aquella ciudad grande y ajena. Miraba sin ganas todos los lugares y las cosas desconocidas, porque en ese momento sentía congoja por su tía. Esa congoja no se transformó en un sentimiento de agravio ni de rencor, sino de indiferencia; no le interesaba nada de lo que veía, como si toda aquella vida que tenía ante sí se hubiera apagado de repente. Avanzaba junto a otros transeúntes y olvidaba de inmediato lo que acababa de ver. Unos anuncios y carteles colgaban en un edificio amarillo, y había gente frente a él, leyéndolos. Olga también se puso a leer lo que decían. Eran anuncios sobre los lugares en que necesitaban obreros y las tarifas salariales según su clasificación en siete categorías. Otro anunciaba que la universidad abría la matrícula y ofrecía manutención y residencia. Olga se dirigió a la universidad. Quería vivir en una residencia y estudiar, pues había estudiado ya cuatro inviernos en la escuela mientras vivían sus padres.

No encontró a nadie en la secretaría de la universidad. Todos se habían ido al comedor. Sentado en su silla, un viejo bedel comía *tiuria* de su jarro de hojalata y sacaba con los dedos las migajas de pan mojado.⁵ El viejo explicó a Olga que no la admitirían en la universidad debido a su juventud e inmadurez, que tendría primero que estudiar duro en una escuela de menos nivel.

- Pero ¡quiero vivir en la residencia! - exclamó Olga.

- ¡Muy bien! - contestó el viejo -. Vive con tu familia. Será más agradable.

- Abuelo, dame un poco de *tiuria* - pidió Olga -. Te queda poca. De todas maneras no te vas a llenar y, además, ya te has comido todos los pedacitos de pan.

El viejo le dio el jarro a la huérfana.

- Come - dijo -. Todavía eres pequeña. A lo mejor te alcanza. ¿Y dónde está tu familia?

Olga empezó a comer y contestó:

- No tengo familia. Me las apaño sola.

- ¡Qué independiente! - exclamó el viejo -. ¿Y por qué te comes mi *tiuria*? Podrías alimentarte por ti misma, vivir en un limpio rincón...

Olga devolvió el jarro al viejo:

- Acaba de comértelo tú mismo, todavía queda... ¡Nadie me quiere!

IV

Al regresar del comedor, los empleados de la secretaría se interesaron por el caso de Olga. El responsable escribió una nota a los cursos preparatorios para personal ferroviario subalterno solicitando la admisión de la huérfana, de origen obrero, en esos cursos, y pidiendo que le garantizaran todo lo necesario para vivir. Por la tarde, el viejo bedel acompañó a Olga hasta el lugar indicado y el encargado de los cursos le asignó provisionalmente a Olga un lugar en la residencia, su cama y su armario junto a otra

5. *tiuria*: especie de gazpacho.

cama igual, en una pequeña habitación pintada de blanco. A lo largo del corredor había otras habitaciones en las que vivían más estudiantes. El propio administrador indicó a la niña que al día siguiente por la mañana, cuando llegara el director de los cursos, se presentara para formalizar su ingreso y rellenar los papeles correspondientes.

Olga tardó varios días en habituarse a las demás muchachas de la residencia y a su nueva vida, pero luego comprendió que se sentía bien allí. Estudiaba por las mañanas y por las tardes en la clase preparatoria que formaba parte de los cursos. Al mediodía tenían un receso para almorzar y reposar. Enterado de la difícil situación de Olga y de que le era imposible pagar su comida, el director ordenó que se le entregara el dinero de la manutención a la nueva alumna con quince días de anticipación, así como zapatos, ropa de cama, hilo, dos pares de medias, un abrigo y todo lo que estipulaban las normas. La tristeza y la sensación de ansiedad ante la vida que habían despertado en Olga la muerte de sus padres, la noche pasada con su tía y el sentimiento de que todo el mundo podía prescindir de ella, que nadie la necesitaba, desaparecieron entonces de su mente. Olga sentía que la apreciaban, que la querían, porque le daban ropa, dinero y comida, como si sus padres hubieran resucitado y ella hubiera vuelto al hogar paterno. Eso significaba que todo el mundo, todo el poder soviético, la consideraba necesaria, que estaría peor sin ella.

Y Olga estudiaba con gran aplicación y esmero, embargada por una sensación de dicha y sosiego en su corazón, que sólo por momentos se veía nublado por el recuerdo de la inconsolable pérdida de sus padres. En esos momentos, la niña sentía la necesidad de que alguien la quisiera, alguna persona en particular, alguien como su padre o su madre, y no todo el mundo, toda esa gente que ahora la alimentaba y la educaba, pero a la cual ella no conocía bien.

Al despertar en las noches, Olga olvidaba que dormía en la residencia estudiantil; le parecía que a su lado, en la oscuridad, dormían sus padres en la vieja cama, que oía el silbato de la locomotora de maniobras y a lo lejos ladraban los perros que custodiaban los bienes de sus amos en las oscuras perreras de los patios. Pero sus ojos iban acostumbrándose poco a poco a la oscuridad y la niña distinguía a su amiga y compañera de cuarto, Liza, de quince años, que dormía. Su amiga siempre dormía serena, con respiración tenue y quieta toda ella. Quizás veía en sueños lo que esperaba encontrar en su vida de adulta: un porvenir dichoso. Más allá de las gruesas paredes del gran edificio se podía oír el incesante rumor de la ciudad, que siempre parecía alejarse, pero siempre reaparecía por la gente que trabajaba y se desplazaba durante toda la noche.

En el aula, Olga se sentaba junto a su amiga. Liza era también huérfana, pero sólo de padre, que había muerto en la guerra contra el imperialismo. Su madre, una mujer todavía joven, se había casado con el administrador de un comedor y se había despreocupado de su hija para entregarse a una vida de bullicio y placeres, y también a algún tipo de actividad social, pero Liza conoció a otras personas que pasaron a ser sus seres cercanos. Al perder a su madre, encontró amigas en la residencia, supo quién era

Lenin y qué era la revolución, de modo que la tristeza de ser huérfana y estar desamparada dejó de oprimir su corazón, hasta entonces marcado por la necesidad y la desdicha, ya que sólo había conocido la vida como el imperativo de soportar hambre y tristeza al lado de su madre, en la soledad de su habitación, al pie del horno ruso donde dormían y rara vez cocinaban, cuando conseguían mijo y astillas para encender el fuego. Luego la madre se marchó con su nuevo marido y dejó de llevarle comida a su hija.

Las amigas, la residencia, el estudio de las ciencias, los círculos de actividades, la comida lista siempre en el comedor, nada era semejante a vivir en casa con el permanente sobresalto de conseguir comida, todo aquello que en el pasado agobiaba su corazón de niña.

Al principio Olga no entendía por qué la alimentaban allí y le permitían vivir limpia y abrigada, por qué no le exigían trabajar además de estudiar y sólo debía pensar, estudiar, escuchar el acordeón por las tardes en el club y leer libros que describían todas las cosas de la vida. Y Olga temía que la echaran de la escuela y de la residencia, porque no existía de momento ninguna razón para que la quisieran, la alimentaran y, confiados, gastaran en ella riquezas que pertenecían al pueblo. Aunque no temía las estrecheces ni vivir en sitios poco acogedores, temía verse privada de la vida alegre y feliz de la residencia, perder aquel sentimiento de libertad y la consciencia de su propia dignidad, que había adquirido a través de los libros y gracias a sus maestros; ya no deseaba vivir como antes, conteniendo las ansias de su corazón y abrumada; quería experimentar todo lo que en el pasado no había conocido.

En la velada por el aniversario de la Revolución de Octubre, por primera vez en su vida, Olga escuchó tocar el piano; lo habían llevado del Palacio de los Trabajadores, y la niña lloró de felicidad al sentir que la vida no es sólo tedio y rutina, sino que puede ser espléndida, como lo que presienten en lo más profundo de su ser los niños y los jóvenes. Liza estaba sentada a la mesa junto a ella y Olga le preguntó:

- Liza, ¿y si nos echan de aquí? ¡Es que no tengo casa! ¿Quién hace todo esto por nosotros?

- ¡Lenin! - contestó Liza -. Él no permitirá que nos toquen.

- ¿Y por qué? - Olga mostró su asombro.

- ¿Por qué...? Pues porque él también nos quiere. Somos las personas del futuro. Nosotros seremos el comunismo... Sin nosotros todos lo pasarían mal.

Olga quedó pensativa. No había entendido a Liza.

- ¿Y cómo será eso, el comunismo? ¡Porque habrá que esforzarse!

- ¡Lenin sabe cómo va a ser todo! - respondió Liza sin pensarlo mucho.

Olga miró el retrato de Lenin. «Es viejo ya - pensó -, como mi padre. Y nosotros comemos mucho pan y gastamos rápido la ropa. Ayer trajeron cinco cargamentos de leña para los cursos. Tenemos que estudiar más deprisa y crecer, para trabajar también nosotros.» Era de estatura pequeña y de frágil constitución. «No vaya a ser que me muera - se preocupó -.

No hace mucho la gente moría de tifus y gripe. No sea que Lenin gaste hasta el último kopek, y nosotros nos muramos de alguna enfermedad sin llegar a hacer nada y sin siquiera llegar a verlo.»

Esa noche, con la manta hasta la cabeza, Olga pensó en su vida y en el mundo que la rodeaba. Imaginó a Lenin como a un padre vivo, su padre principal, el de todos los pobres y la gente buena. Esto la hizo sentirse radiante y segura en su felicidad, como si la neblinosa tierra brillara limpia ante ella y ya no experimentara más aquel mezquino temor a quedarse sin comida y sin cobijo. Porque ¿iba acaso Lenin a lastimarla, a dejarla sola otra vez sin esperanza y sin familia...? A Olga le gustaba que hubiera orden en la vida, que todo tuviera su lugar y fuera comprensible. Así le era más fácil imaginársela y sentirse dichosa en la vida.

V

En el comedor solían dar una ración adicional a los alumnos más débiles y delgados si éstos la pedían: un segundo plato de sopa o de papilla. Al principio, Olga también pedía con frecuencia ese suplemento «para hartarse», pero ahora dejó de pedirlo y observaba molesta a Liza, que siempre comía una ración doble del segundo plato. Olga sentía pena porque aquella comida pertenecía a todo el pueblo. Quería que quedara más para los guardias rojos y los obreros, para todos los que ahora eran más necesarios que ella.

Pero al cabo de varios meses, hacia la primavera, dejaron de suministrar víveres al comedor y tardaron en entregar las manutenciones. Más tarde se supo que los culpables habían sido unos oficiales blancos empleados en el comité estatal de víveres y en el departamento de finanzas, y también diecinueve personas que los habían colocado allí al servicio del poder soviético. Liza, tras pasar apenas dos días sin comer, estalló en llanto, pero Olga no siguió su ejemplo. Por la mañana subió al tercer piso del edificio, donde vivían algunos inquilinos independientes, y buscó trabajo doméstico entre las amas de casa. Ese día no fue a clase. Sin embargo, para ahorrar, las mujeres se las arreglaban solas en todas las casas, y únicamente la de un apartamento, una mujer muy gorda llamada Polina Eduárdovna, le encomendó fregar el suelo, porque ella no podía inclinarse debido a su extrema gordura. Olga recibió por su trabajo una libra de pan, dos terrones de azúcar y algo de dinero.

De vuelta a la residencia, Olga esperó a Liza hasta el final de la sesión diurna y compartió con ella el pan y el azúcar. Liza comió su parte, pero se quedó insatisfecha y el hambre la hizo afligirse de nuevo.

- Dime, ¿qué habéis hecho hoy en clase? - le preguntó Olga.

- ¡La clase de hoy no ha sido interesante! - le contestó Liza.

Olga frunció el ceño.

- Mientras no nos den la manutención, estudiarás por las dos - dijo -. Te conseguiré comida y por la noche copiaré los apuntes...

Liza preguntó:

- ¿Qué vas a hacer?

- Fregaré suelos, cuidaré niños; en todas partes hay mucho que hacer - dijo Olga con tristeza -. Tú estudia, que yo te conseguiré de comer.

- No se me quita el hambre - dijo Liza -. No me he llenado con el pan y el azúcar que has traído.

- Te traeré un poco más de pan - prometió Olga, y salió.

Fue a casa de su tía, pero como temía presentarse ante ella, decidió sentarse en la calle, sobre los raíles, frente a la ventana de Tatiana Vasílievna. Los viejos raíles sin dueño seguían en el mismo lugar, y Olga los acarició como a viejos conocidos. Permaneció sentada largo rato y vio cómo la tía la miraba en dos ocasiones a través de la ventana, pero eso le hizo aún más difícil acercarse a la casa de sus parientes, pese a que estaba ya helada de frío.

Al anochecer Tatiana Vasílievna salió y llamó a su sobrina:

- Bueno, ven, ¡qué es eso de estar ahí sentada...! Ven y come un poco de *kulesh*...

Olga entró en la vivienda y comió el *kulesh* que la tía le sirvió en un jarro de hojalata. Arkadi Mijáilovich no estaba, pero Tatiana Vasílievna tenía prisa en que Olga terminara de comer, porque se disponía a salir. Con la premura, olvidó darle a la huérfana un pedazo de pan, que era lo que había llevado a Olga allí. Una vez que la sobrina se hubo comido el *kulesh* sin pan, Tatiana Vasílievna dijo de pronto:

- No te vayas todavía, es temprano. - Y se pasó de repente el delantal por los ojos, en los que, sin embargo, casi no había lágrimas.

A continuación la tía contó a Olga que tenía que ir a la estación porque su esposo, Arkadi Mijáilovich, siempre que hacía el cambio de turno, se aseaba allí mismo, en la locomotora, y se iba al comedor, donde tenía un romance, a su edad, con una de las camareras, Mátuska Vijrevaya. Ella se disponía a ir hasta allá a poner en claro ese asunto de la amante...

- Tía - le dijo Olga -, dame un trozo de pan, pero que no sea muy pequeño.

La tía miró en silencio a la huérfana y siguió pensativa por algún tiempo.

- Bueno, tómallo - articuló irritada al pensar que su vida se venía abajo -. Da lo mismo. Ya nada tiene sentido... ¡Pobre de mí!

Tatiana Vasílievna rompió en llanto y empezó a lamentarse de su suerte, de su marido y de su desolado hogar. Olga abrió la alacena en la que guardaban los víveres y ella misma cogió una hogaza de pan. La tía la vio hacer sin decir nada y sólo cuando Olga cortó la hogaza en dos partes iguales y se quedó con la mitad, Tatiana Vasílievna soltó un alarido y empezó a llorar aún con más fuerza.

- ¡Se acabó mi vida! - dijo en voz queda -. ¡Ya no tengo a quién dar de comer, a quién cuidar ni esperar en mi hogar!

Olga prometió volver pronto a visitarla y se despidió: debía darse prisa.

- ¡Ven tú a verme, aunque sea! - le rogó Tatiana Vasílievna -. Ya ves en qué estado me encuentro. Me siento completamente destruida.

Olga encontró a Liza en la residencia. Había regresado de la sesión vespertina sin esperar a que terminase la última clase. Le dio el pan diciéndole que se lo comiera y ella

se puso a estudiar los apuntes de ese día, para no retrasarse. Liza masticaba el pan y le contaba a su amiga el tema de las clases, pero las había asimilado mal y no podía explicar qué era una fracción periódica.

- Debes esforzarte - le dijo Olga -. ¿Por qué te has marchado antes de que acabara la clase? Y cuando te quedas, ¿en qué piensas? ¡Ay, pobrecita!

- ¡Qué te importa! - Liza se enfadó -. ¿Qué comeremos mañana? - y lanzó un suspiro.

- Mañana será igual que hoy - contestó Olga -. Conseguiré pan. No necesito que me digas que somos la gente del futuro si te mueres por cualquier cosa y ni recuerdas lo que son las fracciones periódicas... Así era la gente de antes, los burgueses: suspiraban, y tenían miedo, y vivían cuarenta o cincuenta años... Nosotros debemos conservarnos íntegros, ¡porque Lenin nos quiere!

Liza dejó de comer pan y dijo:

- No volveré a hacerlo. Estudiemos las lecciones juntas. Lo que pasa es que me dolía el estómago, quería comer.

- Pero ¿es que sólo eres barriga o qué? - dijo Olga enojada -. ¡Tienes que tener algo de conciencia también!

Las amigas se sentaron a la mesa a estudiar las lecciones y la luz alumbró largo tiempo sus cabezas ensimismadas, inclinadas sobre el cuaderno, en las que ahora prevalecía el raciocinio humano nutrido con la sangre que viene del corazón. Pero pronto se adormecieron, despertaron con un sobresalto instantáneo, sonrieron y se acostaron en sus camas a dormir el apacible sueño de la infancia.

A la mañana siguiente, Olga se marchó a trabajar de nuevo, a buscar comida para ella y para Liza, que ahora estudiaba por las dos.

Como no había otro trabajo doméstico disponible, Olga se colocó de niñera en la casa de un hombre que había perdido muy pronto a su esposa. El niño tenía apenas año y medio, se llamaba Yushka, y Olga debía cuidarlo durante nueve o diez horas diarias, hasta que al anochecer el padre del niño regresara de la fábrica. Olga recibiría como pago comida y un salario según la tarifa establecida para los trabajadores por el comité.

Olga se encariñó con Yushka. El niño era de cabeza grande, pelo oscuro y translúcido, ojos grises que contemplaban con mirada atenta y bondadosa todo lo que había y sucedía a su alrededor. No acostumbraba a llorar y toleraba sin irritarse ni enfadarse sus fracasos infantiles. A Olga le gustó una peculiaridad del niño: cuando cogía algo que ella le hubiera dado, se lo devolvía, pero añadiendo alguna otra cosa que tuviera a mano, ya fuera en la cama o cuando estaba en el suelo, donde jugaba y gateaba. Si Olga le daba el viejo sonajero, el niño reaccionaba regalándole el barrilito de madera con que había estado jugando, y trataba además de darle el chupete o cualquier otra cosa. Cuando Olga le daba la papilla, el niño la aceptaba sólo si su niñera comía también: una cucharada para ella, otra para él, y así se alternaban; de lo contrario, el niño rechazaba la comida. Como quizás no había olvidado aún a su madre, pensaría que Olga era su mamá, que había regresado para darle su cariño de nuevo, y Yushka palpaba con sus manos el pecho de la niñera y la miraba implorante. Olga le retiraba las manitas, intentaba

desacostumbrarlo, pero Yushka no le obedecía y se apretaba a su pecho buscando la añorada leche materna. Una vez Olga no pudo resistirse ante las súplicas del niño y le dio uno de sus pechos, aunque le costó mucho trabajo, porque tenía aún pechos muy pequeños, incipientes. Pero Yushka, aunque no sacaba alimento alguno, chupaba ávidamente el pezón con su boquita y luego pareció satisfecho, como si se hubiera saciado. El niño se aferró a la mano de Olga y muy pronto se durmió, embargado por una olvidada sensación de felicidad, ahora recuperada. Por el momento, el pequeño no tenía con qué compensar a su niñera por la dicha que le proporcionaba.

Olga estuvo exactamente un mes trabajando de niñera; todos los días llevaba su ración a Liza, pero ya no fue necesario seguir trabajando: pagaron a los alumnos las mantenciones atrasadas y se reanudó el envío de víveres. Pero Olga ya no podía dejar a Yushka solo, desamparado. Iba a verlo casi a diario durante el receso del almuerzo, entre las dos sesiones de clases, o por las tardes, una vez finalizada la jornada.

Yushka tenía ya otra niñera, una mujer mayor, pero el niño prefería a Olga, y siempre trataba de estar con ella y tanteaba su pecho. A escondidas, cuando la otra niñera hurgaba en algún rincón buscando algo, Olga le daba al niño su pecho seco de adolescente.

El padre de Yushka, un mecánico de motores diesel, de treinta años, miraba en silencio a Olga cuando acariciaba y mimaba al niño en su presencia. « ¡Lástima! - murmuraba -. ¡Qué lástima, qué lástima! » Lamentaba que Olga nunca pudiera llegar a ser la madre adoptiva de su hijo. Les daba la espalda a ambos para mirar a través de la ventana y ver cómo el cristal se nublaba por las lágrimas que brotaban de sus ojos.

A Olga no le gustó la vieja niñera y sólo le confiaba el niño tras vacilar mucho. Buscó una guardería y convenció al padre de que lo llevara allí. En un primer momento el padre dudó. No creía que las niñeras estatales, que cobraban un salario, pudieran reemplazar a una madre, pero Olga le objetó diciendo que ella también era una niñera estatal, soviética, que también cobraba un salario de acuerdo con una tarifa. El padre lo pensó y aceptó llevar a Yushka a la guardería.

VI

Tres años después, cuando terminaron sus estudios, Olga y Liza fueron enviadas a hacer sus prácticas en el ferrocarril. Antes de partir, Olga fue a despedirse de Yushka y lloró. El niño, que había crecido mucho, se había acostumbrado a llamarla mamá; la abrazó y se mantuvo largo rato apretado a ella hasta que llegó el momento de separarse.

En aquel entonces Olga había cumplido diecisiete años y Liza dieciocho. Como eran amigas, las enviaron al mismo lugar, para que no se echaran de menos y trabajaran mejor.

Las destinaron a la pequeña estación de Serga, no muy distante de la ciudad en la que habían estudiado. Trabajarían en la oficina, en la sección de las básculas, como empleadas de guardia en la estación e incluso conduciendo locomotoras de maniobras.

Corría el verano. La estación no tenía cerca ningún caserío, y por eso el jefe de la estación alojó a las alumnas en un vagón de carga adaptado para transportar tropas, que estaba estacionado en una apartada vía muerta.

Al principio, las amigas quisieron pasar la práctica en la locomotora, a lo que accedió el jefe de la estación. Durante las largas jornadas del verano trabajaron en la vieja locomotora de vapor de la serie O - v. El maquinista, un hombre de edad madura, estaba de vacaciones, y lo reemplazaba su ayudante, Iván Podmetko, un joven taciturno, de unos treinta y tantos. Olga y Liza eran sus ayudantes, y Podmetko comenzó a adiestrar a las muchachas según su propio método, es decir, saber qué no debía hacerse con la máquina.

- Mirad - les decía -, ahora la locomotora no se me moverá lo más mínimo, y eso que le abriré el vapor.

Entonces giraba el regulador, pero la máquina no se movía.

Olga y Liza debían descubrir por qué no sucedía nada.

- ¡Has abierto muy poco! ¡Cierra el retroceso! - caía en la cuenta Olga.

- Bien, correcto... Sostenía - asentía Podmetko con picardía -. Y si ahora lanzo la máquina hacia delante, la acelero y luego disparo el retroceso hacia atrás, dejando el regulador abierto del todo - las emplazaba Podmetko -, ¿qué pasará entonces?

- Si no abres las válvulas de purga, reventarán las tapas de los cilindros, o se doblará el eje del émbolo, o se partirán los volantes - le respondió Olga.

- Cualquier tonto lo entendería - convino Podmetko -. ¿Y sabéis encender la caldera? Os enseñaré... Bueno, eso luego, ahora marchaos y lavad toda la máquina para que brille. Luego lavaos también vosotras. No podéis estar en la locomotora tiznadas como carbones. La suciedad significa fricción adicional y averías fatales... ¡Miradme a mí y razonad!

Tras tres meses bregando en la locomotora, Liza pasó a trabajar en la oficina con el jefe de la estación para estudiar el arte de la circulación de los trenes según el gráfico; en tanto, Olga fue asignada al muelle de mercancías, de ayudante en la báscula. Quería aprender a la perfección todo lo relacionado con las operaciones de carga, el quehacer fundamental de los ferrocarriles.

A finales de agosto concluyeron las prácticas de las dos alumnas. Debían ahora regresar a sus clases, pasar un examen y ser enviadas a un puesto de trabajo permanente. Era poco probable que las ubicaran juntas, por lo que deberían separarse. Pasaban los atardeceres sentadas en su vagón, descolgando las piernas y conversando sobre la grandiosa vida que les deparaba el futuro. Ante ellas se extendía la estepa, desconcertante, fría por las noches, grande y triste, pero noble y seductora como el porvenir que aguarda a la juventud. Presentimientos y fantasías hacían latir sus corazones, y las amigas se abrazaban, rebosantes de fe.

Una mañana, poco antes de abandonar para siempre la estación de Serga, Olga se despertó al amanecer. Liza dormía a su lado profundamente, cubierta hasta la cabeza con la manta gris de los ferroviarios que había cogido de un vagón dormitorio. El vagón

en el que vivían estaba como de costumbre tibio y en silencio. Durante el largo verano, las chicas habían tenido tiempo de hacerlo habitable. Pero esa vivienda resguardada de la claridad, apacible, comenzó a llenarse del pitido distante de una locomotora que se arremolinaba bajo el efecto de la velocidad y del viento, y que indicaba alarma. Olga comprendió por qué la había despertado: la locomotora, seguramente, había estado aullando desde antes, mientras todavía dormía. Se levantó de un salto y llamó a Liza: « ¡Levántate...! ¡A ese tren le han fallado los frenos!».

Olga cogió rápidamente su ropa y se vistió. La locomotora volvió a sonar mientras se aproximaba de muy lejos. Olga escuchó el lenguaje de la máquina: «No - se quedó pensativa -. Lo que dice es que el tren se ha soltado».

Abrió la puerta de un empujón, saltó del vagón y corrió hacia la estación. No tenía tiempo para esperar a Liza. Mejor que siguiera durmiendo mientras amanecía y no cogiera frío.

Frente al edificio de la estación descansaba una locomotora en la tercera vía; era la única allí y no había nada a su alrededor. Hasta la estepa se encontraba ahora despejada, vacía. Había dos hombres en la locomotora mirando en dirección al tren que se acercaba: el viejo maquinista y su ayudante, Iván Podmetko. Esperaban con la intención de ver qué sucede cuando se suelta un tren de los que no hacían parada allí. Según lo establecido, todos esos trenes, como también los de pasajeros, dejaban atrás la estación de Serga sobre la marcha, sin hacer parada. La única excepción eran los trenes de correo.

La noche anterior, el propio jefe de la estación había estado de guardia. Ahora estaba en pie sobre el andén. Se había quitado la gorra y aguzaba el oído para escuchar las señales del tren que se acercaba rodando cuesta abajo por la larga pendiente.

Olga corrió hacia él:

- ¿Lo oyes? ¡Se ha desenganchado una parte del tren!

- Lo oigo - repuso malhumorado el jefe de la estación; luego se puso triste y se irritó de repente, como un hombre viejo, cansado -. ¿Por qué todo esto tiene que suceder cuando estoy de guardia? ¿Es que no puede uno estar tranquilo...?

Olga no le contestó. Miraba en dirección a la catástrofe que se avecinaba; hacia ese mismo lugar miraba el asustado jefe de la estación.

A lo lejos, en línea recta, se divisaba la vía, que ascendía desde la estación remontando una cuesta abrupta y prolongada. Y era por allí, por esa larga pendiente, por donde avanzaba la locomotora a todo vapor, al máximo.

La locomotora dejaba escuchar a intervalos un pitido de alarma, como si quisiera avisar de su desperfecto, pidiendo vía libre.

El jefe de la estación miró atento a Olga.

- Pero ¡si es el tren de tropas! ¡Hay que hacer algo pronto!

Olga le dijo:

- ¡Decide tú!

- Espera un momento - repuso el jefe de la estación, alarmado y abrumado -. ¡Tiene que ocurrírseme algo! - Tardas mucho - replicó Olga -. Pero no importa. Ya sé yo -

Bajó de la plataforma, atravesó corriendo las vías, llegó hasta la locomotora de maniobra y se impulsó hacia arriba agarrándose del pasamano del estribo que conducía a la cabina. Luego se volvió hacia el jefe de la estación:

- ¡Avisa a la próxima estación, dame vía libre! - Y se subió de un salto a la locomotora que dormitaba en silencio.

El semáforo de salida de la estación estaba apagado. El jefe de la estación miró en esa dirección y desapareció de la plataforma de la terminal.

- ¡Sifón! - ordenó de inmediato Olga al entrar en la locomotora -. ¿Qué haces ahí sentado, mirando?

Iván Podmetko giró sin decir nada el grifo del sifón, abrió la puerta de la caldera y empezó a arrojar carbón a paletadas llenas. Las llamas no bastaban para que el tiro succionara al exterior, hacia la atmósfera, y se debatían formando lengüetas rojinegras que saltaban hasta la cabina de la locomotora a través de la puerta abierta de la caldera.

- ¿Vienes conmigo? - preguntó Olga al viejo maquinista de la locomotora, que se mantenía tras ella.

El maquinista no contestó enseguida. Pensó un poco, se mesó la espesa barba y articuló con trabajo:

- La pendiente es grande, nos estrellaremos... Porque del otro lado de Serga sigue el declive hacia el Volga; sólo aquí, en la estación, hay una superficie llana, pero no es muy larga. Y yo tengo mucha familia...

El jefe de la estación encendió el semáforo de salida. La locomotora del tren militar sonó muy cerca. Olga se dirigió al mecánico:

- Bueno, debo irme, así que baja, ¡ve a cuidar a tus niños!

Podmetko seguía alimentando a toda velocidad la cámara de combustión.

- ¿Y tú? - le preguntó Olga.

- Me quedo - respondió Podmetko -. ¡Adelante! ¡Yo no tengo hijos!

El jefe de estación salió al andén de la terminal. Había desplegado el banderín amarillo, cuyo significado era: «Transitar con cuidado de acuerdo con las circunstancias».

Mientras, el pesado tren chirriaba ya desplazándose sobre sus ruedas de hierro y la locomotora volvió a pitar avisando de la catástrofe.

El maquinista bajó a tierra sin decir palabra y se encaminó despacio a lo largo de la vía, como quien va a hacer algo cotidiano relativo al mantenimiento de la máquina.

El tren que se acercaba impedía a Olga divisar al jefe de la estación. Primero pasó rauda la locomotora. Tras ella pasaron rechinando con estrépito, al compás de la afinada oscilación de sus muelles, varios vagones con las puertas abiertas de par en par. « ¿Dónde estará Liza? - se preguntó Olga -. ¿Será posible que esté durmiendo y no oiga nada? » A través de las puertas abiertas de los vagones pudieron ver, por un instante, a los guardias rojos, que con el vigor de sus jóvenes brazos retenían a los caballos

espantados por la velocidad y el vaivén de los vagones. Sus coces rompían las paredes de los vagones, de modo que podían verse las tablas de que estaban hechos.

Pasó la locomotora con los vagones y en el andén quedó un bastón piloto arrojado desde la locomotora. El jefe de estación lo levantó y sacó de su interior una nota que decía: «Se han desenganchado veinte o treinta vagones. Estoy alejándome de la cola. Déme vía y avise más adelante. Mecánico A. Blaguij».

El jefe de estación corrió con la nota, atravesando las vías y se la entregó a Olga.

Olga cogió la nota, la leyó y miró hacia el lado de donde había llegado la locomotora arrastrando los vagones delanteros.

Allá, en el horizonte, a toda marcha, avanzaba la cola del tren, que aumentaba de tamaño con rapidez. En ese momento sólo se divisaba la parte frontal de un vagón, una pared cerrada, ciega, que crecía ante sus ojos a toda velocidad.

Al no hallar en su cuerpo un lugar en el que guardar la nota del jefe de estación, Olga se la puso en los labios, dio varias vueltas a la rueda del cambio para marchar hacia delante y manipuló el regulador para abrir el vapor. La locomotora echó a andar.

Olga accionó la palanca del regulador y luego la llevó en sentido contrario, la balanceó y la llevó al máximo. La locomotora avanzó con rapidez, resoplando. El vapor comenzó a golpear la tubería a ritmo acelerado.

La locomotora de maniobra ya había abandonado la estación, pero el jefe, por si acaso, levantó la señal de parada - el disco rojo - y la palma de la mano libre en dirección al tren. Con el ímpetu y la música de la velocidad sin ataduras apareció ante él la cola del tren, formada por unos veinte o treinta vagones, la mayoría de los cuales eran plataformas descubiertas. Sobre las plataformas había armamento ligero, cocinas y diversas vituallas para las tropas cubiertas con lonas. Los guardias rojos permanecían serenos sentados sobre aquellas plataformas y entonaban sus canciones. Sólo el jefe, apoyado en el puntal de un vagón - freno, miraba adelante en silencio, mientras los frenos de ese vagón, como advirtió por casualidad el jefe de estación, estaban accionados al tope. Pero un vagón no puede detener un tren que se precipita por una pendiente.

El jefe de estación se marchó en el acto hacia el local de la guardia a fin de comunicar el inminente evento al departamento de los servicios de explotación.

La locomotora conducida por Olga se sacudía con fuerza debido a la velocidad, pero su valor no disminuía. De cuando en cuando echaba un vistazo al indicador del nivel de agua, al manómetro, y también miraba hacia atrás, por donde le daba alcance el tren fuera de control, que se precipitaba cuesta abajo sin que nada lo detuviera. Iván Podmetko no cesaba de alimentar con carbón el hogar para mantener una buena presión en la caldera y poder así avanzar. Pero al volver la vista atrás, empezaba a dudar: la cola desprendida del tren le daba alcance con rapidez.

- No podremos parar el tren. Nos vamos a hacer añicos - dijo -. Vamos a morir.
- ¡Salta! - le aconsejó Olga.
- ¿Y tú? - preguntó Podmetko.
- Me quedaré sola - respondió Olga.

Podmetko abrió la puerta de la caja de fuego y volvió a echar paletadas de carbón.

- Me quedo contigo - dijo -. Lo lograremos.

La locomotora de Olga iba ya a máxima velocidad. Las bielas de las ruedas casi no se veían de lo rápido que se movían. Olga era la única que podía ver ahora la posición de su locomotora: el tren fuera de control avanzaba más rápido que la locomotora y ya casi estaba a punto de chocar con ella.

- ¡Iván! - gritó -. ¡Aviva pronto el fuego en la caja! Estás asfixiando la llama con el carbón, ¿no te das cuenta o qué?

Podmetko cogió el atizador y lo introdujo en las llamas enfurecidas. Pero cada vez se reducía más la distancia entre la locomotora y el tren.

« ¿Será posible? - pensaba Olga -. ¿Será posible que vaya a morir ahora? ¡No puede ser!»

De repente oyó la canción que entonaban los guardias rojos sobre las plataformas descubiertas del tren enloquecido. «No voy a morir», pensó con determinación. Sacó la cabeza bien afuera de la ventanilla de la locomotora y comprendió que ahora vendría lo difícil: los vagones golpearían la ligera locomotora que ella conducía y la descarrilarían talud abajo.

Se volvió hacia Iván Podmetko:

- ¡Salta! ¡Vamos a estrellarnos!

Iván lo pensó un segundo:

- ¡Purgaré los cilindros! ¡Así iremos más ligeros! - Y tiró de la barra del grifo de purga de los cilindros. Luego se aferró al pasamanos del estribo y desapareció: seguramente había saltado hacia la arena de la capa de lastre para salvar su vida.

Olga notó que Podmetko se había marchado y susurró un «dios mío», como suspiraba en tiempos su difunta madre. Luego no tuvo tiempo de pensar en nada más. Sintió el golpe contra la máquina y la locomotora saltó hacia delante como dotada de vida y consciencia. Olga volvió la cabeza para mirar hacia atrás a través de la ventana ¿Qué habría sucedido?

En ese mismo instante percibió el segundo golpe, demoledor, sordo. « ¡Ay, pobre de mí! - se dijo asustada -. ¡Ya no volveré a cantar jamás!» Olga cerró el regulador, echo arena bajo las ruedas, colocó el cambio de marchas hacia atrás, accionó el regulador de nuevo para abrir el vapor al máximo y llevó el robinete de freno a su abertura máxima. Por un instante la máquina quedó inmóvil, como clavada; enseguida Olga soltó el freno de aire y luego ella misma, uniendo su cuerpo al de la máquina, se proyectó marcha atrás contra el tren que la había golpeado. Pero la inercia de los vagones traseros, que presionaban, no se había extinguido aún, y fueron ellos los que con la fuerza del impulso incrustaron el tender de la locomotora en la cabina donde se hallaba la solitaria maquinista. Olga comprendió lo sucedido e hizo un ovillo: «Ha sido el marido de mi tía, ese canalla de Blaguij, Arkadi Mijáilovich. ¡Él ha sido el que ha roto el tren! Tenía la nota en la boca. ¿Dónde la habré perdido? ¿Dónde estará Liza? No puede ser que siga durmiendo».

Olga quedó comprimida dentro de la máquina. Sentía que le faltaba el aire. Sentía que una fuerza extraña la oprimía toda, junto con la ropa, sin dejar nada, contra el cuerpo de hierro de la ardiente caldera, haciendo que estallara el pecho que alguna vez chupara Yushka.

La locomotora de maniobra ni siquiera se descarriló. Sólo el tender se incrustó en la máquina, en la caldera, pero el tren se salvó, salvo los dispositivos de enganche de uno de los vagones delanteros, el que se había proyectado contra la locomotora. Ahora todo el tren estaba detenido en calma sobre el terraplén, en medio de los campos despejados bajo la luz del sol de la mañana. Primero bajaron los guardias rojos y su jefe. Caminaron por la hierba y se acercaron a la locomotora. Allí estaba acostada, dormida o muerta, una desconocida. El jefe y su ayudante levantaron el techo de la cabina de la locomotora, libraron el cuerpo de la mujer y los guardias rojos la bajaron en brazos.

Acto seguido el jefe se apartó a un lado y dijo en voz alta: « ¡Cuatro se quedan aquí! El resto, corred de vuelta a la estación. Los primeros cuatro llevan a la herida, luego la pasan a otras cuatro y ellos a su vez a los que les siguen. ¡Es todo!».

En media hora Olga fue transportada en brazos de los guardias rojos hasta la estación de Serga. También llegó acompañándola, el jefe del convoy, que la había escoltado todo el camino. Contactó por telégrafo con el mando de la circunscripción militar e informó de lo sucedido: la maquinista presentaba heridas en la cabeza y en el pecho; los guardias rojos habían resultado ilesos, y las vituallas no habían sufrido daño. En caso de que el tren fuera de control hubiera seguido aumentando su velocidad, se habría descarrilado inexorablemente en la curva antes del puente del Volga o sobre el propio puente, o bien destrozado en la estación situada al otro lado del río, pasado el puente. Desde la circunscripción militar le informaron de que enviaban un vehículo del servicio de sanidad, una ambulancia, con dos médicos y todos los medios para prestar asistencia. La ambulancia se dirigiría en línea recta por la carretera y llegaría a la estación antes que una locomotora rápida.

El jefe se inclinó sobre Olga, que estaba acostada sobre un diván en el cuarto del telégrafo.

- ¿A quién quieres ver? Lo llamaremos enseguida. ¿Algunos familiares o amigos, quizás?

- A Yushka - dijo Olga -. No necesito nada... Lo único que quiero es que todo el mundo viva por mí.

- De acuerdo - accedió el jefe, e indicó al telegrafista que se preparara para transmitir -. ¿Y quién es Yushka?

- Un niño - murmuró Olga.

Al militar le asombró la juventud de la madre, pero nada dijo.

Olga necesitó mucho tiempo y paciencia, pero se recuperó y volvió a vivir. Y todavía vive.

Sesión

(Relato de los viejos tiempos)

Semión, un niño pequeño, de siete años, pasó todo el largo día estival atareado en sus labores, cuidando a sus dos hermanos, aún más pequeños que él. De su hermana, la menor de todos, por lo pronto se ocupaba su madre, de modo que él disfrutaba de una especie de tregua. Sin embargo, sabía que pronto dejarían también a su hermana a su cuidado, porque el vientre de su madre se había vuelto a hinchar, aunque ella decía al niño que se debía a la comida. Los padres de Semión Ponomariov eran personas de buen corazón, y su mamá daba a luz sin cesar. Apenas dejaba de amamantar a uno, volvía a quedarse embarazada.

- Deja que vivan - decía el padre al saber que su esposa estaba encinta de nuevo -. ¿Por qué van a sufrir ahí dentro?

- ¿Ahí dónde, papá? - preguntaba Semión -. ¿Están ahí muertos?

- Pues claro - replicaba su padre -. Si no viven con nosotros es que están muertos.

- ¿Y sufren ahí dentro? - quería saber Semión.

- Si quieren salir, será porque sufren - contestaba su padre -. Aquí fuera lo pasamos mal. Tú eres grande, lo sabes por ti mismo. Pero ahí están peor...

- Y sí que estamos mal - decía su madre, mientras le daba la papilla a la menor -. Muy mal...

El padre la miraba con ojos firmes y dulces.

- No importa, que crezcan. Peor sería no dejarlos vivir.

Después de nacido, Semión tuvo apenas tres o cuatro años para descansar y vivir su infancia. Luego ya no pudo. Su padre hizo una pequeña carreta con una cesta y unas ruedas de hierro y su madre lo mandaba a pasear a su hermano peque - no por el patio, mientras ella cocinaba. El hermano menor dormía durante el día, pero al rato despertaba y rompía a llorar; entonces había que volver a pasearlo por el patio, rodar la carretilla por el cobertizo, por delante del retrete y de la pequeña puerta que daba al jardín vecino, bordear el ala de la casa, el seto de varas, pasar por el portón y de ahí volver al cobertizo. Más tarde, cuando nació y creció su otro hermano, los sentaba a los dos en la carretilla y también los paseaba por el patio hasta que la carretilla se estropeó. Cuando se cansaba, pedía a su madre un pedazo de pan por la ventana; la madre se lo daba y Semión volvía a agarrar diligente la carretilla e iba empujándola, entreteniéndose mirando la paja, la maleza, las piedrecitas y la escasa hierba que crecía en el patio. Miraba todo aquello desde arriba, con ojos de sueño, y cuchicheaba hablando con ellas de cualquier cosa o su mente imaginaba que todas aquellas cosas eran iguales que él y que no tenía razón alguna para estar aburrido, porque ellas también se mantenían en silencio y no se aburrían, ni la paja, ni la hierba. A veces Semión conversaba con sus hermanos, que iban en la carretilla, pero ellos no lo entendían demasiado y les gustaba llorar. Cuando lloraban sin parar, Semión los castigaba, les daba un coscorrón a cada

uno, pero no ocurría con frecuencia. Semión veía que sus hermanos eran tipos pusilánimes y que a lo mejor lloraban de miedo a que los enviaran de vuelta allá, donde estaban muertos antes de haber nacido. «Que vivan», se resignaba Semión. De vez en cuando Semión se acercaba a la ventana y le preguntaba a la madre:

- Mamá, ¿ya es hora?

- ¡No, no, sigue paseándolos otro poco! - contestaba la madre desde el interior.

Ella estaba adentro cocinando y dando de comer a la niña que había nacido del último parto, meciéndola. También lavaba, zurcía y remendaba la ropa blanca, fregaba el suelo y alargaba el poco dinero que tenían como si fuera mucho. Ella misma iba con la niña en brazos a recoger al pie del almacén la leña que los mujiks dejaban caer de las carretas. No la recogían para que los caballos se sintieran más ligeros, porque la leña era de otros, pero los caballos sí eran suyos.

El padre de Semión trabajaba de herrero en una forja junto a la carretera a Moscú, que quedaba, por aquel camino, a más de mil leguas. El padre sólo dormía en la casa, despertaba antes que todos, tomaba un pedazo de pan y se marchaba. Por las tardes, ya fuera invierno o verano, llegaba cuando estaba oscuro, y era rara la vez que encontraba a su hijo mayor, Semión, todavía despierto. El padre tenía la costumbre de arrastrarse de rodillas por entre sus hijos dormidos antes de acostarse. Lo hacía para taparlos bien, acariciaba sus cabecitas y no podía evitar decirles que los quería, que los compadecía; parecía que les pedía perdón por la vida miserable que llevaban. Luego el padre se acostaba junto a la madre, y todos, también los niños, yacían, unos junto a otros, en una misma hilera en el suelo. El padre ponía sus pies fríos, entumecidos, sobre los de su esposa, y se dormía.

Por las mañanas, al despertarse, los niños empezaban a llorar; querían comer, beber, y además se sentían extraños, no tenían el hábito de vivir, algo les dolía constantemente en sus cuerpos, sus huesos no se habían endurecido aún. El único que no lloraba era Semión. Soportaba en silencio las ganas de comer y se ocupaba primero de sus hermanos. Sólo después daba cuenta, junto con la madre, de lo que había quedado, o lo que se había echado a perder, o lo que estaba pasado, para no gastar comida en vano. La madre había vivido mucho. El hambre no la hacía sufrir demasiado, pero Semión sufría hasta la hora del almuerzo. Mientras empujaba a sus hermanos en la carretilla, se sentía triste, porque le dolía el alma de hambre; lloraba y gemía en silencio para calmarse. Los hermanos lo miraban desde la carretilla y también empezaban a llorar de miedo, asustados al pensar que su hermano mayor estuviera atemorizado. Entonces Semión buscaba entre la ceniza del horno pedazos de carbón vegetal o arrancaba pequeños trozos de cal de la pared y se los daba a sus hermanos. Ellos se entretenían chupando o lamiendo el carbón y, en su avidez, dejaban de gritar. Semión, por su parte, llevaba la carretilla con los hermanos al otro lado del cobertizo, donde arrojaban las latas y la basura diaria, entre el gallinero, el seto y la pared del cobertizo, en medio del lampazo, y salía a la calle. Iba caminando entre las casas, buscando con la mirada cualquier cosa tirada por el suelo. Lo que más le alegraba era encontrar corazones de manzanas o

zanahorias. Cuando las hallaba, su corazón palpitaba de alegría. Empezaba enseguida a reírse y salía corriendo a reunirse con sus hermanos, que en su ausencia podían arrastrarse desde la carretilla y extraviarse para siempre. Mientras corría, Semión se levantaba el faldón de la camisa para mirarse el vientre. Le parecía que en él vivía algún ser independiente, alguien que a veces lo hacía sufrir y otras lo mimaba, pero que habría sido mejor que no existiera en absoluto, porque era mejor vivir solo, sin sufrir.

Los hermanos, en efecto, ya no estaban en la carretilla. El menor sólo gateaba, pero el otro andaba un poco. El que sabía andar no lograba avanzar mucho. Iba dándose golpes contra todos los objetos que se encontraba, en la cabeza, en los costados, en el vientre, por lo que muy pronto el dolor lo hacía caer y estallar en llanto. El más peligroso era el hermano menor, Petia, que sólo gateaba: era todavía blandito y rollizo como los niños pequeños. Gateaba despacio y no le estorbaban mucho los obstáculos que encontraba a su paso. Se desplazaba silencioso y podía arrastrarse y escabullirse por los huecos del seto y quedar oculto entre la hierba y los arbustos de los patios vecinos, o bien amodorrarse en la caseta de un perro.

Semión volvía a colocar a sus hermanos en la carretilla y seguía luego paseándolos, y les hablaba de las lluvias y los truenos que azotan el mundo, de las torres que se levantan en las ciudades, donde viven los ricos. Él había vivido ya mucho y visto de todo: tenía una casa de piedra en la linde del bosque y de noche la visitaba para estar solo, como un salvaje, porque trabajaba como rey de los lobos. Sus hermanos lo escuchaban espantados y le creían. Petia, el menor, no entendía mucho, pero se angustiaba igual. El propio Semión también se oía a sí mismo con interés, y aunque en realidad no tenía ninguna casa de piedra ni trabajaba de noche como rey de los lobos, se sentía orgulloso de su imaginación. Con la boca abierta, sin siquiera parpadear, los hermanos observaban a Semión y lo veían como a un ser supremo, horrible. Ellos no tenían nada que valiera la pena contar y, además, apenas sabían decir unas cuantas palabras, así que los niños lo escuchaban absortos y se olvidaban de sí mismos.

Pero de pronto Semión sentía lástima de sus dos hermanos, a los que la inteligencia no les alcanzaba siquiera para imaginarse mejores y no habían tenido tiempo de aprender simplemente a querer la vida. Los niños observaban a su hermano mayor con ojos confiados, de gente infeliz, ojos que no expresaban ni alegría placentera, ni la presencia de una idea en su imaginación, ni orgullo: no les importaba dónde estaba la felicidad, si dentro o fuera de sí mismos, en otra persona, con tal de que existiera y pudieran conocerla para salir de dudas.

- No trabajo de rey. Me lo he inventado - decía Semión con tristeza -. Si fuera cierto, traería a casa dinero o carne, porque somos muy pobres. No tenemos nada...

- Tienes que robar carne y dársela a mamá - aconsejó Zajar, de cinco años, el que seguía a Semión -. A mamá le duele la cabeza de tanto sufrimiento, me lo ha dicho - recordó Zajar; él ya sabía recoger las astillas de leña para encender el samovar y, durante el almuerzo, vigilaba que su madre no fuera a darle un pedazo muy pequeño: el del padre tenía que ser más grande que el suyo, a Semión le tocaba uno apenas algo más grande, y

el de Petia era el más pequeño de todos, pues no había crecido todavía y le bastaba para llenarse.

Un día, antes del almuerzo, la madre llamó a Semión y le pidió a través de la ventana que fuera lo antes posible. Le habían empezado los dolores de parto, así que mandó a Semión a buscar a Kapishka, la vieja comadrona. Semión volvió con la vieja de la mano, pues ya la conocía de antes. Kapishka sólo tenía uno de los dientes de arriba. Con ese diente se mordía el labio inferior para que no le colgara hacia abajo y dejara al descubierto el negro abismo de su boca desdentada. Durante la noche, cuando se iba a dormir, Kapishka se ataba la mandíbula a la coronilla con un cordoncillo, porque de lo contrario la boca se le abría durante el sueño y se le metían dentro las moscas, que buscaban un lugar tibio en el que abrigarse. La cara de Kapishka se parecía a la de un mujik. Se había vuelto verde de la vejez y, casi seguro, debido a su carácter rabioso, y en el labio superior le crecía un bigotito canoso. La vieja estaba tan flaca que, mientras la llevaba a casa de la mano, Semión oía algo crujir en su interior; quizá eran los tendones que rozaban con los huesos.

Kapishka quitó a la madre la niña más pequeña de los brazos, se la dio a Semión y le mandó que se quedara un buen rato fuera de la casa. Semión acomodó a la hermana en la carretilla, entre los dos hermanos, y les dijo que mamá estaba pariendo otra vez y que ahora les costaría más trabajo vivir. Llevó a los niños al otro lado del gallinero, donde había un lugar apacible, y todos se durmieron, pues había pasado ya el mediodía, era la hora de almorzar, pero mamá estaba enferma. Semión balanceó a los niños en la carretilla, para que conciliaran un sueño más profundo, y luego volvió hacia la casa y se escondió en el cobertizo, en la oscuridad. Quería escuchar cómo nacen los niños, por qué viven, pero temblaba de pesar y de miedo. En la habitación la madre lloraba, o gemía, o quizá balbuceaba algo.

Kapishka andaba ajetreada con las vasijas, rasgaba en pedazos una tela para hacer trapos y se ocupaba de todos los quehaceres domésticos.

- ¡No llores, no sufras, hijita! - dijo Kapishka a la madre de Semión -. ¡Bueno, me voy a acostar contigo, a ver si te alivias...!

Kapishka se estuvo lamentando un poco y luego se hizo el silencio en la habitación. Seguramente la anciana se había tumbado junto a la madre sobre el edredón de plumas tendido en el suelo. Lo único que se oía era la respiración pesada y agitada de la madre, que parecía apresurarse para librarse de su tormento.

- Si para ti es duro, ¿cómo será para él? - le decía Kapishka.

- ¿Para quién, abuela? - preguntó la madre a toda prisa, esforzándose por contener el llanto que le provocaban los dolores.

- ¡Pues para el que está naciendo! - repuso Kapishka -. Es que el alma está entrando en él, en esa estrechez, en medio de su cuerpecito, se le mete adentro, le aprieta todos los tendones y tira de ellos... Y tú que lo pares le sonreirás con picardía y volverás a quedarte embarazada. ¿A qué te vas a dedicar si no?

- No voy a parir más - dijo la madre atormentada.

- ¿No? - masculló la vieja -. ¡No esperarás que te crea! ¡Ay, hija, si dejas de parir, te pones toda opaca, te pudres, envejecerás y ni te acordarás de que viviste, te llenarás de maldad! ¡Por eso hay que sufrir, para sentirse viva!

La madre volvió a proferir un quejido.

- ¿Qué, te sientes mal otra vez? - dijo Kapishka -. ¡Bueno, empuja, empuja, empuja más fuerte! ¡Vamos a hacerlo juntas! ¡Yo pariré también! - La vieja empezó a quejarse y a empujar, se esforzaba más que la madre con tal de consolar a la parturienta y, al menos en parte, su tormento. Semión tiritaba de tanto esperar y de tristeza; de la habitación le llegaba un olor ácido y como amarillo, pero el niño permanecía sentado, asustado. A lo lejos, en el patio, oyó de repente a la hermana menor, Niushka, que gritaba: quizá se había caído de la carretilla. Pero la hermana dejó de gritar abruptamente, como si no hubiera gritado nunca, como si él se lo hubiera imaginado. Semión corrió hacia los niños para cerciorarse. El pequeño Petia dormía solo en el fondo de la carretilla, pero Zajar y Niushka habían escapado. Seguramente Zajar había sacado a la hermana, porque la pequeña no podía salir por sí misma de la carretilla. Semión miró a su alrededor y oyó a Zajar que hablaba con alguien y le decía: « ¡Canalla, quién te mandó nacer! ». Semión entró en el gallinero. Allí, en la penumbra, bajo las perchas vacías de las gallinas, estaba Zajar sentado sobre el vientre de su hermana, apretándole la garganta con las manos. Boca arriba, la niña intentaba respirar, ayudándose con sus piernas desnudas, arañando el sucio suelo del gallinero. Sus ojos llorosos miraban en silencio y ya casi indiferentes la cara de Zajar, pero sus manitas rollizas se aferraban a las de su hermano, que la estrangulaba. Semión propinó un puñetazo por detrás a Zajar y le asestó en el pómulo derecho. Zajar se desplomó y se golpeó la sien izquierda contra un saliente de la pared del gallinero; ni siquiera lloró, más bien se calmó enseguida por el fuerte dolor en la cabeza. Semión lo golpeó varias veces más a ciegas, pero pronto recobró el juicio, dejó de golpearlo y se echó a llorar él también. La hermana ya se había reanimado. Se le acercó gateando y esperó a que su hermano mayor le prestara atención. Semión la cogió en brazos, humedeció la palma de la mano con saliva y frotó los ojos de la niña, mojados por el llanto. Luego la colocó en la carretilla, la acunó, y la niña, atemorizada, se durmió mansamente al lado del menor de sus hermanos varones.

Zajar salió por sí mismo del gallinero; tenía sangre seca en la mejilla izquierda, pero no estaba enfadado.

« ¡Está bien - le dijo a Semión -, cuando crezca, te lo voy a recordar! », y se tumbó a dormir en el suelo, al pie de la carretilla: sabía que su madre estaba pariendo de nuevo y no había preparado el almuerzo. Semión se acostó también a la sombra de la carretilla y durmió hasta que el sol de la tarde le alumbró la cara.

Hay una época en la vida en que es imposible escapar a la felicidad. Es una felicidad que no proviene de la bondad, ni de las demás personas, sino del vigor de un corazón que se desarrolla, de lo hondo del cuerpo, que se nutre de su propio calor y de su propio sentido. Es ahí, en el ser humano, donde brota a veces algo independiente, al margen de los azares del destino, y que se opone a los sufrimientos: es un estado de ánimo

inconsciente, de júbilo. Sólo que a menudo es débil y se extingue con rapidez cuando el hombre vuelve en sí y se dedica a sus necesidades cotidianas. Semión despertaba con frecuencia en un estado de inesperada dicha; luego volvía en sí y olvidaba lo bueno que era vivir.

Al anochecer el padre regresó de la herrería y se puso a cocer el *kulesh* en la olla de hierro. La madre ya había dado a luz a otra niña y dormía agotada. Kapishka esperó hasta que estuvo listo el *kulesh*, comió con toda la familia y empezó a decirle al padre que le diera algún dinero, porque quería seguir viviendo, pero no tenía con que. El padre le dio cuarenta kopeks. Kapishka hizo un arillo en la punta del pañuelo y volvió a su casa a pasar la noche.

Al día siguiente el padre se marchó temprano al trabajo, aunque la madre no pudo levantarse. Por eso Semión se ocupó de todos los quehaceres del hogar. Primero trajo en la carretilla dos cubos de agua del estanque, y luego se dedicó a lavar, vestir y alimentar a los niños. También debía recoger la habitación, preparar papilla líquida para la madre, comprar pan y leche, vigilar a los dos hermanos para que no desaparecieran, no fueran a caerse en el retrete o a incendiar la casa.

En silencio, debilitada, la madre observaba a Semión: lo veía ocuparse de todo y trabajar. La recién nacida estaba acostada junto a ella y chupaba ya, nutriéndose del pecho materno.

Al mediodía Semión dio de comer a los niños pan con leche y a la madre papilla. Luego los niños se durmieron y Semión se puso a pensar en qué daría de comer a la familia por la noche, porque en el almuerzo se había acabado todo y no quedaba nada de reserva. Fregó los platos y fue a ver al casero, a pedirle un préstamo de pan y mijo.

- ¡Pero si lo más seguro es que no me los paguéis! - exclamó el casero, que poseía unas cuarenta *desiatinas* de tierra y las arrendaba a los campesinos. Él no hacía nada: se pasaba el día tumbado en el diván o al pie del horno ruso leyendo el calendario de la cruz de Gatsuk. Hacía tiempo que Semión quería pedirle al casero el calendario de la cruz para ver sus ilustraciones, pero no se atrevía.

- Se lo pagaremos - dijo Semión -. Papá está a punto de cobrar. Yo mismo se lo traeré... El casero dio a Semión unas dos libras de pan y le echó mijo en el faldón de la camisa.

- ¡Ocúpate de que vuestra plaga no me ande ensuciando el patio! - dijo el casero -. Hoy Zajar se ha cagado en tres sitios, así que ve y recógelo.

- Enseguida voy - le prometió Semión -. Es que son pequeños todavía, no entienden.

- Pues ¡si los atrapo, les daré un coscorrón para que entiendan!

- Mejor no les dé golpes - repuso Semión -, porque si no, ¡le pego fuego a su casa por la noche!

- Pero ¡mira qué rufián...! - empezó a decir el casero, pero ya Semión había desaparecido con el pan y el mijo.

En la vida del niño, aquel día de verano fue largo y arduo, y duró hasta que se saciaron todos los pájaros, los gorriones y las gallinas; cuando todos callaron y se fueron a dormir

ya nutridos y cansados, el cielo se oscureció, y a lo lejos, por el camino, se oían avanzar las carretas rumbo a la aldea y golpear las herrerías en la forja junto al camino.

La madre y todos los niños de la familia de Semión seguían durmiendo. Sólo él permanecía sentado en el baúl a la espera de que alguien más despertara. No estaba habituado a vivir solo en libertad. Había acumulado congoja y su corazón anhelaba algo que hacer. Pero al niño empezaron a cerrársele los ojos, recostó la cabeza en el cubo y, tratando de recordar algo, lo olvidó todo y se durmió.

Sin embargo, todas las madres duermen poco, así que la de Semión abrió muy pronto los ojos.

- ¡Semión! - llamó al niño -. Enciende el horno, pon a calentar agua en la olla de hierro, baña a los niños...

Semión se levantó del baúl en el acto. Pero no había tenido tiempo de descansar, de entrar en calor durante el sueño y por eso ahora temblaba sin fuerzas.

- Me encuentro mal - dijo la madre -. Ve a buscar a tu padre y dile que venga un poco más temprano.

- Ahora mismo - dijo Semión -. Mamá, no tengas más niños. Estoy destrozado.

- No voy a tener más - respondió la madre; estaba tumbada boca arriba sobre el edredón de plumas y respiraba apenas, extenuada tras el parto.

La nueva hija estaba acostada junto a la madre durmiendo profundamente, sin entender que ya era un ser vivo. Semión miraba asombrado a aquella hermana: acaba de nacer, no ha visto nada todavía y duerme todo el tiempo, y no quiere despertarse, como si la vida no le interesara.

- Semión, tócame. Creo que estoy muy fría - articuló la madre -. Si me muero, cuida a los niños por mí, porque papá no tiene tiempo, tiene que ganarse la comida...

Semión se inclinó y tocó la frente de su madre: estaba fría y húmeda. Su nariz se había afilado y los ojos le brillaban.

- Se me ha salido todo de dentro. Me siento como si estuviera vacía - dijo la madre -. Tú eres el mayor. Cuida a tus hermanos y hermanas. Quizá hasta crecen y llegan a ser alguien. - La madre retuvo entre las manos la cabeza de Semión y le dijo -: Ve a buscar a tu padre.

Semión fue a avisar a su padre, pero éste no podía ir en ese momento. Le faltaba todavía poner las gomas a tres ruedas y el dueño estaba esperando. «Aguantará, no se morirá - dijo el dueño de la herrería refiriéndose a la madre de Semión -. ¡Todos los meses las mujeres dicen que se están muriendo!» Semión, a su regreso, avivó el fuego del horno y puso a cocer un kulesh de mijo para la cena. Los pequeños estaban ya despiertos. Zajar se colocó al pie del hogar y echaba leña al fuego para que el kulesh se cocinara más deprisa y fuera más sabroso. Petia se acercó gateando a la madre y estuvo largo rato mirando su cara y pasándole la mano, como si quisiera asegurarse de que seguía allí, que sólo estaba enferma y por eso lloraba.

El padre regresó de la herrería como de costumbre, cuando ya había anochecido. Comió las sobras de los niños y se acostó junto a su esposa. Semión no se había dormido aún.

Vio como su padre abrazaba con cuidado a su madre y la besaba en la mejilla. La madre se colocó frente al padre, se acurrucó, como si fuera pequeñita, con su cuerpo entumecido, menguado. El padre permaneció acostado poco tiempo, se levantó y fue al desván. De allí trajo un viejo lienzo grueso con el que tapó a la madre, que no dejaba de tiritar de frío. Quitó a la recién nacida de su lado y la puso al suyo, porque la madre no podría ya ocuparse de ella cuando llorara por la noche. Semión quería pasar toda la noche sin dormir, temeroso de que su madre muriera o de que su padre, dormido, aplastara a la pequeña, pero los ojos se le cerraron solos y no volvió a abrirlos hasta por la mañana, cuando Zajar se arrastró por encima de él y le dio un golpe en la oreja con el dedo.

El padre daba vueltas por la habitación meciendo en sus brazos a la recién nacida, que lloraba. La madre seguía acostada en el suelo sobre el edredón de plumas, tapada con una manta y el lienzo grande. Estaba tapada hasta la cabeza y no se levantaba.

Semión se acercó a la madre para mirarla y preguntarle qué debía hacer esa mañana, qué podía preparar para los niños y dónde podía pedir dinero prestado hasta que el padre cobrara.

- No la destapes - dijo el padre a Semión -. Murió al amanecer. Ve a buscar a Kapishka.

- ¿Para qué?

- Para que venga a vivir con nosotros - dijo el padre -. Al menos cuidará a los niños y preparará la comida. Es una mujer vieja.

- ¡No necesitamos a Kapishka! - replicó Semión.

- ¡Ese sapo viejo! - dijo Zajar -. ¡Va a tragárselo todo y no nos dejará nada para nosotros!

Semión cogió a su nueva hermana de los brazos de su padre. En el suelo, Petia y la otra hermana jugaban en silencio con basuras de todo tipo y con retazos de tela, inventándose cosas y amasando fortunas.

- Pero ¡cómo vamos a vivir ahora! - dijo Semión contrito; el dolor le subía formando una oleada lenta y abrasadora del corazón a la garganta, pero no había llegado todavía a las lágrimas -. ¿Con qué vamos a alimentar ahora a la pequeña? Se morirá también.

- Ella es aún pequeña - dijo el padre -, no ha vivido todavía, no se ha acostumbrado, no sabe nada. Habrá que enterrarla con mamá.

Semión acunó en sus brazos a la nueva hermana, que lloraba. La niña se durmió y su llanto dejó de oírse. El niño la acomodó de momento sobre el edredón de plumas, a los pies de la madre.

- Papá, ¿cuánto vale una cabra? - preguntó Semión.

- Nada, no sé, pero seguro que poco - contestó el padre.

- Compra una cuando cobres - le pidió Semión -. Zajar la llevará al campo para que paste y por la noche la ordeñaré y le sacaré toda la leche, la herviré, y nosotros solos, sin necesidad de mamá, alimentaremos a la niña. Se la daré con un biberón. Compraremos uno y lo pondremos en una botella. Pero dile a Zajar que no le chupe nada a la cabra cuando este en el campo, ¡porque es capaz de todo!

- No voy a sacarle nada a tu cabra - prometió Zajar -. La leche de cabra no es dulce. Mamá me la daba hace mucho tiempo.

El padre callaba. Observaba a sus hijos, a la esposa muerta, que había estado buscando calor a su lado durante toda la noche sin poder librarse del frío y estaba ahora helada; el herrero no sabía qué hacer, qué pensar, para aliviar su alma.

- Los niños necesitan una madre, no una cabra - dijo el padre -. Es que tú, Semión, eres ya mayor, pero ellos son pequeños todavía.

En ese momento Semión sólo tenía puesta la camisa, pues no había tenido tiempo de ponerse los pantalones. Miró hacia arriba, al padre, y le dijo:

- De acuerdo, yo seré una madre para ellos, pero nadie más.

El padre no contestó a su hijo mayor. Entonces Semión cogió de la silla el vestido de su madre, la bata, y se la pasó por la cabeza. La bata le quedaba larga, pero Semión se la arregló y dijo:

- No importa, le cortaré un trozo y la cosaré.

La difunta madre era delgada, y por eso la bata le quedaba bien a Semión, sólo un poco larga. El padre miró a su hijo mayor y pensó: «Ya pasa de los siete años».

Así, con la bata puesta, con su cara de niño triste, Semión parecía tanto un niño como una niña, daba igual. Si creciera un poco, incluso se le podría tomar por una muchacha. Y una muchacha es lo mismo que una mujer. Es casi una mujer.

- Zajar, vete al patio a pasear a Petia y Niushka en la carretilla, para que no anden pidiendo de comer - dijo Semión ataviado con la bata de la madre -. Os llamaré cuando todo esté listo. Papá y yo tenemos mucho que hacer.

- ¡Los chicos de la calle se van a reír de ti! ¡Dirán que pareces una mujer! - Zajar empezó a reír -. ¡Ahora será una mujercita y no un chico!

Semión cogió la escobilla y empezó a barrer el suelo en torno al edredón de plumas en el que yacía su madre.

- ¡Déjalos que se burlen! - dijo Semión a Zajar -. ¡Se aburrirán de burlarse y yo me acostumbraré a ser una muchacha! ¡Vete, no te metas aquí! ¡Pon a los niños en la carretilla, si no te pego con la escoba!

Zajar se llevó a Peda, que fue gateando tras él hasta el patio; a Niushka la cogió en brazos, apenas capaz de sostener el peso de su hermana.

El padre estaba de pie a un lado y lloraba en silencio, como sin ganas. Semión recogió la habitación y se acercó a su padre:

- Papá, vamos, primero vamos a destapar a mamá. Hay que lavarla... Después podrás llorar, y yo lloraré contigo, porque yo también quiero llorar. Lloraremos los dos juntos.

Yushka

Hace mucho ya, en tiempos pasados, vivía en nuestra calle un hombre que aparentaba tener muchos años y que trabajaba en una herrería junto a la carretera grande que iba a Moscú. Era ayudante auxiliar del herrero principal, que tenía mal la vista y poca fuerza en las manos. Cargaba agua, arena y carbón para la herrería, avivaba la forja con el fuelle, aguantaba el hierro caliente en el yunque mientras el herrero principal lo martilleaba, entraba el caballo al establo y hacía cualquier otro trabajo. Su nombre era Yefim, pero todos lo llamaban Yushka. Era pequeño de estatura y flaco. En su cara arrugada, en lugar de barba y bigote, crecían aislados algunos pelos canosos. Tenía los ojos blancos como los de un ciego y siempre húmedos, con lágrimas tibias.

Yushka alquilaba parte de la cocina al dueño de la herrería. Por la mañana salía a su trabajo y no regresaba hasta la noche, a dormir. El dueño le pagaba su trabajo con pan, sopa y papilla, pero el té, el azúcar y la ropa debía comprarlos con su sueldo, que era de siete rublos y sesenta kopeks al mes. Yushka, sin embargo, no tomaba té y no compraba azúcar. Bebía agua y usaba siempre la misma ropa, que no había cambiado en años. En verano solía andar descalzo. Vestía pantalón y camisa negros manchados de hollín por el mucho trabajo y en los que las chispas habían hecho agujeros, de modo que en muchos lugares se veía su cuerpo blanco. En invierno se cubría con una zamarra que había heredado de su padre, ya muerto, y calzaba el mismo par de botas de fieltro a las que cada otoño cosía nuevas suelas y con las que había andado todos los inviernos de su larga vida.

Por la mañana temprano, cuando Yushka iba por la calle hacia la herrería, los viejos y las viejas se levantaban y decían que por ahí iba Yushka a trabajar, así que debían levantarse y despertar a los jóvenes. Y por la tarde, cuando Yushka volvía a dormir, la gente decía que ya era hora de comer y de irse a la cama, porque Yushka ya se iba a dormir.

Y los niños pequeños, e incluso aquellos que ya eran adolescentes, cuando veían al viejo Yushka caminando silenciosamente, dejaban de jugar y corrían tras él gritándole: «¡Ahí va Yushka! ¡Ahí va Yushka!».

Los niños recogían ramas secas, piedras y puñados de basura y se los lanzaban a Yushka.

« ¡Yushka! - gritaban los niños -. ¿Verdad que eres Yushka?»

El viejo no les contestaba ni se enfadaba; seguía en silencio su camino y no se cubría la cara para protegerse de las piedras y la basura.

Los niños se sorprendían de que estuviera vivo y de que no se enfadara con ellos. Y de nuevo le gritaban: «Yushka, ¿existes de verdad o no?».

Luego volvían a lanzarle cosas que recogían del suelo, corrían hacia él, lo tocaban, lo empujaban, sin entender por qué no les gritaba, por qué no cogía una rama seca y corría

tras ellos como hacen los adultos. Los niños no conocían a nadie igual, por eso dudaban de que Yushka estuviera vivo. Al tocarlo o al golpearlo comprobaban que era de carne y hueso, y que estaba vivo.

Entonces volvían a empujar a Yushka y le tiraban piedras: preferían que se enfadara si de verdad estaba vivo. Yushka seguía su camino en silencio y entonces eran los niños los que empezaban a enfadarse con Yushka. Les aburría que se quedara siempre callado, que no los asustara ni corriera tras ellos. Empujaban todavía más fuerte al viejo, gritaban corriendo alrededor de él para que contestara enfadado y los divirtiera. Ellos correrían asustados alejándose de él, alegres se burlarían desde lejos y lo volverían a llamar para después correr y esconderse en la oscuridad del anochecer, en la sombra de las casas, en los arbustos de los jardines y de los huertos. Pero Yushka no los tocaba ni les contestaba.

Cuando lo obligaban a detenerse o le hacían demasiado daño, les decía: « ¿Por qué, queridos míos, por qué, pequeñitos míos...? ¡Seguro que es porque me amáis...! ¿Por qué os hago tanta falta...? Esperad, no quiero que me toquéis, me habéis echado tierra en los ojos, no veo nada».

Los niños no lo oían ni lo entendían. Seguían empujándolo y riéndose de él. Les divertía poder hacer con él lo que quisieran y que él no hiciera nada.

Yushka también se divertía con ellos. Sabía por qué los niños se reían de él y lo molestaban. Confiaba en que los niños lo amaban, que lo necesitaban, sólo que no sabían amar a las personas, no sabían qué hacer con el amor, y por esto lo molestaban.

En sus casas, los padres decían a los niños que no estudiaban o a los desobedientes: « ¡Serás como Yushka! Crecerás y andarás descalzo en verano y con botas rotas en invierno. Todos te molestarán. No tomarás té con azúcar, sino agua sola».

Los adultos, al toparse con Yushka en la calle, a veces también lo ofendían. En ocasiones los adultos sufrían alguna desdicha inmensa o una ofensa, o simplemente estaban borrachos, y entonces una furia rabiosa embargaba sus corazones. Al ver a Yushka camino de la herrería, o que regresaba a dormir a su casa, el adulto le decía: « ¿Por qué andas por aquí si eres tan extravagante, tan diferente de los demás? ¿Sobre qué algo tan especial estás pensando?».

Yushka se detenía, lo escuchaba y no le respondía.

«Pero ¿es que no tienes palabras? ¡Ni que fueras un animal! Tienes que vivir simple y honestamente, como vivo yo, y no andar pensando en cosas secretas. ¡Habla! ¿Vivirás como es debido? ¿No? ¡Aja...! ¡De acuerdo!»

Y tras aquella conversación en la que Yushka no había dicho nada, el adulto se convencía de que el culpable de todo era Yushka y, acto seguido, comenzaba a golpearlo. La docilidad de Yushka enfurecía aún más al adulto, que lo golpeaba más de lo que había querido al principio, y en este enfurecimiento olvidaba momentáneamente su desgracia.

Yushka permanecía largo rato sobre el polvo de la carretera. Al volver en sí se ponía de pie sin ayuda. A veces iba a buscarlo la hija del dueño de la herrería, lo levantaba y se lo llevaba a casa.

- Sería mejor que te murieras, Yushka - le decía la hija del dueño -. ¿Para qué vives? Yushka la miraba con asombro. No entendía por qué debía morir si había nacido para vivir.

- Mis padres me hicieron. Ésta fue su voluntad - respondía Yushka -. No puedo morir. Además, ayudo a tu padre en la herrería.

- ¡Valiente ayudante! ¡Cualquier otro ocuparía tu puesto!

- Dasha, ¡la gente me quiere!

Dasha se reía.

- Hoy te han hecho un corte en la mejilla, te sangra; la semana pasada te partieron la oreja, y dices que la gente te quiere.

- La gente me quiere sin saberlo - le decía Yushka -. A veces el corazón de la gente es ciego.

- ¡Sí, tienen el corazón ciego, pero ojos que ven! - decía Dasha -. ¡Anda, camina más deprisa! Te quieren de corazón, pero te golpean por interés.

- Sí, es verdad. Se enfadan conmigo por interés - admitió Yushka -. Me ordenan que no ande por la calle y me destrozan el cuerpo.

- ¡Ay, Yushka, Yushka! - suspiraba Dasha -. - Y mi padre dice que todavía no eres viejo.

- ¡Claro que no soy viejo...! Sufro del pecho desde niño, por eso tengo tan mal aspecto y parezco un viejo...

A causa de su enfermedad, Yushka dejaba al dueño durante un mes todos los veranos. Iba a pie hasta una aldea muy lejana donde al parecer vivían sus parientes. Sin embargo, nadie sabía qué parentesco tenían con él.

Hasta el mismo Yushka no se acordaba, y un verano decía que en aquella aldea vivía una hermana viuda, y al verano siguiente que tenía una sobrina allí. A veces decía que se iba a la aldea y otras a Moscú. La gente pensaba que en aquella aldea vivía una hija a la que Yushka quería mucho, y que era tan bondadosa como su padre.

Al llegar junio, o en agosto, Yushka se echaba al hombro su alforja, en la que ponía pan, y se marchaba. Por el camino respiraba el aroma de la hierba y los bosques, miraba las nubes blancas que nacían en el cielo, escuchaba la voz de los ríos murmurando en los bancos de piedras, y su pecho enfermo descansaba, dejaba de sentir su enfermedad, la tisis. Al internarse en aquellos parajes totalmente despoblados, Yushka ya no escondía su amor a los seres vivos. Se inclinaba hacia la tierra y besaba las flores, tratando de no respirar sobre ellas para no marchitarlas con su respiración, acariciaba la corteza de los árboles, levantaba las mariposas y los insectos que caían muertos y estudiaba sus caras sintiéndose huérfano sin ellos. Los pájaros cantaban en el cielo. Libélulas, otros insectos y grillos laboriosos emitían alegres sonidos en la hierba, y el alma de Yushka se sentía ligera y en su pecho entraba el dulce aroma de las flores, que olían a humedad y a luz solar.

Por el camino, Yushka descansaba. Se sentaba a la sombra de los árboles en la linde de la carretera y dormitaba en el calor y la tranquilidad. Tras descansar y recuperar el aliento, ya no volvía a recordar su enfermedad y seguía su camino alegre, como si fuera una persona saludable. Yushka tenía cuarenta años, pero desde hacía mucho su enfermedad lo torturaba envejeciéndolo prematuramente, por lo que a todos parecía decrepito.

Y así, cada año, salía Yushka a los campos, bosques y ríos rumbo a una lejana aldea o hacia Moscú, donde quizá lo esperaba alguien o quizá no: nadie en la ciudad lo sabía a ciencia cierta.

Pasaba un mes, y Yushka regresaba y volvía a trabajar en la herrería desde la mañana hasta que caía la noche. Vivía igual que antes, y niños y adultos, los vecinos del pueblo, seguían riéndose de él, echándole en cara su resignada estupidez, molestándolo.

Imperturbable, Yushka vivía hasta el verano siguiente, y en cuanto éste llegaba se echaba su alforja al hombro, ponía en una bolsita aparte toda la paga del año, unos cien rublos, se colgaba la bolsita al cuello y salía sin que nadie supiera adonde ni a quién iba a ver.

Con los años, Yushka estaba cada vez más débil, porque el tiempo de su vida se acortaba y su enfermedad del pecho martirizaba su cuerpo y lo agotaba. Un verano, cuando ya había llegado el momento de que Yushka partiera hacia la lejana aldea, se quedó en la herrería. Un atardecer, ya casi de noche, Yushka salió arrastrando los pies de la herrería y se dirigió a la casa del dueño. Un alegre transeúnte, que conocía a Yushka, se rió al verlo:

- ¿Para qué sigues pisando la tierra, pelele de dios? ¡Ojalá te mueras, porque sin ti quizá esto será más alegre...!

Y en aquel instante, quizá por primera vez en su vida, Yushka se enfadó.

- ¿Qué te pasa? ¿Te molesto o qué...? Mis padres me trajeron al mundo para que viviera. Nací según la ley. El mundo también me necesita, como a ti, ¡así que sin mí tampoco estaría bien...!

El transeúnte interrumpió a Yushka irritado.

- Pero ¿cuándo has empezado a hablar? ¿Quién eres tú, chiflado inútil, para compararte nada menos que conmigo?

- No me comparo - dijo Yushka -, pero la necesidad nos hace a todos iguales...

- ¡No te hagas el sabihondo! - gritó el transeúnte -. ¡Yo sé más que tú! ¡Mira por dónde se pone ahora a hablar! ¡Te voy a enseñar lo que es ser inteligente!

Alzando la mano, el transeúnte, con la fuerza de su enfado, empujó a Yushka por el pecho. Yushka cayó boca arriba.

Yushka quedó un rato tendido en esa posición. Luego se dio la vuelta, se quedó boca abajo, no se movió más y no se levantó.

Al poco rato pasó por allí una persona, un carpintero del taller de muebles. Llamó a Yushka. Después lo giró y vio la oscuridad en sus ojos blancos e inmóviles. Tenía la boca negra. El carpintero la limpió con la mano y se dio cuenta de que era sangre coagulada.

Tocó la tierra bajo la cabeza de Yushka y la sintió húmeda por la sangre que había salido de la garganta de Yushka.

«Está muerto - dijo en un suspiro el carpintero -. Adiós, Yushka, perdónanos a todos. La gente te despreció, pero ¿cómo se atrevían a juzgarte...?»

El dueño de la herrería preparó a Yushka para el entierro. Dasha, la hija del dueño, lavó su cuerpo que pusieron sobre la mesa del herrero. Todo el pueblo, los jóvenes y los viejos, todos los que habían conocido a Yushka y se habían reído de él en vida, y lo habían molestado, se dieron cita junto a su cuerpo para despedirse de él.

Después enterraron a Yushka y todos lo olvidaron. Pero sin Yushka la gente empezó a vivir peor. Todo su enfado y sus burlas se quedaban entre ellos, porque ya no vivía Yushka, que aguantaba sin chistar cualquier furia, el ensañamiento, la burla y la hostilidad ajena.

Se acordaron de Yushka cuando el otoño ya estaba bien avanzado. Un oscuro día de mal tiempo, llegó a la herrería una joven y preguntó al dueño dónde podía encontrar a Yefim Dmítrievich.

- ¿Qué Yefim Dmítrievich? - se sorprendió el herrero -. Nunca hemos tenido a nadie con ese nombre.

La muchacha, sin embargo, no se fue. Permaneció en silencio como esperando algo. El herrero la miró para calcular qué clase de visita le había traído la tempestad. La joven era pequeña y menuda, pero su limpia y suave cara era tan delicada y dulce, sus ojos grises miraban con tanta tristeza como si estuvieran a punto de llenarse de lágrimas, que el corazón del herrero se ablandó y de pronto cayó en la cuenta:

- ¿No será Yushka? Sí, es él, en su pasaporte ponía Dmítrievich...

- Yushka - susurró la muchacha -. Es verdad. Él se llamaba a sí mismo Yushka.

El herrero se quedó callado y después preguntó:

- ¿Y usted quién es? ¿Una pariente?

- No, no soy familia suya. Me quedé huérfana y Yefim Dmítrievich me buscó una familia en Moscú. Después me envió a la escuela... Todos los años iba a verme y me llevaba el dinero del año para que pudiera vivir y estudiar. Ahora ya he crecido, he terminado la universidad, pero este año Yefim Dmítrievich no ha ido a verme. Dígame dónde está. Me contó que ha trabajado con usted durante veinticinco años...

- Pasó un cuarto de siglo, envejecimos juntos - dijo el herrero.

Cerró la herrería y llevó a la visitante al cementerio. La muchacha permaneció en silencio y se apretó contra la tierra en la que yacía Yushka, la persona que la había alimentado desde su niñez, que nunca había comido azúcar para que ella pudiera comerla.

Ella sabía que Yushka estaba aquejado por una enfermedad y había estudiado medicina para curar a la persona que más la había amado en este mundo y a la que ella había amado con todo el calor y la luz de su corazón.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces. La joven doctora se quedó en nuestra ciudad. Empezó a trabajar en el hospital atendiendo a las personas con tuberculosis, visitando

las casas en las que había enfermos, sin cobrar nada por su trabajo. Ahora también ella ha envejecido, pero como cura y consuela durante todo el día a los enfermos, alivia sin cesar sus sufrimientos y aleja la muerte de los más débiles. Todos la conocen en la ciudad. La llaman la hija del buen Yushka, aunque hace ya mucho olvidaron quién era Yushka y que ella no era su hija.

Amor a la patria o el viaje de un gorrión

(Suceso fantástico)

Al anciano violinista le gustaba tocar su música al pie del monumento a Pushkin. El monumento está en Moscú, al comienzo del bulevar Tverskói. En él hay escritos versos, y por sus cuatro costados ascienden escalones hasta el pedestal. Al subir por estos escalones, el viejo músico se paraba de cara al bulevar, hacia las lejanas Puertas Nikitski, y tocaba con su arco las cuerdas del violín. Alrededor del monumento se reunían de inmediato los niños, los transeúntes y los lectores del periódico del quiosco vecino. Todos guardaban silencio esperando que empezara la música, porque ésta consuela a la gente, les promete la dicha y una vida gloriosa. El músico dejaba su estuche en el suelo, a los pies del monumento. YA estuche permanecía cerrado y en él guardaba un pedazo de pan negro y una manzana para poder comer cuando le entrara hambre.

El viejo solía tocar su música al atardecer, poco antes de que empezara a oscurecer. Su música era mejor cuando en el mundo había mayor silencio y oscuridad. Felizmente, el músico desconocía la desgracia que conlleva la vejez, ya que recibía una pensión del Estado y se alimentaba bien. Pero se aburría pensando en que no le daba nada bueno a la gente, y por eso iba a tocar, sin que nadie se lo pidiera, al bulevar. Allí los sonidos de su violín resonaban en el aire, y atravesando la oscuridad llegaban hasta lo más profundo del corazón humano, tocándolo con una fuerza tierna y valiente que los animaba a vivir una vida superior y hermosa. Entre los que escuchaban su música, algunos sacaban dinero para dárselo al viejo, pero no sabían dónde depositarlo, ya que el estuche del violín permanecía cerrado y el músico tocaba muy arriba en el pedestal del monumento, casi a los pies de Pushkin. La gente dejaba las monedas de uno y diez kopeks en la tapa del estuche. Pero el viejo no quería cubrir sus necesidades a cuenta del arte musical, así que al guardar el violín en el estuche dejaba caer las monedas al suelo sin prestar atención a su valor. Regresaba tarde a su casa, a veces ya a medianoche, cuando son pocos los transeúntes y sólo alguna persona casual y solitaria escuchaba su música. Sin embargo, el viejo podía tocar también para una sola persona, e interpretaba la obra hasta el final, hasta que el oyente se marchaba llorando en la oscuridad. Quizá había recordado su desgracia con la canción, o a lo mejor se había sentido avergonzado de estar viviendo incorrectamente, o simplemente había bebido vino...

Cuando empezó el solitario otoño, el viejo vio a un gorrión posarse sobre su estuche, que como siempre había dejado no lejos de él, en el suelo. Al músico le sorprendió que el pajarito no estuviera ya durmiendo y que incluso en la oscuridad de la tarde trabajara ocupado en alimentarse. Lo cierto es que ahora era difícil alimentarse: los árboles se habían dormido con vistas al invierno, los insectos yacían muertos en la tierra, la ciudad estaba desnuda y hambrienta, los caballos pasaban raramente y los barrenderos se apresuraban a recoger las bostas que dejaban a su paso. ¿Dónde, en realidad, puede

alimentarse un gorrión cuando llega el otoño, el invierno? El viento en la ciudad se vuelve escaso y débil, no sostiene a un gorrión cuando éste estira sus fatigadas alas, de modo que debe batirlas constantemente y hacer un gran esfuerzo.

El gorrión escudriñó toda la tapa del estuche sin encontrar nada útil en ella. Entonces, con sus patitas, movió las monedas, agarró con su pico una pequeña, de un kopek, y salió volando quién sabe adonde. No había volado hasta allí en vano. Al menos se llevaría algo. Que viva y se preocupe, porque también tiene que existir.

Al día siguiente, al anochecer, el viejo violinista abrió el estuche para que si el gorrión regresaba pudiera alimentarse con las migas de pan que había en el fondo. Pero el gorrión no apareció. Quizá se había llenado en algún lugar, aunque la moneda de un kopek no le hubiera servido para nada.

De todos modos el viejo esperó pacientemente al gorrión, y al cuarto día lo volvió a ver. El gorrión se posó sobre el pan del estuche y rápidamente empezó a picotear la comida que le habían preparado. El músico bajó del pedestal, se acercó al estuche y sin decir palabra examinó al pequeño pájaro. El gorrión estaba desgredado, tenía la cabeza grande y muchas plumas canas; de cuando en cuando miraba alerta a su alrededor para identificar con exactitud al amigo y al enemigo. Al músico le sorprendieron sus ojos tranquilos y sensatos. Seguro que aquel gorrión era muy viejo o muy desgraciado, porque había alcanzado una gran inteligencia gracias a sus desdichas, a sus penas y a su larga vida.

Durante algunos días, el gorrión no apareció por el bulevar. Mientras, cayó una nieve limpia y comenzó a helar. Diariamente, antes de salir para el bulevar, el viejo desmenuzaba pan tibio y tierno en el estuche del violín. De pie en la base del monumento, mientras tocaba una tierna melodía, el músico no apartaba la vista del estuche y observaba los senderos cercanos y los arbustos muertos en los jardines, donde en verano crecían las flores...

El viejo músico esperaba al gorrión, lo extrañaba y se preguntaba: « ¿Dónde estará ahora? ¿Cómo se calentará? ¿Qué estará comiendo en la nieve fría?». Callada y claramente ardían los faroles junto al monumento a Pushkin. Gente hermosa y limpia, alumbrada por la luz eléctrica y por la nieve, pasaba ligera y sin detenerse junto al monumento, en dirección a sus asuntos, importantes y dichosos. El viejo seguía tocando, albergando en su interior un sentimiento de tristeza por el pajarito diligente que quizá en ese momento desfallecía en algún lugar.

Pero pasaron otros cinco días y el gorrión seguía sin visitar el monumento a Pushkin. Aun así, el viejo violinista seguía dejando el estuche abierto con las migas de pan. Pero la espera abrumó al músico, que empezó a olvidar al gorrión, como también había tenido que olvidar para siempre muchas cosas en su vida. Dejó de desmenuzar el pan, que ahora metía sin partir en el estuche, y sólo dejaba la tapa alzada.

Una vez, en lo profundo del invierno, cerca de la medianoche, empezó a soplar una fuerte ventisca. El viejo tocaba su última pieza, *Camino invernal*, de Schubert, y ya casi se disponía a irse a descansar. En este momento, de entre el viento y la nieve, apareció

su amigo, el gorrión canoso. Lo vio posar sus delgadas e insignificantes patitas en la nieve fría y caminar luego alrededor del estuche, zarandeado por torbellinos de nieve que atravesaban todo su cuerpo, pero sin hacerles caso, sin temerles. Saltó dentro del estuche y empezó a picotear el pan hundiéndose casi en la tibia miga. Tardó una media hora, y la ventisca cubrió con nieve casi todo el interior del estuche, pero el gorrión seguía moviéndose allí dentro, ocupado en comer. Se veía que sabía hartarse para no tener que comer por mucho tiempo. Sin dejar el violín, el viejo se acercó al estuche y esperó entre los torbellinos a que el gorrión saliera. Por fin el gorrión lo abandonó, se limpió en un montoncito de nieve, murmuró una breve frase y se fue caminando a su albergue nocturno, sin querer volar en aquel viento frío para no gastar en vano sus fuerzas.

Al atardecer del día siguiente el gorrión volvió al monumento. Enseguida voló hacia el estuche y empezó a picotear el pan que le habían preparado. El viejo lo miraba desde la base del monumento tocando el violín y sintiendo que la bondad invadía su corazón. Aquel día el tiempo estaba silencioso, como cansado tras la fuerte ventisca del día anterior. Ya ahíto, el gorrión abandonó el estuche, voló altísimo y en el aire murmuró una breve canción.

A la mañana siguiente, el sol tardó en salir. Al despertar en su cuarto, el viejo músico escuchó el canto de la ventisca en la calle. La nieve cruda, violenta, volaba por el callejón y hacía palidecer la luz del día. Por la tarde, cuando todavía no estaba oscuro, en los cristales de la ventana se formaron bosques y flores congeladas de un mágico país desconocido. El viejo admiró aquel juego animado de la naturaleza pensando que ella también añoraba la dicha, como les ocurría a las personas al escuchar la música.

Aquella noche no iría a tocar al bulevar Tverskói porque aquella noche cantarían la tempestad, que apagaría los débiles sonidos del violín. Así y todo, al caer la tarde, el viejo se puso un abrigo, se cubrió la cabeza y el cuello con un chal, desmenuzó pan en el bolsillo y salió a la calle. Trabajosamente, perdiendo el aliento por el frío y el fuerte viento, el músico caminó por su callejón rumbo al bulevar Tverskói. Las heladas ramas de los árboles crujían solitarias en el bulevar y el monumento parecía susurrar melancólicamente por la nieve que chocaba contra él. El viejo pensó en dejar las migajas en la base del monumento, pero vio que sería en vano, porque la tempestad dispersaría inmediatamente el pan y la nieve lo cubriría. Aun así, el músico dejó en el escalón el pan, que vio desaparecer en la oscuridad de la tempestad.

Por la noche, solo en su casa, el músico tocaba su violín, pero como nadie lo escuchaba, la melodía sonaba mal en el vacío del cuarto y sólo conmovía a un alma, la suya. Esto le pareció insuficiente, quizá porque su alma había empobrecido con la vejez. Dejó de tocar. En la calle avanzaba el torrente del huracán. Sin duda los gorriones lo estarían pasando mal. El viejo se acercó a la ventana y escuchó la fuerza de la tempestad a través del cristal congelado. ¿Y si al gorrión canoso no le daba miedo volar hasta el monumento a Pushkin para comer pan del estuche?

Al gorrión diestro y canoso no le asustó el huracán de nieve. No obstante, no fue volando al bulevar Tverskói, sino caminando, porque abajo todo estaba un poco más tranquilo y podía refugiarse detrás de los montones de nieve y de muchas otras cosas que iba encontrando en su camino.

El gorrión observó con detenimiento los alrededores del monumento a Pushkin e incluso escarbó con sus patitas la nieve en el lugar en el que solía estar el estuche abierto con el pan. Varias veces intentó volar para alcanzar los escalones del monumento, que eran barridos por el viento, para ver si el huracán había arrastrado hasta allí algunas migas de pan o granos viejos que pudiera hallar y comérselos. Pero en cuanto alzaba el vuelo, la tempestad lo atrapaba y lo lanzaba contra el tronco de un árbol o contra un poste. El gorrión se dejaba caer y se enterraba en la nieve para calentarse y descansar. Al poco rato ya había perdido toda esperanza de encontrar comida. Cavó un hoyo profundo en la nieve, se acurrucó dentro y se adormeció: lo más importante era no congelarse, mantenerse vivo, porque la tempestad cesaría en algún momento. En su sueño ligero, el gorrión no dejaba de velar el comportamiento del huracán. En medio del sueño y de la noche, el gorrión sintió que el montón de nieve en que dormía empezaba a deslizarse, y después toda la nieve a su alrededor se desplomó, se dispersó, y él se quedó solo en medio del huracán.

El gorrión se sintió arrastrado a lo lejos, a una elevada y vacía altura. Allí ni tan siquiera había nieve, sólo el viento limpio y desnudo, sólido por su propia fuerza comprimida. Tras pensarlo un poco, el gorrión se acurrucó y se quedó durmiendo en medio del huracán.

Al cabo de un tiempo el gorrión despertó, pero vio que seguía volando en medio de la tempestad. Ya se estaba acostumbrando a vivir en medio del huracán; incluso su existencia era ahora más fácil, porque no sentía el peso de su cuerpo y no le hacía falta ni volar, ni caminar, ni preocuparse por nada. El gorrión examinó la oscuridad de la tempestad para ver si era de día o de noche. Pero a través de la tempestad no pudo ver si había luz o tinieblas, y se volvió a acurrucar y se durmió intentando guardar el calor al menos en su interior, porque no le importaba si las plumas y su pellejo se congelaban.

Todavía volaba en medio de la tempestad cuando despertó por segunda vez. Ya se había acostumbrado a ella. Su única preocupación era la comida. No sentía frío, pero tampoco hacía calor: sólo temblaba dentro de aquella oscuridad y de la corriente de aire vacío. El gorrión volvió a acurrucarse tratando de ignorar todo hasta que pasara el huracán.

Despertó en el suelo, envuelto en un silencio limpio y tibio, acostado sobre grandes hojas de hierba verde. Pájaros desconocidos, jamás vistos, cantaban largas y melodiosas canciones, así que el gorrión se asombró y los escuchó durante algún tiempo. Por fin se arregló, limpió sus plumas revueltas por la ventisca y fue a alimentarse.

En aquel lugar el verano parecía ser eterno y la comida abundante. Casi cada arbusto tenía sus frutos. En los tallos, entre las hojas, colgaban espigas con granos o bien suaves vainas con granitos menudos y picantes; por doquier crecían bayas nutritivas. El gorrión

picoteó durante todo el día hasta sentirse avergonzado y asqueado. Entonces recapacitó y dejó de picotear, aunque hubiera podido comer un poco más.

Tras pasar la noche en una rama, el gorrión empezó a comer de nuevo. Pero ahora comió sólo un poco. El día anterior, su hambre tan fuerte le había impedido degustar el sabor de la comida, pero esa mañana sintió que todas las frutas de las hierbas y los arbustos eran o demasiado dulces o, por el contrario, demasiado amargas. Sin embargo, las frutas eran muy nutritivas. Soltaban una especie de embriagante grasa densa, y al segundo día el gorrión ya había engordado y empezó a brillarle el plumaje. Por la noche sintió acidez, y el gorrión echó de menos el ácido del pan negro común; sus menudos intestinos y su estómago añoraron las migajas tibias y oscuras que llenaban el estuche del músico junto al monumento a Pushkin.

Pronto el gorrión entristeció del todo en aquella tierra veraniega y pacífica. Ya no lo atraían la dulce y abundante comida, ni la luz del aire, ni la fragancia de los árboles. Vagó en la sombra de la maleza sin encontrar a ningún conocido, nada familiar: en aquel lugar no vivían gorriones. Los lustrosos pájaros locales lucían hermosas plumas multicolores y solían posarse en lo alto de las ramas para cantar canciones tan bellas que pareciera que les salía luz de la garganta. Aquellos pájaros comían raramente, ya que para hartarse les bastaba picotear una baya gruesa de entre la hierba.

El gorrión empezó a vivir en soledad. Poco a poco sobrevoló todo aquel país a la altura de los arbustos, y por todas partes veía densas malezas de hierbas y flores, árboles gruesos y de corta altura, orgullosas aves cantoras y un cielo azul Y sin viento. Hasta la lluvia caía aquí sólo por las noches, cuando todos dormían, para que el tiempo lluvioso no pusiera de mal humor a nadie.

Al poco tiempo, el gorrión encontró un lugar en el que vivir permanentemente, a la orilla de un arroyo con grava diminuta en la que nada crecía, en la que la tierra era más escasa y más incómoda. Allí, en una grieta de la orilla, vivía también una serpiente que ya no tenía ni dientes ni veneno, y que se alimentaba tragando la tierra húmeda como lo haría un gusano, de manera que los animalitos de la tierra se quedaban en su interior, y arrojando luego la tierra masticada. El gorrión trabó amistad con la serpiente. A menudo iba a visitarla y la miraba a sus ojos oscuros y amables, y la serpiente también miraba al gorrión. Luego el gorrión se marchaba: le era más fácil vivir en soledad después de haber visitado a la serpiente.

Una vez, corriente abajo, el gorrión descubrió un peñasco alto y desnudo. Voló hacia él y decidió que pasaría las noches en aquel peñasco. Contaba con que algún día volvería la tempestad, lo arrancarían dormido del peñasco y se lo llevaría de vuelta a casa, al bulevar Tverskói. La primera noche le resultó incómodo dormir sobre la roca fría, pero a la segunda ya se había acostumbrado y durmió profundamente, como si estuviera en un nido, abrigado por la esperanza de que llegaría la tempestad.

El viejo músico creyó que el gorrión canoso, su amigo, había muerto durante el huracán invernal. A menudo, las nevadas, los días fríos y las ventiscas impedían al viejo salir al bulevar Tverskói a tocar su violín. En estos días el músico se quedaba en casa y su único

consuelo era mirar los cristales congelados de la ventana, donde en silencio se formaban y deshacían cuadros de un país mágico cubierto de abundante vegetación en la que, probablemente, vivían aves cantoras. El viejo no podía imaginar que el gorrión vivía ahora en una tierra así de calurosa y florida, que pasaba las noches en un peñasco desde el que esperaba que se lo llevase una ráfaga de viento... En febrero, el músico compró una pequeña tortuga en una tienda de mascotas del Arbat. Había leído que las tortugas viven mucho tiempo, y el viejo no quería encariñarse con una criatura que muriera antes que él. En la vejez el alma jamás llega a curarse. Los recuerdos la hacen sufrir por más tiempo. Por eso sería mejor que la tortuga lo sobreviviera.

Tras llevarse la tortuga a casa, casi dejó de ir al monumento a Pushkin. Todas las tardes tocaba el violín en su casa, y la tortuga avanzaba lentamente al centro del cuarto, estiraba su largo y flaco cuello y escuchaba la música. Inclina la cabeza hacia el viejo como para escuchar mejor y su ojo negro miraba al músico con expresión de dulzura. Probablemente la tortuga temía que el viejo dejara de tocar el violín y ella tuviera que volver a su aburrida existencia en el suelo desnudo. Pero el músico tocaba hasta avanzada la noche, hasta que el cansancio y el sueño obligaban a la tortuga a abatir su cabecita sobre el suelo. El viejo esperaba a que la tortuga cerrara los ojos con sus rugosos párpados, guardaba el violín en su estuche y se acostaba también. Pero dormía mal. Sentía punzadas en algún lugar de su cuerpo, o ansiedad en el corazón, y lo despertaba el temor a estarse muriendo. Siempre resultaba que seguía vivo y que afuera, en el callejón, continuaba la noche tranquila. En marzo lo despertó una ansiedad en su corazón y el viejo escuchó el viento soplar con fuerza; el cristal de la ventana se descongeló, porque era un viento que soplaba desde el sur, desde la primavera. En ese momento recordó al gorrión y le dio lástima que hubiera muerto, porque pronto comenzaría el verano, reverdecerían los árboles en el bulevar Tverskói y el gorrión habría podido vivir un poco más en este mundo. Para el próximo invierno el músico habría podido llevárselo a su cuarto. El gorrión habría hecho amistad con la tortuga y habría pasado el invierno al calor como un jubilado. El viejo volvió a dormirse porque se tranquilizó pensando que tenía una tortuga viva, y eso le bastaba.

Volando en medio del huracán del sur, el gorrión también durmió esa noche. Despertó sólo un instante, cuando el golpe del huracán lo arrancó del peñasco, pero se alegró e inmediatamente volvió a dormirse, acurrucándose para conservar el calor de su cuerpo. Despertó cuando ya estaba amaneciendo. El viento lo transportaba con su vigorosa fuerza hacia un país lejano. El gorrión no temía ni al vuelo, ni a la altura. Se movió en medio del huracán como si estuviera dentro de una masa pesada y viscosa, murmuró y sintió hambre. Miró a los lados y se descubrió rodeado de extraños objetos. Los observó con atención hasta reconocerlos: eran las gruesas bayas del cálido país, sus granos, vainas e incluso espigas. Un poco más allá volaban incluso ramas y árboles enteros; el gorrión comprendió que el viento se lo había llevado consigo no sólo a él. Un pequeño granito volaba justo a su lado, pero el peso del viento le impedía cogerlo. Varias veces el gorrión sacó el pico sin resultado, porque el pico tropezaba con la tempestad como si

ésta fuera de piedra. Entonces el gorrión empezó a girar en torno a sí mismo, puso las patitas hacia arriba, sacó un ala y enseguida el viento se lo llevó a un lado: primero hasta el grano que volaba junto a él, que se comió al momento; después se coló por en medio del aire hasta las bayas y espigas más lejanas. Comió hasta hartarse y aprendió a moverse al sesgo dentro de la tempestad. Después de comer, el gorrión decidió dormir. Se sentía bien ahora: a su lado volaba comida abundante y dentro del huracán no sentía ni frío ni calor. El gorrión dormía y se despertaba, y al despertarse volvía a acostarse rumbo al viento con las patitas hacia arriba para dormitar tranquilamente. En los intervalos entre un sueño y otro, comía del aire que lo rodeaba hasta hartarse. A veces alguna baya o vaina con el relleno dulce se pegaba al cuerpo del gorrión, y entonces no tenía más que picotear y tragar aquella comida. Pero el gorrión temía que el viento dejara de soplar: ya se había acostumbrado a vivir en medio de la tempestad y a obtener de ella comida en abundancia. Ya no quería tener que volver a ganarse el sustento en los bulevares, sentir frío en los inviernos y deambular por el asfalto vacío para no perder fuerzas volando contra el viento. Lo único que lamentaba era que dentro de aquel viento vigoroso no hubiera migas de pan negro y ácido; sólo volaban cosas dulces o amargas. Por suerte, la tempestad seguía avanzando y cuando despertaba de nuevo se sentía ligero y satisfecho, y entonaba una canción por lo bajo.

En los atardeceres primaverales, el viejo violinista salía a tocar a los pies del monumento a Pushkin. Se llevaba la tortuga y la colocaba a su lado. Mientras sonaba la música, la tortuga escuchaba el violín sin moverse, y en los recesos aguardaba paciente a que reanudara. Como siempre, el músico dejaba el estuche del violín en el suelo, frente al monumento, pero ahora su tapa permanecía cerrada, porque el viejo ya no esperaba la visita del gorrión canoso.

En uno de aquellos serenos atardeceres comenzó a soplar un viento con nieve. El músico guardó a la tortuga en su seno, colocó el violín en el estuche y se fue a su apartamento. En casa dio de comer a la tortuga y luego la metió en su caja con algodón para que descansase. Hecho esto, se dispuso a tomar té para calentarse el estómago y alargar el atardecer. Pero resultó que el hornillo no tenía queroseno y tampoco quedaba en la botella. El músico salió a comprar queroseno a la calle Brónnaya. El viento ya había cesado y caía una nieve floja y húmeda. En la calle Brónnaya no vendían queroseno, habían cerrado por inventario, así que el viejo tuvo que ir hasta las Puertas Nikitski.

Tras comprar el queroseno, se dirigió de vuelta a su casa por la nieve fresca, que ya se estaba derritiendo. Junto a la puerta de un edificio de viviendas había dos muchachos, y uno de ellos le dijo al músico:

- Oye, cómprame este pájaro... ¡No nos llega para el cine!

El violinista se detuvo.

- Dádmelo - contestó -. ¿De dónde lo habéis sacado?

- Ha caído del cielo - contestó el muchacho, y entregó el pájaro al músico en el cuenco de la mano.

Seguro que el pájaro estaba muerto. El viejo se lo guardó en el bolsillo, pagó al muchacho veinte kópeks y siguió su camino.

En casa el músico sacó del bolsillo al pajarito y vio que se trataba del gorrión canoso. Tenía los ojos cerrados, sus desvalidas patitas estaban dobladas y un ala le colgaba sin fuerza alguna. Era difícil determinar si el gorrión se había quedado sin pulso temporalmente o si no volvería a respirar. Por si acaso, el viejo lo guardó en su seno, bajo el camisón de dormir, para que se calentara, aunque quizá no volvía a despertar nunca.

Al terminar su té, el músico se acostó de lado, con cuidado, para no hacer daño al gorrión.

Pronto se quedó dormido, pero enseguida despertó, porque el gorrión se movía bajo el camisón y picoteaba su cuerpo. «Está vivo - pensó el viejo -. ¡Quiere decir que su corazón pudo superar la muerte!», y sacó al pájaro del calor de su camisón.

El músico puso a dormir al pajarito junto a la tortuga. La tortuga dormía en una caja con algodón, de modo que también le sería blando al gorrión.

El viejo despertó del todo cuando amaneció y fue a ver qué hacía el gorrión en la casa de la tortuga.

El gorrión yacía sobre el algodón con sus flacas patitas hacia arriba. La tortuga, estirando el cuello, lo miraba con ojos bondadosos y pacientes. El gorrión había muerto olvidando para siempre que había existido en el mundo.

Por la tarde el viejo músico no fue al bulevar Tverskói. Sacó el violín de su estuche y empezó a tocar una música tierna y feliz. La tortuga avanzó hasta el centro del cuarto y lo escuchó con dulzura. Pero para consolar su afligido corazón de viejo, a aquella música le faltaba algo. Entonces volvió a dejar el violín en su sitio y lloró porque no todo puede ser expresado con música, y uno mismo en su desdicha es el último remedio para la vida y el sufrimiento.

Tormenta de julio

Mucho llevan caminando Natasha, una niña de nueve años, y su hermano menor, Antosha. Van del koljoz La Vida Común a la aldea Paniútino, y aunque sólo los separan cuatro kilómetros, el mundo siempre es grande en la infancia. Natasha cargaba a su hermano en brazos cuando aquél la miraba quejoso por el cansancio, pero al rato volvía a dejarlo en el suelo para que caminara con sus propios pies, porque estaba bien alimentado, tenía ya cuatro años cumplidos y le pesaba mucho.

Al borde del caluroso camino estival crecía el centeno; sus largas espigas se doblaban hacia atrás, hacia la tierra; parecían cansadas por el largo verano y el sol, como si se hubieran hecho viejas. Temerosa, Natasha escudriñaba el centeno por si aparecía alguien de entre la espesura, donde seguro que vivía al acecho ese alguien, y pensaba dónde esconder a su hermano para que al menos él quedara con vida. Quizás debía anudarle su pañuelo a la cabeza para que Antosha pareciera una niña, porque las niñas corren menos peligro, o quizá debería esconderlo en la cueva arenosa de un barranco, aunque no hubiera ningún barranco por aquí, sólo había uno cerca de su aldea, en el koljoz. La niña le anudó el pañuelo a su hermano, siguió avanzando con la cabeza descubierta y así se quedó más tranquila.

El centeno susurraba lentamente junto a los niños, que avanzaban en silencio por el camino. El cielo sin nubes, neblinoso y pálido por el vacío bochorno del mediodía, se le antojaba a Natasha triste y tenebroso. Recordó las noches estrelladas sobre la isba en la que vivía con sus padres en el koljoz, y resolvió que la noche era mejor y más interesante. Por la noche, en el koljoz, sólo cantan los bondadosos y dulces grillos, se oye el croar de las ranas en el estanque, resolla el toro que duerme en el establo y no hay allí nada horrible.

Su madre salía al portal y la llamaba con voces diferentes, como lamentándose: «Natasha, ven a comer, ya es hora de dormir, deja de contar las estrellas, mañana será otro día, todavía tendrás tiempo de vivir».

Natasha sujetó más fuerte la mano de Antosha y corrió con él junto al centeno para llegar antes a la aldea Paniútino, donde vivían sus abuelos. Pero el hermano se cansó pronto, se cayó en el polvo y empezó a llorar. Natasha no atinó a soltarle enseguida la mano y sin querer lo arrastró un poco por la tierra. Volvió a cargar a su hermano, secó sus lágrimas y subió con él a lo alto de un túmulo donde las espigas del centeno eran cortas por la pobreza de la tierra. Desde allí podía verse en la lejanía cómo por encima del centeno pasaban las oscuras olas del viento, cómo brillaba el aire derramándose sobre las franjas iluminadas del campo, no cubiertas por la sombra del viento. Natasha miró alrededor: «¿Cuándo se verá Paniútino?», y vio las aspas de un molino levantándose y volviéndose a esconder a lo lejos. A la niña le daba ya mucho miedo estar bajo aquel sol solitario, entre el triste rumor del centeno, rodeada por el regular silencio

del viento del mediodía, cuya bondad percibía claramente en la cara y en todo el cuerpo. Natasha suspiró aliviada: ya se veía el molino, allí estarían moliendo el grano, seguro que había sido su abuelo el que había llevado un saco a moler. El esperaba la visita de sus nietos y sabía que debía hornear *bliny* con harina fresca ¹, porque ya se había acabado toda la harina vieja, que hace que la masa suba poco y los *bliny* no salgan tan esponjosos ni tan porosos como con harina recién molida.

Natasha olió el aire: olía a paja, a leche, a tierra caliente, a padre y a madre; un olor conocido y agradable. La niña continuó caminando con su hermano en brazos, que rodeaba su cuello y dormitaba con la cabeza apoyada en su hombro.

Avanzaron por el borde del camino que cortaba en dos el campo de centeno. De pronto, Natasha lanzó una exclamación y se detuvo. Desde la profundidad del centeno vio salir a un anciano delgado y de aspecto pobre, con una cara limpia en la que nada crecía. Era más alto que Natasha, calzaba alpargatas de corteza de tilo, vestía pantalones de lienzo muy gastado, con parches de pana militar, y cargaba a la espalda una cesta con acedera y ortiga de la que se utiliza para cocinar sopa de col. Seguramente había recogido la hierba sin propósito definido, con la sola intención de tener algo que hacer. El viejo también se detuvo frente a los niños. Miró a Natasha con expresión de tristeza, con ojos pálidos y bondadosos, que ya habían visto todo en este mundo, se quitó el gorro de lana casera, la saludó con una reverencia y siguió su camino.

«¡No me da miedo! - pensó Natasha -. Si intenta tocarnos le pegaré con todas mis fuerzas y se morirá enseguida... Parece mal alimentado, débil. ¡Seguro que no es de por aquí!»

Al adentrarse en el centeno, el anciano se volvió para contemplar detenidamente a los niños que había dejado atrás. Grabó en su memoria la cara de Natasha, sus ojos grises pensativos y sensibles, su boca infantil abierta, que respiraba atentamente, sus mejillas rellenas y el pelo claro, descolorido por el sol y reseco por el viento del campo. «Será una buena campesina», decidió el viejo. Luego intentó distinguir al niño que ella llevaba en brazos. «También se le parece - observó el caminante -. Se ha cansado y ahora duerme. ¡Que descanse!», y el viejo se alejó sin levantar la vista, observando la basurilla del suelo y las hierbas pequeñas del camino. Cuando veía rostros de niños deseaba morir de inmediato para no sentir tristeza por la vida futura, joven y feliz, o bien anhelaba quedarse a vivir en el mundo para siempre. Pero es muy difícil vivir eternamente, porque ¿acaso tendría fuerzas suficientes? Tampoco su deseo era el de antes. El mundo ya le aburría, aunque a veces pensaba que el verdadero deseo de vivir sólo llega en la vejez. En la juventud no se tienen estos pensamientos, se vive sin recuerdos...

A quien más compadecía el viejo era a los niños. Sentía que transmitían a su corazón una felicidad dolorosa y abrumadora, que ni él había tenido tiempo de conocer y vivir, que había olvidado en el ajetreo cotidiano, aunque esperara desde hacía mucho. El viejo se sentó a la sombra del centeno para reponerse de la impresión que le habían

1. bliny: masa frita delgada y extendida.

causado los niños. Quiso llorar, pero cambió de parecer. « ¡Vaya! - susurró -. ¡Vive, viejo, esfuérzate! ¿O es que ya no soy compadre del rey? ¿Qué más puedo pedir? Mi cuerpo aún está entero, no lo he perdido; mi isba está repleta de comida. No bebo, no estoy enfermo...» Y satisfecho, el viejo se acostó junto al centeno apoyando la cabeza en la cesta. Le resultaba agotador caminar con ese calor, y tampoco tenía necesidad de hacerlo a esta hora; llevaba diligente un papel al koljoz La Vida Común y se había dejado vencer por el agotamiento. Pero todavía le quedaba tiempo para cumplir su labor: el día estival era largo, así que podría regresar a tiempo. Al quedarse dormido, el viejo volvió a sentir cierta dulzura en su corazón al recordar a los niños que había encontrado, que avanzaron callados y tímidos a su lado, como llamándolos a compartir una vida lejana e inmortal.

Un viento sofocante soplaba por encima del centeno. Se hizo un silencio como antes de una tempestad o antes de una gran sequía. El viejo también se quedó callado porque ya se había quedado dormido, y le picaban las moscas y las hormigas que se arrastraban por su cara acostumbrada a todo.

Los abuelos de Natasha vivían en una isba al final de la aldea Paniútino. Detrás de su patio, pasando el seto, empezaba el campo de centeno, y por allí, por en medio de aquel campo, iba el camino, que primero llegaba al koljoz en el que vivía la madre de los niños y luego seguía hacia otros campos más extensos, donde crecía el centeno y bosques foliáceos regados por ríos claros que corrían hacia el cálido mar... Desde por la mañana temprano, Uliana Petrovna, la abuela de Natasha, había salido al portón para ver si llegaban ya sus nietos. Hacía tres días que le había pedido a la cartera que fuera a ver a su hija al koljoz y le dijera sin falta que diera permiso a sus nietos para que fueran a visitarla a Paniútino. «Seguro que la mujer no le dio el recado - pensaba Uliana Petrovna escudriñando el vacío y caluroso camino que atravesaba el centeno -. ¡Y eso que siempre le apuntan jornada y media de trabajo, la muy privilegiada! Aunque sólo va por ahí recogiendo polvo con su falda... A lo mejor debo quejarme al consejo... Pero bueno, que siga andando, la muy torpe», y la abuela cerró el portón.

Desde por la mañana temprano había puesto paja en el horno, y el día anterior había preparado la masa. Ya había tenido que pasarla dos veces de la olla al cuenco de barro, porque por la noche la masa creció y se desbordó. Todo estaba preparado para hornear los *bliny*, pero las visitas seguían sin llegar, y su esposo se había ido de mañana a pescar al lago. Seguro que estaba otra vez en la herrería hablando de tonterías con el herrero. ¿Qué más necesitan esos dos? Uno miente y el otro asiente, porque su esposo cree todo lo que le cuentan. Lo más importante para él es vivir y asombrarse. No sabe cómo viven los demás en realidad. Sólo vive con la esperanza de que pase algo en el mundo: que se apague el sol o alguna estrella lejana se acerque a la tierra y la alumbre con su luz dorada para la admiración eterna de todos, o que en un campo yerto crezca una hierba dulce y nutritiva, una hierba que será muy útil a la gente y que no habrá que sembrar, sólo recolectarla.

Uliana Petrovna lanzó una mirada a la masa y suspiró apesadumbrada: « ¿Cómo he podido vivir tantos años con este hombre? Nunca necesita nada. Sólo pasarse el día sentado y arreglar el mundo, charlar sobre qué pasará y qué no pasará, y luego, en la isba, mirar sus bienes y pensar que si todo se quemara o se hundiera sería menos aburrido. Aunque no es un hombre, vive sin molestar y me aguanta».

La abuela removió con cuidado la blanca masa. Ya era hora de hornear los bliny; de lo contrario, se cortarían y se echarían a perder. Quería que el pan saliera grande y sabroso, porque ¿qué otra cosa podía atraer a sus nietos y a su viejo? ¿Qué más se necesita en este mundo que este humilde obsequio? No lo sabía... No pretendía inventar alguna otra cosa ni buena ni mejor: sólo sabía preparar la masa, hornear pan o bliny para alimentar a su familia y luego sentarse en el banquillo consolándose porque todos habían comido. No entendía cómo se podía vivir bien de otro modo. Nada más le hacía falta. ¡Qué así sea! ¡Que todos se reúnan cuanto antes en su isba, que su hija y su yerno tengan salud y que sus nietos crezcan felices! ¿Para qué torturarse más, si así todo estaba bien?

Uliana Petrovna encendió la paja en el horno, pero en ese momento oyó en el patio el canto del gallo vecino, que entraba a pelear con su gallo y a beneficiarse a sus gallinas. Uliana Petrovna, que velaba sus bienes con celo, agarró la escoba y ahuyentó al intruso. Cuando echó fuera al gallo, la abuela miró la calle y el camino que atravesaba el campo de centeno por si aparecía alguien. Pero no vio a nadie, sólo flotaban las olas de calor sobre la tierra, negreaban las viejas isbas de la aldea y las polvorientas gallinas vecinas escarbaban en el suelo del camino. Uliana Petrovna cerró el portón y empezó a hornear los *bliny*. El primero le salió bueno, y no por casualidad: había horneado tantos bliny en su vida, que éstos la adoraban y pedían salir del fuego por sí solos y caer al plato, sólo que ahora no había nadie para comérselos. Uliana Petrovna siempre era la última en comer sus guisos. Recogió las sobras, los pedazos de masa sobrante, y las volvió a hornear para no desperdiciar nada. Para ella toda la comida era igual de buena.

Alguien llamó débilmente a la ventana. «Quizá es una vieja pidiendo limosna - pensó la abuela -. Aunque ya apenas pasan por aquí. Pero si es, le doy unos *bliny*. Las cosechas ahora son buenas, así que nada me cuesta.» Sacó la sartén del fuego para que no se le quemara el *bliny* y se acercó a la ventana. Del otro lado la miraba su nieta Natasha. A su espalda llevaba a Antosha, que se agarraba dormido al cuello de su hermana y recostaba la cabeza cubierta con el pañuelo en el hombro de la niña. Natasha sujetaba con una mano las de Antosha para que no se soltara, y con la otra le agarraba firmemente del pantalón para que las piernas del muchacho no colgaran en el aire y se deslizara hacia abajo. Natasha apoyó los pies de su hermano en el montículo de tierra que rodeaba la casa y volvió a llamar suavemente a la ventana.

- Abuela - dijo -, abre. Somos nosotros, que hemos venido a visitarte.

Uliana Petrovna observó que cuanto más crecía Natasha, más guapa era. Su cara se hacía más pensativa y aumentaba su parecido con ella, como ella había sido en sus años de juventud. Emocionada por la bondad de la vida, que le permitía repetirse en su nieta

para que todo el mundo, una vez muerta ella, Uliana Petrovna, la recordara al mirar a Natasha, consolada y satisfecha, la abuela dijo:

- ¡Pobrecitos míos, mi razón de ser! ¡Entrad rápido en casa!

La abuela quiso acostar a Antosha en la cama, pero éste se estiró y abrió los ojos.

- Abuela - dijo -, hornéanos bliny. Porque ni te imaginas cuánto hemos andado...

- Pero si ya están hechos hace rato - le respondió su abuela -. Siéntate. Te hornearé frescos, porque éstos ya están fríos.

- Y danos también leche cortada - pidió Natasha -. Mojaremos los bliny en ella.

- Ahora, ahora mismo... En un segundo termino con el horno y bajo al sótano - decía su abuela -. Después os freiré buñuelos, calentaré té y cuando regrese vuestro abuelo almorzaremos. Ayer preparé el kvas², hice gelatina, ¿qué más hace falta?

- Pastel de fresa y setas - dijo Natasha.

- ¡Pues sí, querida, cómo no! - recordó Uliana Petrovna y salió a buscar la comida, contenta de tener tantas provisiones y a quién alimentar.

La isba olía a tierra caliente, a succulentos bliny, a humo. En la calle brillaba el sol alumbrando las hierbas desconocidas de aquella otra aldea ajena.

- ¡No resoples! - dijo Natasha a Antosha -. Estamos en casa de la abuela. ¿Por qué resoplas? Deja que te limpie la nariz.

Antosha se calló, dejó de resoplar y sólo se le oía respirar, sentado en el banquillo junto a la mesa vacía. Natasha echó un vistazo a la vivienda clara de la abuela. Era limpia, aburrida. Dos moscas gordas se batían contra el cristal de la ventana zumbando con un sonido caliente, picante; una lámpara de petróleo colgaba sobre la mesa cubierta con un mantel bordado, el de los días de fiesta. Lejos alguien golpeaba un barril seco, le colocaba los aros, y un calor monótono brillaba en la calle. Natasha se acercó a un rincón en el que la pared estaba recubierta de periódicos y fotos para ver y leer lo que había allí. Una de las fotos era de su abuelo y había sido tomada en un campo de patatas. El abuelo aparecía joven, con bigote negro, pantalón y chaleco, y la pequeña cadena del reloj colgándole en el pecho. Su pelo era lacio, como si alguien se lo hubiera lamido, y todo él parecía un rico, una persona de la ciudad o un tractorista en otoño. Sus ojos miraban pensativos e inteligentes hacia la lejanía... El abuelo estaba sentado en un banquillo desnudo de ladrillos, como un monumento; uno de sus pies tocaba la tierra; su pose era la de alguien que estaba allí sin ganas, como, por casualidad, sin siquiera notar que junto a él, en el suelo, había tirada una guitarra adornada con un lazo. A sus espaldas crecía un pequeño bosque a través del cual se veía un edificio blanco, grande y hermoso como un Palacio de Pioneros, pero su abuelo no lo miraba. Había levantado la mano, en la que sostenía un revólver que se había pegado a la cabeza y lo mantenía allí dispuesto a matarse. La otra mano descansaba sobre su pierna y en ella sostenía una carta. Sus ojos miraban al frente, alegres aunque pensativos... ¿Qué era aquello? Natasha aún no entendía la vida de los adultos...

2. Bebida refrescante de pan fermentado.

Se sentó en una silla junto a la mesa cubierta con el mantel y examinó el dibujo del bordado. En su isba no tenían un mantel como aquél, ni falta que les hacía: diariamente su mamá fregaba la mesa raspándola con un cuchillo, de modo que todo estaba en buen estado y limpio. En la aldea cantaron los gallos; primero uno, después otro y más tarde todos; cacarearon las cluecas para reunir a sus pollitos. Sopló el viento en el camino y llevó el sofocante polvo a lugares vacíos.

- Natasha, se me están comiendo las moscas, ven - llamó desde el otro cuarto Antosha.

- Deja que se te coman, ahora voy - respondió Natasha.

Se acercó a la ventana y pegó la cara al cristal; quería descubrir algo conocido o familiar, como conocía en su koljoz cada hierba, los árboles y los setos. Pero al pie de la ventana sólo crecía un pequeño arbusto con las hojas cubiertas de polvo; el arbusto movía suavemente las ramas, cansado del calor y de la sequía, viviendo como en un sueño o como un muerto triste y ajeno al que nadie quiere. Si Natasha se quedara aquí también moriría de tristeza.

- Llévame a casa. Quiero ver a mi mamá - pidió Antosha.

Natasha regresó junto a su hermano, que estaba sentado triste y asustado.

- Quiero ir a nuestra isba - dijo él -. No quiero bliny, comeré la papilla que mamá cocinó ayer...

Natasha cogió unos *bliny* fríos de la sartén y los guardó en su seno.

- Por el camino seguro que tendrás hambre. Siempre pides inoportunamente - dijo Natasha a su hermano, cargándolo en sus brazos.

Su abuela seguía en el sótano; la portilla cubierta de musgo junto a la que crecía la hierba estaba abierta; abajo, la vieja hablaba consigo misma consolándose, removía las cosas sacando el dulce de vasijas bien escondidas. Natasha se acercó a la portilla y miró hacia abajo, hacia donde había desaparecido su abuela. El sótano era oscuro, nada se veía, sólo se oía a su abuela murmurar en la oscuridad. Seguro que decía que no quería morir, aunque hacía mucho que vivía y vivía sin parar.

Para que el portón no retumbara (las bisagras del portón chillaban penosamente, como si les doliera abrirse), Natasha abrazó a su hermano y salió por el sendero que llevaba al huerto en el que crecía la patata, y por allí cruzaron el seto y salieron al campo de centeno.

El centeno crecía silenciosamente. En el calor, las espigas se doblaban hacia la tierra como si durmieran olvidadas de todo. Una sombra oscura avanzó hacia las espigas cubriéndolas para que descansaran. Natasha miró a su alrededor e intentó descubrir qué había tapado el sol. Con fiereza, un lejano relámpago dividió el mundo visible en dos mitades iguales, y desde allí, desde detrás de la aldea Paniútino, un torbellino de polvo avanzó bajo una nube lenta y pesada; sonó un trueno, primero agudo y nada pavoroso, luego el sonido se amplió y, retumbando, llegó tan cerca de Natasha que la niña sintió un pinchazo en su corazón.

Natasha y Antosha se metieron entre el centeno buscando refugio. La niña primero quiso correr campo a través por el centeno, alejarse de la nube en dirección a sus padres,

pero después cambió de idea porque temió aplastar el centeno. Entonces avanzó por la linde del campo. Antosha ya había notado lo que pasaba a lo lejos: la nube, el torbellino, el relámpago, y se pegó a su hermana, escondió la cabeza en su cuello cálido como el de su madre.

Natasha salió al camino y corrió en dirección a su aldea. Los pies de Antosha colgaban y la golpeaban sin querer; él intentaba no moverse y se agarraba fuerte porque no podía hacer otra cosa.

Natasha corría con todas sus fuerzas. Sólo quería llevar a Antosha hasta la casa para que la tempestad y el trueno no los pillara en campo abierto. Pero el centeno permanecía silencioso; el viento no había llegado hasta allí. Quizá no llegaría a producirse la tormenta; aquella horrorosa nube descargaría su agua lejos y se abriría un cielo fresco y claro. Natasha se detuvo un momento, escuchó cómo todo a su alrededor se quedaba tranquilo y amodorrado, cómo cantaban monótonamente los grillos para irse callando poco a poco, a medida que la sombra y el silencio iban cubriendo la tierra, y los grillos, quizá, pensaban que caía la noche. Natasha avanzó lentamente. Antosha permanecía en silencio temiendo por lo que les podría pasar, pero también interesado en la nube y en los relámpagos; quería que sucediera algo horrible para poder verlo, pero sin morir. Antosha miraba por encima del hombro de su hermana, veía la aldea, alcanzaba a ver la isba de su abuela, a la que todavía podían regresar, pero cerró los ojos asustado al ver que a lo lejos el centeno se dobló de pronto porque por encima de él había empezado a moverse la tempestad.

- Natasha, escóndeme rápido en algún sitio - dijo Antosha enfadado -. ¡Estás loca! ¿Es que no ves lo que está pasando?

- Deja que lleguemos a casa. Te pegaré - aseguró Natasha a su hermano.

- No llegaremos a casa. El trueno nos matará - susurró Antosha -. ¡Llévame más rápido! ¿Por qué vuelves a andar despacio? ¡Corre!

El torbellino alcanzó a los niños, los golpeó con arena, tierra, hojas, tallos de hierba y basura de la aldea. Natasha se escondió con su hermano en el centeno, se sentó en el suelo, pero el viento doblaba tanto el centeno que Natasha podía ver la isba de su abuela, la aldea y todo lo que quedaba lejos en los campos y en el cielo.

Junto con el torbellino, atravesando su polvo caliente, cayó granizo que golpeó el centeno, la tierra y las cabezas descubiertas de Natasha y Antosha; la niña cubrió a Antosha con su cuerpo, protegiendo su cabeza entre los brazos, apretando con fuerza a su hermano contra sí. El granizo golpeaba a Natasha en la cabeza, en la espalda, pero ella permanecía en silencio, porque sabía que así Antosha no sufriría daño alguno; él incluso empezó a moverse debajo de ella para ver mejor la tierra junto a las raíces de centeno y los viejos surcos.

El granizo se convirtió en una fría lluvia de gruesas gotas. Antosha se aburría de estar escondido debajo de su hermana. Quería ver - qué pasaba afuera, mojarse con la lluvia, y le dijo a Natasha:

- Déjame salir. Quiero ver.

- Nada de eso. El trueno te matará - le respondió Natasha.

- No, pasará de largo - dijo Antosha, y abandonó la protección de su hermana.

Natasha sentó a su hermano en sus rodillas y le protegió la cabeza del viento y de la lluvia con las manos. Antosha se incorporó un poco sobre las rodillas de Natasha y, entornando los ojos, miró la tormenta, las espigas y las gotas de agua que corrían por su cara. Vio el cielo bajo y negro que corría y bajo el cual colgaban, inmóviles, las grises nubes que ya habían soltado largas melenas de lluvia y que la tormenta agitaba como si fuera el pelo de una vieja mendiga, nubes que cambiaban rápidamente, que se fundían y desaparecían ante los ojos de Antosha. Él decidió esperar para ver qué más ocurriría, pero su hermana le ordenó esconderse bajo su cuerpo, que se dobló y lo protegió. Primero Antosha quiso cerrar los ojos y esconder la cabeza bajo su hermana, donde hacía calor y estaba seco, pero allí se aburría, mientras que afuera podía verlo todo. Sin hacer caso a su hermana, empezó a mirar el cielo y, todavía mejor, la tierra. Pero las espigas del centeno le impedían ver la lejanía y por eso le pidió a Natasha que lo alzara en sus brazos para poder mirar.

Natasha le quitó el pañuelo, que guardó en su seno, secó la cabeza mojada de Antosha con la manga del vestido y le pegó un coscorrón.

- Te vas a resfriar - dijo ella -. ¡Qué diablo eres! ¡Tienes que ver el torbellino a toda costa! Se lo contaré todo a mamá, y te dará otro coscorrón, ya verás.

Antosha quiso contestar que su madre no le pegaba en la cabeza y que su padre sólo le pegaba en la frente, pero un golpe de la tormenta le hizo perder el aliento. Todo el centeno se pegó a la tierra y el niño pudo ver la lejanía, todo lo que había por los alrededores. Antosha vio la aldea de su abuela y las praderas detrás de la aldea, del otro lado del río, la hierba asustada y temblorosa que corría impulsada por el viento bajo la luz azul de la tormenta.

De pronto cesó la lluvia, pero el viento seguía soplando y recobraba fuerzas en los parajes desolados. Y aunque ahora en la tierra debía de estar oscuro, porque una nube de horrible aspecto cubría el sol, se veía todo a simple vista, la luz era otra: de un color azul pálido y amarillo, pero limpio y dulce como en los sueños; las hierbas, las flores y el centeno brillaban con luz propia y ahora eran ellos los que iluminaban los campos y las isbas oscurecidas de pronto bajo la nube. Hasta la misma nube era alumbrada desde abajo por la tierra clara. Al ver la hierba viva y sin daño, las flores, el centeno y las casas, Antosha también dejó de temer la nube y los relámpagos.

El viento amainó. Por doquier reinó el silencio, pero el pesado centeno no volvió a levantarse. Antosha miró hacia donde vivía su abuela y la vio de pie en la puerta de su casa, atisbando en la tempestad. Estaba preocupada por sus nietos perdidos. «Quizá se han aburrido en mi casa - pensaba -. Pero cómo, si acababan de llegar. No les había dado tiempo de ponerse tristes. Seguro que han ido hasta la otra aldea y vuelven pronto. ¡Ojalá no se mojen con esta lluvia que tanta oscuridad ha traído!» A Uliana Petrovna no le preocupaba su viejo esposo, que igual no vendría porque se quedaría mirando los relámpagos desde el inicio al fin de la tormenta.

«Iré a llamar a las gallinas para que se escondan en el cobertizo», decidió Uliana Petrovna, pero en ese momento se acuclilló debido al trueno que retumbó cerca varias veces, hasta que la débil puerta de la isba se abrió y se cerró por sí sola (si el dueño se preocupara más por su isba, la puerta no se abriría por el simple sonido), y la abuela no volvió a erguirse hasta que el trueno se tranquilizó definitivamente y cesaron sus fragores más lejanos.

Antosha vio el relámpago que salió de la oscuridad de la nube y picó la tierra. Al principio el relámpago cayó lejos, más allá de la aldea, pero se sintió mal allí o no tuvo donde picar, porque volvió a trepar a lo alto del cielo y desde allí enseguida mató a un árbol solitario que crecía en el centro de la calle mayor, junto a la herrería ennegrecida por el hollín. El árbol se incendió con una luz azul, como si floreciera, y después se apagó y murió. El relámpago también murió en el árbol.

Aquel trueno levantó un poco el centeno, pero hizo que la abuela volviera a acuclillarse y dejara de andar de un lado al otro en sus quehaceres domésticos. Antosha se rió al ver que ella tenía miedo.

Tras el relámpago, sobre la tierra cayó una lluvia espesa y rápida que hizo oscurecer los alrededores y ocultó a la abuela detrás de su ruidosa oscuridad. Pero otro relámpago iluminó el centeno y la aldea, y Antosha vio un humo negro y un fuego rojo atravesando el humo que subía lentamente del techo de la vieja herrería. Sin embargo, el fuego no podía ganar fuerza, porque la lluvia lo aplacaba. Antosha entendió que tras matar al árbol, el relámpago no había muerto, sino que había pasado a través de sus raíces hacia la herrería, convirtiéndose de nuevo en fuego.

Natasha sujetó a su hermano, lo apretó contra sí como pudo y salió del centeno al camino; quería correr rápido de vuelta a casa de su abuela para proteger a Antosha de la lluvia y de los relámpagos, pero la lluvia comenzó a amainar, las gotas ya caían más espaciadas, otra vez comenzó a sentirse un calor sofocante en el aire que hacía dificultosa la respiración, y se sentía la tristeza de aquella aldea. Natasha se detuvo en medio del camino y dejó a su hermano en el suelo.

El techo de la herrería se incendió ahora con viva llama; el fuego había secado las tablas mojadas, que comenzaron a arder. La gente corría a sofocar el fuego, algunos con cubos llenos de agua, otros con hachas, chirriaba la roldana del pozo cercano y algunos campesinos se pararon a lo lejos, junto a sus casas, sin hacer nada; sin duda pensaron que no pasaría a mayores, que el fuego se apagaría solo, porque una nube grande, cargada de tormenta y de lluvia, se acercaba a la aldea de Paniútino: en ese momento volaba sobre el río, era de un color negro azulado, rica y silenciosa. En su interior brillaban relámpagos, pero todavía no podían oírse sus truenos.

Desde allí, desde el otro lado del río, avanzaba una noche larga y tenebrosa en la que uno podía morir sin volver a ver más ni a su padre ni a su madre, sin haberse cansado de jugar con los niños junto al pozo, sin haberse saciado de mirar todo lo que veía Antosha en el jardín junto a su casa. Y el horno sobre el cual, en invierno, dormían Antosha y su hermana se quedaría vacío. Compadecía ahora a la obediente vaca que

todos los días traía leche a su casa, a los invisibles grillos que llamaban a las personas antes de dormir, a las cucarachas que vivían en sus oscuras y calurosas rendijas, a la mala hierba del patio y al viejo seto que ya estaba en el mundo cuando Antosha todavía no había nacido. Este seto era lo que más le preocupaba a Antosha, que no podía entender cómo algo había existido antes de su nacimiento, cuando él todavía no estaba. ¿Qué habían hecho todas aquellas cosas sin él? Seguro que estaban tristes sin él y lo esperaban. Y ahora él vivía entre ellos para alegrarlos y no quería morir para que no volvieran a entristecerse.

Antosha se pegó a su hermana y lloró de miedo. Le asustaba la herrería en llamas, a la que se acercaba, y la tormenta, que otra vez relampagueaba buscando la tierra para matar algún árbol e incendiar su vieja isba. Al pegarse a su hermana, Antosha sintió que olía igual que todo en la isba: a pan, a zaguán, a cucharas de madera y a la falda de su madre.

Natasha miró a su alrededor. Vio que la nube todavía volaba lejos y que tendrían tiempo de alcanzar la isba.

«Toma, come», dijo ella sacando de su pecho uno de los bliny ya frío para dárselo a su hermano.

Antosha se sentó a horcajadas sobre la espalda de su hermana, con una mano la sujetó por el cuello y empezó a comerse la torta. Pronto la terminó, mientras su hermana corría hacia la isba intentando no caer bajo su peso.

Ella corría en el crepúsculo que había creado la nube oscura, por entre dos paredes de silencioso centeno. Antosha miraba las espigas dobladas y se daba cuenta de que aquél era el pan que estaba creciendo, el más importante bien de la vida, aquello de lo que vive la gente. Su padre decía: «Que haya centeno, y lo demás aparecerá por sí solo: la ropa, los libros y las ilustraciones que adornan los libros».

Pero la oscuridad y la nube pronto dieron alcance y cubrieron a los niños. Volvió a empezar la lluvia, que caía más espesa y más rápida después de cada relámpago irritado, de cada trueno. Del oscuro cielo caía un denso torrente de agua que golpeaba la tierra con tal fuerza que la deshacía, como si la lluvia labrara el campo.

En el espesor de la lluvia a Natasha le costó respirar. Pasó a Antosha de su espalda a los brazos para que se mojara menos y para que un relámpago no fuera a caer sobre él directamente, y volvió a emprender su carrera.

La espesa lluvia cerraba el paso y se hacía impenetrable. Hasta caminar le era difícil y doloroso, como si los rodeara un bosque duro, cruel y oscuro que desgarraba sus cuerpos hasta los huesos.

El ruido de la lluvia sofocaba el de los truenos. Sólo se divisaban los relámpagos. A veces estos eran tantos que unían sus luces en un largo resplandor, pero este resplandor sólo conseguía alumbrar los bultos de la fuerte oscuridad del cielo, por lo que daba aún más miedo.

Natasha agotó todas sus fuerzas, se detuvo y bajó a Antosha, empapado, al suelo. Ya no sabía qué le quedaba más cerca, si su casa o la de su abuela, ni cuánto se había alejado de la aldea de su abuela, ni cuánto quedaba hasta su propia casa.

La niña se sentó junto al centeno y apretó a Antosha con todas sus fuerzas para que al menos él permaneciera caliente y con vida si ella moría. Pero al imaginar que su hermano pudiera morir y ella quedar viva, Natasha pegó un grito como de mujer adulta para que alguien la oyera y la socorriera; le pareció que no habría nada peor y más triste que ser la única superviviente en el mundo. Aunque quizá un relámpago había quemado también su casa, y la lluvia arrasado su patio dejando sólo la arena, y sus padres ya estaban muertos. Se dispuso a morir lo antes posible. Dejó a Antosha y se acostó boca abajo para morir en la tormenta, bajo la lluvia, antes de que muriera su hermano.

Pero al rato, su pequeño hermano se cansó de estar bajo la lluvia y le dijo:

- Hagamos un agujero. Nos esconderemos y viviremos ahí. Mira, aquí el suelo es de arena... Pero deja de llorar, porque me da miedo estar solo...

Empapados y demacrados, los niños empezaron a hacer un agujero con las manos cerca del centeno, donde el suelo era más blando. Pero cuando el agujero era todavía pequeño, los hermanos se dieron cuenta de que la fuerte lluvia arrastraba y socavaba la tierra arenosa con fuerza, como un arroyo, y que no podrían esconderse allí.

Natasha y Antosha se guarecieron de la lluvia sobre la tierra desnuda, acurrucados, cubriéndose la cabeza con las manos.

- ¿Para qué me trajiste a visitar a la abuela? - dijo Antosha a su hermana -. Mejor nos hubiéramos quedado en casa. ¡Pero no, te gusta mucho pasear!

- ¡Cállate! - le ordenó Natasha -. ¿Quién ha querido irse de casa de la abuela? Ni siquiera he podido comer *bliny*.

- Me aburría con la abuela - admitió mansamente Antosha.

Un relámpago se encendió y centelleó cerca de los niños, en algún lugar entre el centeno caído. Los hermanos, temiendo el retumbar del trueno, se abrazaron y juntaron sus caras. Pero entre el ruido de la lluvia el trueno no les dio miedo.

- Ha vuelto a pasar muy cerca - dijo Antosha.

Los niños estaban mojados, tenían frío y se pegaban uno al otro para calentarse; ya se habían acostumbrado al martirio de la lluvia y les estaba entrando sueño.

- ¿Quiénes sois? - preguntó una voz ronca junto a ellos.

Natasha levantó la cabeza. De rodillas, junto a ellos, vieron al anciano delgado, al desconocido con la cara limpia de barba; era el mismo al que habían encontrado de camino a casa de su abuela. Para guarecerse de la lluvia, el viejecito había tirado la acedera y la ortiga, y se había puesto la cesta en la cabeza.

- ¿Estáis cansados o asustados? - preguntó a Natasha el viejo acercándose a los niños para que pudieran oírle.

- Asustados - dijo Natasha.

- Claro, ¿cómo no asustarse? - admitió el caminante -. ¡Mira qué horror! Y sigue cayendo agua, tronando y relampagueando. Yo ya no tengo miedo, pero es porque soy

viejo, por tonto. En vosotros es otra cosa, es lógico que tengáis miedo, necesitáis tener miedo.

- Ya nos hemos acostumbrado a estar asustados - dijo Natasha -. Así que ya no tenemos ni miedo. ¿Y tú quién eres? ¿De dónde vienes?

- De lejos - respondió el anciano -. Vivo a unas veinte leguas de aquí. ¿Habéis oído hablar del koljoz para la cría de la raza Victoria...? Soy de allí. Trabajo como agente mensajero: a donde me envíen, lo que digan; siempre listo. Hoy he estado en el koljoz La Vida Común. He ido a decirles que el koljoz debe pasar a recoger un toro semental. Les toca uno. Deben mandar al boyero.

- ¿Y se lo has dicho? - preguntó Natasha.

- Sí. Ahora vuelvo a casa.

Antosha se puso de pie y con el interés de la niñez miró al diminuto abuelo, que estaba arrodillado en el suelo, mojado y con la cesta en la cabeza. El aguacero se convirtió en una lluvia menos espesa, con burbujas; los relámpagos se encendían ya muy lejos y los truenos ya no llegaban hasta allí, se cansaban en el camino.

- Bueno, vete. Hacía ya tiempo que el koljoz necesitaba un toro - dijo Natasha.

El viejo miraba calladamente a los niños bajo la lluvia larga y sombría.

- Ya me voy - contestó el viejo con desgana -. Ya es hora.

El viejo se levantó y empezó a prepararse para el largo camino. Volvió a amarrarse fuertemente la cesta en la espalda y se quitó el gorro.

- Vosotros no podréis llegar - dijo el viejo a los niños -. El camino por allí está deshecho, es una tierra espesa. Y volverá a llover de un momento a otro...

Le puso su gorro a Antosha, se agachó hasta tocar el suelo con las manos y ordenó al niño que subiera al cesto y que se sujetara bien. Antosha subió enseguida, y una vez dentro se sintió bien y cómodo.

- ¿Adonde te lo llevas? - preguntó de inmediato Natasha, preparándose para arañarle la cara al viejo con todas sus fuerzas -. ¿Quién te ha dicho que lo cogieras?

- Lo llevo con sus padres. ¿A qué otro lugar podría llevarlo? - respondió el viejo -. Hasta su koljoz. Y a ti te llevaré también.

El viejo volvió a inclinarse, cogió a Natasha en brazos y echó a andar bajo la lluvia hacia el koljoz La Vida Común cargando a los dos niños.

- No temas - dijo Natasha a su hermano, que estaba cómodamente sentado en el cesto frente a ella -. Yo lo vigilo.

- Él no es como tú, es fuerte - dijo Antosha a su hermana.

Se hincharon las venas en el cuello del viejo, el peso de los niños lo hizo doblarse, la lluvia y el sudor le bañaban el cuerpo y la cara, pero seguía avanzando, paciente, por el fango y el agua.

Los niños permanecieron en silencio. Esperaban ver aparecer su casa. Natasha temía que los relámpagos hubieran quemado su isba. El viejo, para ahorrar sus fuerzas, tampoco decía nada. Sólo una vez susurró para sí: « ¡Menos mal que no ha granizado!

Porque el granizo puede ser del tamaño de un huevo de una paloma, y habría matado a los niños».

La lluvia caía con gotas rápidas y menudas. Ya había dejado de tronar. Pronto Natasha vio a través de la lluvia el seto que rodeaba la última isba de su koljoz, en la que vivían los Chúmikov. No imaginaba que el koljoz estuviera tan cerca y sonrió alegre al descubrirlo. Entonces todo estaría intacto, no habrían ardido las casas, de lo contrario todo el mundo habría corrido a apagarlas. Aunque quizá su isba se había quemado y ya se había vuelto a apagar todo, volvió a pensar con tristeza Natasha.

Vio el sauce blanco que crecía junto a su casa. Parecía vivo. Divisó también el techo de paja de su isba y la chimenea con el gallito de hierro... Natasha sujetó la cara de Antosha y con cuidado le limpió las lágrimas y el agua de la lluvia con la manga.

Una vez junto a su isba, Natasha bajó al suelo, pero el viejo llevó a Antosha hasta el zaguán.

En casa de sus padres había mucha gente esperando a que pasara la lluvia. El padre les había ofrecido té con pan cernido y había llenado la azucarera de terrones de azúcar. Estaban también Yegor Yefímovich Provorótov, el presidente del koljoz, su abuelo y un desconocido, no sabía quién, algún inútil.

La mamá de Natasha desnudó a su hija y a Antosha, les dio ropa seca y les prometió que nunca los dejaría ir de visita a ninguna parte. El viejecito, después de exprimir un poco su ropa en el zaguán, entró en la casa y se sentó a la mesa a tomar té y a contar qué había pasado. Yegor Yefímovich lo conocía porque hacía poco el viejo había ido a visitarlo para tratar sobre un toro.

- Pero ¿cómo? - dijo Yegor Yefímovich, el presidente, al padre de Natasha -. Afuera hay tormenta, lluvia, tempestad, ¿y mandas a los niños a Paniútino?

- Cuando salieron todavía hacía buen tiempo - contestó en voz baja el padre.

- ¿Así que la tempestad y los truenos empezaron de repente, en mitad del buen tiempo?

- insistía Yegor Yefímovich -.

- ¿Y si a los muchachos no les da tiempo de llegar a Paniútino? ¿Eh? Y nosotros sentados aquí hace dos horas, hablando, y no pensaste ni una sola vez en los chicos.

- Bueno, ¿qué sentido tiene hablar de eso ahora? - respondió el padre enfadado -. No les ha pasado nada. Han llegado sanos y salvos.

- Sí, al menos en eso tienes razón - admitió el presidente, y miró a los hermanos, que, de pie bajo el dintel, miraban a los visitantes. La madre ya los había vestido con ropa limpia y seca, así que volvían a sentirse bien -. Y su abuelo, el viejo tonto - decía el presidente -, sabiendo que sus nietos iban a visitarlo, se viene bajo la tormenta a ver a su yerno y a tomar té, se sienta aquí sin preocuparse de nada...

El abuelo de Natasha guardó silencio, al igual que los demás.

- Llegué a la cooperativa por la mañana - dijo por fin -. Quería comprar un anzuelo para *sazán* 3, y también tenía un asunto que tratar con el talabartero de aquí, que es mi compadre... En nuestra tiendecita no hay anzuelos de ningún tipo. Los peces viven

tranquilos en el río y mis aparejos de pesca no sirven para nada. Pensaba conseguir algo en esta cooperativa...

- Dejémoslo correr - dijo pacíficamente Yegor Yefímovich -. Devuélveme el documento que acabo de darte, el del koljoz de cría de raza - y el presidente extendió la mano hacia el padre de Natasha.

El padre, con cierto temor, entregó el papel al presidente.

- Mira, Yefímovich, el toro es un semental. Hay que saber manejarlo - dijo el padre -. ¿Es que no vas a confiarme el toro porque mis hijos se han mojado un poco?

- Por ahora no - respondió el presidente -, no te lo confío.

- ¿Quién lo traerá entonces? - se interesó el padre -. Aparte de mí, en el koljoz no hay nadie que pueda asumir la responsabilidad de este asunto...

- Quizá llegue a un acuerdo con el - el presidente señaló al anciano que tomaba té con azúcar.

- Estás en tu derecho - admitió el padre -. ¡Qué celoso eres! ¿O es que sólo te preocupas por los menores de edad? Pero el toro es una cosa y los niños son otra.

- Exactamente - dijo el presidente guardándose el documento en el bolsillo tras haberlo releído -. Los niños son algo incomparable, y duelen en el corazón como la muerte, pero el toro es otra cosa; un toro se puede volver a comprar con dinero...

- ¡Oh! ¡Míralo! - exclamó sonriente el viejo del koljoz para la cría de sementales apartando el plato y metiéndose como sin querer otro terrón de azúcar en la boca.

Dejó de tomar el té y miró embelesado al presidente, un campesino pelirrojo, de unos cuarenta y cinco años, que miraba el mundo lentamente, con sus ojos pensativos y grises.

A Natasha y a Antosha les aburrió aquella conversación y salieron al portal.

La lluvia continuaba goteando poco a poco.

Alrededor reinaban la tranquilidad y la oscuridad; las hojas de los árboles y las hierbas, cansadas, colgaban dormidas hasta el día siguiente. Tan sólo a lo lejos, sobre los oscuros campos, fulguraban tardíos resplandores, como si la vieja nube cerrara los ojos.

« ¿Por qué no volvemos mañana a visitar a la abuela? - dijo Antosha a su hermana -. Ahora ya no me da miedo. Me gusta la tormenta.»

Natasha no contestó a su hermano. Todavía era muy pequeño, estaba cansado y no se le debía regañar.

La madre abrió la puerta y llamó a sus hijos a comer. Había preparado a sus hijos patatas con huevos y crema para que crecieran grandes y fuertes.

3. Especie de carpa.

El viejo mecánico

Serio y triste, el viejo regresaba a su casa, al lado de su mujer. Había estado viajando todo un día, entre tormentas de nieve y la helada, pero no estaba cansado porque se había acostumbrado a trabajar toda su vida.

Al entrar, su esposa nada le preguntó; le alcanzó la jofaina con agua tibia y una toalla. Luego sacó del horno la sopa de col, puso el samovar y sirvió a su esposo la cena y el té.

Durante la cena no intercambiaron palabra. El esposo comía lentamente su sopa de col, y su rostro seguía sombrío.

- ¿Qué te pasa, Piotr Savélich? - preguntó en voz baja su esposa -. ¿Les ha pasado algo, algún dolor, alguna rotura?

- Se le calienta el muñón

- ¿Qué muñón? - preguntó alarmada su esposa -. Hace dos inviernos también se calentaba. ¿El mismo?

- Otro - respondió Piotr Savélich -, en la tercera rueda de la izquierda. He batallado con él todo el viaje. Temía que el rodamiento fuera a ceder y que la leva se doblara con la máquina en marcha. ¡Habría podido pasar cualquier cosa!

- ¿Y no será, Piotr Savélich, que el aceite del timón o de la biela está sucio? - le dijo su esposa -. Deberías pedirle a tu ayudante que filtre el aceite, o hacerlo tú mismo. La próxima vez te daré un trapo limpio. Porque si no la cosa se pondrá fea. Echarás a perder la locomotora y entonces, ¿qué haremos?

Piotr Savélich apoyó la cuchara de madera en el pan y se limpió el bigote con su mano grande y vieja de obrero.

- No permitiría, Arma Gavrílovna, un aceite malo. Preferiría comérmelo con la papilla. A la locomotora siempre le pongo aceite limpio y abundante. ¿Cómo se te ocurre?

- Pero ¡el muñón se calienta! - le reprochó Anna Gavrílovna -. ¡Si lo dejas, seguirá calentándose, se caerá y dejará inválida a la locomotora!

- Mientras esté vivo, mientras sea mecánico, Anna Gavrílovna, nada se me caerá, ni con la locomotora en marcha ni parada.

- ¡No me digas! ¡Que nada se te caerá! - se enfadó Anna Gavrílovna -. ¡Mientras vivas conmigo nada se te caerá! Pero en cuanto empieces a tontear, en cuanto empieces a mirar a todas esas viudas y a las mujeres sin familia, entonces se te caerá todo... No hace mucho a Prórorov, a Iván Marvéyevich, se le saltó una rueda de la locomotora. ¿Y por qué? ¿Quién le manda correr detrás de las mujeres ajenas? Por muy jóvenes que sean, en nada soy peor que ellas. ¿Quién le manda enviar a su esposa y los dos niños a la aldea por medio año? ¿O es que le entraron ganas de andar por su cuenta? ¡Y bien que anduvo! Gracias a que pudo echarle los frenos al tren, porque si no habría dejado muchos huérfanos: era un tren de pasajeros, el séptimo bis... Pero bueno, cómete la sopa, no dejes nada, porque se agriará, y me da pena tirarla a la basura...

Piotr Savélich suspiró y terminó su sopa.

- Las ruedas no saltan de los ejes de la locomotora, Anna Gavrílovna - dijo el mecánico a su esposa -. El que diga eso se equivoca. A Iván Marvéyevich se le aflojó una llanta con la locomotora en marcha. Y una llanta, Anna Gavrílovna, no es una rueda, ni mucho menos. Iván Matvéyevich no tuvo la culpa: la locomotora acababa de salir de una reparación general y no le habían apretado lo suficiente la llanta.

- ¿Y a ti también te hubiera saltado? - inquirió Anna Gavrílovna.

Piotr Savélich pensó la respuesta y dijo:

- A mí no, casi seguro que no. Me habría oído el defecto.

- Pero ¡si es lo que te digo! - confirmó satisfecha Anna Gavrílovna.

- ¿Qué? - se asombró sin perder la paciencia Piotr Savélich -. Tengo sesenta y dos años, acabo de cumplirlos en otoño, tú tienes cincuenta y cuatro, ¿cómo se te ocurre venir a enseñarme?

- ¡A vosotros los hombres os pasan esas cosas en la vejez! - le explicó Anna Gavrílovna -. Los jóvenes se han vuelto más juiciosos: se casan temprano y viven acumulando hijos y honores. Pero algunos viejos sólo se dedican a mirar a su alrededor, tienen prisa: ¿qué se podría pillar que todavía no se haya pillado? ¡No queréis dejar pasar nada porque ya tenéis la tumba cerca...! ¿Te acuerdas de Senka Biespály? Hasta se llevó a casa a una niña vagabunda...

- Me acuerdo - profirió Piotr Savélich -, La vida no es algo aburrido, todo puede pasar... Hazme la cama; no me voy a dormir todavía, pero me tumbaré un rato.

Anna Gavrílovna empezó a hacerle la cama a su esposo.

- Seguro que te quedarás dormido - le decía mientras golpeaba las almohadas para que estuvieran esponjosas y mansas -. ¿Por qué no quieres dormir? Porque todo el cuerpo te debe de doler de ese trabajo. Parece fácil decirlo, pero eres, Piotr Savélich, nada más y nada menos, un mecánico. Cuando te acuestas te duermes al momento. Nuestro colchón de plumas es blando, la manta caliente, no hay ruido en nuestro cuarto, ¿qué más necesitas?

- No necesito nada más, Anna Gavrílovna - respondió dulcemente el mecánico -. Pienso en el muñón de la locomotora, que le duele... Y ahora, esta noche, mi compañero está conduciendo un tren pesado. ¿Pensará en esto o se limitará a mirar el camino como un mochuelo?

Anna Gavrílovna terminó de hacer la cama y por poco se aflige, pero pronto dejó a un lado aquel sentimiento.

- No te entristezcas, Piotr Savélich. Quizá no pase nada. El muñón se calentará al principio, pero luego se ajustará, dejará de calentarse: el hierro también llega a amoldarse y aguanta...

- ¡Qué hierro ni qué hierro! - se indignó Piotr Savélich -. Hace treinta años que vives cotí un mecánico, y sigues igual de analfabeta, como un fogonero en la caldera de un baño de vapor...

Anna Gavrílovna no respondió; sabía cuándo debía respetar a su esposo y cuándo sermonearlo.

Se fueron a dormir y se tumbaron en silencio. Piotr Savélich prestaba oído por si aumentaba el viento afuera, por si volvía a soplar la ventisca que ya se había amainado; pero en el mundo todo seguía calmo y en paz. Avanzaba lentamente el reloj de pared sobre la cama, la triste tiniebla de la noche fluía en la calle al encuentro de la lejana mañana, y reinaba el silencio del tiempo.

La familia de Piotr Savélich no era numerosa: estaba formada por él mismo, su esposa y la locomotora de la serie E que conducía Piotr Savélich. No habían tenido hijos. Hacía mucho les había nacido uno, pero vivió poco, murió de una enfermedad infantil, y no tuvieron ninguno más. Y ahora hasta la imagen infantil del hijo se había borrado de su memoria: el tiempo, como una niebla, lo cubrió llevándose al olvido... El hijo muerto parecía haberse debilitado y rezagado de sus padres y había acabado perdiéndose para siempre. La débil voz del hijo muerto a veces sonaba en la memoria de su padre, pero aquella voz era casi inaudible y no lastimaba el corazón de Piotr Savélich; sólo en sueños, muy rara vez, la imagen del hijo muerto, lastimosa y borrosa, se le aparecía a Piotr Savélich, que clamaba por su hijo, lo llamaba para que abandonara su tumba y se reuniera con él; pero duraba un segundo, porque el mecánico se despertaba al instante para no morir de pena en aquel sueño.

Piotr Savélich volvió a prestar oído. La noche avanzaba en silencio. En algún lugar del cobertizo crujió cautelosa la madera, atenazada por la helada. Afuera, sin duda, el frío espesaba la escarcha nocturna y empeoraba la visibilidad. Con este tiempo sería interesante, aunque difícil, echar a andar la locomotora con el tren pesado enganchado a ella. El compañero de Piotr Savélich era un joven, casi un adolescente, llamado Kondrat. ¿Cuántos años tendría? Quizá unos diecinueve o veinte. Los mismos que tendría su hijo si estuviera vivo.

Piotr Savélich se incorporó un poco; un presentimiento de alarma, algo que todavía no era un pensamiento claro, preocupaba a su corazón. Tapó a su mujer para que no se despertara, se levantó y empezó a vestirse. Pero Anna Gavrílovna se despertó al sentirlo agitarse; se había acostumbrado a velar por su esposo, y pensaba en silencio en él todos los días y todas las noches; percibía el casi imperceptible olor de la locomotora que desprendían su pelo y sus ropas cuando él estaba en casa, y se lo imaginaba cuando su esposo estaba de viaje.

- ¿Qué mosca te ha picado? - le preguntó Anna Gavrílovna -. La ventisca ha amainado, el muñón aguantará. ¿Por qué tienes que sacrificarte por todos? Hay otra gente allí.

- Hay gente allí, Anna Gavrílovna, pero yo no - respondió sin perder la paciencia Piotr Savélich -. ¡Y sin mí la gente está incompleta!

- ¡No me digas! - se enfadó Anna Gavrílovna -. ¡Sin ti el mundo está vacío! ¿Y saldrás mañana, sin haber dormido, a hacer tu ruta? Bien, vete así, desvelado, a ver si le pegas a otro tren por detrás o haces pedazos la locomotora. Te meterán preso y yo me moriré de pena... ¡Y así todo acabará de una vez!

- Basta ya de quejarte para nada - exclamó Piotr Savélich -. Hoy ha ido Kondrat de ayudante, un joven, casi un niño, y pronto estarán de vuelta...

- ¿Y qué tiene que ver Kondrat, ese joven, casi un niño?

- Pues - replicó Piotr Savélich ya listo para salir - que en el camino de regreso tendrán que pasar cuatro subidas largas. Hay que mantener la fuerza de tracción en la caldera para que por más que avances, por más que tires, la presión del vapor no decaiga en la caldera y el nivel del agua no disminuya. Porque es así como hay que mantener la caldera. ¿Has entendido?

- Pero ¿qué tiene eso de difícil? - dijo Anna Gavrílovna -. La máquina debe avanzar sin detenerse, y si sueltas el vapor, se ahogará y se detendrá...

- Pues parecería correcto, pero no lo es: ¿por qué tendría que detenerse? - respondió Piotr Savélich -. Kondrat no mantendrá la presión necesaria en la caldera. El ama a la locomotora, pero está lejos de conocerla bien. Y no basta con conocer sólo una locomotora. Es necesario entender toda la naturaleza, la situación del tiempo y qué tienes sobre los rieles: helada o calor, y también hay que saberse las subidas de memoria, y saber cómo se siente la locomotora...

- ¡Deja que aprenda todo eso sin ti! - le dijo Anna Gavrílovna -. ¡No acabas ni de calentar la cama y ya te vas! ¡Te entumecerás ahí afuera!

- Me calentaré junto a la caldera - le prometió el mecánico -. Pronto saldrá el tren obrero. Esperaré en él a la locomotora en el cuarto entronque. Hay allí una subida en la que el tren se te alarga y se te desgaja...

- ¡Al menos llévate un poco de comida, alma que lleva el diablo! - le pidió su mujer.

- Comeré en la cafetería de la estación - le respondió Piotr Savélich -. Tú sigue durmiendo calentita y en paz.

- ¡Si me dejaras! - dijo Anna Gavrílovna -. ¡Como si me dejaras vivir en paz, viejo diablo...!

Pero Piotr Savélich hacía ya sonar el cerrojo de la entrada y salía a la noche invernal sin guardar rencor a su esposa.

Pasó tiempo antes de que Piotr Savélich volviera a su casa: no lo hizo hasta la noche del siguiente día. Llegó acompañado de Kondrat, un joven bastante apocado, el ayudante del maquinista.

Anna Gavrílovna lanzó a los recién llegados una mirada con sus ojos que tanto sabían y tanto sentían, pero nada dijo, y así, en silencio, empezó a poner la mesa.

- ¡Lavaos, trabajadores, que estáis llenos de hollín! - les dijo, y añadió - : No debería daros de comer. Con sólo miraros me doy cuenta de que habéis roto la locomotora...

Conducís trenes pesados como endemoniados, hasta los rieles aúllan. Si condujeráis a menos velocidad, más ligeros, tendríamos locomotoras sanas, como niños bien alimentados. Pero no, ¡se os ocurrió inventar una válvula gigante! ¡Yo os enseñaré válvulas gigantes!

Piotr Savélich y Kondrat dejaron sin respuesta el discurso de la mujer. Nada tenían que decir a una persona ajena a la mecánica. Se lavaron y se sentaron a la mesa, sombríos y

silenciosos. Kondrat comió tímidamente, como una visita. Piotr Savélich, al contrario, comió bastante bien y abundante.

- ¡Come más! - conminó a Kondrat -. La comida hará que olvides antes tu pena. La comida tiene su alma buena, que cuando la comes pasa a nosotros...

- Ya como, Piotr Savélich - dijo Kondrat.

- Come - lo animó el mecánico - y luego vete a dormir... ¡Anna Gavrílovna, prepárale la cama a nuestro hijo!

Anna Gavrílovna se quedó muda, ni siquiera pudo responder nada inteligente, pero luego volvió en sí.

- ¿A qué hijo?

- A Kondrat - contestó Piotr Savélich -. Nosotros no tenemos hijos, y él vive sin sus padres. Así que estamos a la par. Él será nuestro y nosotros de él... ¡Hazle la cama en el diván y no abras la boca!

Anna Gavrílovna empezó a prepararle la cama a Kondrat, pero no mantuvo la boca cerrada, sino que murmuraba: «Ha roto la locomotora y ahora me trae a un hijo. ¡Este viejo lo único que hace es traerme problemas!».

Pero Piotr Savélich oyó las reflexiones de su esposa.

- No volveré a repetírtelo: ¡cállate! - dijo Piotr Savélich -. Aquí tienes a Kondrat. ¡Quiérello y en adelante atente a mis instrucciones, hasta que te acostumbres!

Kondrat estaba perturbado y guardaba silencio.

- ¿Y dónde está nuestra locomotora?

El viejo mecánico carraspeó gravemente.

- ¡La hemos mandado a reparar! - respondió el conductor -. Se le dobló el muñón resentido, en la caldera se fundieron las bielas y no había arena en el cajón... Todo el tren se detuvo en la subida y empezó a alargarse, y estos dos, Kondrat y su mecánico, comenzaron a tirar para que avanzara y tuvieron un accidente. No lograron suficiente fuerza de arrastre...

- ¡No me digas! - exclamó Anna Gavrílovna -. ¡Ya veo qué clase de hijo eres, Kondrat!

- ¿Cómo no oíste el muñón? - le preguntó amenazante Piotr Savélich -. ¡Porque debe de haberse quejado antes de doblarse en el nicho!

- Forzamos la marcha - respondió Kondrat -. Llevábamos la ventilación al máximo, zumbaba muy fuerte, no se oía nada....

- ¿Sí? - exclamó Piotr Savélich -. Pues entonces debías haber visto ese ruido, si no podías oírlo... Pero si te haces hijo mío, te enseñaré. ¡Porque si no, acabaréis con la locomotora!

Anna Gavrílovna entendió a su esposo. Levantó la manta que había tendido para Kondrat en el diván y la metió en una funda; esponjó la almohada para que durmiera mejor y más cómodo. Si empezaba a verlo como a un hijo, el corazón luego se acostumbraría a amarlo.

Cuando Kondrat se acostó y empezó a roncar, Piotr Savélich y Anna Gavrílovna velaron su sueño largo rato, sin apartar la vista de su cansado y confiado rostro, de su boca abierta y de sus ojos cerrados, hundidos.

- Y tú que querías a la locomotora - le dijo Piotr Savélich con amargura - y a veces también a mí, pero era a él a quien tenías que querer...

La vieja esposa del conductor pensaba en silencio y no le respondió.

- Cuando vi que la locomotora se había roto - comentó a su esposa Piotr Savélich pidiéndole su opinión -, regañé al conductor, y quería tirarle de las orejas a Kondrat, pero luego cambié de opinión; pensé: «Lo adoptaré y lo educaré para que con los años se haga un buen mecánico...».

- ¡Si nos obedece se hará un buen mecánico! - admitió Anna Gavrílovna.

- Tienes toda la razón, Anna Gavrílovna - opinó el viejo mecánico -. Pero ya has dicho lo que pensabas y está bien. Ahora ponte a preparar la masa para que mañana le frías buñuelos a Kondrat. ¡Debemos alimentarlo bien!

- Yo había pensado freír bliny, Piotr Savélich - objetó su esposa -. Son más ligeros para mi estómago.

El viejo mecánico no discutió este punto con su esposa. Le permitía cierta independencia de juicio.

Entre animales y plantas

En la densa oscuridad de la naturaleza, por un bosque poco crecido, avanzaba un hombre con su rifle de caza. El cazador tenía la cara levemente picada de viruelas, pero era hermoso y todavía joven. En el bosque reinaba un calor bochornoso y húmedo por la respiración de los altos árboles y por el musgo que crecía sobre la hojarasca. La visión era escasa, pero caminar en soledad, pensar aunque fuera en algo insignificante, olvidarse de todo, le hacía bien. El bosque crecía en la ladera de una montaña no muy elevada; con frecuencia, entre delgados y pequeños abedules, asomaban grandes piedras, el subsuelo era poco fértil y pobre, en parte arcilloso y en parte tierra gris, pero los árboles y la hierba lograban afincarse y vivir en aquella tierra.

De vez en cuando el cazador se detenía y prestaba oído al leve rumor, como de una conversación, que producía la vida de los mosquitos, de los pájaros pequeños, de los gusanos y de las hormigas, y también al rumor de la arenisca que toda esta población desplazaba cuando buscaba alimento, cuando vivía simplemente. El bosque llegaba hasta una ciudad densamente poblada. El cazador nunca la había visitado, aunque desde hacía mucho se la imaginaba; sólo una vez había pasado cerca de Petrozavodsk, sin entrar en ella. Aullidos, chillidos y aquel tenue rumor llenaban el bosque. Tal vez significaban bienestar y satisfacción, o quizá muerte. Las húmedas hojas de los abedules brillaban en la neblina con una luz interna, irradiando la verde luz de sus vidas, e insectos invisibles las mecían en el silencio del podrido vapor terrenal. A lo lejos, un animal chilló tímidamente en su guarida; nadie le estaba molestando, pero temblaba asustado de su propia existencia, sin atreverse a que su corazón se alegrara ante la maravilla del mundo, temiendo hacer uso de su rara y breve vida, porque podían descubrirlo y comérselo. Y en su guarida tampoco debía chillar, porque alguna fiera silenciosa podía detectarlo y dar buena cuenta de él.

El silbato de un tren, lejano y rasgado por el torbellino de la velocidad, retumbó en la neblina del bosque como la lastimera voz de alguien que huye ya sin fuerzas. «La flecha polar - se dijo el cazador -. Irá lejos. En sus vagones suena la música, viajan hombres inteligentes que beben agua rosada en botellas y conversan gustosos.»

El cazador se sintió aburrido en el bosque; se sentó junto a un tocón y colocó la escopeta cargada y lista para disparar entre sus piernas. Deseaba matar a alguna fiera o a un pájaro, lo primero que apareciera. Se sintió molesto por no saber nada de ciencias, porque no viajaba en trenes eléctricos, por no haber visto el mausoleo de Lenin y porque sólo una vez había olido un perfume de un frasco que era de la mujer del jefe de la décima estación. Se veía obligado a andar por aquel nebuloso bosque entre los insectos, las plantas y la falta de cultura, mientras que cerca de él pasaban volando trenes espléndidos. «Dispararé a lo primero que aparezca, sea fiera o pájaro», decidió el cazador. Pero a su alrededor sólo zumbaban seres pequeños e insignificantes, no aptos

para la matanza. A los pies del cazador se arrastraban diligentes hormigas que cargaban sus enseres domésticos como personas pequeñas y honestas, aunque en esencia eran criaturas viles, iguales en carácter a un kulak, y pasaban su vida acarreando bienes para su reino, explotando a los animales pequeños y grandes con los que se lograban poner de acuerdo. No tienen un interés universal y su única meta es alcanzar su avaro y concreto bienestar. Ahora arrastraban, tirando cada una por su lado, el cuerpo de un viejo gusano; porque además de ordeñar a los pulgones y tomar su leche, también les gusta comer carne ajena. Una vez el cazador vio a dos hormigas llevándose una viruta de hierro de la línea férrea. Quería decir que también necesitan hierro y se están apropiando del mundo entero pedazo a pedazo. El cazador aplastó a las hormigas más cercanas y abandonó aquel lugar para no disgustarse. En eso se parecía a su padre, que también se enfadaba en las cacerías, peleaba con las fieras y los pájaros como si fueran enemigos feroces, agotaba todo el furor de su corazón en el bosque y regresaba a su casa convertido en una persona sensible, bondadosa y familiar. Otros, al contrario, en las cacerías andaban por entre la hierba con el alma tierna, mataban a los animales con amor y placer, acariciaban las flores y los árboles, y en casa, entre la gente, vivían irritados y echando de menos la naturaleza, donde gracias a la escopeta podían sentirse jefes.

« ¡Iván Alekséyevich, la causa de la cacería es la estupidez o la pobreza! - le decía su padre (cuando cumplió dieciocho años su padre empezó a llamarlo por su nombre y patronímico) -. ¿Has visto que el que va de pesca engancha un gusano en su caña y engaña al tonto animal acuático? ¡Son personas viles! Y el otro que coge su escopeta y va al bosque convencido de que no necesita a nadie, de que pueden seguir viviendo sin él, que puede alimentarse por su cuenta, y vive satisfecho consigo mismo... Para ése su amigo es el perro, no nosotros...»

Cuando Iván Alekséyevich era un niño, su padre le enseñaba las caras de las liebres y de los pájaros que había cazado: eran dulces, algunas veces incluso inteligentes hasta el punto de que se le quitaban las ganas de comérselos, aunque después se viera obligado a hacerlo.

Su padre se comía los animales y pájaros cazados con economía y sensatez, y lo mismo enseñaba a sus hijos. El regalo de la naturaleza se convertía en algo útil para la persona, y no desaparecía en vano por el retrete. Aconsejaba sacar de la carne y de los huesos de los animales no sólo hartazgo, sino también mejoramiento del alma, fuerza para el corazón y reflexión. Si no puedes tomar del animal o del pájaro su mejor bien y sólo quieres alimentarte, come entonces la hierba de la sopa o pan y agua. Su padre creía que los animales y los pájaros poseen almas valiosas y que sentir amor por ellos es ahorrar.

Iván Alekséyevich levantó la escopeta. Algo se movió en la corta hierba cercana. Se acercó y descubrió una liebre pequeña, todavía un bebé. Estaba sentada casi como una persona, masticando rápido una brizna de hierba, ayudándose con las patitas delanteras. Después se limpió con las patas y empezó a respirar rápidamente el aire limpio y saludable. Quizá se había cansado buscando con qué alimentarse desde su

infancia; sus padres habrían muerto y ahora vivía sola, huérfana. La liebre no notaba la presencia del cazador o no entendía su significado. Cuando se hubo limpiado, la liebre dio un brinco y desapareció. Iván Alekséyevich no la mató; era muy pequeña y casi inútil como alimento; además, le daba lástima porque todavía era pequeña, aunque ya trabajadora. ¡Que siga respirando!

Pronto Iván Alekséyevich salió a un claro. La misma pequeña y regordeta liebre bebé escarbaba la tierra buscando algunas raíces o una hoja de col del año anterior. Se preocupaba por su vida incansablemente, porque tenía que crecer y nunca saciaba su hambre. Al terminar de comer lo que encontró en la tierra, la liebre defecó un poco y empezó a retozar con su colita y sus patitas; después jugó con un trozo de corteza de árbol, con sus excrementos e incluso con el aire vacío, intentando atraparlo con sus patitas delanteras. Al encontrar un charco, la liebre bebió agua, miró alrededor con sus ojos húmedos y conscientes, se acostó en un agujero, se dobló al calor de su propio cuerpo y se quedó dormida. Ya había probado todos los goces de la vida: había comido, bebido, respirado, visto el lugar, se había deleitado, había jugado y ahora dormía. En el sueño también se sentía bien: a menudo los animales son felices en sueños; su débil mente no puede liberarse de las imprecisiones vividas y se deja engañar fácilmente por la alegría del sueño, porque en el sueño son impotentes e insignificantes. Iván Alekséyevich recordaba cómo, cuando todavía era un niño, miraba con asombro a los perros, a los gatos y a las gallinas sumidos en el sueño: los veía masticar, los oía lanzar gemidos de felicidad, y a veces hasta abrían unos ojos ciegos, olvidadizos, para cerrarlos de nuevo... Se movían, se acurrucaban en el calor de su cuerpo y gemían sintiendo el placer de existir.

Ya cazador se acercó a la pequeña liebre, la levantó y la guardó en su pecho. La liebre chilló sin despertarse y se acurrucó más todavía, apretándose al cuerpo del hombre a pesar de que ella también estaba caliente y sudada.

En Lóbskaya Gorá se alzaba una aldea formada por cuatro casas, como una constelación de pálidas estrellas. En una de ellas habían encendido el horno; por la chimenea salía humo. En el techo de otra había un hombre, casi del tamaño de la casa misma, que miraba en dirección al lago Anietskoe. El hombre era de edad avanzada, pero tenía el rostro cuidadosamente afeitado, como si se tratara de un rico o de un científico. Este hombre compaginaba su cargo en el koljoz con su trabajo para la Academia de Ciencias al frente de un pluviómetro y como encargado de medir la fuerza de las tempestades. Ahora observaba el lejano lago, atento al viento o a cualquier otro fenómeno o señal científica. A Iván Alekséyevich le habría gustado ocupar un cargo así, pero entonces se habría visto obligado a afeitarse, a escribir, a hablar... En aquella aldea las casas eran pequeñas, pobres y sin pintar, pero en ellas solía vivirse muy cómodamente, y por eso parecían grandes y espaciosas, aunque en realidad eran pequeñas. El cazador se acercó a la casa de peor aspecto, la menos vistosa. El techo de aquella casa estaba podrido y en él crecía el musgo, los troncos inferiores se habían hundido en la tierra, de vuelta a su lugar materno, y por la base de la pequeña casa ya crecían dos débiles ramas destinadas

a convertirse en robles fuertes y majestuosos que algún día afianzarían sus raíces en los restos de esta casa maltratada por el viento, las lluvias y el hombre. Al fondo de la casa había un patio vacío cercado con estacas, piedras de la orilla del Onega colocadas al azar, planchas de hierro oxidadas que alguna tormenta había llevado hasta allí desde una ciudad lejana y otros materiales baratos o fortuitos. Pero el seto ya no se sostenía en pie: las piedras se habían desmoronado, las estacas se habían inclinado como cansadas y se pudrían en el suelo. La casa y el seto parecían el descuidado hogar de una viuda, pero en ella vivía una familia numerosa y saludable, aunque pudiera pensarse que muy negligente o mal avenida. Pero no era así. El mayor de la casa, Alekséi Kirílovich, el padre de Iván Alekséyevich, hacía carrera en el aserradero y confiaba en construir pronto una nueva casa y dejarle la vieja como alimento al joven roble. El viejo esperaba vivir mejor alguna vez, y había decidido olvidarse del tiempo pasado y tenerle compasión.

Toda la familia estaba reunida. El padre ajustaba la radio que un mes atrás había recibido como premio. En realidad, se había hecho con aquel receptor por mediación del comité de la fábrica, al que todavía debía pagárselo, pero mintió a su mujer diciéndole que lo había recibido como premio. Aunque el viejo trabajaba de sereno en la fábrica, también quería honores en su familia y soñaba con convertirse en una celebridad nacional. Pero su esposa descubrió la verdad sobre la radio; ¿acaso se puede esconder algo a una experimentada esposa?

Iván Alekséyevich dejó la pequeña liebre al pie del horno y cogió a su niña de diez meses. La niña ya se aguantaba en pie y aprendía a andar por su cuenta; dentro de quince años más o menos se convertiría en novia y también pariría hijos, pero antes debía crecer y descansar en los brazos de su padre.

- ¿Por qué has traído sólo una liebre? - le preguntó su joven esposa -. Tienes una familia. No debes olvidarte de ella. Porque también hay ardillas, ortegas, urogallos, pero sólo has traído una liebre de juguete. Sólo gastas cartuchos. Con ese dinero podríamos comprar algo para la casa.

Iván Alekséyevich entristeció ante tal situación doméstica. Imaginó los trenes expresos, la luz eléctrica tras las cortinas de los vagones, la música alegre que salía de los trenes y que a veces él escuchaba cuando cambiaba la aguja, apretando el contrapeso en la vía férrea. Ahí viajaba la ciencia, la gloria, la educación superior, el metro de Moscú, mientras que aquí sólo había bosque, animales, la familia, la rutina diaria; pero debía soportarlo y no enfadarse.

- A las mujeres siempre les ha gustado la riqueza - dijo el padre de Iván Alekséyevich -. Les gusta que haya mucho de todo: ardillas, ortegas, telas en los baúles, aunque ahora se dicen socialistas...

Y el viejo enseguida encendió la radio para escuchar todo aquel mundo ajeno en el que se desarrollaba la historia mundial, en el que se oían las voces de los grandes hombres que hacen avanzar el destino. Al principio, el viejo no confiaba del todo en la radio; quizá no era nada científica, porque ¿cómo era posible transmitir a través de mil leguas

algo tan insignificante como el sonido? La ciencia no podía dedicarse a tales cosas; la ciencia es algo importante, mientras que la radio es algo fortuito; además, la radio no sabía escribir, no dejaba ningún documento, y por eso no tenía la certeza de que lo que decía la bocina de cartón fuera cierto. Pero hacía poco, el padre de Iván Alekséyevich había ido en persona a Petrozavodsk y había entregado una petición para que le permitieran emitir por la radio algunos sonidos. Recibió el permiso y encargó a su mujer que escuchara la radio todas las noches, cuando estaban transmitiendo diferentes noticias e informes. Desde Petrozavodsk el viejo dijo a su esposa: «Soy yo, Alekséi Kirílovich Fedotov, vecino de la aldea Lóbskaya Gorá, una persona mayor. Y no vayas a pensar que no soy yo. Soy yo, la radio es verdad, ahora toseré para ti, para que me reconozcas (y Alekséi Kirílovich tosió unas tres veces). ¿Me oyes? ¿Te acuerdas de cuando me casé contigo? Estabas viuda y yo trabajaba como jornalero para un kulak finlandés que hoy es un enemigo de clase... Bueno, ¿quién te estaría diciendo esto sino yo? ¡De modo que soy yo!». Pero en Lóbskaya Gorá no pudieron escucharlo aquel día, porque la radio se rompió, algo se secó o se partió en su interior. Cierto es que la vieja se sentó junto a la bocina y que incluso le pareció oír algunos sonidos provenientes del tubo, pero era un engaño. Al regresar de su viaje de inspección, Alekséi Kirílovich no se enfadó porque su vieja, la inspectora, no lo había oído:

- De todos modos yo ahora sí creo - dijo el viejo al regresar a su casa -, y el que no crea, que se vaya lejos; es un enemigo de clase.

- Sí; parece que es así - admitió la vieja -. Ráscame la espalda mañana en el baño de vapor, porque de tanto escucharte me he quedado sorda.

Ahora en la radio comenzó a sonar música. Con el corazón en vilo, la gente de la casa escuchaba aquella lejana vida llena de lujo. Primero habló una persona mayor, después un joven, se oía la música de una canción misteriosa, sonaba un caramillo y repicaba una campana.

Después, un coro de muchachas empezó una canción sobre el socialismo heroico, sobre la gente feliz, sobre la vida interesante. Las muchachas cantaban muy lejos de allí, pero así y todo era posible sentir que debían de vivir felices y no en la necesidad y el martirio. Iván Alekséyevich acariciaba a su hija, le pasaba la mano por la cabecita, por el pecho, por la barriga, donde en algún momento se fecundarían y crecerían sus hijos. Serían personas superiores, mientras que él, su abuelo, no sería nadie, una persona corriente, el guardagujas de la estación del bosque. La niña también escuchaba el canto y la música. La esposa de Iván Alekséyevich, sin dejar de trabajar junto al horno, llegaba a conclusiones económicas y culturales:

- ¿Ves como vive la gente? Hasta aquí puede oírse... Compran vestidos nuevos, construyen casas, comen manjares, van a los teatros, bailan, cantan, estudian ciencias, se bañan en el Mar Negro, mientras que aquí sólo vemos preocupación y trabajo...

- Así es, tienes razón - admitió la vieja, la madre de Iván Alekséyevich -. Hay quienes se ocupan de esto y de lo otro, y así, sin quererlo, un kopek aparece en sus casas... Ya no es como en los viejos tiempos; ahora se trabaja poco. Cuando vuelves del trabajo, ¿para qué

te vas a quedar en casa? Vas a ver las almadías del aserradero, visitas las barracas en las que se fabrican las estufas nuevas, sacas tocones... Y en la cocina siempre hace falta un hombre trabajador... De lo contrario ¿cómo vivir? - La vieja tomó impulso y empezó a lamentarse -. Pero ¡los hombres de nuestra casa, en cuanto llegan, se sientan como si vinieran de visita! ¡Si no, cogen la escopeta y se van al bosque! ¿Y para qué? ¿Qué sentido tiene andar por la hierba entre los robles? ¿Acaso viven allí gallinas y cerdos, o el paño cuelga de las ramas? Las liebres y ortegas no son gran cosa; si por lo menos trajeran una carreta llena, pero traen una o dos, y a mí, que soy una vieja, no me alcanza ni para un diente... ¡Y basta, apaga ese tubo, no tienes nada que escuchar ahí cuando yo estoy hablando...!

El viejo apagó la radio y empezó a escuchar a su esposa con ternura. Le daba pereza contradecirla, así que dejó que por sí solas se le fueran las ganas de pelear y se aplacara. Pero la vieja entró en acción. Cogió la liebre bebé del horno, sacó al animalito a la luz del día y con la mano izquierda lo arrastró por el suelo, y con la derecha le dio en las nalgas; después le pegó por las costillas, donde más le dolía; de este modo se libraba de su enfado. Por ser un bebé, la liebre todavía no estaba acostumbrada al horror, y al momento el sudor la cubrió, pero como su rápido corazón infantil calentaba su pequeño cuerpo, el sudor se evaporaba de su pelo mojado, que se le pegaba al cuerpo, y la liebre, flaca y lamentable, se arrastraba por el suelo envuelta en su tibio sudor, sufriendo en silencio mientras la vieja no acababa de gastar su oscura fuerza. Entonces la vieja cogió la liebre y la lanzó por la puerta al patio: ya que ninguna utilidad podía sacarse de ella, por lo menos que no ensuciara la casa. La liebre se ocultó entre la hierba, lloró un poco a su manera y después se arregló y secó el pelaje, se introdujo por un hueco del seto y desapareció en el país boscoso, donde, en aras de su vida futura, olvidaría el tormento que acababa de sufrir.

La esposa de Iván Alekséevich cogió a la niña en brazos; ya era hora de darle la comida y se había quedado dormida mirando la liebre.

- ¡Porque el camarada Kaganóvich, Lazar Moiséyevich, es ahora el jefe del transporte, lo sé! - dijo la vieja -. ¡No intentéis engañarme, yo todo lo oigo por la radio! Mirad cómo vive la gente ahora, cómo disfrutan... ¿Y vosotros qué? ¡Ay, jetas picadas! - gritó la vieja a su esposo y a su hijo.

El viejo y el hijo se palparon la cara, que en realidad estaban picadas de viruelas. Eran gente picada, pero no les importaba, porque ya tenían quien los quisiera. Si moría Alekséi Kirílovich, al menos dos personas, su esposa y su hijo llorarían por él. ¡Era suficiente!

- ¡Enciende la radio! - ordenó la vieja a Alekséi Kirílovich -. Necesitas oírla, no vaya a ser que te pierdas un programa, te quedes viviendo en la oscuridad y no llegues a aprender cosas útiles...

El viejo encendió la radio, que empezó con alguna anécdota y siguió con una música tierna. La madre de Iván Alekséyevich apoyó la mejilla en la mano derecha y entristeció, aunque luego empezó a sonreír. Le habría gustado ser siempre bondadosa, pero no

podía permitírsele, porque se lo comerían todo, se lo beberían, se lo gastarían todo y los hombres dejarían de trabajar. Entonces su familia moriría en la miseria, el bosque invadiría el huerto y saldrían liebres de la maleza que ensuciarían el habitat humano.

Iván Alekséyevich Fiódorov entró a su guardia nocturna. La décima estación quedaba en un paraje apartado en el que había poca carga y descarga. Fiódorov revisó y limpió las agujas, e inspeccionó con un farol las cruces, que no dejaban de preocuparle: al subir, los trenes golpeaban muy fuerte la cruz de la aguja, que podía rajarse y provocar un descarrilamiento, que siempre es una gran desgracia. Porque incluso por una aguja buena el tren pasa con un temblor brusco, como si le doliera pasar por allí. Si Fiódorov fuera ingeniero, inventaría una aguja más inteligente para hacer más suaves los viajes. Se arrodilló y avanzó hasta la cruz pasando la mano por los rieles y por la superficie del rodaje. Buscaba a tientas posibles cavidades, agujeros o rebabas producidas por el bandaje del tren. Estaba oscuro, el farol alumbraba poco, y por eso obtenía mejor información palpando el mecanismo de la aguja. Fiódorov no notó ningún daño; había una abolladura pequeña, pero no representaba riesgo alguno.

Quitó el lubricante viejo y gastado de las pastillas y aplicó abundante lubricante nuevo en todos los lugares de fricción para que quedaran más espesos, más limpios y más seguros. Contempló cómo oscilaba la punta de la aguja sobre el lubricante. Cuando dejaba pasar el pesado tren, parecía flotar en la grasa del petróleo. ¡Que oscile siempre así, porque lo que oscila no sufre y seguro que no se parte! Hecho esto, Iván Alekséyevich limpió y aplicó lubricante al balancín; probó varias veces a cambiar la aguja para que el mecanismo completo se ajustara. Cambiaba la aguja con delicadeza, sin golpes, de modo que cada punta tocara suavemente el riel inmóvil y se separara de él despacio, para no gastar combustible, atrayendo a su paso el lubricante.

Al principio de trabajar en el ferrocarril, Fiódorov mantenía con el metal y las máquinas la misma relación que con los animales y las plantas, o sea, una relación cuidadosa y perspicaz que buscaba no sólo conocerlos, sino superarlos en astucia. Después entendió que aquello no bastaba. Debía ser más sensible con el metal y con los mecanismos que con los animales y las plantas, porque uno puede superar en astucia a algo vivo, puede lastimarlo y hacer que se rinda, pero como es un ser vivo se curará. La máquina o el riel no se dejan engañar; sólo se les puede tratar con pura bondad; no se les puede lastimar, puesto que no se curan; simplemente se rompen para siempre. Por eso, en su trabajo Fiódorov prestaba mucha atención y sumo cuidado; incluso no cerraba la puerta de su garita de un tirón, sino con suavidad y delicadeza, para no alarmar a las bisagras y no desencajar los tornillos en su interior.

El guardia de la estación lo llamó a la garita para que Fiódorov preparara la aguja con vistas a recibir el próximo tren rápido. Iván Alekséyevich también recordaba la hora a la que pasaría el tren. Estaba ya mirando el oscuro hueco del bosque por el que pasaba la línea férrea. No había luna, las débiles estrellas estaban muy altas, pero los rieles claros y lejanos parecían recoger la luz de toda la tenue oscuridad, de su dispersión en las tinieblas. Fiódorov pegó el oído al riel y oyó el eterno canto del metal que producía la

corriente de aire, el ruido de las ramas y las hojas lejanas, todo lo que hacía que los rieles respondieran cantando. Los rieles sonaban correctamente, indicando que estaban íntegros y saludables en toda su longitud. Pero poco a poco su rumor uniforme y ondulatorio se mezcló con un murmullo ajeno, incomprensible. El murmullo se hacía más claro, insistente, ya casi articulaba palabras; era una voz joven, que cantaba sin falsear, sin ese sonido tembloroso de enfado que significa que los rieles no tienen grietas y que los travesaños no están sobrecargados. El guardagujas levantó la cabeza del riel, se sopló la nariz, se sacudió el polvo y puso cara sena, trascendente. Desde el sur viajaba rumbo a Murmansk el tren rápido. La serena luz de la locomotora emergió por el horizonte y desplazó la oscuridad hacia delante y por encima del espesor del bosque, iluminando los vivos árboles azules, la maleza, objetos misteriosos, desconocidos por el día, y la figura del guardavías que cuidaba el camino en la oscuridad y en soledad. Iván Alekséyevich sacó de su corneta un sonido largo de saludo avisando que la entrada a la estación estaba libre, y respetuosamente estiró la mano con el farol al encuentro del mecánico de la locomotora, su amigo desconocido, la única persona que lo miraba satisfecha de que todo marchara bien, como esperaba. «Va rápido - pensó Fiódorov -, no podré escuchar la música... Y cómo aprieta, diablos, debe de haberse atrasado unos cuatro minutos.» Algunas veces, cuando los trenes rápidos o La Estrella del Norte viajaban a poca velocidad, Iván Alekséyevich podía oír la música que sonaba en la radio o en el gramófono del tren. Durante algunos segundos escuchaba la melodía sin prestar atención a ningún otro sonido, y llegaba a disfrutarla. Si no había música, Fiódorov se contentaba con ver alguna cara extraña o, por el contrario, perfecta, de alguien que estuviera mirando por la ventana hacia aquellos bosques ajenos. Al guardagujas le daba igual si era de hombre, de mujer o de niño; tampoco le importaba adonde viajaba la persona; lo principal era que tuviera una cara interesante e incomprensible. A veces, cuando ya había pasado el tren, Fiódorov recogía alguna cosa de la vía, la miraba largo tiempo intentando entender su significado. Después imaginaba a la persona a la que había pertenecido y sólo se tranquilizaba cuando en su mente veía con claridad cómo era aquel pasajero desconocido que acababa de pasar. Gracias a un paquete de tabaco vacío, a un abrelatas o a un trozo de algodón, Iván Alekséyevich podía hacerse una idea del carácter, de la cara e incluso de las metas de la persona que viajaba en el tren. En cierta ocasión Fiódorov encontró un pequeño pañuelo que olía bien, húmedo y con sangre fresca. Iván Alekséyevich probó el lugar húmedo con la lengua y le supo salado; seguro que eran lágrimas, pensó. Necesitó mucho tiempo para imaginar a la bella y misteriosa mujer que había perdido el pañuelo mientras lloraba de pie en la plataforma, pensando con tristeza en su amado, manchando su pañuelo con sangre de la tuberculosis que anidaba en su pecho. Días después Fiódorov vio a aquella mujer en sueños: su pequeña hija se había mordido la lengua y se había hecho sangre, y la madre le limpió los labios, secó sus lágrimas, miró por la ventana del vagón, tiró el pañuelo y sonrió al guardagujas. « ¡Pon el gramófono!», le gritó Iván Alekséyevich a aquella mujer. « ¡A la vuelta!», respondió la pasajera. «Está bien, pero ¡ponlo alto!», accedió el guardagujas.

El tren hizo oscilar sin piedad la aguja y chupó todo el aire tras de sí. «Parece que Kaganóvich los está apretando bastante, porque cuando salió del bosque llevaba un retraso de cuatro minutos y en la aguja ya sólo de tres - pensó Iván Alekséyevich -. ¡Esto sí que es dramaturgia! Aunque ahora por nada del mundo podré escuchar la música del tren ni veré a nadie. Antes podía ver el agua de los lavabos cayendo como un arroyo, pero ahora caerá en gotas pequeñas, porque la velocidad lo convierte en un polvo fino.»

Esto entristeció a Iván Alekséyevich durante toda la noche. La estación no tenía teatro ni biblioteca; sólo el maestro de vías tenía un acordeón, pero los visitaba muy pocas veces y cuando lo hacía se le olvidaba llevar el acordeón, aunque se había comprometido por escrito con el comité local del sindicato a llevarlo siempre consigo y tocar en los rincones rojos todo el repertorio nuevo, menos el caos, que había sido censurado por los periódicos centrales. ¹ También a mediados del verano les había visitado un miembro de la Unión de Escritores que leyó un informe sobre la discusión creativa; Fiódorov le hizo dieciséis preguntas y recibió de regalo el libro *Los mates de Marco Polo*. Aquel libro resultó ser muy interesante. Iván Alekséyevich empezó a leerlo a partir de la página veintiséis. Al principio, los escritores sólo piensan, y esto es aburrido; lo más interesante aparece hacia la mitad del libro o al final, y por eso Fiódorov leía los libros a salto de mata: lo mismo los abría en la página cincuenta que en la doscientos catorce. Y aunque todos los libros le resultaban interesantes, así eran mejores y todavía más interesantes, porque uno mismo tenía que imaginar todo lo que se había saltado, y en un pasaje malo o incomprensible componer todo de nuevo, como si también fuera el autor, un miembro de la Unión de Escritores. Un libro que se titulaba *Cal* o quizá *Piedra*, Iván Alekséyevich lo leyó de atrás adelante y le pareció que el libro era bueno, aunque si se empezaba desde el principio resultaba malo y poco expresivo.

Por la noche, durante tres horas no pasó ningún tren; en algún lugar se habría producido un retraso o una avería. El guardagujas volvió a revisar la aguja después de que hubiera pasado el tren rápido. Hecho esto, entró en la garita, entrecerró la puerta y tocó en la corneta de señales algunas melodías. Pero nada de esto lo satisfacía. Iván Alekséyevich quería escuchar una melodía de orquesta, asistir a un espectáculo en el teatro para lograr en su alma comprender la verdad de la vida y alcanzar a ver el horizonte mundial.

Por la mañana fue a verlo Katerina Vasílievna, su esposa.

- ¡Venga, te voy a poner en orden la aguja! - le dijo -. Quizá se fijen en ti. Porque ahora se fijan en las personas, sólo debes esforzarte...

- No hace falta - dijo Iván Alekséyevich -, pronto llegará el relevo. Se las arreglará sin ti. ¿Te crees una doncella o qué?

1. Los *rincones rojos* eran salas dedicadas a la lectura, al estudio y a conferencias. Con el caos se alude al artículo Caos en lugar do música, con el que comenzó una campaña de difamación contra el compositor ruso Dmitri Shostakovich en la segunda mitad de los años cuarenta.

- ¿Doncella yo? - le replicó alterada su esposa -. ¿A quién le has oído esa palabra? Ayer no la sabías. ¿O es que por la noche ha venido alguien a hacerte compañía?

Fiódorov se asustó un poco.

- Hace más o menos un año la leí en un libro, creo que era la hija de un rey...

- Ya me imagino qué clase de hija era... - dijo su esposa -. ¿Y quién hace poco, aquí mismo, en la aguja, abrazó a la guardagujas menor, a Fedótova? ¡Llegó un admirador, se sentó en el balancín y la abrazó!

- Pero ¡si no fui yo! - dijo Fiódorov -. ¿Cómo se te ocurre? ¡En horario laboral...!

- ¡Ya sé que no fuiste tú! - le informó su mujer -. ¿Acaso te dejaría dedicarte a esas cosas y que acabaras con el transporte?

Katerina Vasílievna cogió la escoba y empezó a barrer la entrevista detrás de la aguja; después recogió toda la basurita pequeña del giro de la aguja y limpió con un trapo la cruz y las dos plumas. La aguja ahora brillaba tanto como los utensilios de una viejecita ordenada.

- Ahora mismo me sentaré a escribir una solicitud para que me trasladen a Medvezhia Gorá - informó Iván Alekséevich a su esposa -. Aquella estación es grande, hay teatro, club, cine, desarrollo...

- ¡Ni se te ocurra! - le dijo Katerina Vasílievna -. Te vas a desarrollar allí, ¿y yo qué haré? Porque ahora venden buena ropa, las muchachas se ponen guapas, me dejarás a mí y a tu familia en Lóbskaya Gorá...

Iván Alekséevich acercó la mano a su esposa y con cuidado se la pasó por el pelo claro y suave para que no sufriera por adelantado.

- No lo hagas - dijo apartando despacio la mano de su marido -. Si el jefe te ve desde la plataforma, pensará que eres una persona descuidada, negligente... Cuando vuelvas a casa podrás pasarme la mano por la cabeza, sólo que en casa se te olvida...

El guardagujas intentó convencer a Katerina Vasílievna:

- En Medvezhia Gorá la gente vive alegre. Allí se puede recibir educación y es más fácil que se fijen en uno.

La esposa calculó mentalmente todos los secretos, las pérdidas y los beneficios, como y qué resultaría.

- ¿Y te convertirás en una eminencia de todo el transporte? - preguntó.

- Creo que sí - contestó dócilmente Fiódorov.

- Entonces sí - accedió Katerina Vasílievna -. Sólo temo que dejes de amarme, y ¿adonde me iré con la niña, a mi edad, con ya veinticuatro años...?

Tocó un botón del pecho de su esposo; en respuesta, Iván Alekséevich tocó el hombro de su esposa.

- No dejaré de amarte - dijo -. Mi corazón es pequeño y sólo tiene sitio para ti.

Empezarás a estudiar, te sentirás bien, te convertirás en una mujer famosa y rara.

- Pero ¡tendrás que viajar mucho hasta Medvezhia Gorá! - dijo Katerina Vasílievna -. ¡Te agotarás!

- Me acostumbraré - respondió Fiódorov -. En Medvezhia Gorá se está bien, me gusta disfrutar.

Katerina Vasílievna se sentó en el riel y pensó una vez más: « ¿Acaso habrá algo especial en Medvezhia Gorá? ».

- Bien, escribe la solicitud - concedió -. Pero que te aumenten el sueldo. Procura que no gotee la tinta en el papel; siempre dejas gotas; aquella gente puede pensar que eres un analfabeto y te negarán el aumento de sueldo.

Iván Alekséyevich miró a su esposa y pensó: « ¿Es guapa o no? Tiene el pelo negro, no es vieja, en general es bastante guapa ».

El jefe de la estación no intentó disuadir a Iván Alekséyevich: mejor dejar que el hombre se desarrolle en una gran estación, donde hay teatro, biblioteca, gente inteligente, música; a una persona se le puede negar un rublo adicional o mayores comodidades, pero a nadie se le puede negar satisfacer una necesidad espiritual, de lo contrario no habrá ni persona, ni trabajador.

Desde entonces, el guardagujas empezó a hacer la guardia en Medvezhia Gorá. Se ausentaba del hogar familiar durante dos o tres días, porque después de la guardia se quedaba a ver un espectáculo o se iba a la biblioteca, y allí, en la sala de la cultura, leía libros y admiraba los retratos de escritores famosos y de gentes próximas a ellos; leía los libros desde la mitad, desde el final, alternando una o dos páginas, o sea, leía con cualquier método interesante, y disfrutaba con aquellos pensamientos superiores y ajenos tanto como con su propia imaginación adicional. Cuando su mente se cansaba, salía a refrescar la cabeza; pero afuera siempre sonaba música en algún lugar, ya fuera de acordeón en la residencia obrera, ya proveniente del gramófono en el apartamento de algún funcionario acomodado, Iván Alekséyevich permanecía entonces de pie hasta el cansancio o se sentaba en alguna piedra, y feliz y dispuesto para la hazaña, escuchaba la música hasta el final. Pero a veces, de pronto la música y la lectura dejaban de influir en él; es más, Iván Alekséyevich se desesperaba o se enfadaba por no ver aquella perspectiva clara que le prometían la música, la lectura, el arte y la preocupación de su corazón sensible. De repente le parecía que se convertía en alguien indiferente, poco inteligente. Pero poco después, al leer un libro de materialismo dialéctico, Fiódorov comprendió que en su interior actuaba la contradicción y por eso le sobrevenía aquella tristeza oscura y ajena. Y como aquello era la verdad absoluta, sentía mucha lástima de no poder encontrar ninguna salida.

Al fin, tras saciarse del trabajo y de la música, al terminar de leer los libros, Iván Alekséyevich volvía a su casa en Lóbskaya Gorá, a la isba que poco a poco se estaba convirtiendo en la raíz de un roble. Katerina Vasílievna lo recibía con tristeza y con el enfado de los celos, pensando que su esposo amaba a una desconocida que era mejor que ella, a una perfecta malvada. A la malvada le daría igual que su amante regresara junto a su esposa: ya había tomado su decisión, porque era una malvada indiferente. El guardagujas intentó explicarle a su esposa que toda malvada es también una mujer, y que por eso mismo se parece a cualquier esposa.

- No importa - decía su esposa, pero Iván Alekséyevich no lograba adivinar qué era entonces lo importante. Su esposa se enfadaba y seguía - : Te pasas el día de diversión por ahí y tu aguja está sucia. ¿Cómo vas a conseguir tu ascenso? ¿Cuándo mejorará nuestra vida? Mejor te hubieras quedado en la décima estación; allí podía vigilarte...

Cuando Alekséi Kirílovich escuchaba aquel espectáculo entre su hijo y su nuera, solía invitarlo a irse de cacería: hacia los animales y las plantas, donde las criaturas siempre son queridas, aunque sean de edad avanzada. Porque a veces las mujeres martirizan mucho el alma y lo obligan a uno a rendirse. ¿Quién sabe? Quizá así es como debe ser. Son ellas las que paren, son las dueñas de la humanidad y las que mejor ven.

- Iván Alekséyevich, estaría bien que pudiéramos prevenir algún descarrilamiento - dijo una vez su padre -. El heroísmo está muy bien visto hoy en día...

- ¡Qué cosas inventas, tronco viejo! - exclamó la vieja -. ¿Es que quieres que el chiquillo se mate?

El viejo no estuvo de acuerdo.

- Todavía no le ha llegado la hora de morir. ¡Que sea un descarrilamiento pequeño, como en broma!

La vieja lanzó un suspiro y le dijo:

- Te miro, viejo, y pienso: ¿dónde tenía mi joven cabeza cuando te escogí de novio?

- Pues ¡búscate otro! - le aconsejó el padre de Iván Alekséyevich.

- ¡Parece que tendré que hacerlo! - confirmó de acuerdo la vieja -. Deja que alimente bien mi cuerpo; yo era voluminosa, de buena estatura, soy buena mujer... Cuando salía a la calle, pisaba el suelo y al momento los hombres se entristecían... Pero mi vida ha transcurrido en vano. ¡La viviría de nuevo! ¡Y cómo viviría! Pero bueno, no tengo por qué entristecerme; ahora también viviré como si fuera joven; ¿acaso no es soviético el poder de ahora...?

En Medvezhia Gorá, Iván Alekséyevich trabajaba con más aplicación y conciencia que en la décima estación. Aquí, en Medvezhia, había más administración que cultura; por eso Fiódorov se sentía humilde y tímido y esto hacía que aumentara su aplicación. Viendo constantemente las potentes locomotoras, los exactos mecanismos de señalización, escuchando el rumor agudo de las velocidades de los trenes al pasar, el guardagujas sentía el triunfo de su mente como si él también fuera parte de toda esa fuerza técnica del mundo y de todo su encanto. En secreto y no de forma demasiado clara, percibía la correspondencia o la familiaridad entre la música, el libro y la locomotora; le parecía que los mecanismos y la música habían sido inventados por el mismo corazón, y que este corazón se parecía al suyo.

El jefe de la estación conocía a su nuevo guardagujas desde hacía mucho, desde que Fiódorov era niño y salía de cacería con él. Lo mantuvo a prueba un corto tiempo y lo designó guardagujas principal. Ahora Fiódorov tenía a su cargo varias agujas y a todos los guardagujas simples como sus subordinados. Como no sabía mandar, Iván Alekséyevich, al principio, empezó a trabajar por todos: él mismo limpiaba todas las agujas, echaba el lubricante y salía a esperar cada tren, sin importarle que otro

guardagujas ya hubiera salido a recibirlo. Fiódorov comprobaba personalmente si estaba bien puesta la aguja y si su movimiento era el correcto. Los guardagujas no salían de su asombro:

- ¿Por qué, Iván Alekséyevich, no nos consideras clase trabajadora? - le preguntaron -. ¿Por qué lubricas personalmente la transmisión? ¿Es que estamos aquí por gusto?

- ¿Podéis hacer lo mismo que yo? - les preguntó Fiódorov.

Un guardagujas de edad avanzada respondió:

- ¿Quién sabe? Quizás, aunque es poco probable, lo haríamos mejor que tú.

- Ya veremos - dijo sombríamente Fiódorov -. Vosotros venís aquí sólo a prestar servicio. Yo, sin embargo, vengo a sentir.

Durante algún tiempo Iván Alekséyevich supervisó el trabajo de sus subordinados y comprobó que lo hacían bien, pero nunca mejor que él. No entendían que la maquinaria y los mecanismos son huertanos a los que constantemente hay que mantener cerca del alma, de lo contrario puedes no notar cuándo empiezan a temblar y se ponen enfermos, no te dará tiempo de hacer nada cuando oigas crujir la aguja y veas aparecer la muerte.

Cuando la madre de Iván Alekséyevich hubo interiorizado la información que le proporcionaba la radio, dejó de abrigar esperanzas con relación a su marido y su hijo. Cogió sus certificados de nacimiento y procedencia, los metió en la alforja y se lanzó de lleno hacia aquella gran vida cuya existencia conocía gracias a la radio. La vieja entró a trabajar en la fábrica de alquitrán de la industria local, a cinco kilómetros de la aldea. Hacía tiempo que envidiaba la superior vida estatal, donde ahora había lugar para el heroísmo, la juventud y la fama, donde su infancia y la fuerza que había malgastado antaño volverían a ser demandadas y podía sentir las regresar para justificar su pasado. Con la aplicación y el raciocinio adquiridos en el difícil trabajo doméstico, la madre del guardagujas se incorporó al mecanismo estatal a través de la pequeña fábrica. Al momento sintió que aquello no era tan difícil, que es más fácil manejar el acaudalado Estado que una pequeña casa campesina; y, efectivamente, gracias a las preocupaciones de la vieja, la fábrica de alquitrán empezó a funcionar mejor, se empezaron a superar paulatinamente las expectativas del programa, y en otoño la madre de Iván Alekséyevich fue premiada: recibió un fonógrafo con veinte discos y una blusa (le prometieron darle la falda después, cuando se recibiera el paño).

Cuando su mujer recibió el fonógrafo y la blusa, Alekséi Kirílovich se sumió en la depresión. Palpó sus músculos, pasó la mano por su inteligente cabeza, revisó el resto del cuerpo: ¿le quedarían todavía fuerzas para participar en la gloria y recibir un premio...? La vieja, por su parte, nada le dijo; no hizo ostentación de su premio ni le lanzó reproches diciéndole que «ya ves cómo marchan las cosas en este mundo, y tú que pensabas que todo es una broma». YA viejo suspiró, cogió el rifle y se fue al bosque a dispararle a algo.

- ¿Adonde vas? - lo llamó su esposa -. ¿Otra vez a andar por entre los arbustos, a desgarrarte la ropa? ¿Por qué no te apuntas a algún círculo...? ¡Es que cuando traes una ardilla o una liebre, piensas que ya hemos alcanzado la abundancia!

- ¡Déjame aunque sea ir a respirar un poco de oxígeno! - replicó el viejo -. Quiero estar más fuerte para trabajar mejor.

- ¡Qué oxígeno ni qué ocho cuartos! - se sorprendió la vieja ante aquel misterioso oxígeno -. Desde que nací no lo he respirado, y sin embargo, mira cómo estoy, ya ni tu me puedes dar alcance...

- ¡Sí, soy un viejo retrasado! - admitió Alekséi Kirílovich.

- ¿Retrasado? - preguntó la esposa -. ¡Procura no regresar del bosque sin nada, si no te voy a enseñar yo el verdadero atraso! Por lo menos en el bosque, allí, donde viven las fieras, intenta ser el primero...

Cuando su hijo regresó de Medvezhia Gorá, enseguida le pidió a su madre que pusiera el fonógrafo.

- ¡Los viejos nos pasamos la vida trayendo cosas a la casa mientras que los jóvenes sólo saben pedir! - dijo la vieja, y puso una música alegre. Ella ya estaba al corriente de cómo funcionaba la mecánica del fonógrafo.

Katerina Vasílievna se entristeció y se quedó mirando a su esposo.

- ¿Qué te pasa? - le preguntó Iván Alekséyevich.

- A mí nada, lo mismo que a ti - dijo su esposa, que giró la cara y se puso a llorar: la gente tenía fonógrafos, blusas, maridos jefes, pero ella casi no tenía nada: sólo una casa que además debía compartir con su suegra.

Se inclinó sobre la cuna en la que dormía su hija y se quedó quieta, triste por su destino.

Iván Alekséyevich miraba el bosque por la ventana: ¿qué hacer, salir al bosque? De todas formas ya no llegaría a jefe, y para estar en el bosque no hace falta pensar de modo especial. Pero también un día talarían el bosque, mientras que en la humanidad la vida se torna cada día mejor y misteriosa. Por el ferrocarril, sobre plataformas, se transportan maquinaria y palacios desarmados, en la biblioteca hay libros gruesos, gente hermosa viaja en trenes...

Durante la siguiente guardia Iván Alekséyevich leyó una orden del jefe de la estación que decía que al guardagujas principal, al camarada Fiódorov, se le aumentaba el salario a cincuenta rublos al mes y se le designaba temporalmente acoplador, o sea, un trabajo con prestigio y de responsabilidad.

Era un silencioso y corto día del otoño tardío. En un ramal cargaban travesaños. Unos diez hombres y mujeres los subían por rampas a las plataformas, los dejaban allí y bajaban a echarse de nuevo la carga al hombro. Y así seguía la rotación del trabajo.

Hacia el final, el ramal subía abruptamente, y por allí había que arrastrar las plataformas ya cargadas con una locomotora abriendo al máximo el sifón de la caldera. Seis personas, toda una brigada, se habían acostado debajo de los vagones y dormitaban para no gastar sus fuerzas en vano cuando no había nada que hacer. Aquella brigada todavía no había recibido su plataforma vacía y la gente esperaba para ponerse a trabajar.

En la estación Fiódorov se esforzaba en ayudarlos. Llevó la locomotora con la plataforma hacia la bajada del ramal y ordenó al maquinista que se detuviera; la

plataforma avanzaría por sí sola y en la bajada el acoplador la recibiría sobre la zapata. Para que la plataforma no se desplazara, Iván Alekséyevich colocó ante las ruedas un viejo travesaño abandonado que yacía junto a los rieles sin que nadie hiciera uso de él. Entonces se fue a desenganchar el acople para liberar la locomotora. Pero la plataforma se separó mucho de la locomotora y el acople se tensó como una cuerda. Fiódorov gritó al mecánico: « ¡Adelanta un poco!», y el mecánico avanzó, el acople se aflojó e Iván Alekséyevich lo sacó sin dificultad del gancho de la locomotora.

La plataforma arrastró a Fiódorov hacia la pendiente. El acoplador sujetó el acople con ambas manos para detener el vagón, pero el travesaño que había colocado se partió bajo las ruedas, y el hierro del acople empezó a quemarle las manos a Fiódorov. El vagón empezó a moverse pendiente abajo, hacia el lugar en el que los trabajadores efectuaban los trabajos de carga. Fiódorov afincó los pies en el travesaño de la vía y decidió no compadecer la piel de sus manos, que se quemaría y después volvería a crecer. Empezaron a zumbarle los pies debido al esfuerzo de sus huesos. El vagón lo arrastró. Él comprendió que no había nada que hacer y soltó el instrumento de acople.

Abajo trabajaba gente y nuestra población es escasa. ¿Quién viviría entonces? ¿Quién se pasearía? ¿Quién tocaría música, si el vagón aplasta a la gente...? Fiódorov sabía que allí también había mujeres, que son las que pueden parir a los que escriben libros o llegan a ser personas magníficas y bellas por su corazón y carácter... ¿Quien, un día, cantaría Lina nueva canción o podría imaginarse al guardagujas picado de viruelas de Medvezhia Gorá y decir: «Hace tiempo vivía un pobre hombre en este mundo»? Tengo que parar el vagón, si no habrá menos gente, menos humanidad, y aunque haya muchas plantas y animales, será más aburrido.

Iván Alekséyevich corría junto al vagón, que iba aumentando su velocidad. En su carrera, iba cogiendo tablas y palos que tiraba bajo la rueda delantera, pero el vagón los rompía como si nada y ganaba más velocidad. «Sin ellos la vida se volverá mala, los enterrarán en ataúdes con flores, tocarán una música terrible», imaginó Fiódorov el destino de aquellos obreros. Cogió del lastre una palanca de hierro y afinando la puntería la metió entre los radios de la rueda delantera. La palanca giró en el aire y su extremo arrastró a Fiódorov por los pies, dejándolo sin memoria, y después lo lanzó, ya inconsciente, hacia la segunda rueda, donde se golpeó la cabeza con el buje. A la segunda y tercera vueltas de la rueda, la palanca empezó a doblarse y a contraerse, porque su extremo libre tropezaba con el lastre y con los travesaños. Luego se clavó en la arena entre los travesaños, y los radios de la rueda le sirvieron de apoyo; se puso azul por la tensión y por la temperatura, pero el vagón se detuvo por fin.

Fiódorov, tirado en la arena, oyó al maquinista decir:

- Fiódorov se ha matado.

«No - pensó Iván Alekséyevich -, no es cierto.» Y se levantó para averiguar qué había pasado.

- ¿Estás vivo o qué? - preguntó a Fiódorov el mecánico.

- ¿Y tú? - preguntó Iván Alekséyevich, y entonces sintió que su mano derecha estaba fría como si estuviera amarrada a un hielo que no se derretía, sino que chupaba el calor de su cuerpo llevando el frío hasta su corazón.

- Sube a la locomotora - dijo el mecánico.

Pero Fiódorov sintió una sed enorme; abrió la llave del tónder de la locomotora y el agua empezó a caerle en la boca, y la sangre de su mano derecha goteó del guante y, por el forro del abrigo, por dentro del pantalón, alcanzó la pierna hasta la planta del pie.

Iván Alekséyevich vio que la sangre manaba horriblemente y que pronto se vaciaría del todo. Ordenó al fogonero que llevara su brazo derecho en alto para no perder toda su sangre. Después trajeron la camilla y acostaron a Fiódorov para que descansara. Iván Alekséyevich notó que le quitaban las botas con gran dificultad y que la derecha estaba llena de sangre; que se le habían hinchado los tobillos e impedían quitarle las botas. « ¡En el ataúd se secarán y me apretarán los pies!», pensó Fiódorov, y se quedó dormido para no ver su propia muerte.

Sus padres y su esposa fueron a verlo al hospital. Permanecieron de pie al lado de Iván Fiodórov, pero éste no notaba su presencia.

- Vaniushka, ¿qué te has hecho? - decía la madre -. Habríamos seguido viviendo como estábamos, no necesitábamos nada...

Iván Alekséyevich despertó pasado un buen rato. A su alrededor reinaba el silencio, la cama era ancha, se veía que todo allí era culto y científico. Iván Alekséyevich no sabía si aún conservaba su brazo derecho. Vio que lo tenía, que estaba junto a él, pero no sabía si pegado a él o separado. Decidió averiguarlo y movió los dedos. Los dedos estaban vivos, quería decir que el brazo estaba vivo, y la muerte hacía tiempo que se había alejado.

Pronto empezó a recibir visitas: el jefe de la estación, el secretario del núcleo del partido, su esposa, Katerina Vasílievna, un fotógrafo, el maquinista, dos mujeres de las que cargaban los travesaños en el ramal; una de estas mujeres llevó a Fiódorov un ramo de flores y dos panecillos.

«Pero ¡si no pasa hambre aquí! - dijo Katerina Vasílievna a estas mujeres -. ¿Para qué os gastáis el dinero y molestáis al enfermo?»

A las mujeres les dio vergüenza y se fueron.

Al salir del hospital el brazo derecho de Ivan Alekséyevich no funcionaba bien del todo.

- ¡Ahora estás mutilado! - le decían sus familiares -. ¿Cómo vas a trabajar?

- ¡Aprenderé a usar la cabeza! - respondía Fiódorov, miraba por la ventana hacia el bosque y se preguntaba si debía irse o no para allá definitivamente. No, se había aburrido de los animales.

No obstante, su esposa y su madre lo trataban bastante bien. El consejo de la aldea y la administración ferroviaria dieron a Fiódorov mil rublos y le asignaron una pensión vitalicia.

El jefe de la estación lo visitaba cada tres o cuatro días en Lóbskaya Gorá y lo adiestraba para que ocupara el cargo de celador en la estación. Una vez llegó un automóvil a Lóbskaya Gorá e Iván Alekséyevich recibió la visita de seis personas a la vez, que le

trajeron un telegrama de Moscú felicitándolo y la noticia de que recibiría una condecoración.

El fuerte trabajo mental impidió a Fiódorov dormir durante dos noches, hasta que al tercer día, a pesar de la distancia de dieciséis kilómetros, volvió a visitarlo el jefe de la estación. Pero éste no comenzó su charla científica sobre la explotación de las vías férreas, sino que le dijo: «Venga, recoge, que nos vamos a Moscú». Iván Alekséyevich decidió no comer nada, se tomó sólo un vaso de leche, besó en el patio a su esposa y a su hija y se fue. Katerina Vasílievna rompió a llorar, pensó que su marido dejaría de quererla y no volvería; sin embargo, la hija se quedó tranquila; ella todavía no entendía, pero le gustaba que la besaran, y estaba acostumbrada a besar, era algo comprensible para ella.

En los días siguientes, en Lóbskaya Gorá, Katerina Vasílievna extrañó mucho a su marido y lloró con frecuencia, pero escondía su dolor a sus suegros. « ¡Se enamorará de una paracaidista! » - pensaba -. Esas que vuelan. La gente dice que son muy guapas. También es posible que el camarada Kaganóvich lo ponga a trabajar con él. Entonces ¿qué haré yo? » Pero al recordar que el brazo derecho de su marido no funcionaba, su esposa se consoló: es poco probable que alguien se enamore de un inválido; ahora las jovencitas son muy listas. ¿Y la condecoración? La condecoración es más importante que un brazo; ¡a fin de cuentas el brazo está entero! Y Katerina Vasílievna volvía a perder la esperanza.

Iván Alekséyevich volvió al cabo de un mes. Vestía un traje negro de paño, estaba sereno como si fuera un hombre ajeno, y lo llevaron a la aldea en automóvil. La esposa se sentó delante de él y palpaba tanto a él como el material de que estaba hecho su traje.

- Bien - dijo Iván Alekséyevich -. Allí, en el metro, vi a una americana: era color café.

- ¿Guapa? - preguntó su esposa.

- Más o menos - respondió el marido.

- ¿Y ahora quién eres? - seguía preguntando Katerina Vasílievna -. ¿Un jefe?

- El guardagujas principal... Los jefes han estudiado, y yo no.

Sacó la condecoración de la caja y se la mostró a su esposa.

Katerina Vasílievna cogió la condecoración y la guardó en el baúl.

- Tengo que llevarla puesta, ¿para qué la guardas? - dijo Iván Alekséyevich.

Su esposa le devolvió la caja vacía.

- ¡Puedes mostrar la caja vacía! ¿Delante de quién vas a vanagloriarte? Nosotros te conocemos, y en cuanto a los otros, que no les dé la envidia...

Llegó su madre con la niña. Iván Alekséyevich cogió a la niña para acariciarla y para darle a su madre la posibilidad de llorar de alegría.

- En Medvezhia Gorá otro hombre recibió una condecoración - dijo la madre sobreponiéndose a las lágrimas -. Trajo siete trajes, dos fonógrafos, tres relojes... Tantos bienes, que de la estación a casa tuvo que ir en el coche.

- A mí también querían darme cinco trajes - dijo Fiódorov.

- A él siete - dijo la vieja -. Pero entonces ¿dónde están los tuyos, los cinco?

- Sólo acepté uno. Es imposible usar cinco a la vez, hay que gastar primero uno solo. Su madre se sentó en el suelo y su esposa en el baúl.

- ¿Y cuántos fonógrafos te daban? - preguntó la vieja.

- Daban uno solo, pero yo no lo acepté, porque nosotros tenemos el que te dieron de premio.

- ¿Y el reloj pulsera? - seguía sufriendo la vieja madre.

- También daban... Pero ¿para qué? En casa tenemos reloj de pared y en el trabajo sé la hora por el horario de los trenes. Pero ¿dónde está mi padre? - preguntó a sus familiares.

- En el bosque, gastando balas - indiferentemente, entre lágrimas, respondió su esposa. Iván Alekséyevich sentó a la niña en las rodillas de su esposa, sacó un pañuelo limpio y secó la cara de Katerina Vasílievna.

- ¡No llores! - dijo él -. ¡Te he traído ochocientos gramos de bombones moscovitas y todos los libros de la Biblioteca para el Lector Primerizo!

Fiódorov salió de casa y avanzó hacia el bosque para buscar a su padre entre los animales y las plantas.

Ulía

Vivía una vez en este mundo una criatura maravillosa. Hoy todos la han olvidado, y también olvidaron su nombre y hasta su rostro. Tan sólo mi abuela recuerda a esa criatura maravillosa y me contó sobre ella, sobre cómo era.

Según mi abuela, la criatura se llamaba Ulía y era una niña. Todos los que veían a la pequeña Ulía sentían en su corazón que les recordaba la conciencia, porque Ulía era de rostro tierno y en él se reflejaba una auténtica bondad, aunque entre quienes la miraban no todos eran honrados ni bondadosos.

Tenía ojos grandes y claros, y todos podían ver hasta el fondo de sus ojos, descubrir que allí, en el fondo mismo, estaba lo principal, lo más valioso del mundo, y todo el mundo quería penetrar con la mirada los ojos de Ulía y hallar en sus profundidades lo más importante y venturoso para sí... Pero Ulía parpadeaba y nadie conseguía vislumbrar qué había en lo hondo de sus ojos diáfanos. Y cuando volvían a mirar al interior de los ojos de la niña, y empezaban a comprender lo que allí veían, Ulía parpadeaba de nuevo y al final les era imposible comprender qué había en el fondo de aquellos ojos.

Sólo un hombre llegó a ver hasta el fondo mismo de los ojos de Ulía y vio lo que expresaban. Ese hombre se llamaba Demian y vivía de comprar barato el trigo a los campesinos en años de buena cosecha y venderlo caro en años de hambruna. De ahí que fuera rico y estuviera siempre bien provisto. Demian vislumbró su propia imagen en las remotas profundidades de los ojos de Ulía, y no se vio tal como aparecía a los ojos de los demás, sino como era en realidad: con una gran boca codiciosa y la mirada feroz. El alma oculta de Demian se reflejaba claramente en su rostro. Y Demian, al verse, se fue de aquel pueblo y nadie oyó hablar de él por mucho tiempo, hasta el punto de que empezaron a olvidarlo.

Los ojos de Ulía reflejaban sólo la auténtica verdad. Si una persona cruel tenía un rostro agraciado y llevaba ricas ropas, en los ojos de Ulía se mostraba deforme y toda cubierta de llagas.

Pero la propia Ulía no sabía que sus ojos reflejaban la verdad. Era todavía pequeña e inconsciente. Otras personas no habían tenido tiempo de mirarse en sus ojos, pero todos la contemplaban con deleite y pensaban en lo bueno que era vivir, puesto que existía en este mundo alguien como ella.

Ulía no sabía quiénes habían sido sus padres. La encontraron un verano al pie de un pino, junto al pozo del camino. Había nacido hacía unas semanas. Yacía en la tierra envuelta en un manto de lana y miraba callada el cielo con sus grandes ojos de color cambiante: a veces eran grises, a veces azul celeste, otras negros.

Gente buena recogió a la niña y una familia aldeana sin hijos la adoptó y la bautizó con el nombre de Uliana. Fue así como Ulía vivió toda su temprana infancia en la isba de sus padres adoptivos.

Cuando dormía, lo hacía con los ojos entornados, como si no quisiera dejar de mirar. Al amanecer, cuando empezaba a clarear, en sus ojos se reflejaba todo lo que pasaba por delante de la ventana. Ulia dormía en un banquillo y la temprana claridad del día iluminaba su rostro. Las ramas del sauce que crecía al pie de la ventana, las nubes que resplandecían bajo los tímidos rayos del primer sol, las aves de paso: todo existía una vez en el exterior, y por segunda vez se encendía en el fondo de los ojos de Ulia, aunque en ella aquellas nubes, los pájaros y las hojas del sauce eran mejores, más diáfanos y alegres que la imagen que veían los demás.

Sus padres adoptivos adoraban tanto a la pequeña Ulia que su añoranza los despertaba por las noches. Salían entonces de la cama, se acercaban a Ulia y en la oscuridad contemplaban largamente a aquella hija ajena que se había vuelto más querida que una propia. Les parecía ver un brillo en sus ojos entreabiertos, y la pobre isba se llenaba de bienestar en ese momento, como en los días de fiesta de su lejana juventud.

- Seguro que Ulia morirá joven - decía su madre con voz queda.
 - Calla, no menciones la muerte - decía el padre -. ¿Por qué iba a morirse tan pequeña?
 - Los que son así no viven mucho - volvía a decir la madre -. Sus ojos no se le cierran cuando duerme.

En su aldea se tenía la creencia de que los niños que dormían con los ojos entornados morían temprano.

Cuántas veces su madre había querido bajar los párpados de Ulia, pero su esposo no le permitía tocarla por temor a que la asustara. Durante el día, Ulia jugaba con cachibaches por los rincones de la casa o trasvasaba agua de una vasija de barro a una de hierro; hasta en esos momentos, su padre se cuidaba de tocar a la niña, como si temiera lastimar su pequeño cuerpo.

Cabellos claros crecían en la cabecita de Ulia formando bucles, como si el viento hubiera entrado en ellos para quedarse allí, inmóvil. Lo mismo en el sueño que en la vigilia, el dulce rostro de Ulia miraba atentamente hacia alguna parte y parecía atribulado. A sus padres se les antojaba que Ulia quería preguntarles algo que le preocupaba, pero que no lo hacía porque aún no sabía hablar.

Su padre llamó a un médico para que visitara a la niña. Quizá, pensaba su padre, siente algún dolor que el médico podría aliviar. El médico auscultó a la niña y dijo que todo se le pasaría cuando creciera.

- ¿Y por qué la gente la quiere tanto? - preguntó su padre al médico -. ¡Preferiría que no fuera tan buena!

- Es un capricho de la naturaleza - respondió el médico.

Esto enfadó a sus padres.

- ¡Vaya capricho! - dijeron -. Porque no es ningún juguete caprichoso, sino un ser vivo.

Las demás personas seguían tratando de atisbar en los ojos de Ulia, para verse allí como eran en realidad. Quizás alguno lo logró, pero no lo confesó y contó que no le había dado tiempo de verse porque Ulia había parpadeado.

Todos supieron que los ojos de Ulia cambiaban de color. Cuando miraba lo bueno: el cielo, una mariposa, una vaca, una flor, alguna niña pobre que pasaba, sus ojos se encendían con luz diáfana, pero cuando observaba algo que encerrara maldad, oscurecían volviéndose impenetrables. Sólo en lo más hondo de los ojos de Ulia, en su centro mismo, había siempre un color claro e invariable, que reflejaba la verdad acerca de la persona o de la cosa que miraba. No lo que veían todos desde fuera, sino lo que permanecía oculto e invisible en el interior.

Cuando Ulia cumplió dos años, empezó a hablar. Lo hacía bien, aunque rara vez, y eran pocas las palabras que sabía. En el campo y las calles de la aldea veía lo mismo que todos veían y entendían. No obstante, Ulia se asombraba sin cesar de lo que veía y a veces gritaba de miedo y lloraba señalando lo que miraba.

« ¿Qué pasa? ¿Qué pasa, Ulia? - preguntaba su padre, y la cogía en brazos sin entender la causa de su alarma -. ¿Por qué me miras así? Es el rebaño, que vuelve al patio. Yo estoy aquí, contigo.»

Ulia miraba asustada al padre, como si fuera un extraño al que nunca hubiera visto. Aterrada, se tiraba al suelo y huía de él. Del mismo modo le temía a su madre y se escondía de ella.

Sólo en la oscuridad, donde sus ojos no veían, Ulia se mantenía serena.

Al despertar por la mañana, Ulia enseguida quería escapar del hogar. Se refugiaba en la oscuridad del gavillero o en el campo, donde había un barranco con una caverna arenosa. Allí permanecía sentada en la oscuridad hasta que sus padres la encontraban. Y cuando su padre o su madre la cogían en brazos, la apretaban contra su cuerpo y la besaban en los ojos, Ulia rompía a llorar de espanto y toda ella temblaba, como si la agarraran lobos y no sus padres, que la acariciaban.

Cuando Ulia veía a una tímida mariposa aleteando sobre la hierba, se alejaba de ella gritando y su corazón asustado seguía latiendo con fuerza durante mucho rato. Pero más que a nada Ulia temía a una vieja, a mi abuela, que era tan vieja que hasta las otras viejas le llamaban abuela. Ella rara vez visitaba la isba de Ulia, pero cuando iba, siempre obsequiaba a la niña con una galleta de harina blanca, o con un terrón de azúcar, o bien con unas manoplas para el frío que había tejido durante cuarenta largos días, o con cualquier otra cosa que pudiera servirle a Ulia. Mi abuela, que era muy anciana, decía que ya debía estar muerta, porque le había llegado su hora, pero que ahora no podía morir: en cuanto se acordaba de Ulia, su débil corazón volvía a respirar y a latir como si fuera joven; su cariño por Ulia la mantenía viva porque sentía por ella compasión y alegría.

Ulia, en cambio, al ver a mi abuela, rompía a llorar, no le quitaba de encima sus ojos nublados y temblaba de miedo.

- ¡No ve la verdad! - decía mi abuela -. Ve el mal en lo bueno, y el bien en lo malo.

- ¿Y por qué, entonces, sus ojos reflejan sólo la verdad? - preguntaba su padre.

- ¡Por eso mismo! - seguía mi abuela -. YM ella brilla la verdad toda, pero no comprende esa luz y todo lo entiende al revés. Su vida es peor que la de una ciega. Hasta sería mejor que lo fuera.

«Quizá la anciana esté en lo cierto - pensaba entonces su padre -. Uliá ve lo malo como bueno, y lo bueno le parece malo.»

A Uliá no le gustaban las flores, nunca las tocaba. En cambio, juntaba en su falda negra basura del suelo y se iba a algún rincón oscuro a jugar sola; se dedicaba a palpar la basura con los ojos cerrados. No era amiga de los demás niños de la aldea y se escondía de ellos en la casa.

- ¡Me dan miedo! - gritaba Uliá -. Son horrorosos.

Su madre apretaba entonces la cabecita de Uliá contra su pecho, como si quisiera esconder a la niña y darle sosiego en su corazón.

Y los niños de la aldea no eran malcriados, todo lo contrario: eran bondadosos, de rostros claros. Se acercaban a Uliá y le sonreían sin malicia.

Su madre no entendía qué temía Uliá y qué cosa tan terrible veían sus maravillosos y desdichados ojos.

- No temas, Uliá - decía su madre -, no le temas a nada mientras yo esté aquí, contigo. Uliá miraba a su madre y volvía a gritar:

- ¡Tengo miedo!

- Pero ¡quién te asusta, si soy yo!

- ¡Te temo a ti, eres horrible! - decía Uliá, y cerraba los ojos para no verla.

Nadie sabía lo que Uliá veía, y ella misma no podía decirlo, porque el pánico se lo impedía.

En la aldea vivía otra niña que tenía cuatro años y que se llamaba Grusha. Fue la única con la que Uliá empezó a jugar y con la que se encariñó. Grusha tenía el rostro alargado, por lo que la apodaban «cabeza de potrica», y tenía muy mal genio. Ni siquiera amaba a sus padres, y había dicho que pronto se iría bien lejos de su casa y nunca volvería, porque allí vivían mal, mientras que ella viviría bien en otra parte. Uliá acariciaba el rostro de Grusha y le decía que era guapa; miraba con admiración la cara de enfado y tristeza de su amiga, como si tuviera ante sí a una niña noble y cariñosa, de bello semblante. Pero una vez Grusha miró sin querer al interior de los ojos de Uliá y llegó a verse en ellos, tal como era en realidad. Gritó horrorizada y corrió a su casa. Desde entonces Grusha se volvió más noble de corazón y dejó de enfadarse con sus padres y de decir que se sentía mal con ellos. Y cuando le entraban ganas de ser mala, recordaba su horrible imagen en los ojos de Uliá, se asustaba de sí misma y volvía a recuperar la dulzura y la docilidad.

Aunque a Uliá le entristecía que las flores y los rostros de las personas bondadosas le parecieran horribles, era como todos los niños pequeños: comía su pan, bebía su leche y crecía. La vida avanzaba deprisa y pronto Uliá cumplió los cinco años, luego los seis y después los siete.

Por aquel entonces regresó a la aldea aquel *mujik*, Demian, que hacía mucho se había marchado con rumbo desconocido. Regresó pobre y humilde, se puso a labrar la tierra como todo el mundo y vivió como un hombre de bien hasta su vejez. Incluso quiso llevarse a Ulia a su casa como hija adoptiva, porque estaba viejo y solo, pero los padres adoptivos de Ulia no accedieron. No podían vivir sin Ulia desde que se la habían llevado a su casa.

A partir de los cinco años, Ulia dejó de gritar y de huir espantada. Sólo entristecía cuando veía a una persona de alma noble y bella, ya fuera mi vieja abuela o cualquier otra persona de buen corazón. Lloraba con frecuencia. Sin embargo, en lo profundo de sus grandes ojos seguía reflejándose la verdadera imagen de la persona a la que miraba. Pero no veía la verdad, sino algo falso. Y petrificados por el asombro, sus ojos confiados y tristes observaban el mundo entero sin comprender lo que veían.

Cuando Ulia cumplió siete años, sus padres adoptivos le explicaron quiénes eran ellos en realidad. Le dijeron que no se sabía dónde vivían sus padres legítimos y ni siquiera si estaban vivos. Se lo contaron de una manera razonable; querían que la niña supiera la verdad por ellos y no que se la dijera otra persona. Porque algún extraño le contaría algún día lo mismo, pero no lo harían como es debido y podrían lastimar a la niña.

- ¿Y ellos también son horribles? - preguntó Ulia sobre sus padres legítimos.
- No, no son horribles - repuso el padrastro -. Te trajeron al mundo y deben ser tus seres más queridos.

- No ves la verdad, hijita - suspiró su madre adoptiva -. Tienes los ojos enfermos. Desde entonces, Ulia entristeció aún más. Corría el verano y Ulia decidió que cuando llegara el otoño dejaría la aldea para ir a buscar a sus padres verdaderos, los que la habían dejado abandonada.

Pero no había pasado aún el verano cuando llegó a la aldea una campesina que calzaba *laptis* y cargaba un morral de pan.¹ Era evidente que venía de lejos y estaba extenuada. Se sentó al pie del pozo del camino junto al que crecía un viejo pino, observó el árbol, luego se puso en pie y palpó la tierra en torno al pino, como si buscara allí algo dejado mucho tiempo atrás y ya olvidado. La mujer se cambió de calzado, se acercó a la isba en la que vivía Demian y se sentó bajo la ventana.

Nadie pasaba, la gente trabajaba en el campo, así que la peregrina permaneció largo tiempo sola. Después, una niña salió de uno de los patios. Vio a la desconocida y se acercó a ella.

- No me das miedo - dijo la niña con sus grandes ojos que irradiaban luz cristalina. La peregrina observó a la niña, la cogió de la mano, luego la abrazó y la apretó contra su cuerpo. La niña no se asustó ni gritó. Entonces la mujer besó a la niña en un ojo y luego en el otro y estalló en llanto: había reconocido a su hija, por los ojos, por el pequeño lunar en el cuello, por todo su cuerpo y por cómo temblaba su propio corazón.
- Yo era joven y necia, te abandoné - dijo la mujer -. Ahora he venido a buscarte.

1. *laptis*: alpargatas de corteza de abedul.

Ulía se apretujó contra el pecho cálido y blando de la mujer y se adormeció.

- Soy tu madre - dijo la mujer, y volvió a besar los ojos entornados de Ulía.

El beso de su madre sanó los ojos de Ulía. Desde ese día empezó a ver el mundo a la luz del sol igual como lo veían los demás. Miraba dulcemente con sus ojos grises claros y a nadie temía. Y veía todo como debía ser. Lo bello y positivo que hay en el mundo dejó de parecerle horrible y espantoso, y tampoco la crueldad y la maldad le parecían bellas, como le sucedía cuando vivía sin su madre legítima.

Pero desde entonces nada volvió a aparecer en el fondo de sus ojos; la misteriosa imagen de la verdad desapareció. A Ulía no le dio pena que la verdad hubiera dejado de brillar en sus ojos, y tampoco su madre se entristeció al saberlo.

«La gente no necesita ver la verdad - dijo su madre -. Ya la saben y, el que no la sabe, aunque la vea, no la cree...»

Por aquella época murió mi abuela y no pudo contarme más sobre Ulía. Sólo mucho tiempo después, en cierta ocasión, vi a Ulía con mis propios ojos. Se había convertido en una hermosa muchacha, tan bella, que era mucho más de lo que la gente se atreve a desear. Por eso no dejaban de mirarla, aunque sus corazones permanecían indiferentes.

Nikita

Por la mañana temprano su madre se marchaba a las labores del campo. Vivían sin padre. Hacía mucho que éste se había marchado a un trabajo más importante, a la guerra, y seguía sin volver. Día tras día su esposa esperaba en vano su regreso. Al frente de la casa había quedado Nikita, un niño de cinco años. Antes de irse a trabajar, su madre lo aleccionaba para que Nikita no fuera a incendiar la casa. Le pedía que recogiera los huevos que las gallinas ponían en los rincones y en el seto, que no dejara entrar al gallo vecino y que no maltratara al propio, y que almorzara el pan con la leche que había dejado en la mesa. Por la tarde mamá volvería y le prepararía comida caliente.

- No pierdas el tiempo, Nikita, no olvides que no tienes padre - le decía su madre -. Eres un niño inteligente, y todo esto es nuestro: lo que está dentro de la isba y lo que está en el patio.

- Soy listo, todo es nuestro y papá no está - repetía Nikita -. Pero vuelve pronto, mamá, que tengo miedo.

- ¿De qué tienes miedo? El sol brilla en el cielo, la gente está en los campos; no temas, espérame tranquilo...

- Sí, pero el sol está muy lejos - replicaba Nikita -, y a veces las nubes lo tapan.

Al quedarse solo, Nikita recorrió la silenciosa isba: la sala de estar, la cocina con el horno ruso y después entró al zaguán. En él zumbaban unas moscas grandes y gruesas; en un rincón, una araña dormitaba en el centro de su tela; un gorrión atravesó volando el umbral para buscar algún granito en el suelo de la isba. Nikita los conocía a todos: a los gorriones, a las arañas y a las moscas, y también a las gallinas del patio; ya estaba harto de todos y le aburrían. Quería conocer algo nuevo. Nikita salió al patio, entró al cobertizo y encontró un barril vacío en la oscuridad. En ese barril seguramente vivía alguien, algún hombrecillo que dormía de día y que abandonaba su escondite por las noches para comer, beber agua y pensar en sus cosas. Por la mañana regresaba al barril, a seguir durmiendo.

«Te conozco, sé que vives ahí - dijo Nikita poniéndose de puntillas para que su voz pudiera entrar por la parte superior del barril vacío. Luego lo golpeó con el puño -. ¡Levántate, deja de dormir, haragán! ¿Qué comerás en invierno? ¡Ve a cosechar el mijo para que te apunten tu jornada de trabajo!»

Nikita prestó oído: silencio en el barril. « ¿Se habrá muerto o qué?», pensó Nikita. Pero sintió crujir las duelas del barril y no quiso pecar de demasiado curioso. Por lo visto, el inquilino del barril se había acomodado de costado o bien se disponía a levantarse y a correr tras Nikita.

Pero ¿cómo sería esa persona que vive en el barril? Nikita se lo imaginó al momento. Era un hombre pequeño y vivaracho, le crecía una barba hasta el suelo y al deambular por las noches barría con ella toda la basura y la paja... ¡Por eso había como pequeños senderos en el polvo del cobertizo!

No hacía mucho su mamá había perdido las tijeras. Había sido él; seguro que había cogido las tijeras para recortarse la barba.

« ¡Devuelve las tijeras! - pidió Nikita en voz baja -. Papá volverá de la guerra y te las quitará de todos modos, porque no te tiene miedo. ¡Devuélvelas!»

El barril seguía en silencio. En el bosque, a lo lejos, alguien vociferó y dentro del barril el pequeño inquilino le hizo eco con una voz terrible y oscura.

Nikita salió del cobertizo a la carrera. En el patio, el buen sol brillaba en el cielo, las nubes no lo tapaban con su velo y Nikita lo miró asustado en busca de protección.

« ¡Hay un hombre viviendo en el barril!», gritó Nikita mirando al cielo.

El noble sol seguía brillando en el cielo y le devolvía la mirada con su cálido rostro.

Nikita descubrió cierto parecido entre el sol y su difunto abuelo, que siempre había sido cariñoso con él y que cuando estaba aún vivo le sonreía con mirada atenta. Nikita pensó que su abuelo vivía ahora en el sol.

« ¿Abuelo, vives allí ahora? - preguntó Nikita -. Sigue viviendo allí, que yo seguiré aquí, con mamá.»

Más allá de la huerta, entre los lampazos y las ortigas, había un pozo. Hacía tiempo que no sacaban agua de él, porque en el koljoz habían abierto uno nuevo que tenía agua muy buena.

En lo más profundo de aquel pozo abandonado, bajo la tierra, envuelto en tinieblas, podía verse el agua clara, un cielo despejado y también las nubes que pasaban por debajo del sol. Nikita se inclinó sobre el brocal de troncos y preguntó: « ¿Qué hacéis ahí?».

El niño pensaba que allá abajo, en el fondo, vivían hombrecillos acuáticos. Sabía cómo eran, los había visto en sueños, y cuando despertaba intentaba atraparlos, pero se le escapaban corriendo por la hierba hacia el pozo, huyendo a su hogar. Eran de la medida de un gorrión, pero gordos, sin pelo, mojados y malos; al parecer querían beberle los ojos a Nikita mientras dormía.

« ¡Ya veréis! - dijo Nikita dirigiéndose al interior del pozo -. ¿Qué hacéis viviendo ahí?»

De pronto el agua del pozo se enturbió y alguien chapoteó dentro mostrando su boca. Nikita se quedó boquiabierto, dispuesto a gritar, pero no brotó sonido de sus labios porque había enmudecido de espanto; apenas sintió que su corazón se agitaba.

« ¡También hay un gigante viviendo ahí, con sus hijos!», resolvió Nikita.

« ¡Abuelo! - llamó en voz alta mirando hacia el cielo -. ¿Estás ahí, abuelo?» Y Nikita echó a correr de vuelta a casa.

Junto al cobertizo se serenó. Vio la entrada de dos guaridas que se internaban en la tierra debajo de la pared de troncos del cobertizo. También allí vivían inquilinos misteriosos. Pero ¿quiénes serían? ¡Serpientes, quizá! Saldrán de noche, vendrán arrastrándose hasta la isba y morderán a mamá cuando esté durmiendo, y mamá morirá.

Nikita fue corriendo a la casa, cogió de la mesa dos pedazos de pan y volvió con ellos al patio. Puso pan en la entrada de cada guarida y dijo a las serpientes: «Serpientes, comeos el Pan, pero no vengáis de noche a nuestra casa».

Nikita miró a su alrededor. En la huerta se alzaba un viejo tocón. Al mirarlo, Nikita vio que era la cabeza de una persona. Tenía ojos, nariz y boca, y sonreía en silencio a Nikita. «¿También vives aquí? - preguntó el niño -. Sal y ven con nosotros a la aldea, podrás arar la tierra.»

El tocón soltó un graznido como respuesta y en su rostro apareció una expresión de enojo.

«¡No salgas, no hace falta, mejor vive ahí!», exclamó Nikita asustado.

Ahora reinaba el silencio en toda la aldea, no se oía un ruido. La madre estaba lejos, en el campo, y no tendría tiempo de llegar corriendo hasta él. Nikita se alejó del hosco tocón en dirección al cobertizo. Allí no sentía miedo; no hacía tanto que su mamá había estado en la casa. Sintió calor dentro de la isba. Nikita quería beberse la leche que le había dejado su madre, pero al mirar la mesa notó que la mesa era también una persona, sólo que con cuatro patas y sin brazos.

Nikita salió al portal del cobertizo; lejos, más allá de la huerta y del pozo, se levantaba el baño viejo, que calentaban a la negra.¹ La madre le había contado que su abuelo se pasaba los días frotándose y bañándose allí cuando aún vivía.

El baño era una choza pequeña y vetusta, toda cubierta de moho, sin nada de interés.

«¡Esta es mi abuela, que no murió, sino que se convirtió en una pequeña choza! - pensó Nikita mirando aterrorizado el baño -. Ahí sigue viviendo, con cabeza y todo: no es una chimenea, sino la cabeza, y tiene la boca desdentada. ¡Es un baño porque quiere, pero en realidad es una persona! ¡No me engaña!»

El gallo vecino entró al patio. Su semblante se asemejaba al del pastor flaco y barbudo que en la primavera se había ahogado en el río crecido cuando trataba de cruzarlo a nado para ir a una boda en la aldea vecina.

Nikita decidió entonces que el pastor no quiso estar muerto y se convirtió en gallo; es decir, que ese gallo era una persona también, sólo que en secreto. Hay gente por todas partes, sólo que no parecen personas.

Nikita se agachó para mirar una flor amarilla. ¿Quién sería en realidad? Nikita escrutó la flor y observó cómo, poco a poco, iba apareciendo una expresión humana en su carita redonda. Ya casi podía ver sus ojos pequeños, la nariz, la boca húmeda, abierta, que despedía el olor de lo que respira con vida.

«¡Y yo que pensaba que eras una flor de verdad! - exclamó Nikita -. A ver, voy a mirar que tienes dentro, ¿tienes tripas?»

Nikita partió el tallo de la flor y vio leche en su interior.

«¡Eras un niño pequeño, estabas mamando de tu madre!» dijo Nikita con asombro. Se encaminó hacia el viejo baño:

1. O sea, sin tiro para el humo.

« ¡Abuela!», llamó en voz baja. Pero el rostro arrugado de la abuela se le encaró mostrándole los dientes con enfado.

« ¡No eres mi abuela, eres otra!», pensó Nikita.

Las varas del seto miraban a Nikita, parecían los rostros de personas desconocidas. Y cada una de aquellas caras lo observaba con desagrado: una con expresión maliciosa de enfado, otra parecía pensar en Nikita llena de cólera, una tercera estaba encajada con sus secas ramas - brazos en el seto y ya se disponía a escurrirse de allí para lanzarse tras Nikita.

« ¿Qué hacéis aquí? - gritó Nikita -. ¡Éste es nuestro patio!»

Pero los desconocidos y agresivos rostros de aquellas personas seguían observándolo inmóviles y vigilantes desde todas partes. FA niño miró hacia los lampazos: esos tenían aspecto noble. Sin embargo, también los lampazos movían ahora sus grandes cabezas con actitud hosca, no lo querían.

Nikita se tumbo en el suelo y pego la cara a la tierra. Dentro de la tierra se oía un zumbido de voces, seguro que vivía mucha gente en las oscuras tinieblas, se oía cómo arañaban con las manos pugnando por abrirse paso hacia la luz del sol. Nikita se incorporó espantado de que en todas partes viviera gente y desde todos los rincones ojos intrusos lo observaran, y de que incluso aquellos que él no podía ver estuvieran intentando salir de las entrañas de la tierra, desde sus madrigueras o del oscuro alero del cobertizo, para darle alcance. Se volvió hacia la isba, que ahora lo miraba como esas pueblerinas, viejas y remotas, que uno ve pasar y que dicen en un susurro: « ¡Ahh, ahh, sinvergüenzas, os trajeron al mundo, os parieron para que ahora os comáis el pan, vagos!».

« ¡Mamá, vuelve a casa! - suplicó Nikita a su madre, que se encontraba lejos -. ¡Que sólo te cuenten la mitad de la jornada, no importa! Hay intrusos en la casa, están viviendo en nuestro patio. ¡Sácalos de aquí!»

Pero su madre no lo oyó. Nikita fue hasta el otro lado del cobertizo; quería echar una ojeada para comprobar que el tocón - cabeza no estuviera saliéndose de la tierra, porque ese tocón tenía una boca grande, se comería toda la col del huerto. ¿Con qué cocinaría entonces su madre la sopa en invierno?

Nikita miró desde lejos, intimidado, al tocón de la huerta. El rostro sombrío, huraño, con su cara llena de arrugas, le sostuvo la mirada a Nikita.

Y alguien que estaba lejos, fuera de la aldea, allá por el bosque, gritó con fuerza:

- ¿Maksim, dónde estás?

- ¡En la tierra! - replicó el tocón con voz sorda.

Nikita dio media vuelta para salir corriendo a buscar a su madre, pero se cayó. El terror lo paralizó; sus piernas se habían vuelto como ajenas y no le obedecían. Entonces empezó a arrastrarse sobre el vientre, como cuando era pequeñín y no sabía caminar.

« ¡Abuelo!», musitó, y dirigió la mirada hacia el noble sol que brillaba en el cielo.

Una nube se había plantado delante del sol y su luz no le llegaba ahora.

« ¡Abuelo, vuelve! Baja a vivir con nosotros.»

El sol - abuelo salió de detrás de la nube, como si el abuelo se hubiera quitado enseguida la oscura sombra que le cubría la cara para ver a su nieto que se arrastraba por la tierra sin fuerzas. El abuelo lo estaba mirando y Nikita pensó que lo veía, así que se levantó y echó a correr en busca de su madre.

Corrió largo rato. Dejó atrás la calle principal de la aldea por un camino desolado y polvoriento; luego sintió que reventaba de cansancio y se sentó a la sombra de un gavillero, a las afueras de la aldea.

Nikita pensaba descansar sólo un rato, pero apoyó la cabeza en el suelo, se durmió y cuando despertó ya estaba anocheciendo. Un pastor iba arreando el rebaño del koljoz. Nikita iba a seguir hacia el campo a buscar a su madre, pero el hombre le dijo que ya era tarde y que hacía mucho que la mamá de Nikita se había marchado del campo y regresado a casa.

Nikita encontró a su madre sentada a la mesa mirando, sin quitarle los ojos de encima, a un viejo soldado que comía pan y bebía leche.

El soldado miró a Nikita, se levantó de su banco y lo cogió en brazos. El soldado despedía un olor cálido, como de bondad y serenidad, olía a paz y a tierra. Nikita sintió temor y se mantuvo en silencio.

- Hola, Nikita - dijo el soldado -. Te has olvidado de mí. Eras un bebé cuando te besé y me fui a la guerra. Pero yo sí te recuerdo. En los momentos más duros siempre me acordaba de ti.

- Es tu padre, que ha vuelto a casa, Nikita - dijo la madre, secándose con el delantal las lágrimas que corrían por su rostro.

Nikita examinó a su padre, su semblante, sus manos, la medalla en el pecho, y tocó los botones claros de su camisa.

- ¿Y volverás a marcharte?

- No - contestó el padre -, ahora me pasaré toda la vida contigo. Ya aplastamos al odioso enemigo. Ahora me ocuparé de ti y de mamá.

A la mañana siguiente, Nikita salió al patio y en voz alta se dirigió a todos los que vivían en el patio, a los lampazos, al cobertizo, a las estacas del seto, al tocón - cabeza del huerto, al baño del abuelo: «Papa ha vuelto. Se pasará toda la vida con nosotros».

Todos callaban, era evidente que les asustaba la presencia del padre, del soldado. También había silencio bajo tierra; nadie arañaba ni trataba de escurrirse para salir afuera, a la claridad.

«Ven, Nikita, ¿con quién estás hablando?»

El padre estaba en el cobertizo, revisando y probando las hachas, las palas, el serrucho, el cepillo, las mordazas, el banco y diversos hierros de la casa.

El padre soltó las cosas y cogió a Nikita de la mano para llevarlo con él a recorrer el patio, para observar dónde estaba cada cosa, qué estaba entero y qué se había podrido, qué había que hacer y qué no.

Al igual que el día anterior, Nikita observaba el rostro de todos los seres que vivían en el patio, pero esta vez no vio a ningún hombre oculto. En ninguna parte veía ojos, ni narices, ni bocas, ni maldad. Las varas del seto eran gruesas ramas secas, ciegas y sin vida, y el baño era una casucha podrida que se estaba hundiendo en el suelo bajo el peso de los años. En ese momento Nikita llegó a compadecer el baño del abuelo, que se estaba muriendo y dejaría de existir.

El padre fue al cobertizo por un hacha y se puso a cortar el vetusto tocón del huerto para hacer leña. El tocón empezó a desmoronarse al momento; estaba podrido por completo y bajo los golpes del hacha despedía un polvo seco que parecía humo.

Una vez que el tocón - cabeza hubo desaparecido, Nikita dijo a su padre:

- Cuando no estabas, el tocón decía cosas. Estaba vivo, tiene la barriga y las piernas bajo tierra.

El padre llevó al niño al interior de la casa, a la isba.

- No, hace mucho que ha muerto - dijo el padre -. ¡Eres tú el que quiere que todo viva!; eres noble de corazón. Para ti, hasta las piedras están vivas, y hasta la difunta abuela vive ahora en la luna.

- ¡Y mi abuelo en el sol! - exclamó Nikita.

Durante el día el padre estuvo cepillando unas tablas en el cobertizo para cambiar el suelo de la isba, y le pidió a Nikita que enderezara los clavos doblados con el martillo.

Nikita empezó a trabajar gustoso con el martillo, como un adulto. Cuando hubo enderezado el primer clavo, vio en él a un hombrecillo pequeño y bondadoso que le sonreía cubierto con su gorrito de hierro. Se lo mostró al padre y le dijo:

- ¿Y por qué los otros eran malos: el lampazo era malo, y también el tocón - cabeza, y los hombres acuáticos, mientras que este hombre es bueno?

El padre acarició los cabellos claros de su hijo y le respondió:

- A aquéllos los inventaste tú, Nikita, no existen, no son firmes, por eso son malos. Pero a este hombrecillo - clavo lo has hecho tú mismo con tu trabajo, por eso es bueno.

Nikita se quedó pensativo.

- Entonces lo haremos todo con el trabajo y así todos vivirán.

- Claro que sí, hijito - asintió el padre.

El padre estaba seguro de que Nikita conservaría su bondad durante el resto de su vida.

El peso de los caídos

«Desde el abismo clamo.» *Palabras de los muertos*

Una madre regresó a su casa. Había estado fuera, refugiada de los alemanes, pero no pudo acostumbrarse a vivir en otro lugar que no fuera su pueblo natal, por lo que regresó a casa.

Dos veces debió atravesar por tierra de nadie, cerca de las fortificaciones alemanas, porque el frente por allí era desigual y ella había tomado el camino recto, el más rápido. No le temía a nadie, no se cuidaba de nadie, y los enemigos no le hicieron daño.

Avanzaba triste por los campos, despeinada y con la cara desencajada, como de ciega. Le daba igual lo que había en ese momento en el mundo y lo que estaba sucediendo en él, y nada en el universo podía ni alegrarla ni entristecerla, porque su desgracia era eterna y su tristeza inabarcable: ella, una madre, había perdido a todos sus hijos. Ahora se sentía tan débil e indiferente, que avanzaba como una brizna de paja llevada por el viento y en todo encontraba la misma indiferencia hacia ella. Al sentir que nadie la necesitaba y que, por lo mismo, tampoco ella necesitaba a nadie, sintió aún mayor pesar. A veces esto basta para que una persona muera, pero ella no murió: necesitaba ver la casa en la que había vivido toda su vida y el lugar en el que habían muerto sus hijos en combate o ejecutados.

En el camino se cruzó varias veces con los alemanes, pero éstos no tocaron a la mujer; les extrañó ver a una vieja tan desgraciada, les horrorizó la mucha humanidad que descubrieron en su cara y la dejaron irse para que muriera por su cuenta. A veces, en las caras de las personas se refleja una opaca luz de extrañeza que es capaz de asustar a los animales y a las personas malintencionadas. Nadie tiene fuerza suficiente para acabar con estas personas y a nadie le resulta posible acercarse a ellas. El animal y la persona prefieren pelear con sus semejantes y dejar ir a quienes no se les parecen, porque temen ser vencidos por una fuerza desconocida.

Después de atravesar toda la guerra, la vieja madre alcanzó por fin su casa, pero encontró su pueblo natal vacío. Su casa pequeña y pobre, revocada con barro pintado de amarillo, con su chimenea de ladrillo que parecía la cabeza de una persona meditabunda, hacía mucho que había sido quemada por el fuego alemán, que sólo dejó cenizas tras de sí. Sólo la hierba, como la que crece sobre las tumbas, nacía entre aquellas cenizas. También había desaparecido todo el vecindario, toda la vieja ciudad. Una luz blanca y triste lo iluminaba todo, y era posible ver en la lejanía a través de la tierra silenciosa. Pasaría muy poco tiempo y la hierba cubriría del todo este lugar antes habitado, los vientos soplarían libres, los torrentes de lluvia lo igualarían y ya no quedaría huella humana ni nadie para asimilar y heredar como un conocimiento útil todo el sufrimiento de la vida terrestre. Este último pensamiento hizo suspirar a la mujer, y también el dolor que sentía su corazón por tanta vida perdida y sin memoria.

Pero su corazón era bondadoso y quería vivir para amar a los muertos, para terminar los planes que la muerte había interrumpido.

Se sentó en medio de aquellas cenizas frías y apoyó sus manos en el polvo en que se había convertido su casa. Sabía cuál era su destino, sabía que le había llegado su hora, pero se resistía, porque si ella moría, ¿qué pasaría con el recuerdo de sus niños?, ¿quién los conservaría en su amor si también su corazón dejaba de respirar?

La madre no sabía la respuesta a esta pregunta y meditaba sola. Se le acercó su vecina, Yevdokía Petrovna, una mujer joven y de buen ver, antes gorda, pero ahora débil, silenciosa e indiferente. Una bomba había matado a sus dos hijos pequeños cuando regresaba con ellos de la ciudad. Su esposo había desaparecido en unos trabajos de excavación, y ella había vuelto para enterrar a sus hijos y terminar de vivir el tiempo que le quedaba en aquel lugar muerto.

- Buenas, Maria Vasílievna - dijo Yevdokía Petrovna.

- ¿Eres tú, Dunia? - le preguntó María Vasílievna -. Siéntate, hablemos. Inspeccióname la cabeza, porque hace mucho que no me baño.

Dunia accedió con docilidad y se sentó a su lado; Mana Vasílievna recostó la cabeza en sus rodillas y la vecina empezó a inspeccionársela. Las dos se sintieron mejor dedicándose a esta tarea. Mientras una trabajaba afanosamente, la otra se arrebujó contra su cuerpo y se quedó dormida con la tranquilidad que le infundía la cercanía de una persona conocida.

- ¿Los tuyos murieron todos? - preguntó Maria Vasílievna.

- ¡Sí, todos, claro! - le contestó Dunia -. ¿Y los tuyos?

- Todos, no queda nadie - dijo Maria Vasílievna.

- Entonces estamos a la par: ni tú ni yo tenemos a nadie - comentó Dunia satisfecha de que su desgracia no fuera única en el mundo, de que a los demás les hubiera tocado la misma desdicha.

- Mi desgracia es mayor que la tuya: antes también era viuda - dijo Maria Vasílievna -. Y mis dos hijos han caído cerca del pueblo. Se alistaron en el batallón de trabajadores cuando los alemanes salieron de Petropávlovsk a la carretera de Mitrofánievsk... Mi hija me llevó bien lejos de aquí porque me quería mucho, era mi hija. Después se alejó de mí, empezó a amar a todo el mundo, compadeció a un hombre - mi hija era una muchacha bondadosa -, se inclinó sobre él, que estaba débil y herido, y entonces la mataron, desde arriba, desde un avión... ¿Y yo qué? No tengo nada y regresé. ¿Qué tengo ahora? Me da igual. Tengo la sensación de estar muerta...

- Bueno, ya nada se puede hacer. Sigue viviendo como una muerta; yo también vivo así - dijo Dunia -. Todos los míos descansan y los tuyos también descansan... Sé dónde están los tuyos, sé adonde los arrastraron a todos para enterrarlos, yo estaba aquí y lo vi con mis propios ojos. Primero contaron a todos los muertos, levantaron un acra, pusieron a un lado a los suyos, y a nuestros muertos los llevaron más allá. Luego desnudaron a todos los nuestros y apuntaron en el acta cuánta ropa se podía aprovechar. Se alargaron en este tipo de asuntos y luego empezaron a empujarlos y a lanzarlos a la tumba.

- ¿Y quién la cavó? - se preocupó Maria Vasílievna -. ¿Cavaron profundo? Una tumba profunda sería más caliente porque estaban desnudos, sentirán frío.

- ¡No, nada de profunda! - le informó Dunia -. ¡Una fosa de proyectil fue su tumba! Los amontonaron hasta llenarla, pero no había sitio para todos los muertos, así que pasaron por encima con un tanque de guerra, los muertos se aplastaron, se hizo más espacio y echaron allí a los muertos restantes. No tenían ganas de cavar, ahorraban sus fuerzas; echaron un poco de tierra por encima. Allí descansan los muertos en el frío; sólo los muertos pueden aguantar el sufrimiento de estar eternamente desnudos en el frío...

- ¿Y a los míos también los destrozaron con el tanque o los colocaron arriba, sin aplastarlos? - preguntó Maria Vasílievna.

- ¿A los tuyos? - contestó Dunia -. La verdad es que no lo pude ver... Allí, detrás del pueblo, cerca de la carretera descansan todos; si vas, los verás. Yo hice una cruz con ramas y la puse allí, pero fue por gusto; una cruz se cae aunque sea de hierro, y la gente olvidará a los muertos...

Maria Vasílievna se incorporó, hizo que Dunia bajara la cabeza y empezó a inspeccionarle el pelo. Se sintió mejor trabajando; el trabajo manual cura los espíritus tristes y enfermos.

Después, cuando cayó la tarde, Maria Vasílievna se levantó. Era una mujer vieja y estaba cansada. Se despidió de Dunia y salió a la noche, donde descansaban sus niños. Dos de sus hijos en una tumba cercana, y un poco más allá su hija.

Maria Vasílievna fue hasta el poblado cercano. Antes vivían allí, en casitas de madera, horticultores y campesinos que se alimentaban de las parcelas que había junto a sus casas y que gracias a esto subsistían desde tiempos remotos. Ahora nada quedaba en este lugar; el fuego había fundido la capa superior de tierra y la gente había muerto o vagabundeaba por los alrededores, o los habían cogido como rehenes y enviado al trabajo y a la muerte.

La carretera de Mitrofánievsk salía del pueblo a la llanura. En tiempos pasados, al borde de la carretera crecían poderosos árboles; ahora la guerra los había roído, reduciéndolos a tocones, y la solitaria carretera tenía un aspecto triste, como si el fin del mundo no quedara lejos de allí...

Maria Vasílievna llegó a la tumba con la cruz hecha de dos ramas débiles y temblorosas y se sentó a sus pies. Ahí abajo descansaban sus niños desnudos asesinados, profanados y enterrados por manos ajenas.

Llegó el crepúsculo y se convirtió en noche. En el cielo se encendieron las estrellas otoñales. Parecía que después de desahogarse llorando en lo alto habían abierto sus ojos bondadosos y sorprendidos, y miraban inmóviles la tierra oscura en la que había tanto sufrimiento y cuyo poder hipnótico les impedía apartar la vista de ella.

«Si estuvierais vivos - susurró la madre dirigiéndose a sus hijos muertos -, si estuvierais vivos, ¿cuánto trabajo podríais haber hecho?, ¿cuántos destinos podríais haber conocido? Pero ahora que estáis muertos... ¿Y dónde se ha quedado la vida que no vivisteis? ¿Quién la vivirá por vosotros...? ¿Qué edad tenía Matvéi? Casi veintitrés...

Vasili cumpliría veintiocho. La niña tenía dieciocho, cumpliría los diecinueve este año, ayer fue su cumpleaños... Tanto corazón gasté en vosotros, tanta sangre perdí, pero al parecer no fue bastante, porque moristeis, no pude conservaros la vida, no os rescaté de la muerte, mi solo corazón y mi sangre fueron poco. ¿Y quiénes eran ellos? Fran mis hijos, aunque no pidieron venir al mundo. Los parí sin pensar, los parí y pensé: "Que vivan solos". Pero al parecer aún no se puede vivir en la tierra, todavía nada está listo aquí para los niños. ¡Se han esforzado por arreglarlo todo, para dejarlo a punto, pero no han podido! Aquí no pueden vivir, pero tampoco tenían otro lugar donde vivir. ¿Y qué podíamos hacer nosotras, las madres? Paríamos hijos, ¿qué otra cosa podíamos hacer? Sola no tiene sentido vivir...»

Tocó la tierra de la tumba y se acostó boca abajo sobre ella. Dentro de la tierra remaba el silencio, nada se oía.

«Duermen - susurro la madre -, nadie se mueve. Les fue difícil morir y la muerte los dejó sin fuerzas. ¡Que duerman! Los esperare... No puedo vivir sin mis hijos, no quiero vivir sin muertos...»

Maria Vasílievna alzó el rostro de la tierra porque le pareció oír que la llamaba su hija Natasha, que la llamaba sin pronunciar palabras, murmurando algo como en un suspiro. La madre miró a su alrededor tratando de ver de dónde provenía su dulce voz, si del campo silencioso, de las profundidades de la tierra o de lo alto del cielo, de aquella estrella clara. ¿Dónde estaba ahora su hija muerta? ¿O ya no estaba en ninguna parte y a la madre sólo le parecía oír su voz que sonaba como un recuerdo en su propio corazón?

Maria Vasílievna volvió a prestar oído, y otra vez, viniendo del silencio del universo, le pareció oír la voz sedante de su hija, una voz que, de tan lejana, sonaba a silencio, pero que le hablaba pura y claramente sobre la esperanza y la alegría, sobre que se cumpliría todo lo no cumplido, que los muertos regresarían a vivir en la tierra y que los que habían sido separados se abrazarían y no se separarían nunca más.

A la madre le pareció que la voz de su hija era alegre y comprendió que aquello significaba que confiaba en que volvería a vivir, que necesitaba la ayuda de los vivos y no quería seguir estando muerta.

«Hija, ¿cómo podría ayudarte? Yo también estoy casi muerta - dijo Maria Vasílievna. Hablaba tranquila y con claridad, como si estuviera en la calma de su hogar y conversara con sus hijos como antes, en su anterior vida feliz -. Yo sola no podré levantarte. Si el pueblo entero te hubiera amado y hubiera eliminado toda la injusticia sobre la faz de la tierra, entonces él podría regresarte a la vida, y también a todos los que murieron injustamente, porque la muerte es precisamente la mayor injusticia. Pero sin su ayuda, ¿cómo podría ayudarte? ¡Moriré de pena y sólo entonces podré estar contigo!»

La madre le habló largo tiempo con palabras de consuelo, razonando como si Natasha y los otros hijos la escucharan con atención. Después le entró sueño y se quedó dormida sobre la tumba.

El cielo iluminado de la guerra apareció a lo lejos y la alcanzó el sordo retumbar de los cañones. Había comenzado una batalla. Maria Vasílievna despertó y vio el fuego en el

cielo, escuchó la respiración agitada de los cañones. «Son los nuestros que vienen - pensó -, ¡Que lleguen pronto, que haya un poder soviético, el poder que ama al pueblo, que ama el trabajo, que enseña a la gente; es un poder inquieto; quizá, dentro de un siglo, aprenda a revivir a los muertos. Entonces suspirará y se alegrará mi huérfano corazón de madre.»

Maria Vasílievna confiaba y entendía que todo sucedería tal y como ella imaginaba. Había visto aeroplanos volando, algo que también era difícil de inventar y de hacer. Del mismo modo, todos los muertos podrían ser devueltos desde la profundidad de la tierra a vivir otra vez bajo la luz solar. Sucedería si la inteligencia humana tenía en cuenta las necesidades de la madre que da a luz y entierra a sus hijos y le duele su pérdida.

Se volvió a acostar sobre la tierra blanda de la tumba para estar más cerca de sus hijos. Su silencio significaba un repudio al mundo - malhechor que les había dado muerte y la pena de la madre que recordaba el olor de sus cuerpos infantiles y el color de sus ojos vivos.

Hacia el mediodía, los tanques rusos salieron a la carretera de Mitrofánievsk y se detuvieron junto al pueblo para pasar revista y repostar combustible; habían dejado de hacer fuego porque la guarnición alemana de la ciudad se había retirado a tiempo para reagruparse con su ejército y así librarse del combate.

Un soldado rojo bajó de su tanque para caminar por la tierra, sobre la cual brillaba ahora un sol pacífico. El soldado ya no era joven y le gustaba ver cómo vive la hierba y comprobar si todavía existían las mariposas y los insectos que conocía de antes.

A los pies de una cruz hecha de ramas, el soldado vio a una vieja acurrucada sobre la tierra. Se agachó y trató de escuchar su respiración. Después giró el cuerpo de la mujer y Pegó el oído a su pecho para cerciorarse de que no latía. «Su corazón se ha ido - entendió el soldado, y cubrió en silencio el rostro de la muerta con un lienzo limpio que llevaba consigo como peal de repuesto -. Ya no tenía con qué vivir; su cuerpo estaba tan comido por el hambre y por la desdicha que hasta los huesos se le ven bajo la piel.»

«Duerme por ahora - habló en voz alta el soldado despidiéndose -. No importa de quién fueras madre, pero sin ti también me he quedado huérfano.»

Permaneció parado un poco más junto a ella, despidiéndose angustiosamente de la madre ajena.

«Todo está oscuro para ti ahora y te has ido. ¿Qué remedio? No hay tiempo de afligirnos por ti. Primero debemos batir al enemigo. Luego el mundo entero deberá entrar en razón. No puede ser de otro modo, porque entonces todo sería en vano.»

El soldado regresó al tanque y se sintió triste sin los muertos. Pero sintió que ahora le era más necesario vivir. No sólo había que borrar al enemigo de la vida de la gente, sino que después de la victoria habría que aprender a vivir aquella vida superior que los muertos le habían legado silenciosamente. Entonces, en señal de respeto a su eterna memoria, debían cumplirse sus esperanzas, para que se hiciera su voluntad y no engañar sus corazones yertos. Sólo en los vivos pueden confiar los muertos, y éstos

tienen que vivir de modo que el destino libre y feliz del pueblo justifique sus muertes y, de esta manera, den a su caída su justo peso.

Afrodita

¿Seguiría viva su Afrodita? Nazar Fomin había dejado ya de dirigir, esperanzado, aquella pregunta a personas e instituciones, que le contestaban que no había ni rastro de su Afrodita, y ahora se la hacía a la naturaleza, al cielo, a las estrellas, al horizonte y a las cosas sin vida. Confiaba en que habría algún indicio, alguna vaga señal que le indicara si su Afrodita estaba viva o si su pecho ya había dejado de respirar. Salía al aire libre, se detenía frente a una inocente flor de color azul celeste, la miraba largo rato y al final preguntaba: «Bueno, desde donde estás ves más que yo, estás unida a la tierra, mientras que yo ando por mi cuenta... ¿Sigue viva Afrodita o no?». Ni su pregunta ni su tristeza alteraban a la flor, que permanecía callada, viviendo a su manera; el viento agitaba indiferente las hierbas, como habría soplado sobre la tumba de Afrodita o quizá sobre su rostro risueño. Fomin miraba las nubes que flotaban a lo lejos, sobre el horizonte, brillando con luz pura, y pensaba que desde allí, desde esa altura, tal vez se alcanzaría a ver dónde estaba su Afrodita. Confiaba en que la naturaleza tiene cierta economía común gracias a la cual le sería posible advertir la tristeza por la pérdida o la alegría por conservar íntegros sus bienes, y él esperaba poder ver, a través de ese vínculo que unía todo lo vivo y todo lo muerto, la débil señal que le indicara el destino de su esposa Afrodita, de si estaba viva o muerta.

Afrodita había desaparecido al comienzo de la guerra, confundida entre la gente que huía de los alemanes hacia el este. En aquel momento, a Nazar Ivánovich Fomin ya lo habían llamado a filas, así que no pudo hacer nada para salvar a su ser querido. Afrodita era una mujer joven, lista, sociable, no podía perderse sin dejar huella o morir de hambre entre su propio pueblo. No debía descartar, lógicamente, que le ocurriera alguna desgracia en los lejanos caminos o que muriera casualmente. Pero ni en la naturaleza ni entre la gente le era posible descubrir alguna voz o estremecimiento que respondiera a su triste corazón esperanzado y, por lo tanto, Afrodita debía seguir con vida.

Fomin se sumergió en sus recuerdos, rememoró lo vivido en un cuadro inmóvil de la felicidad para siempre detenida...

A su mente acudió la imagen de una pequeña ciudad iluminada por el sol, sus deslumbrantes paredes de cal, sus tejados, los jardines frutales cuyos árboles crecían en cálida bonanza bajo el cielo azul. Al mediodía, Fomin iba a desayunar a un café junto a la oficina de edificios ignífugos, donde desempeñaba el cargo de maestro de obras. En el café sonaba un fonógrafo. Fomin se acercaba a la barra, pedía salchicha con col y el llamado «volador», es decir, guisante salado que se lanzaba a la boca en vuelo libre, y además una jarra de cerveza. La dependienta le escanciaba la cerveza, mientras Fomin vigilaba el chorro, exigiendo que le sirvieran justo hasta la marca y no se lo llenaran con espuma vacía. En esta lucha diaria con la espuma de la cerveza jamás se fijó en la camarera y ni siquiera se acordaba de ella al salir del café. Pero una vez ella suspiró

profundamente sin querer, y Fomin contempló largamente a la mujer tras el mostrador. Ella también lo miraba; la espuma colmó la jarra, pero la dependienta no le prestaba atención. « ¡Stop!», le dijo entonces Fomin, y por primera vez descubrió que la mujer era joven, de rostro despejado, con brillantes ojos negros que conjugaban extrañamente en su expresión el ensueño y la burla. Era dueña, además, de una frondosa cabellera negra que le crecía con salvaje fuerza en la cabeza. Fomin apartó la vista, pero sus sentimientos quedaron cautivados por la imagen de aquella mujer, una sensación que dejó de contar con su razón y la calma de su espíritu y avanzó en contra de ellos, conduciéndolo a su felicidad. Entonces miraba la espuma sobre el mostrador y observaba indiferente cómo se derramaba inútilmente sobre el mármol. Más tarde, con una sonrisa, bautizó a la mujer, cuyo nombre era Natalia Vladímirovna, como Afrodita, porque su imagen se le había aparecido sobre la espuma, no del mar, pero sí de otro líquido. Y junto a su Afrodita, como su cónyuge, Nazar Fomin vivió veinte años, si se obvia una interrupción de dos años y medio. Sólo la guerra los separó; y ahora interrogaba en vano sobre su suerte a las plantas y a cuanta buena criatura hay en la tierra, e incluso escudriñaba con su pregunta a fenómenos celestes como las nubes y las estrellas. El buró de información sobre los evacuados buscaba desde hacía mucho a Natalia Fomin, pero seguía sin encontrarla. Afrodita era el ser más cercano para Nazar Fomin. Durante toda su vida se acostumbró a conversar con ella; lo ayudaba a reflexionar y le imbuía confianza en la tarea que realizaba. Y ahora, en la guerra, era el cuarto año lejos de Afrodita. En cada minuto libre, Nazar Fomin le escribía largas cartas que enviaba al buró de información sobre los evacuados en Buguruslán, para que las entregaran al destinatario en cuanto lo encontraran. En lo que iba de guerra posiblemente se habían acumulado en aquel buró muchas cartas semejantes. Algunas serían entregadas, otras jamás, y se destruirían sin que nadie las hubiese leído. Nazar Fomin escribía a su esposa tranquila y detalladamente, creyendo en su existencia y en el encuentro futuro con ella, pero ni una sola vez había recibido respuesta de Afrodita. Los soldados y oficiales comandados por Fomin revisaban minuciosamente el correo para que no se perdiera ninguna carta dirigida al jefe, porque era casi la única persona del regimiento que no recibía cartas, ni de su mujer ni de sus parientes.

Hacía mucho que habían quedado atrás aquellos felices años de paz. No podían durar eternamente, porque hasta la dicha misma, para conservarse, debe cambiar. En campaña, Fomin encontró una felicidad distinta a su pacífica labor anterior, aunque también familiar; abrigaba la esperanza de que cuando acabara la guerra conocería una vida mucho más elevada que la suya anterior como trabajador y combatiente.

Nuestra vanguardia ocupó la ciudad sureña en la que vivía y trabajaba Fomin antes de la guerra. Su regimiento estaba en la reserva y no fue lanzado a la acción porque no era preciso. Dislocaron el regimiento en la ciudad, en el segundo escalón, que luego debería partir a su larga marcha hacia occidente. Nazar Fomin escribió una carta a Afrodita en el primer alto y se fue a su ciudad más querida en toda la tierra rusa. La ciudad estaba destrozada por el fuego artillero y quemada por los incendios; el enemigo había

convertido en ceniza sus edificios más sólidos. Fomin ya se había acostumbrado a ver trigales aplastados por las máquinas, la tierra con la herida de las trincheras y a poblados desmantelados por los golpes de fuego; aquélla era la labranza de la guerra, donde se sembraba en la tierra lo que jamás debía volver a crecer: cadáveres malvados. Y también, lo que habiendo nacido para la buena vida activa, había sido condenado a eterna memoria: el cuerpo de nuestros soldados que aun muertos seguían vigilando en sus tumbas al enemigo caído.

Por aquel entonces la Rusia soviética había comenzado a vivir su destino. Su pueblo se adentró por un glorioso camino que no tenía vuelta atrás, seguros de que serían los primeros en arribar a un futuro en que nadie jamás había estado y de hacer realidad todas sus esperanzas, encontrar en el trabajo y en las hazañas los bienes eternos y la dignidad de la vida humana, y compartirlas con otros pueblos. En su juventud, Fomin tuvo en el mar de Azov una visión muy simple. De pie en la orilla, vio un velero solitario alejarse por el mar azul bajo un cielo dorado y brillante; el pequeño barco se alejaba más y más, su vela blanca reflejaba el sol con su color suave, y mucho después, la gente en la orilla siguió viendo el velero, que ya había desaparecido detrás del mágico horizonte. En aquel momento Nazar sintió una triste alegría, como si alguien querido lo invitara a seguirlo al espacio brillante del cielo y de la tierra, aunque fuera un camino que todavía no podía emprender. Él se imaginaba la Rusia soviética como a aquel velero que había desaparecido en la luminosa lejanía, adentrándose en el universo y el tiempo eterno.

También recordaba cierta tarde de un día ya olvidado. Nazar bajaba por un barranco en el que crecía hermosa hierba silvestre; desde lo alto, el sol los llamaba a todos hacia él y desde la oscuridad terrestre se levantaban los arbustos y los animales para visitarlo. Todos de diferentes colores, cada uno distinto del otro; cada cual se había acomodado y vuelto a nacer en aquella tierra con tal de salir, de volver a respirar y sentir el triunfo de poder vivir su plazo asignado en la cita común de la existencia, para alcanzar a amar a los vivos y despedirse luego para siempre. El joven Nazar Fomin sintió en aquel momento la gran desgracia inefable del universo, la que sólo puede entender, expresar y vencer el hombre porque en esto precisamente consiste su obligación. En aquella época, a Nazar le alegraba poder cumplir con su deber de hombre y sabía de antemano que así sería, porque la clase proletaria y los bolcheviques habían asumido las obligaciones y la carga de la humanidad, y gracias a un trabajo heroico, y a la fuerza que les daba comprender correctamente la razón de su existir, el pueblo trabajador cumpliría su destino y la verdad alumbraría el oscuro destino de la humanidad. Así pensaba Nazar Fomin en su juventud. En aquellos momentos sentía más que sabía, porque aún no podía expresar las ideas de todos con palabras claras, pero le bastaba con confiar felizmente en que la oscuridad que cubre el mundo y arroja su sombra sobre los corazones humanos no es eterna, sino que sólo es como la neblina que precede la aurora.

Los coetáneos de Nazar Fomin, los jóvenes del komsomol y los bolcheviques, habían sido inspirados por la misma idea de crear un mundo nuevo. Como el mismo Nazar,

estaban convencidos de que habían sido llamados por Lenin para participar en la hazaña de toda la humanidad, para dar inicio por fin a la vida verdadera, para que se cumplieran todas las esperanzas que la gente había abrigado durante siglos de trabajo y que había cobrado víctimas mortales, esperanza que habían preservado en su larga existencia y en paciente reflexión...

Al terminar la escuela de artes y oficios, en la ciudad de Rostov sobre el Don, Nazar Fomin regresó a su tierra natal, a esta misma ciudad que ahora contemplaba en soledad. Entró a trabajar como técnico - constructor y empezó la obra de su vida. Se tomó tan a pecho todo lo material, lo gris y rutinario, que se convirtió para él en algo espiritual que alimentaba su pasión por el trabajo. Ahora ya no recordaba si en aquel entonces se había dado cuenta de que todas las ideas realmente sublimes nacen de las necesidades de la vida; pero con sus propias manos llevaba adelante la transformación de lo material en espiritual, creía en la verdad revolucionaria que él mismo ponía en práctica y veta cómo influía en los destinos de los pueblos.

Al principio Nazar Fomin gestionó la construcción de un edificio ignífugo en el campo, un cargo que no se consideraba muy elevado. No obstante, Fomin hizo su trabajo con inspiración, lo asimiló en su corazón no como un servicio, sino como su razón de ser, miró con ojos apasionados las primeras tejas que produjo el taller artesanal, que olió y se llevó a su cuarto para poder mirarlas mañana y noche, y comprobar si en realidad eran tan buenas y duraderas para cubrir con ellas los techos de paja campesinos y que por muchos años las asegurara contra el fuego. Entonces también estudió las estadísticas de los incendios en la zona según la información del *zemstvo*,¹ y calculó que si las tejas sustituían los techos de paja, sólo con el ahorro que significaría la reducción de las pérdidas por fuego, los campesinos podrían al cabo de tres años perforar en cada aldea un pozo artesiano con abundante agua potable. Mientras que en los subsiguientes tres o cuatro años, con los mismos medios rescatados del fuego, se podría construir una planta de electricidad para el molino y la trilladora. Al pensar en esto, Nazar Fomin podía mirar las tejas largo rato sin aburrirse, imaginando cómo fabricarlas más fuertes y más baratas. En aquella época las tejas constituían su principal preocupación, y no podía pensar en otra cosa, ocupaban el lugar reservado a los libros y a los amigos; más tarde comprendió que ningún objeto puede ocupar el lugar de las personas, pero en su juventud le bastaba con imaginarse a las personas.

Hay tiempos en que la gente vive sólo con la esperanza y a la espera de grandes cambios en su destino; hay tiempos en que la generación viviente sólo se consuela pensando en el pasado, y hay tiempos felices en que el desarrollo histórico del mundo coincide con el movimiento de los corazones humanos. Nazar Fomin era una persona de aquella época feliz de su pueblo, y al principio, al igual que muchos de sus coetáneos y correligionarios, pensaba que habían llegado tiempos de dulce alegría, de paz,

1. Administraciones locales y provinciales en la Rusia zarista.

hermandad y felicidad para todos en la tierra. Para que esto se hiciera realidad bastaba, pensaba el joven Fomin, con construir y trabajar.

Nazar Fomin se había forjado su paz personal amando a su esposa Afrodita y siéndole fiel; de esta forma dominó todas sus oscuras pasiones, capaces de arrastrar a las personas hacia lados oscuros del mundo sentimental, en las que se puede malgastar la vida en absoluta inutilidad, aunque quizá muy plazeramente. De ahí que entregara todas sus fuerzas al trabajo, al servicio de las ideas que se habían convertido en el polo de atracción de su vida, o sea, en todo aquello que no desgasta a los hombres, sino que los hace revivir. En esto consistía su deleite, un deleite no furioso ni demacrado, sino suave como la bondad callada.

En aquella época, como tanta gente de su generación, Nazar Fomin se dedicó a insuflar espíritu al mundo, que hasta entonces había existido de manera miserable, aislado y sin claro sentido común.

Fomin fabricó tejas para los techos ignífugos, más tarde sus obligaciones aumentaron, y pronto fue elegido vicepresidente del consejo del pueblo; pero su actividad principal era ser el ingeniero principal de todos los trabajos del pueblo y sus alrededores. Entonces la ciudad se consideraba todavía un pueblo cabeza de región y del distrito. Fomin construía presas en las estepas, en los que el ganado saciaría su sed, abría pozos en las aldeas, que aseguraba con aros de hormigón, y empedraba los caminos del distrito con piedra de la zona, con lo que combatía la pobreza económica por todos los medios y aunaba la solitaria alma campesina en un solo pueblo.

Ya entonces pensaba en lo más esencial. Hasta en sueños le perseguía la misma idea: su esperanza en la felicidad futura. Durante dos años Fomin preparó su plan hasta que el comité ejecutivo del distrito le confió su comienzo. Fomin planeó construir una planta eléctrica en el pueblo con vistas a extender más adelante la red eléctrica hacia todo el distrito y darle así a la gente luz para leer libros, proporcionarle la fuerza de la máquina, facilitar su trabajo y brindarle calor con el que calentar las casas y los establos en invierno. La consecución de este simple sueño debía cambiar la vida de todo el pueblo y liberarlos de su pobreza y desdicha, del peso del trabajo que los chupaba hasta los huesos, pero que de todos modos no les proporcionaba bienestar...

Las sombras de aquellos recuerdos pasaban por el rostro del coronel Fomin, sentado en medio de las ruinas de la ciudad vencida que sus compañeros habían construido tiempo atrás. A veces, aquellos recuerdos moldeaban en su rostro una sonrisa; otras, congoja o la imagen serena de algún acontecimiento lejano.

Él construyó entonces la planta eléctrica. En el club para la enseñanza política del distrito organizaron una fiesta para celebrar la inauguración de la planta, muy potente para aquel tiempo. Afrodita bailó con él en aquella ocasión bajo la luz eléctrica, al son de una orquesta de tres acordeones cromáticos, y su alegría era mayor que la del propio Nazar, porque el trabajo de su esposo había sido un éxito.

A Fomin le costó mucho esfuerzo llevar adelante la construcción. Le asignaron pocos recursos financieros del presupuesto del distrito; por ello necesitó explicar

personalmente a toda la población del distrito cuan útil era la electricidad, en un intento de que el pueblo aportara su trabajo y todos los medios capaces de recopilar en común para construir la estación y tender las líneas. Con este fin, Fomin organizó treinta y cuatro sociedades campesinas para la electrificación y las unió a todas en la unión del distrito. Esto le exigió mucho corazón, mucha inquietud y trabajar sin descanso. Recordó a una huérfana de origen campesino, a Yevdokía Remeiko; sus padres le habían dejado un pequeño ajuar como dote que ella donó, sin quedarse con nada, y luego se apuntó como carpintero de segunda con mayor aplicación y deseo que muchos otros. Hoy, de estar viva, Yevdokía Remeiko sería una mujer de edad. Aunque de haber seguido siendo joven, seguro se habría alistado al Ejército Rojo o combatiría con los guerrilleros. Fomin recordó a otras personas que habían trabajado con él, a campesinos, a gente del pueblo, a viejos y a jóvenes que con absoluta franqueza, aportando toda su sabiduría, habían ayudado en la construcción del nuevo mundo. Sus capacidades ocultas y oprimidas habían brotado con fuerza y se habían desarrollado en un trabajo consciente y noble; sus almas, la manera como entendían la vida, se habían iluminado y acrecentado como crecen las plantas libres de la presión de una losa. La obra de la planta eléctrica todavía no estaba totalmente terminada y equipada, pero Fomin ya veía con satisfacción que sus constructores, los campesinos que trabajaban de manera voluntaria después de cultivar la tierra para producir pan, ahondaron tanto en el asunto, tanto interés mutuo llegaron a experimentar, tan fuerte sintieron su vínculo con la clase trabajadora que había producido los generadores de electricidad, que ya no hubo más soledad en sus corazones, y la indiferencia y el miedo que experimenta el propietario individual hacia lo desconocido empezaron a abandonarlos. Aunque la intención secreta de cada persona es dejar su casa, su soledad, para ver y sobrevivir a todos, para lograrlo era necesario hallar caminos asequibles para todas las personas. Yerémiev, un viejo campesino, expresó a Fomin sus vagos pensamientos, que resumían lo mismo: «No creas, Nazar Ivánovich, que no sentimos cómo el poder soviético nos guía por la vida: actúa, alégrate y responde tú mismo por el bien y por el mal, ya que dejaste de ser alguien ajeno en esta tierra. Pero ¿cómo era la vida antes? Cuando estabas en el vientre materno no tenías conciencia de que existías; al salir te doblegabas bajo el peso de las penas y la desgracia; vives en tu casa como en un calabozo, sin tan siquiera ver la luz, y cuando mueres te acuestas en el ataúd y olvidas que has existido. Donde quiera que estuviéramos, Nazar Ivánovich, siempre estábamos apretados, fuera en el vientre de tu madre, en el calabozo, en la tumba; la inconsciencia absoluta, y todos nos molestábamos entre nosotros. Mientras que ahora cada uno existe para ayudar. En esto consiste el poder soviético y la cooperación».

¿Dónde estaría ahora el viejo Yerémiev? Quizá vivía todavía, aunque era poco probable, porque había llovido mucho desde entonces...

La planta eléctrica duró poco: a los siete días de haber arrancado se incendió. Ese día Nazar Fomin estaba a cuarenta leguas del pueblo: había salido a inspeccionar la presa de la granja Dubrovka. Esta presa se había derrumbado durante una crecida otoñal y

debía precisarse el volumen de trabajo para su reconstrucción. Mientras estaba allá le mandaron un mensajero a caballo para avisarle del fuego, y Fomin regresó al instante.

En el extremo del pueblo, el lugar en que se había levantado el edificio de adobe de la planta eléctrica estaba vacío. Sólo quedaron en pie los cuerpos metálicos de la máquina muerta, del motor vertical y el generador. El calor hizo que se derritieran y salieran del motor todas las piezas de cobre; los rodamientos y la armadura habían fluido y se habían endurecido sobre el cimiento como torrentes de lágrimas. Los contactos del generador se habían derretido y fluyeron; la bobina se convirtió en humo y se evaporó todo el cobre.

De pie junto a sus máquinas muertas, que lo miraban con los ojos ciegos de sus partes tiernas y quemadas, Nazar lloró largamente. El viento lluvioso hacía resonar tristemente las planchas de hierro dobladas por el calor que habían sufrido. En aquel momento triste de su vida, Fomin miró al cielo, en donde flotaban las nubes oscuras del otoño perseguidas por una sombría tempestad; allí reinaba la tristeza y no existía compasión hacia la persona, porque toda la naturaleza, aunque es muy grande, es también muy solitaria y nada sabe, además, de sí misma. Sólo era diferente lo que el fuego había consumido: éste era el mundo creado por la gente en su compasión mutua; aquí, a pequeña escala, se había cumplido la promesa de una vida superior, de cambios y animación en el futuro de toda la naturaleza penosa, que se deprimía a sí misma; la esperanza de que posiblemente todo el universo existía sólo en el corazón y en la conciencia de la persona, y no de cualquier persona, sino sólo de aquella que llegó primero al sacrificio, al trabajo y a la revolución hasta entender su destino. ¡Qué pequeña es entonces esta fuerza comparada con la inmensidad del mundo y cuánto debemos cuidarla!

Para Nazar Fomin sobrevinieron tiempos tristes. Los órganos de instrucción le informaron que la planta se había quemado no por casualidad o descuido, sino que le había prendido fuego una mano malvada. Fomin no pudo entender cómo algo que era un bien común podía despertar odio y ser víctima de una maldad. Fomin visitó a la persona que había quemado la planta. El delincuente le pareció una persona corriente, pero no lamentaba lo hecho. En sus palabras Fomin sintió el odio insatisfecho con que alimentaba su espíritu. Fomin no recordaba con exactitud su cara y sus palabras, pero sí recordaba bien que no intentó ocultar su enfado ante él, el constructor principal de la desaparecida creación popular, y que justificó su acción como algo necesario para satisfacer su mente y su conciencia. Fomin escuchó en silencio al delincuente y entendió que podría convencerlo con palabras, y hasta con hechos, pero que aquél nunca le permitiría llegar hasta el final, no dejaría de destruir lo que no había construido.

Fomin pudo ver a un ser que él imaginaba extinguido ya o que después de la revolución viviría en un estado débil e inofensivo. Pero en la vida real aquel ser vivía una vida furiosa e incluso confiaba en que tenía razón. Y la fe de Fomin en la consecución de una felicidad superior para toda la tierra fue perturbada; todo el cuadro de un futuro brillante pareció alejarse hacia un horizonte nublado, y bajo sus pies otra vez se extendió

una tierra gris, dura e intransitable, la que habría que caminar todavía mucho antes de alcanzar aquel mundo brillante que él había creído tan cerca y accesible.

Los campesinos, los constructores y los socios de la planta se reunieron. Escucharon las palabras de Fomin y meditaron en silencio sin ocultar su común desdicha. Después habló Yevdokía Remeiko y expresó con timidez que se debían volver a recolectar los medios para reconstruir la planta quemada; que en un año o año y medio o quizá antes era posible rehacer todo con sus propias manos. « ¡Qué dices, muchacha - le objetó un campesino que se animó de pronto, y a quien nadie conocía -. Ya has lanzado un ajuar al fuego, el segundo irá por el mismo camino. Así no te casarás nunca. Te quedarás solterona! »

Tras discutir cuánto entregaría el seguro estatal para cubrir las pérdidas ocasionadas por el fuego, de cuánto sería el crédito que otorgaría el Estado y cuánto tendrían que aportar de sus propios fondos, los socios decidieron que lo primordial era construir por segunda vez la planta. « ¡La electricidad se apagó - dijo un tonelero apellidado Yevtújov -, pero nosotros seguiremos viviendo sin apagarnos! Y a ti, Nazar Ivánovich, te encomendamos categóricamente reconstruirla según el plan y a escala, tal y como era. » A Yevtújov le gustaba encomendar categóricamente que se ejecutaran tanto obras grandes como pequeñas; era alguien que vivía categóricamente y revolucionariamente, y había inventado un barril esférico. Pareció entonces que una luz tibia iluminó el sombrío espíritu de Nazar Fomin. Sin saber qué hacer o decir, se acercó a Yevdokía Remeiko y sintiendo un poco de vergüenza ante los presentes, quiso besarla en la mejilla, pero sólo se atrevió a besar su oscuro cabello detrás de la oreja. Así fue como ocurrió entonces, y aquel sentimiento de felicidad, el olor del cabello de la muchacha, su dulce imagen, se habían conservado hasta el día de hoy en los recuerdos de Fomin.

Una vez más y en el mismo lugar, Nazar Fomin construyó la planta eléctrica, sólo que dos veces más potente que la destruida por el fuego. Aquel trabajo le llevó casi dos años. Durante este tiempo, Afrodita dejó a Nazar Fomin porque se enamoró de otro hombre, de un ingeniero venido de Moscú para el montaje de una antena de radio, y se casó con él en segundas nupcias. Fomin tenía muchos amigos entre los campesinos y los trabajadores, pero sin su querida Afrodita se sintió huérfano, su corazón se enfrió en la soledad. Él siempre había pensado que su fiel Afrodita era una diosa, pero ahora le parecía un ser miserable en su necesidad de satisfacer su amor, en su afección a la alegría y al placer, que habían resultado más fuertes que su voluntad, que su lealtad y su orgullosa firmeza hacia la persona que jamás había dejado de amarla. Incluso después de la separación, Nazar Fomin no pudo olvidarla y siguió amándola como antes; no quiso luchar contra un sentimiento que llegó a convertirse en sufrimiento: no le importó que las circunstancias le arrebataran a su esposa y que ella se alejara físicamente de él, porque no es obligatorio ser propietario de alguien y sentirse animado en su compañía. A veces basta con sentir que la persona amada habita tu corazón. Ciertamente que esto es más difícil y más tortuoso que la propiedad próxima y satisfactoria, porque quien sufre la indiferencia de la persona amada vive sólo gracias a la fuerza de su lealtad, sin nada que

lo alimento a cambio. Pero ¿acaso Fomin y los demás habitantes del país transformaban el mundo, querían mejorarlo para dominarlo o utilizarlo en beneficio propio? Ahora Fomin recordó que en aquel entonces lo asaltó una extraña idea que no logró explicarse. Al separarse de Afrodita, sintió que una fuerza maligna se había vuelto a cruzar en el camino de su vida, y que quizá era la misma por cuya culpa se había quemado la planta eléctrica. Fomin entendía cuan distintos eran aquellos sucesos, veía su incongruencia, pero de todos modos ambos destruían su vida cruelmente y era una misma persona la que debía enfrentarse a ellos. Posiblemente él era culpable de lo sucedido con Afrodita, porque ocurre a veces que uno hace el mal sin desearlo, de manera involuntaria, sin darse cuenta, y al contrario, deseando hacerle un bien a otro. Quizá esto ocurre porque cada corazón es distinto de los demás: uno, al recibir un bien, lo transforma para sus necesidades y nada deja a los otros de este bien; otro corazón, por el contrario, es capaz de transformar lo malo en bueno y en fuerza para sí y para los demás.

Después del incendio y con la partida de Afrodita, Nazar Fomin entendió que la felicidad absoluta para todos y la vida placentera, como los imaginaba antes, es un sueño falso y que en ello no radica la verdad humana y su felicidad real. Superando su debilidad, soportando aquella carga que pudo haberlo arruinado, Fomin volvió a construir lo destruido y, sin que lo esperara, sintió una alegría libre, no sujeta a la voluntad del delincuente ni a las casualidades. Comprendió cuan inocente había sido y empezó a hacerse más cruel, y maduró en la desgracia; aprendió la posibilidad de vencer, de que era posible superar las desgracias de piedra que se interponían en su camino; y entonces, el mundo, que hasta aquel momento le había parecido claro y accesible, se cubrió de una niebla enigmática, y no porque fuera en realidad oscuro, triste o tenebroso, sino porque en realidad era mucho más inmenso y se extendía en todas direcciones, y era imposible estudiarlo ni en un alma humana, ni en el simple espacio. Esta nueva imagen lo satisfacía más que la anterior mezquina dicha por la cual había imaginado que vivía la gente.

En aquel entonces, al igual que toda su generación, él se encontraba al comienzo del nuevo camino que había emprendido todo el pueblo soviético; y todo lo que Nazar Fomin vivió en aquellos años fue sólo una introducción a un difícil destino, la prueba inicial que atraviesa todo joven, una preparación para la hazaña histórica necesaria que debió asumir su pueblo. En realidad, las aspiraciones personales tienen algo bajo e inestable; sólo la hazaña y el cumplimiento del deber para con tu pueblo hace a la persona, y en esto radica su satisfacción superior o su verdadera felicidad eterna, que ningún desastre, desdicha o desesperación puede destruir. Pero en aquel momento él no pudo ocultar la tristeza que le causaba su desgracia, y si a su lado no se hubieran encontrado quienes lo querían como a un correligionario, quizá habría perdido su ánimo del todo, sin poder recuperarse. « ¡Tranquilízate - le dijo un compañero que entendía la tristeza de su situación -, tranquilízate! ¿Qué otra cosa esperabas? ¿Quién ha dicho que nos esperaba la alegría y la verdad? Nosotros mismos debemos lograrlo, por eso nuestro partido pone en práctica la razón de la vida en este mundo... ¡Nuestro partido es la

guardia de la humanidad, y tú eres un miembro de esa guardia! El partido no educa a corderos tontos, sino a héroes para esta gran época de guerras y revoluciones... Siempre habrá más y más tareas para nosotros, escaltaremos elevadas montañas desde donde se avistarán todos los horizontes hasta el mismo fin del mundo. ¿Por qué, entonces, gimoteas y te entristeces? Vive junto a nosotros. ¿O sólo quieres el calor de la estufa y de tu esposa? ¡Eres inteligente, sabes que no necesitamos animales impotentes, que uno sólo se cuida a sí mismo! ¡Son otros los tiempos!»

En aquella ocasión, por primera vez, Fomin oyó la palabra «guardia»... Su vida siguió adelante. Afrodita, su ex esposa, ofendida por la deslealtad de su segundo marido, al encontrarse cierta vez con Nazar le confesó que vivía muy aburrida, que lo echaba de menos, que había entendido incorrectamente la vida, porque sólo había deseado alegría, sin saber qué son el deber y las obligaciones. Nazar Fomin la escuchó en silencio: todavía lo agitaban los celos y su amor propio herido, que aunque ya aplacados, casi silenciosos, vivían aún como animales que nunca mueren. Pero la alegría de tener tan cerca la cara de Afrodita, la cercanía de su corazón que latía por él, mataron su humilde tristeza y, tras casi dos años de separación, besó la mano que Afrodita le tendía.

Comenzaron nuevos años de su vida. Muchas veces las circunstancias convirtieron a Fomin en víctima, lo llevaban al borde de la ruina, pero su espíritu ya no podía agotarse en la desesperanza ni en la tristeza. Vivió, pensó y trabajó con la sensación de que una gran mano guiaba con ternura y con fuerza hacia adelante, a alcanzar un destino heroico. Y esa misma gran mano lo calentaba y su calor alcanzaba su corazón.

« ¡Hasta la vista, Afrodita!», dijo en voz alta Nazar Fomin.

Donde quiera que ella estuviera ahora, viva o muerta, la ciudad desolada conservaría las huellas de sus pies en la tierra y en forma de ceniza todo lo que ella había sostenido alguna vez en sus manos, aportándoles el calor de sus dedos. Por doquier había indicios de su vida que jamás desaparecerían del todo, por muy profundos cambios que alteraran el mundo. En su modestia, los sentimientos de Fomin hacia Afrodita se satisfacían por el simple hecho de que ella, en algún momento, había respirado aquí, y porque el aire de la patria todavía contenía el calor que había disipado su boca y el leve olor de su cuerpo ya desaparecido, toda vez que nada desaparece en este mundo sin dejar huella.

« ¡Hasta la vista, Afrodita! Ahora sólo te siento en mi recuerdo, pero quisiera verte toda, viva...»

Fomin se levantó del banco, miró la ciudad en ruinas, que ahora se divisaba libremente, de un extremo al otro, le hizo una reverencia y volvió a su regimiento. Su corazón había aprendido a ser paciente y podría aguantar hasta una separación eterna conservando la lealtad y el cariño hasta el final de sus días. Pero, secretamente, llevaba dentro de sí el orgullo del soldado que es capaz de cumplir con cualquier trabajo y hazaña humana; y Fomin se sentía feliz cuando derribaba al enemigo, arrojado en el hormigón y en la tierra, o cuando convertía su desesperación en esperanza y la esperanza en éxito y victoria.

La vieja de hierro

Susurraban las hojas en el árbol; cantaba en ellas la brisa que recorre el mundo. Sentado bajo un árbol, el pequeño Yegor escucha la voz de las hojas, su lenguaje de palabras breves, sus murmullos.

Yegor quiso saber el significado de esas palabras del viento, qué le decían y, poniéndose de cara a él, preguntó: « ¿Quién eres? ¿Qué quieres decirme?».

El viento se calmó, como si en ese momento también él estuviera escuchando al niño, y luego volvió a balbucear, moviendo las hojas y repitiendo las mismas palabras.

« ¿Quién eres?», Yegor repitió su pregunta.

Nadie le respondió. La brisa dejó de soplar y las hojas parecieron dormirse. Yegor esperó a ver qué pasaría ahora, pero sólo empezó a atardecer. La luz amarilla del sol poniente iluminó el viejo árbol y se hizo más tedioso vivir. Debía irse a casa, a comer y a dormir en la oscuridad, pero a Yegor no le gustaba dormir, quería vivir sin descanso y de este modo lograr ver todo aquello que vive por su propia cuenta. Lamentaba que por la noche debiera cerrar los ojos, porque las estrellas brillaban solas en el cielo, sin que él participara de aquello.

Atrapó un escarabajo que se arrastraba por la hierba camino a su hogar y examinó la cara diminuta e inmóvil del insecto, sus ojos negros y bondadosos, que observaban a Yegor y a todo el mundo.

« ¿Quién eres?», le preguntó Yegor.

El escarabajo no contestó, pero Yegor se daba cuenta de que el insecto sabía algo que él desconocía, y que simplemente fingía, se hacía el pequeñito, que se había vuelto escarabajo a propósito sin serlo realmente, sino otro alguien, Yegor no sabía quién.

« ¡Mentiroso!», exclamó Yegor y colocó al escarabajo patas arriba para descubrir quién era en realidad.

El escarabajo permanecía en silencio y sacudía con terrible fuerza sus rígidas patas, defendiéndose frente a la intromisión humana, negándose a someterse. A Yegor le asombró la tenaz osadía del escarabajo, le cogió afecto y se convenció aún más de que no era un escarabajo, sino alguien más importante y listo.

« ¡Mentiroso, no eres un escarabajo! - le espetó Yegor en un murmullo al insecto en su misma cara, mientras lo escudriñaba satisfecho -. No finjas, porque igual sabré quién eres. Así que mejor confíésalo.»

El escarabajo agitó a la vez todas sus patas y brazos, amenazando a Yegor, que entonces decidió no seguir discutiendo con él.

«Cuando yo caiga en tus manos, tampoco diré nada», y lanzó al escarabajo al aire para que volara a sus asuntos.

El escarabajo voló un poco, luego se posó en la tierra y continuó a pie su camino. Yegor se sintió de pronto aburrido sin él. Comprendió que nunca más lo vería y aun si lo viera, no lo reconocería, porque en la aldea había muchos otros iguales. Se iría a vivir a algún

lugar, después se moriría y todos lo olvidarían: sólo Yegor recordaría al anónimo escarabajo.

Una hoja seca cayó del árbol. Aquella hoja había crecido alguna vez en el árbol subiendo desde la tierra, había contemplado el cielo por mucho tiempo y regresaba ahora de allí a la tierra, como quien vuelve a casa tras un largo viaje. Un gusano húmedo, flaco y pálido trepó sobre la hoja.

« ¿Quién será? - se asombró Yegor al verlo -. No tiene ojos ni cabeza, ¿en qué pensará?» Yegor cogió el gusano y se lo llevó a casa.

Había anochecido ya por completo. Se encendieron las luces en las isbas, todos abandonaron los campos para reunirse en sus casas, porque ya la oscuridad lo cubría todo.

En su casa, la madre dio de comer a Yegor, después lo mandó a dormir y lo tapó hasta la cabeza con la manta para que pasara la noche, de modo que no tuviera miedo al sueño ni escuchara los pavorosos sonidos que estallan a veces en medio de la madrugada procedentes de los campos, los bosques y los barrancos. Yegor se acurrucó bajo la manta y abrió la mano izquierda, en la que había guardado al gusano todo el tiempo.

« ¿Quién eres?», preguntó Yegor acercándose el gusano al rostro.

El gusano dormitaba, permanecía inmóvil en la mano abierta. Despedía un olor a río, a hierba fresca y a tierra. Era pequeño, limpio y blando, seguramente un crío aún, o quizás fuera ya un viejecito pequeño y delgado.

« ¿Con qué fin vives? - dijo Yegor -. ¿Te sientes bien o no?»

El gusano se encogió sobre la palma de su mano, sentía la noche y anhelaba sosiego. Pero Yegor no quería dormir, quería seguir viviendo, jugar con alguien, quería que amaneciera enseguida para poder levantarse de la cama. Pero la noche cubría el patio, la noche que apenas había empezado, larga, imposible de pasarla toda durmiendo. Porque si te duermes, de todos modos despertarás antes del amanecer, en esa hora terrible en que todos duermen, la gente y la hierba, mientras que él, ya despierto, está solo en el mundo: nadie lo ve ni lo recuerda.

El gusano seguía quieto sobre la palma de su mano.

«Bien, yo seré tú y tú serás yo - dijo Yegor al gusano -. Así sabré quién eres y serás como yo; serás una persona, te irá mejor.» El gusano no aceptó el trato, seguro que ya dormía sin haberse preguntado quién era Yegor.

«Seguramente éste es Yegor y nadie más que Yegor - hablaba el niño consigo mismo -. Quiero ser alguna otra cosa. Despierta, gusano. Vamos, conversemos; tú pensarás en mí y yo pensaré en ti.»

La madre oyó la charla del niño y se le acercó. Ella no dormía aún, andaba por la isba terminando sus últimas tareas, las que no había tenido tiempo de finalizar durante el día.

- ¿Qué pasa, por qué no duermes? Te oigo murmurar, siempre tan ocurrente - dijo la madre y colocó bien la manta bajo los pies de Yegor -. Duérmete, si no vendrá la vieja de

hierro que anda por los campos de noche. Busca a los niños que no duermen y se los lleva.

- Mama, ¿y quien es la vieja? - preguntó Yegor.

- Es de hierro, no se ve, vive en las tinieblas, es espantosa y asusta tanto que a la gente se le paraliza el corazón.

- Pero ¿quién es?

- ¿Quién sabe, hijito? Tú duermes - contestó la madre -. No le tengas miedo, quizá no es nadie, alguna viejecita infeliz.

- ¿Y dónde vive? - quiso saber Yegor.

- Anda por los barrancos, buscando hierbas, roe huesos secos y cuando alguien se muere se alegra; quiere quedarse ella sola en el mundo y por eso sigue viviendo; procura llegar viva hasta el día en que todos mueran y sólo quede ella, la vieja de hierro. Bueno, a dormir ahora, que ella no se mete por los patios, y yo cerraré la puerta.

La madre se alejó. Yegor escondió el gusano bajo la almohada, de modo que durmiera abrigado allí y no temiera nada.

- ¿Mamá, y quién eres tú? - preguntó.

Pero la madre no le contestó y pensó para sus adentros que Yegor seguiría hablando un rato más y luego se quedaría dormido, porque ya, por lo visto, le estaba entrando sueño.

« ¿Y quién seré yo? - pensaba Yegor sin hallar respuesta -. También soy alguien.

¡Porque no puede ser que no sea nadie!»

Se hizo el silencio en la isba. La madre se acostó; el padre dormía hacía mucho. Yegor se puso a escuchar la noche. A ratos crujía el seto del patio bajo el empuje del arce que crecía a su lado. Yegor notó que, incluso cuando había una calma absoluta, el árbol se balanceaba un poco, como estirándose, como si quisiera crecer más deprisa o dejar su lugar y echar a andar; el seto, por su parte, no dejaba de crujir por su culpa y se quejaba de las molestias que aquél le ocasionaba. Seguro que era aburrido ser árbol, vivir siempre en un mismo lugar.

- Mamá - Yegor llamó con voz queda, sacando la cabeza de debajo de la manta -. ¿Qué es un arce?

Pero su madre ya dormía, nadie le contestó. El niño se puso a escudriñar la oscuridad. La ventana que daba al campo de mijo brillaba a la opaca luz de la noche como si una profunda masa de aguas quietas reposara al otro lado de la ventana. Yegor se incorporó a medias en la cama y pensó en qué estaría pasando ahora en los campos a oscuras, quién emprendería a solas un largo viaje con su morral de pan. Seguro que alguien andaba ahora por el desolado camino sin temer nada. ¿Quién sería?

A lo lejos, alguien dejó escapar un largo suspiro, luego un lamento y volvió a hacerse el silencio. Yegor clavó los ojos en la ventana, la misma luz de la tierra a oscuras arrojaba su claridad sobre el cristal. El lamento volvió a repetirse: quizás una carreta avanzaba a lo lejos o la vieja de hierro recorría el barranco consumida por la pena de saber que la gente vive y nace y que ella nunca llegaría a quedarse sola sobre la tierra. «Saldré a

averiguarlo todo - decidió Yegor -. ¿Qué importa que sea de noche? ¡No le temo a la vieja!»

Se puso los pantalones y salió descalzo a la calle. El arce movía sus hojas como si se dispusiera a salir andando, los arbustos de bardana rozaban el seto y en el cobertizo rumiaba la vaca. En el patio nadie dormía.

Las estrellas brillaban luminosas en el cielo; eran tantas que parecían al alcance de la mano. No sentía miedo bajo las estrellas; era igual que estar de día entre flores silvestres.

Yegor dejó atrás el campo de mijo, pasó los girasoles adormecidos y susurrantes y se dirigió al barranco por un camino abandonado.

El barranco era viejo, por su cauce corría muy poca agua y se había cubierto de malas hierbas y arbustos. Los viejos de la aldea buscaban allí tallos de mimbre para tejer cestas en sus isbas durante el invierno.

Cuando Yegor dejó atrás los arbustos y las hierbas, vio que había llegado al fondo del barranco y comprendió que allí había más silencio y oscuridad que arriba: no se movía ni una brizna de hierba, y sintió miedo.

« ¡Estrellas, miradme - balbuceó Yegor -. Me da miedo estar solo!»

Es que desde el barranco se divisaban apenas tres estrellas que sólo lanzaban tenues destellos allá arriba, muy lejos, cual si se alejaran y apagaran en la distante oscuridad. Yegor tocó la hierba, vio una pequeña piedra, luego sacudió una bardana como las del patio de su casa y se repuso del susto. ¡No es nada, si todas estas fosas viven aquí y no le temen a nada! Él las acompañaría también. Pronto dio con una pequeña caverna que los alfareros habían excavado en la pendiente del barranco de tanto sacar arcilla, y entró en ella. Sintió ganas de dormir un poco ahora, cansado de todo un día de andar viviendo y deambulando.

«Y si la vieja de hierro pasa por aquí, la llamo», se dijo Yegor, se acurrucó en la tierra para protegerse del frío de la noche y cerró los ojos.

Se hizo un silencio total. Todo había enmudecido. El cielo, con su capote, ocultó las estrellas y la hierba se marchitó como si hubiera quedado muerta.

En la hondonada se oyó un gemido de desconsuelo que parecía el suspiro de pesar de todos los seres muertos. Yegor abrió de inmediato los ojos al escuchar aquel sonido opresivo. La oscura silueta de un ser humano se erguía ante él. Se veía grande, borrosa debido a la oscuridad nocturna, y era como si pudiera estar allí y desaparecer al mismo tiempo.

- ¿Quién eres? - preguntó Yegor -. ¿Eres la vieja?

- Soy la vieja - contestó la vieja.

- ¿Y eres de hierro? Yo quiero a la de hierro.

- ¿Para qué la quieres? - repuso la vieja de hierro.

- Quiero verte, saber quién eres, qué haces - siguió hablando Yegor.

- Te lo diré cuando vayas a morirte - se oyó la voz de la vieja.

- Dímelo, porque me muero - aceptó Yegor y agarró un terrón para tirárselo a los ojos y poder dominar a la vieja.

- Acércate y te lo diré al oído - la vieja se movió por primera vez y de nuevo se pudo oír aquel desconsolado chirriar de hierro o de huesos secos que crujen -. Acércate, te lo diré todo, y entonces morirás. Porque eres pequeño, te falta mucho todavía por vivir y tendré que esperar largo rato a que mueras. Ten compasión de mí, que estoy vieja.

- Pero ¿quién eres? Dímelo - insistió Yegor -. No me temas, porque yo no te temo.

La vieja se inclinó hacia Yegor y empezó a acercársele. El niño apoyó la espalda contra el suelo de la cueva mientras, con los ojos bien abiertos, miraba a la vieja de hierro, que se inclinaba para alcanzarlo. Cuando la vieja estuvo tan encorvada y tan cerca de él que casi no quedó oscuridad entre ellos, Yegor exclamó:

- ¡Te conozco, yo a ti te conozco! ¡Y no te quiero! ¡Te mataré! - y, arrojándole a la cara un terrón, quedó paralizado apretándose contra el suelo.

Y allí, muerto de miedo, boca abajo, Yegor volvió a oír la voz de la vieja de hierro:

- No me conoces, no has visto bien; pero mientras vivas. Espera a que mueras y te hará daño, porque no me temes.

«Siento un poquito de miedo, pero después me acostumbraré y se me pasará», pensó Yegor y se amodorró.

Despertó al contacto de un cuerpo conocido, lo llevaban cargado unos brazos grandes y suaves. Preguntó:

- ¿Quién eres? ¿Eres la vieja?

- ¿Y tú quién eres? - le respondió la madre.

Yegor abrió los ojos y los entornó de nuevo: la luz del sol alumbraba la aldea, el arce del patio y el mundo entero. El niño abrió los ojos otra vez y vio el cuello de su madre, sobre el que reposaba su propia cabecita.

- ¿A qué fuiste al barranco? - preguntó la madre -. Te hemos buscado desde temprano. Tu padre se ha ido muy preocupado al trabajo.

Yegor le contó que había luchado en el barranco con la vieja de hierro, pero que no había podido verle bien la cara, porque le había tirado una pella de barro a la cara.

La madre se quedó pensativa, luego bajó al niño al suelo y lo miró como si fuera un extraño.

- ¡Camina con tus propios pies, guerrero! Ha sido sólo un sueño.

- No, de veras que la he visto - dijo Yegor -. Las viejas de hierro existen.

- Sí, quizá existen - comentó la madre y llevó al niño a casa.

- Mamá, ¿y quién es ella?

- No sé. He oído hablar de ella, pero nunca la he visto. La gente dice que es el destino o no sé qué, o nuestros sufrimientos que andan por ahí. Cuando crezcas, lo averiguarás por tu cuenta.

- El destino - articuló Yegor sin comprender el significado de aquella palabra -. Cuando crezca otro poco y agarre a esa vieja de hierro...

- Agárrala, hijito, agárrala - dijo la madre -. Mientras, pelaré unas patatas para freirías.

- Está bien - aceptó Yegor -. Me han entrado ganas de comer. Hay viejas muy fuertes. Me ha dejado muerto de cansancio.

Entraron al zaguán. Por ahí iba arrastrándose aquel gusano, que regresaba del lecho de Yegor a su hogar en la tierra. «Arrástrate, mudo - dijo Yegor enfadado -. Vaya, vaya, ni siquiera me has dicho quién eres. Pero me enteraré de todos modos. ¡Y también descubriré quién es la vieja y yo mismo me convertiré en un viejo de hierro!»

Yegor se detuvo en el zaguán y quedó pensativo. «Me convertiré en viejo de hierro. A propósito, para asustar a la vieja; ojalá estire la pata. Pero luego ya no seré de hierro; no quiero volver a ser otra vez un niño sin madre.»

Una flor en la tierra

Afonia vivía aburrido en este mundo. Su padre se había ido a la guerra y su madre trabajaba en el koljoz, en la granja lechera, desde por la mañana hasta que caía la tarde, mientras que su abuelo Tit se pasaba el día durmiendo encima del horno ruso. Dormía día y noche, y por las mañanas, cuando despertaba y se sentaba a comer su papilla con leche, también estaba dormitando.

- Abuelo, no duermas, ya has dormido bastante - le pidió esa mañana Afonia.
- No, no voy a dormir - le contestó el abuelo -. Estaré acostado mirándote.
- ¿Y por qué cierras los ojos y no dices nada? - le preguntó Afonia.
- Hoy no cerraré los ojos - le prometió el abuelo -. Hoy me quedaré mirando el mundo.
- ¿Y por qué duermes y yo no?
- Tengo muchos años, Afonia... Me faltan tres para los noventa, ya los ojos se me cierran solos.
- Pero te quedas a oscuras cuando te duermes - decía Afonía -. Afuera brilla el sol, crece la hierba, pero tú duermes y no ves nada.
- Pero si ya lo he visto todo, Afonia.
- ¿Y por qué tienes los ojos blancos con lágrimas que lloran dentro de ellos?
- Se me han desteñado, Afonia, se me han desteñado por la luz, y están flojos; es que he tenido que mirar mucho tiempo.

Afonia contempló a su abuelo. En su barba había migas de pan y un mosquito vivía en ella. Afonia se subió en un banquillo, quitó todas las migas de la barba de su abuelo y ahuyentó al mosquito para que se fuera a vivir a otra parte, por su cuenta. Las manos del abuelo yacían sobre la mesa: eran grandes; su piel recordaba la corteza de un árbol, debajo de aquella piel se veían unas venas gordas y negras, unas manos que habían labrado mucha tierra.

Afonia miró a su abuelo a los ojos. Estaban abiertos, pero miraban indiferentes, sin ver nada, y en cada ojo brillaba una gruesa lágrima.

- No te duermas, abuelo - le pidió Afonia.

Pero el abuelo ya se había dormido. La madre lo colocó sobre el horno ruso, lo cubrió con una manta y se marchó al trabajo. Afonia se quedó sólo en la casa y volvió a sentirse aburrido. Caminaba alrededor de la mesa de madera, miraba las moscas, que habían rodeado una miga de pan en el suelo, caída de la barba del abuelo, y daban cuenta de ella; después Afonia se acercaba al horno ruso, escuchaba a su abuelo respirar en sueños, miraba la calle vacía a través de la ventana y volvía a dar una vuelta alrededor de la mesa sin saber qué hacer.

- «Mamá no está, papá no está, el abuelo duerme», se decía.

Después miraba el reloj de la pared para apreciar su funcionamiento. Tic - tac, tic - tac sonaba el reloj largo y aburrido como si acunara al abuelo y como si también se hubiera cansado y quisiera dormir.

- Despierta, abuelo - le suplicaba Afonia -. ¿Estás durmiendo?
- ¿Eh...? No, no estoy durmiendo - le contestaba su abuelo desde el horno ruso.
- ¿Estás pensando? - le preguntaba Afonia.
- ¿Eh...? Estoy aquí, Afonia, aquí estoy.
- ¿Estás pensando allá arriba?
- ¿Eh...? No, ya he pensado en todo, Afonia, desde joven estoy pensando.
- Abuelo Tit, ¿tú sabes de todo?
- Sí, Afonia, yo sé de todo.
- ¿Y qué es esto?
- ¿Qué cosa es qué, Afonia?
- ¿Qué cosa es todo?
- Ya lo olvidé.

- Despierta, abuelo, cuéntame sobre todo.

- ¿Eh...? - profirió el abuelo Tit.

- ¡Abuelo Tit! ¡Abuelo Tit! - lo llamó Afonia -. Trata de recordar.

Pero el abuelo volvió a quedarse dormido en la paz del horno ruso.

Entonces Afonia se subió al horno y empezó a zarandearlo. Pero el abuelo seguía durmiendo, murmurando en el sueño palabras inaudibles. Afonia se cansó de zarandearlo y se quedó dormido junto al abuelo arrebuajándose contra su pecho familiar y bondadoso, que olía a tierra caliente.

Al despertarse, Afonia notó que el abuelo lo estaba mirando, que no dormía.

- Levántate, abuelo - dijo Afonia. Pero el abuelo volvió a cerrar los ojos y se durmió.

Afonia pensó que el abuelo permanecía despierto cuando él dormía, y decidió no dormir nunca para atraparlo en el momento en que despertase totalmente.

Entonces Afonia empezó a esperar. El reloj seguía sonando, sus ruedecitas crujían y cantaban, acunando al abuelo.

Afonia bajó del horno y detuvo el péndulo del reloj. En la casa reinó el silencio. Sólo se oían los golpes del segador afilando su guadaña del otro lado del río y el zumbido de un mosquito junto al techo.

El abuelo Tit despertó y preguntó:

- ¿Qué pasa, Afonia? ¿Por que hay tanto ruido? ¿Eres tú acaso?

- ¡No te duermas! - le dijo Afonia -. ¡Cuéntame cómo es todo! Porque tú duermes y duermes, y después, como dice mi mamá, te vas a morir, ya te queda poco, ¿y quién entonces me va a contar cómo es todo?

- Espera, déjame tomar un poco de kvas - le dijo el abuelo, y bajó del horno.

- ¿Ya te has despertado? - pregunte) Afonia.

- Sí, ya - le respondió el abuelo -. Ahora vamos a hacerle preguntas al mundo entero.

El viejo Tit bebió un poco de kvas, cogió a Afonia de la mano y salieron de la casa.

En lo alto del cielo brillaba el sol alumbrando el trigo que maduraba en los campos y las flores al borde de los caminos.

El abuelo llevó a Afonía por el camino vecinal y salieron al prado, en el que crecían la hierba, las flores y el dulce trébol para las vacas. El abuelo se detuvo junto a una flor color azul celeste que crecía pacientemente desde su raíz en la arena limpia y fina. Se la mostró a Afonia, después se agachó y con mucho cuidado tocó aquella flor.

- ¡Esto lo entiendo sin tu ayuda! - dijo Afonia arrastrando las palabras -. Sólo quiero lo más importante, ¡cuéntame qué es todo! ¡Porque esta flor que crece no es todo!

El abuelo Tit se quedó pensando y después se enfadó con su nieto.

- ¡Aquí tienes, precisamente, lo más importante! Ves: la arena está muerta, son pedacitos de piedra y nada más, pero la piedra no vive y no respira, es polvo muerto.

¿Entiendes ahora?

- No, abuelo Tit - le dijo Afonia -. Aquí no hay nada que entender.

- Bueno, no entiendes, ¿qué quieres, entonces, si eres tan cerrado? La flor es pequeña, pero está viva y ella misma creó su cuerpo del polvo muerto. Porque la flor convierte a la tierra muerta, movediza, en un cuerpo vivo, y ese cuerpo despide el más puro aroma.

Esto es lo más importante en el universo, de aquí es de donde sale todo. Esta flor es una santa trabajadora, porque de la muerte elabora la vida.

- ¿Y la hierba y el trigo también hacen lo más importante? - preguntó Afonia.

- También - admitió el abuelo Tit.

- ¿Y nosotros?

- También nosotros. Somos labradores, Afonia, ayudamos a hacer crecer el trigo. Y de esta flor amarilla se hace medicina que compran en la farmacia. Sería bueno que las recogieras y las llevaras. Fu padre está en la guerra. Si de pronto lo hieren o se pone enfermo y débil lo curarán con esa medicina.

Afonia quedó pensativo entre la hierba y las flores. Quena imitar a la flor, crear vida de la muerte. Pensaba en cómo nacen de la arena triste y movediza las felices flores azules, rojas, amarillas que giran sus bondadosas caras al cielo y exhalan su puro aroma al universo.

- ¡Ahora yo también sé qué es todo! - dijo Afonía -. Vete a casa, abuelo, seguro que tienes ganas de dormir, ya se te han puesto blancos los ojos... Duerme y cuando te mueras no tengas miedo, yo le preguntaré a las flores cómo viven de la nada y también tú podrás vivir de nuevo de tus cenizas. ¡Así que, abuelo, no tengas miedo!

Tit no dijo nada. Sonrió a su bondadoso nieto sin que él le viera la sonrisa y regresó a la casa, sobre el horno ruso.

El pequeño Afonia se quedó solo en el campo. Recogió algunas flores amarillas, todas las que pudo sostener entre sus brazos, y las llevó a la farmacia para que produjeran las medicinas y su padre pudiera recuperarse de sus heridas de guerra. En la farmacia dieron a Afonia una peineta de hierro por las flores. Llevó la peineta al abuelo y se la regaló para que se peinara la barba con ella.

- Te lo agradezco, Afonia - dijo el abuelo -. ¿Te han contado las flores cómo viven de la arena muerta?

- No, no me lo han contado - respondió Afonía -. Tú mismo, que has vivido tantos años, no lo sabes. Y decías que lo sabes todo. Pues no lo sabes.

- Tienes razón - confirmó el abuelo.

- Las flores viven calladas, hay que arrancarles la verdad - dijo Afonía -. Pero ¿por qué callan si saben la respuesta?

El abuelo le sonrió dulcemente, pasó la mano por la cabeza de su nieto y lo miró como a una flor que crece en la tierra. Después el abuelo guardó la peineta en su seno y volvió a quedarse dormido.

Una flor desconocida

(Cuento verídico)

Una extraña y pequeña flor vivía en este mundo. Nadie siquiera sabía que existía sobre la tierra. Crecía sola en un erial adonde no iban las vacas ni las cabras. Los niños del cercano campamento de pioneros tampoco jugaban nunca en ese lugar. En el erial no crecía hierba; sólo había allí viejas piedras grises y, debajo de ellas, arcilla seca, estéril. Sólo el viento recorría el erial y como un atento abuelo labrador plantaba semillas por doquier, lo mismo en la tierra húmeda y negra que en el erial pedregoso y estéril. En la noble tierra negra nacían flores, hierbas de aquellas semillas, que sin embargo morían sobre la piedra y la arcilla.

Pero una vez el viento dejó caer una semilla que se refugió en una hendidura. La semilla padeció largamente, luego se nutrió del rocío, se abrió, de ella brotaron los hilillos de sus finas raíces, que se incrustaron en la tierra, y comenzó a crecer.

Fue así como una pequeña flor empezó a vivir en este mundo. No tenía de qué alimentarse entre la piedra y la arcilla: las gotas de lluvia se escurrían por la superficie de la tierra y no llegaban a sus raíces, pero la pequeña flor seguía viva y se empinaba poco a poco. Levantaba sus hojas de cara al viento y éste se calmaba a su alrededor. Partículas de polvo que el viento acarreaba de las tierras negras y fértiles caían sobre la pequeña flor cargadas de nutrientes, pero aquellas partículas estaban secas. Para humedecerlas, la pequeña flor se mantenía toda la noche en vela y recogía en sus hojas el rocío. Y cuando sus hojas se cargaban con el peso de las gotas, la flor se doblaba y el rocío se deslizaba hacia abajo, humedeciendo las partículas de tierra negra traídas por el viento y socavando la arcilla inerte.

De día la flor se mantenía atenta al viento, de noche al rocío. Trabajaba día y noche para mantenerse viva y no morir, Echó grandes hojas, de modo que pudieran detener el viento y acopiar el rocío. Sin embargo, a la flor le era difícil nutrirse únicamente de las partículas de polvo que dejaba caer el viento y recoger el rocío para ellas. Pero quería seguir viviendo, y se sobreponía a las penas que le causaban el hambre y el cansancio. La flor sólo tenía un momento de regocijo: cuando el primer rayo del sol mañanero rozaba sus hojas extenuadas.

Cuando el viento tardaba mucho en soplar, la pequeña flor se sentía mal y le faltaban las fuerzas para vivir y desarrollarse.

Sin embargo, la flor no quería llevar una vida triste, por eso dormitaba y la congoja la embargaba. De todos modos, trataba de crecer sin cesar, aun cuando sus raíces tuvieran que roer la áspera piedra y la arcilla seca. En esos períodos, sus hojas no podían nutrirse a plenitud y adquirir su color verde: tenían un nervio azul, otro rojo, un tercero del color

del cielo o dorado. La flor no tenía suficiente alimento y su pesar se manifestaba en las hojas a través de aquellos muy diversos colores. Pero la propia flor no lo sabía, pues era ciega y no podía verse tal como era.

A mediados del verano brotó una corola en la parte superior de la flor. Hasta ese momento había parecido una hierbecilla, pero ahora se había convertido en toda una flor. Pétalos de color sencillo y claro formaban su corola, blanca y luminosa como una estrella. Y, al igual que una estrella, emitía destellos de intenso fuego visibles incluso en medio de la oscuridad de la noche. Cuando el viento recorría el erial, acariciaba la flor y se llevaba con él su perfume.

Una mañana una niña llamada Dasha pasó cerca del erial. La niña vivía con sus amigas en el campamento de pioneros y ese día se despertó temprano y echó de menos a su madre. Le escribió una carta y la llevó a la estación, para que llegara más rápido. Por el camino, Dasha fue besando el sobre con la carta y pensó con envidia que aquél vería a su madre antes que ella misma.

En la orilla del erial, Dasha percibió una fragancia. Miró a su alrededor. No había flores en las cercanías, a lo largo de la vereda crecía apenas una hierba menuda y el erial estaba todo yermo; pero el viento venía del erial y traía de allí un aroma tenue, como la voz de algún ser ignoto que te llama. Dasha recordó la historia que su madre le había contado hacía mucho tiempo. Sobre una flor que penaba añorando sin cesar a su madre, una rosa, pero que no podía llorar y expresaba su pesar con la fragancia que despedía.

«Quizá es una flor que está ahí extrañando a su madre, como yo», pensó Dasha.

Se dirigió hacia el erial y vio al pie de una piedra a la pequeña flor. Dasha nunca había visto una flor así ni en los campos, ni en los bosques, ni en los libros con ilustraciones, ni en el jardín botánico, ni en ninguna otra parte. Se sentó en el suelo junto a la flor y le preguntó:

- ¿Por qué eres así?

- No sé - contestó la flor.

- ¿Por qué no te pareces a las demás?

La flor tampoco supo qué decir. Pero era la primera vez que escuchaba tan de cerca la voz humana, la primera vez que alguien la miraba y no quería molestar a Dasha con su silencio.

- Porque me cuesta mucho vivir - respondió la flor.

- ¿Y cómo te llamas? - quiso saber Dasha.

- Nadie me nombra nunca - repuso la pequeña flor -. Vivo aquí sola.

Dasha recorrió el erial con la mirada.

- Pero ¡aquí sólo hay piedra y arcilla! - exclamó -. ¿Cómo puedes vivir sola, haber nacido en la arcilla y mantenerte con vida siendo tan pequeña?

- No lo sé - contestó la flor.

Dasha se agachó y besó la corola resplandeciente de la flor.

Al día siguiente todos los pioneros fueron a visitar a la flor. Dasha los llevó hasta allí, pero mucho antes de llegar al erial pidió a todos que aspiraran el aire y les dijo: «Fijaos qué bien huele. Es la flor la que huele así».

Los pioneros estuvieron largo rato alrededor de la pequeña flor, contemplándola como a una heroína. Luego recorrieron todo el erial, lo midieron con sus pasos y calcularon cuántas carretillas de estiércol y ceniza se necesitarían para abonar la arcilla estéril.

Querían que la tierra fuera buena también en el erial. Así la pequeña flor de nombre desconocido descansaría y de sus semillas nacerían hijos maravillosos, los mejores y más resplandecientes de las flores, únicos e incomparables.

Los pioneros trabajaron durante cuatro días abonando el terreno del erial. Después se fueron a escuchar los campos y bosques, y no regresaron más allí. Sólo Dasha volvió una vez, a despedirse de la pequeña flor. Terminaba ya el verano, los pioneros debían marcharse a sus hogares.

Al verano siguiente Dasha regresó al mismo campamento. Durante todo el largo invierno estuvo pensando en aquella remota flor de nombre desconocido. Y tan pronto llegó, fue al erial a visitarla.

Dasha vio que el erial había cambiado ya, se había cubierto de hierba y de flores, aleteaban en él avcillas y mariposas. Las flores despedían la misma fragancia que aquella pequeña y laboriosa flor.

Pero ya no existía la flor del año anterior, la que vivía entre una piedra y la arcilla. Seguramente había muerto el otoño anterior. Las flores nuevas también eran bellas, sólo que no tanto como la primera. Y Dasha sintió pena porque ya no estaba aquella flor. Empezó a caminar de regreso y de pronto se detuvo. Entre dos piedras muy pegadas se alzaba una flor nueva, casi igual a la otra, aunque un poco mejor y aún más bella. La flor brotaba de entre dos piedras muy juntas, era vigorosa y perseverante, como su predecesora, y más fuerte aún que ella, puesto que vivía en la piedra.

A Dasha le pareció que la flor se estiraba hacia ella, que la llamaba con la voz inaudible de su fragancia.

Otra mamá

- Y yo, cuando crezca, no iré a la escuela - dijo Artiom a su mamá, Yevdokia Alekséyevna
 - ¿Verdad, mamá?
 - Verdad - le contestó su madre -. ¿Para qué?
 - Sí, ¿para qué? No es necesario. Porque si voy me vas a echar de menos. Mejor no.
 - No es necesario - dijo la madre -, no es necesario.
- Pero cuando pasó el verano y Artiom cumplió siete años, Yevdokia Alekséyevna cogió a su hijo de la mano y lo llevó a la escuela. Artiom quiso soltarse de su madre, pero no pudo conseguirlo, porque la mano de ella dejó de ser blanda, se había puesto dura.
- ¡De acuerdo! - dijo Artiom -. Pero ¡volveré pronto! ¿Verdad que volveré pronto?
 - Pronto, pronto - le contestó su madre -. Estudiarás un poco y volverás a casa.
 - Sí, un poco - accedió Artiom -. Y tú no me echas de menos.
 - No, hijito, no te echaré de menos.
 - Pero no, mejor échame de menos un poco - dijo Artiom -. Así será mejor para ti; de lo contrario, ¿qué? Pero no recojas los juguetes del rincón; en cuanto vuelva me pondré a jugar, vendré corriendo.
 - le esperaré - le dijo su madre -. Hoy te haré buñuelos.
 - ¿Me esperarás? - se alegró Artiom -. ¿Me esperarás y desesperarás? ¡Te sentirás desgraciada! Pero no llores por mí, no temas y procura no morirte, sólo espérame.
 - De acuerdo - rió Su madre -. Te esperaré, querido mío, y quizá no me muera.
 - Respira, ten paciencia y no te morirás - dijo Artiom -. Así, como yo. Haz lo mismo.
- La madre suspiro, se puso de pie y le pidió a su hijo que mirara a lo lejos. Allí, al final de la calle, estaba la escuela nueva, una casa grande de troncos que habían estado construyendo durante todo el verano. Detrás de la escuela comenzaba un bosque foliáceo, oscuro. La casa quedaba lejos de allí; entre ellas se extendía una larga hilera de casas, unas diez u once.
- Y ahora sigue solo - dijo la madre -. Deberás acostumbrarte a ir solo. ¿Ves la escuela?
 - Claro. ¡Allí está!
 - Bueno, ve, ve, Artiom, ve solo. Obedece a la profesora como si fuera yo misma. Artiom quedó pensativo.
 - No, ella no será tú - dijo en voz baja -, es una extraña.
 - Te acostumbrarás. Apolinaria Nikoláyevna será para ti como un familiar. ¡Bueno, ve!
- La madre besó a Artiom en la frente y él siguió el camino solo.
- Al alejarse un poco miró hacia atrás. La madre continuaba en el mismo lugar y lo miraba. A Artiom le entraron ganas de echarse a llorar por su madre y de volver con ella, pero siguió adelante para no hacerla enfadar. La madre también hubiera querido alcanzar a Artiom, cogerle de la mano y regresar juntos a casa, pero sólo suspiró y regresó a casa.

Al poco tiempo Artiom volvió a mirar hacia atrás para echarle un vistazo a su madre, pero ya no pudo verla.

Siguió solo y rompió a llorar. En ese momento, un ganso estiró el cuello desde detrás de la cerca, graznó y agarró con su pico la pernera de Artiom pillándole la piel de la pierna. Artiom logró desprenderse y se alejó del ganso. «Son tenebrosos pájaros silvestres - decidió Artiom -, pájaros que viven con las águilas.»

El patio de otra casa tenía el portón abierto. Artiom vio un animal peludo con bardanas pegadas a sus costados; el animal le presentaba su cola, pero así y todo parecía enfadado con él y lo miraba.

«¿Quién será? - pensó Artiom -. ¿Quizá es un lobo?» Artiom miró hacia el lugar por donde se había ido su madre, por si todavía se veía, temiendo que el lobo corriera hacia allá. La madre ya no estaba. Seguro que había regresado a la casa. ¡Menos mal!, porque el lobo no se la comería. De pronto el peludo animal giró la cabeza, abrió su boca y mostró los dientes a Artiom.

Artiom reconoció a Zhuchka, la perra.

- ¿Eres tú, Zhuchka?

- R - r - r - r - respondió el perro-lobo.

- ¡Ni se te ocurra atacarme! - dijo Artiom -. ¡Ni se te ocurra! ¿Sabes lo que te pasaría? Voy a la escuela. La que se ve por allí.

- M - m - m - contestó mansamente Zhuchka y movió la cola.

«¡Ay qué lejos todavía queda la escuela!», suspiró Artiom y siguió adelante.

De pronto alguien golpeó dolorosamente la mejilla de Artiom, como si hubiera entrado en ella para volver a salir al instante.

«¿Eh, quién es éste? - se asustó Artiom -. ¿Por qué andas peleándote? Te voy a dar... Tengo que ir a la escuela, soy un alumno, ¿no ves?»

Miró a su alrededor, pero no vio a nadie, sólo las hojas caídas susurraban arrastradas por el viento.

«¿Te has escondido? - dijo Artiom -. ¡A ver, sal!»

Sobre la tierra yacía un escarabajo gordo. Artiom lo levantó y lo dejó sobre una hoja de bardana.

«Has sido tú, que te has caído con el viento. Vive ahora, porque pronto llegará el invierno.»

Tras decir esto, Artiom corrió hacia la escuela para no llegar tarde. Al principio corrió por un sendero junto al seto, pero desde el otro lado, alguna fiera lanzó sobre él su aliento cálido y gruñó: «¡Fuuuuu!».

«¡No me toques, llevo prisa!», respondió Artiom, y corrió hacia el centro de la calle.

En el patio de la escuela había un grupo de niños. Artiom no los conocía, eran de otra aldea, seguramente estudiaban desde hacía mucho y todos eran inteligentes, porque Artiom no entendía lo que decían.

- ¿Conoces el trazo grueso? ¡No me digas! - dijo uno de los niños de la aldea vecina.

Otros dos decían:

- ¡Afanasi Petróvich nos ha enseñado los insectos de trompa!
- Nosotros ya los hemos estudiado. ¡Y hemos estudiado los pájaros hasta sus intestinos!
- Pues nosotros ya hemos estudiado los intestinos y ahora nos enseñan el vuelo de todos los pájaros.

«Y yo no sé nada - pensó Artiom -. ¡Yo sólo amo a mi mamá! ¡Mejor me voy a casa!»
 Sonó la campana. Al portal de la escuela salió la maestra, Apolinaria Nikoláyevna.
 Cuando dejó de oírse el eco de la campana, ésta dijo:

- ¡Hola, niños! Venid, acercaos.

Todos los niños entraron a la escuela. Sólo Artiom permaneció en el centro del patio.
 Apolinaria Nikoláyevna se le acercó.

- ¿Qué te pasa? ¿Eres tímido o qué?
- Quiero volver a casa con mi mamá - dijo Artiom y se tapó la cara con la manga -.
- ¡Llévame de vuelta a casa, rápido!

La maestra cogió a Artiom por las axilas, lo levantó y se lo llevó adentro.

Artiom miraba de soslayo a la maestra. ¿Cómo era? Tenía la cara blanca, bondadosa, sus ojos lo miraban alegremente; parecía que quisiera jugar con él como si fuera una chiquilla. Y su olor era el mismo que el de su madre: olía a pan caliente y a hierba seca.

Apolinaria Nikoláyevna primero quiso sentar a Artiom en un pupitre, pero asustado, éste se aferró a ella y no dejó sus brazos. Apolinaria Nikoláyevna se sentó en la mesa y empezó a enseñar a los niños, y dejó a Artiom en sus piernas.

- ¡Mira qué pato más gordo está sentado en las piernas de la maestra! - se burló un muchacho.

- ¡No estoy gordo! - replicó Artiom -. Es que me ha picado un águila, estoy herido.
 Bajó de las piernas de la profesora y se sentó en el pupitre.

- ¿Dónde te has hecho daño? - preguntó la profesora -. ¿Dónde está tu herida? ¡A ver, muéstrala, muéstrala!

- ¡Aquí! - Artiom mostró la pierna que le había picado el ganso.

La profesora revisó la pierna.

- ¿Aguantarás hasta el final de la clase?

- Aguantaré - le prometió Artiom.

Artiom no escuchó lo que decía la profesora en la clase. Miraba por la ventana a una lejana nube blanca; la nube flotaba por el cielo hacia donde vivía su mamá en su casita.
 ¿Estará viva mi mamá? ¿No habrá muerto de algo inesperado? Porque la abuelita Dana había muerto de pronto, en primavera, sin que nadie se lo esperara. ¿O a lo mejor la casa se había incendiado mientras él estaba fuera? Hacía mucho que había dejado su casa y podía haber sucedido cualquier cosa.

La profesora notó la angustia del muchacho y le preguntó:

- ¿Y tú qué, Artiom Fedótov, en qué piensas? ¿Por qué no me escuchas?
- Le temo al fuego, a que se quemé nuestra casa.
- No se quemará. La gente del koljoz está allí, apagaría el fuego.
- ¿Lo apagarían sin mí? - preguntó Artiom.

- Lo sabrán hacer sin ti.

Al terminar las clases Artiom corrió el primero hacia su casa.

- ¡Espera, espera! - le gritó Apolinaria Nikoláyevna -. Regresa, porque estás herido.

Los muchachos dijeron:

- Mira qué bien: dice que está inválido, pero ¡cómo corre!

Artiom se detuvo en la puerta. La profesora se le acercó, lo cogió del brazo y se lo llevó con ella. La profesora vivía en un cuarto, allí mismo, en la escuela, pero al que se accedía por otra entrada. En el cuarto de Apolinaria Nikoláyevna olía a flores, tintineaba la vajilla en el armario y reinaba el orden.

Apolinaria Nikoláyevna sentó a Artiom en la silla, lavó su pierna con agua tibia en una palangana y vendó la manchita roja - el picotazo del ganso - con una gasa blanca.

- ¡Tu mamá se pondrá triste! - dijo Apolinaria Nikoláyevna -. ¡Ya verás!

- ¡No, no se pondrá triste! - contestó Artiom -. ¡Me está friendo buñuelos!

- Sí que se pondrá triste. Dirá: ¿y para qué he mandado a Artiom a la escuela? No ha aprendido nada, aunque ha ido a estudiar. Ha engañado a su mamá, dirá ella, no me quiere, y se echará a llorar.

- ¡Tienes razón! - se asustó Artiom.

- Sí. Entonces, ¿por qué no estudiamos ahora?

- Bien, pero solo un poquito - dijo Artiom.

- Bien, bien, un poquito - accedió la profesora—. Bueno, ven aquí, herido.

Lo cargó en sus brazos y lo llevó al aula. Artiom temía caerse y se aterró a la profesora. Volvió a sentir aquel silencioso y bondadoso olor que despedía también su madre. Aquellos ojos desconocidos, que lo miraban tan de cerca, no estaban enfadados, pero sentía que los conocía desde hacía mucho. «No les temo», pensó Artiom.

En el aula, Apolinaria Nikoláyevna escribió en la pizarra una palabra y dijo:

- Así se escribe la palabra «mamá». - Y le ordenó copiar aquellas letras en la libreta.

- ¿Es sobre mi mamá? - preguntó Artiom.

- Sobre tu mamá, sí.

Entonces Artiom empezó a dibujar cuidadosamente las mismas letras de la pizarra en su libreta. Se esforzaba, pero la mano no le obedecía; le hablaba, le decía cómo debía escribir, pero la mano se paseaba por sí sola y escribía garabatos que no se parecían en nada a su mamá. Enfadado, Artiom escribía una y otra vez las cuatro letras que expresaban a su «mamá» y la profesora no apartaba sus ojos alegres de él.

- ¡Eres un valiente! - dijo Apolinaria Nikoláyevna.

Comprobó que Artiom ya podía escribir las letras bien y sin torcerse.

- ¡Enséñame más! - pidió Artiom -. ¿Qué letra es esta, la que parece que tiene una barriguita?

- Es la letra B - le dijo Apolinaria Nikoláyevna.

- ¿Y este palito grueso qué es?

- Son unas letras gordas.

- ¿Letras bien alimentadas? - preguntó Artiom -. ¿Y no me vas a enseñar nada más o es que no hay nada que enseñar?

- ¿Cómo que no hay nada más que enseñar? ¡Qué cosas dices! - dijo la profesora -. ¡Escribe esta otra!

Escribió en la pizarra: «Patria».

Artiom empezó a copiar la palabra en su libreta, pero de pronto se detuvo y prestó oído.

En la calle alguien pronunció con voz espantosa y melancólica: « ¡U - u! ». Después se oyó de otro lugar, como si proviniera de debajo de la tierra: « ¡N - n - n! ».

En ese momento Artiom vio por la ventana la cabeza negra de un toro. El toro miró a Artiom con un ojo inyectado en sangre y avanzó hacia la escuela.

- ¡Mamá! - gritó Artiom.

La profesora cogió al muchacho y lo apretó contra su pecho.

- ¡No temas! - dijo ella -. No temas, mi pequeño. No lo dejaré tocarte, no te hará nada.

- ¡U - u - u! - mugió el toro.

Artiom se aferró al cuello de Apolinaria Nikoláyevna y ella posó la mano en su cabeza.

- ¡Sacaré al toro!

Artiom no le creyó.

- Sí, pero no eres mi mamá.

- ¡Mamá! - lo remedó -. Ahora soy tu otra madre.

- ¿Eres otra mamá? En casa tengo una mamá y aquí tengo otra.

- Sí, soy otra. Soy otra mamá para ti.

Al aula entró un anciano con un látigo y todo cubierto de polvo, se inclinó y dijo:

- ¡Buenas, señores! ¿No tenéis *kvas* o un poco de agua? El camino ha sido muy seco...

- ¿Y quiénes sois, de dónde venís? - preguntó Apolinaria Nikoláyevna.

- De muy lejos - respondió el anciano -. Caminamos siempre hacia delante, llevamos a los sementales según el plan. ¿Oís cómo mugen sus entrañas? ¡Son animales feroces!

- ¡Sus toros pueden hacer daño a los niños! - dijo Apolinaria Nikoláyevna.

- ¿Qué dices? - se enfadó el anciano -. Para eso estoy. Yo protejo a los niños.

El anciano pastor tomó agua hervida de la jarra, que bajó hasta la mitad; sacó de su bolso una manzana roja y se la dio a Artiom.

- Come - dijo -, afila tus dientes. - Y se fue.

- ¿Y tengo otras mamas? - preguntó Artiom -. ¿Quizá en algún lugar lejano?

- Sí las tienes - respondió la profesora -. Tienes muchas.

- ¿Y por qué tengo tantas?

- Para que el toro no te mate a cornadas. Toda nuestra Patria es también una madre para ti.

Al rato Artiom regresó a su casa, y al día siguiente, temprano por la mañana, se preparó para ir a la escuela.

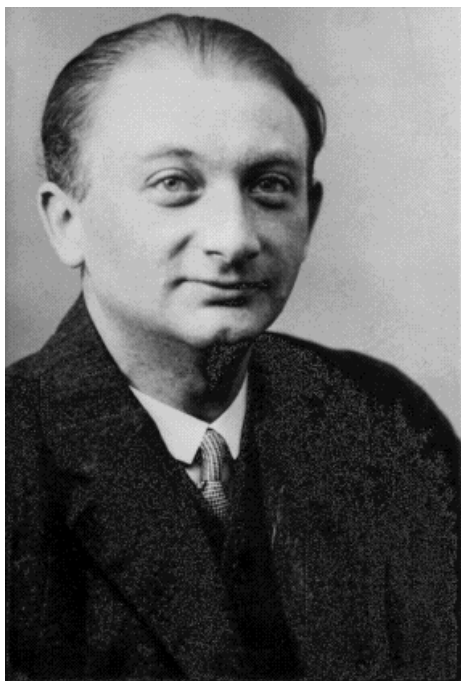
- ¿Adonde vas? Todavía es temprano - dijo la madre.

- ¡Sí, pero allí me espera la profesora Apolinaria Nikoláyevna! - respondió Artiom.

- Pero no se va a marchar de allí. Es una mujer bondadosa.

- Seguro que ya está aburrida - dijo Artiom -. Tengo que irme.
La madre se inclinó hacia su hijo y se despidió de él con un beso.
- Bueno, ve, ve poco a poco. Aprende allí y crece mucho.

Andréi Platonov / biografía



(Vorónezh, 1 de septiembre de 1899 - 5 de enero de 1951), fue un escritor ruso de la época soviética. Platonov fue uno de los primeros escritores que emergieron después de la Revolución rusa de 1917. A pesar de ser comunista, sus obras fueron prohibidas por su posición escéptica respecto a la colectivización. Su obra más conocida es la distopía *Chevengur*.

Hijo de un trabajador metalúrgico empleado de los ferrocarriles rusos, fue el mayor de 10 hermanos. Nació en una aldea cerca de la ciudad de Vorónezh. Estudió en la escuela parroquial y a partir de los trece años empezó a trabajar en diversos oficios para mantener a la familia. Sirvió en el Ejército Rojo durante la Guerra Civil Rusa como corresponsal de guerra. En 1919 empezó a colaborar como poeta, publicista y crítico literario en varios periódicos. En la década de 1920 cambió su apellido original Klimentov por el de Platonov, un

pseudónimo basado en el nombre del padre del escritor. En 1924 acabó la escuela politécnica y comenzó a trabajar como ingeniero electrotécnico en diversos proyectos en la Rusia central, dónde fue testigo de los excesos y los levantamientos campesinos causados por la colectivización forzada. En 1927 marchó a Moscú con la idea de dedicarse exclusivamente a la literatura. Fue miembro, aunque periférico, del grupo *Pereval* de escritores campesinos.

Escribió sus obras más importantes, las novelas *Chevengur* y *La excavación* entre 1926 y 1930, coincidiendo con los últimos años de la Nueva Política Económica (NEP) y el inicio del primer Plan Quinquenal en 1928. Estas obras, que suponían una crítica implícita al sistema desencadenaron las críticas de los órganos oficiales, y, aunque un capítulo de *Chevengur* apareció en una revista, las obras nunca se publicaron (no sería publicada completa en Rusia hasta 1988). En 1931 después de la publicación de la crónica de la vida de los campesinos pobres *Vprok*, que recibió las críticas de Fadéyev y Stalin la publicación de sus trabajos fue prohibida, con la exclusión del relato "El río Potudan", publicado en 1937.

Su hijo de 15 años fue arrestado y enviado a un campo de concentración durante la Gran Purga estalinista de la década de 1930. Liberado, pero enfermo de tuberculosis, el hijo volvió a la casa y durante la convalecencia contagió la enfermedad al escritor. Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial le fue permitido publicar por un permiso

especial de Stalin. Fue corresponsal de guerra de 1942 a 1945 y siguió escribiendo en el periódico *Estrella Roja* hasta 1946.

A finales de 1946 se imprimió su cuento «El regreso» por lo que fue nuevamente censurado y acusado de calumnia. Como consecuencia, la posibilidad de seguir publicando desapareció por completo. La finales de los años cuarenta, imposibilitado de seguirse ganando la vida como narrador, se dedicó a preparar cuentos rusos y bashkirios para ser imprimidos en revistas para niños. Murió el 5 de enero de 1951 en Moscú. Tiene una calle y un monumento dedicados en Vóronezh.

Aunque relativamente desconocido en su tiempo, la influencia de Platonov en la literatura rusa es considerable. Algunos de sus trabajos fueron publicados o reimpresos en los años sesenta en la época del "deshielo" de Nikita Jrushchov.

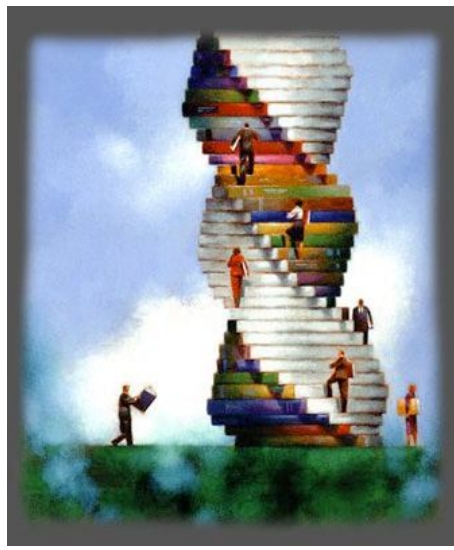
La obra de Platonov esta fuertemente relacionada con autores clásicos rusos como Fiódor Dostoyevski. Hace un uso extenso del simbolismo cristiano y de las obras de filósofos antiguos y contemporáneos suyos, entre ellos el filósofo cristiano Nikolái Fiódorov.

Su novela *La excavación* usa una combinación de lenguaje rural y términos políticos e ideológicos que crean una atmósfera de irrealidad a la que colaboran los sorprendentes y, a veces fantásticos, hechos de la narración. Esta exploración del sinsentido es una característica del existencialismo y la literatura del absurdo. A pesar de la postura materialista de su obra que niega la importancia y la existencia del alma, su estilo, muy personal y su uso idiosincrático del léxico lo alejan de los escritores del Realismo socialista.

Obras

- «Las esclusas de Yepifan»
- «La ciudad Gradov»
- «El ciudadano»
- «Las dudas de Makar» (relato)
- «El paso del tiempo»
- «La patria de la electricidad» (1926)
- «Chevengur» (novela, 1927-1928)
- «La excavación», a veces nombrada como «El foso» (novela, 1929-1930)
- «El río Potudán» (relato, 1937)
- «El regreso» (relato, 1946)
- «El arca de Noé» (teatro)
- «La feliz Moscú» (novela, inacabada)

Tomado de Wikipedia



BIBLIOTECA DIGITAL DE AQUILES JULIÁN

1. [La infancia de Zhennia Liubers y otros relatos](#) / Boris Pasternak
2. [Corazón de perro](#) / Mijaíl Bulgákov
3. [Antología del cuento chino](#) / varios autores
4. [El hombre que amaba al prójimo y otros cuentos](#) / Virginia Woolf
5. [Crónica de la ciudad de piedra](#) / Ismail Kadaré
6. [La casa de las bellas durmientes](#) / Yasunari Kawabata
7. [Voluntad de vivir y otros relatos](#) / Thomas Mann
8. [Dublineses](#) / James Joyce
9. [La agonía del Rasu-Ñiti y otros cuentos](#) / José María Arguedas
10. [Caballería Roja](#) / Isaak Babel
11. [Los siete mensajeros y otros relatos](#) / Dino Buzzati
12. [Un horrible bloqueo de la memoria y otros relatos](#) / Alberto Moravia
13. [El tacto y la serpiente y otros textos](#) / Reynaldo Disla
14. [Una cuestión de suerte y otros cuentos](#) / Vladimir Nabokov
15. [Las últimas miradas y otros cuentos](#) / Enrique Anderson Imbert
16. [Yo, el supremo](#) / Augusto Roa Bastos
17. [El siglo de las luces](#) / Alejo Carpentier
18. [El principito](#) / Antoine de Saint-Exupéry
19. [La noche de Ramón Yendía y otros cuentos](#) / Lino Novás Calvo
20. [Over](#) / Ramón Marrero Arísty
21. [Una visión del mundo y otros cuentos](#) / John Cheever
22. [Todo es engaño y otros cuentos](#) / Sherwood Anderson
23. [Las aventuras del Barón Münchhausen](#) / Rudolf Erich Raspe
24. [Huasipungo](#) / Jorge Icaza
25. [Vasco Moscoso de Aragón, capitán de altura](#) / Jorge Amado
26. [El espejo de Lida Sal](#) / Miguel Ángel Asturias
27. [Seis cuentos para leer en yola](#) / Aquiles Julián
28. [Los chinos y otros cuentos](#) / Alfonso Hernández Catá
29. [La mancha indeleble y otros cuentos](#) / Juan Bosch
30. [El libro de la imaginación](#) / Edmundo Valadés
31. [Cuatro relatos](#) / Joseph Roth
32. [El libro de cristal de los Cohén](#) / Aquiles Julián
33. [Cuentistas dominicanos 1](#) / Aquiles Julián
34. [El caballo que bebía cerveza](#) / Joao Guimaraes Rosa
35. [Tres relatos](#) / José Bianco
36. [Adán, Eva y los moluscos](#) / Efraím Castillo
37. [La mosca y otros cuentos](#) / Slawomir Mrozek
38. [Vidrios rotos y otros cuentos](#) / Osvaldo Soriano
39. [La amortajada y otras historias](#) / María Luisa Bombal
40. [El amuleto y otras historias](#) / Ciro Alegría
41. [Cosas de vieja. Y otros 19 cuentos](#) / Fernando Sorrentino
42. [Cuatro cuentos](#) / Rosario Castellanos
43. [El rostro sin lumbre y otros cuentos](#) / Oscar Cerruto
44. [La fama de Clodomiro](#) / Ángel Balzarino
45. [Cinco cuentos](#) / Robert Musil
46. [Cinco cuentos](#) / Tobias Wolff
47. [Bajo el volcán](#) / Malcolm Lowry
48. [Mejor que arder y otros cuentos](#) / Clarice Lispector
49. [Las dudas de Makar](#) / Andrei Platonov